

Presentación

En ocasión de la publicación del número 7 de la Revista Latinoamericana de Población (RELAP), queremos anunciar una serie de cambios en su funcionamiento y organización, resultado de la designación de una nueva mesa directiva de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP) para el período 2011-2012. Los cambios más importantes han sido el traslado de la sede institucional de RELAP y la renovación de sus autoridades.

Desde su inicio y hasta la publicación del número 6, la sede de la revista estuvo en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas (CUCEA) de la Universidad de Guadalajara, México, contando como director a Alejandro I. Canales y como editor adjunto a Dídimo Castillo Fernández, equipo que, en muy poco tiempo, logró posicionar a RELAP como una publicación de prestigio en América Latina y el Caribe. A partir de enero de 2011, la sede institucional de esta revista es el Centro de Estudios de Población (CENEP) de Buenos Aires, Argentina, su nueva editora es Marcela Cerrutti y la nueva editora adjunta, Georgina Binstock.

5

Aprovechamos este medio para expresar nuestro más sincero agradecimiento a los editores salientes y, al mismo tiempo, dar la bienvenida a las nuevas autoridades, quienes brindarán continuidad a la línea editorial iniciada por la gestión anterior, además de profundizar otros aspectos vinculados con la difusión. Asimismo, agradecemos al CUCEA de la Universidad de Guadalajara por haber hospedado a RELAP durante estos años y al CENEP de Buenos Aires por recibirla.

El presente número de nuestra revista es de transición, ya que constituye un esfuerzo conjunto entre el equipo saliente (cuyos integrantes seleccionaron los artículos y supervisaron su dictaminación y reelaboración) y el equipo entrante (que se encargó del trabajo de edición e impresión). A partir del número 8, todo el trabajo editorial de la revista será responsabilidad de las nuevas autoridades.

Finalmente reiteramos nuestro llamado a los lectores para que tengan presente a esta revista como medio privilegiado para la publicación de sus investigaciones y debates en el área de los estudios de población en América Latina y el Caribe.

Fernando Lozano Ascencio

Presidente (2011-2012) del Consejo de Dirección
de la Asociación Latinoamericana de Población

Religión e iniciación sexual premarital en México

Religion and premarital sexual debut in Mexico

Eunice D. Vargas Valle

El Colegio de la Frontera Norte

Georgina Martínez Canizales

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Joseph E. Potter

Universidad de Texas en Austin

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar la asociación entre la afiliación religiosa y dos aspectos de la vida sexual de los jóvenes solteros en México: la iniciación y el uso de condón en la primera relación. Basándonos en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005, describimos las diferencias en estos dos aspectos según la afiliación religiosa mediante la tabla de vida y estadística descriptiva respectivamente. Enseguida, empleamos el modelo de regresión de Cox para examinar la asociación entre religión y debut sexual, y el modelo de regresión logística para analizar la relación entre religión y uso de condón en dicho debut. Respecto de los católicos nominales y los jóvenes sin afiliación religiosa, los católicos practicantes y los protestantes evangélicos mostraron menores riesgos de iniciar su vida sexual y los evangélicos menores posibilidades de hacer uso de condón en el debut sexual.

Palabras clave: religión, adolescentes, iniciación sexual, condón.

Abstract

The goal of this study is to analyze the association between religious affiliation and two aspects of the premarital sexual life of Mexican youth: sexual initiation and condom use at sexual debut. Based on the National Youth Survey 2005, we describe the differences on these two aspects by religious affiliation using the life table and descriptive statistics, respectively. Then, we employ the Cox regression model to assess the association between religion and sexual debut, and the logistic regression model to analyze the relationship between religion and condom use at sexual debut. Practicing Catholics and Evangelical Protestants showed lower risks of sexual initiation and Evangelical Protestants lower odds of condom use at sexual debut than nominal Catholics and the youth without religious affiliation.

Key words: religion, adolescents, sexual initiation, condom.

Introducción

La actividad sexual en la adolescencia ha sido objeto de políticas sociales y de salud por diversas razones. La iniciación sexual temprana se asocia al padecimiento de enfermedades de transmisión sexual, al riesgo de cáncer cervicouterino y a la probabilidad de tener un embarazo no deseado (Lammers, Ireland, Resnick y Blum, 2000). A pesar de que el uso generalizado del condón podría ser una solución efectiva para algunos de los problemas de salud relacionados con el debut sexual en la adolescencia, cuanto menor es la edad al inicio de la vida sexual, menor es el uso del condón y, en general, de algún método anticonceptivo (Cunningham, McGinnis, García, Tesliuc y Verner, 2008; González-Garza, Rojas Martínez, Hernández-Serrato y Olaiz-Fernández, 2005). En este sentido, las oportunidades de desarrollo socioeconómico y la salud de los jóvenes se ven afectadas tanto por el debut sexual temprano como por la falta del uso de condón. Por estos motivos, algunos autores han señalado la importancia de promover políticas de salud adolescente que integren ambos aspectos, es decir, el retraso de la iniciación sexual y el uso del preservativo y/o de otros métodos anticonceptivos (Breinbauer y Maddaleno, 2005).

El presente documento tiene como objetivo analizar, sobre la base de la Encuesta Nacional de la Juventud 2005 (ENJ 2005), la asociación entre la adscripción religiosa y dos aspectos de la vida sexual de los jóvenes: la edad al inicio de la misma y el uso de condón en el debut sexual. Desde el punto de vista cristiano, las relaciones sexuales premaritales o extramaritales son consideradas una transgresión; tales relaciones solo se permiten dentro de la unión conyugal. Además, las iglesias alegan que no hay sexo seguro fuera del matrimonio, y, en su lugar, promueven la abstinencia sexual. En el caso del catolicismo, el uso de anticonceptivos es sancionado fuera y dentro del matrimonio, mientras que, en el caso de la mayoría de las religiones protestantes, solo se proscribe fuera del matrimonio (Schenker, 2000). Sin embargo, el grado de influencia de las doctrinas religiosas en las conductas de los jóvenes puede ser diferencial según el peso que dichas doctrinas tienen en sus estilos de vida.

8

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Existe evidencia empírica de que la religiosidad y la membresía o pertenencia a religiones con códigos estrictos de conducta y capacidad de influir sobre sus feligreses se asocian al inicio tardío de la actividad sexual, no solo en los Estados Unidos (Lammers, Ireland, Resnick y Blum, 2000), sino también en países en desarrollo (Addai, 2000; Verona y Regnerus, 2009). Dada esta asociación, se podría pensar que tal influencia se extiende a otras prácticas sexuales, como el uso de condón. Sin embargo, poco se conoce sobre la relación entre uso de condón y religión en la población joven y los resultados hallados son inconsistentes: algunos estudios constatan que la religión se vincula con una menor probabilidad de utilizar preservativo en la primera relación sexual (Zaleski y Schiaffino, 2000; Manlove, Ryan y Franzetta, 2003; Bruckner y Bearman, 2005), pero otros no registraron ninguna vinculación (Dunne, Edwards, Lucke, Donald y Raphael, 1994; Cerqueira-Santos, Koller y Wilcox, 2008).

En México, a pesar de que solo el 10% de la población reporta no pertenecer a ninguna religión (INEGI, 2004) y más de las tres cuartas partes de los jóvenes consideran que la religión es un aspecto importante o muy importante en sus vidas (ENJ 2005), no se ha documentado que exista una vinculación entre los aspectos que se estudian en este

artículo. Sin embargo, sobre la base de la evidencia encontrada en otros países y de la teoría que la sustenta, así como de la importancia de la religión en los estilos de vida de ciertos sectores de la sociedad mexicana, suponemos que el factor religioso podría estar ligado al inicio de la vida sexual de los jóvenes.

La adscripción religiosa

México ha sido tradicionalmente un país de católicos. En la época de la colonia, el catolicismo fue la única religión permitida; los grupos protestantes existentes eran considerados herejes y se los perseguía. Hacia fines del siglo XIX, los gobiernos liberales tomaron posiciones anticlericales y permitieron la entrada de religiones protestantes como una forma de disminuir el peso de la Iglesia Católica. Sin embargo, no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX, con la expansión del pentecostalismo entre las poblaciones indígenas y marginadas,¹ que el protestantismo se extendió considerablemente en México (Garma, 2007), cuya sociedad pasó de ser católica a mostrar una pluralidad religiosa.

Los censos de población reflejan esta transformación (INEGI, 2004): en el Censo de 1940, el 97% de la población mexicana reportó ser católica y solo el 1.3% protestante; en cambio, para el año 2000, el 88% de la población declaró ser católica, el 8% protestante y el 4% no pertenecer a alguna religión. Pese a que en algunos países de América Latina es palpable que se está llevando a cabo un importante proceso de secularización –tal como en la Argentina, donde, para 2008, los no creyentes llegaban al 11.3%–,² en México, más que una ausencia de religión, la modernidad y la globalización han venido acompañadas de la apertura del mercado religioso, en el que los individuos pueden escoger su religión e, incluso, cambiar de religión más de una vez (De la Torre y Gutiérrez Zúñiga, 2007).

Además de la conversión, el paisaje mexicano en materia de religión se caracteriza por un catolicismo que, si bien abarca a la mayoría de la población, es muy heterogéneo. Existe una diversidad de cultos y sincretismos y una gran proporción de católicos solo lo son nominalmente, es decir, acuerdan con sus creencias pero no practican estrictamente todos los ritos y normas del catolicismo –hecho que, como veremos más adelante, alcanza a casi la mitad de los jóvenes.

En contraste con la baja participación de los católicos, las religiones protestantes evangélicas suelen requerir de sus feligreses una deliberada decisión personal y un mayor apego a las prácticas religiosas. Diversos estudios antropológicos muestran el involucramiento de los protestantes con sus iglesias y sus estilos ascéticos de vida (Masferrer, 2003; Vázquez, 2003; De la Torre y Gutiérrez Zúñiga, 2007). Así, por ejemplo, los pentecostales

-
- 1 Este movimiento religioso surgió a principios del siglo XX en California y se expandió durante la segunda mitad de dicho siglo en México. Las religiones pentecostales creen en la posesión del Espíritu Santo y sus manifestaciones (Garma, 2007); sus prácticas incluyen un liderazgo carismático, el uso de música religiosa moderna y manifestaciones del Espíritu Santo como hablar en lenguas, realizar milagros o sanar.
 - 2 Según resultados de la Primera Encuesta sobre Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina. Datos consultados en línea en <http://www.ceil-piette.gov.ar/areasinv/religion/relprop/lencrel.pdf>

tienen “... una actitud enfocada en la ética del trabajo y el rechazo a los comportamientos mundanos costosos” (Garma y Leatham, 2004:145). Se espera que las personas que se convierten a las religiones protestantes abandonen el alcoholismo y toda clase de adicción, así como la mayoría de las formas de entretenimiento secular. Asimismo, se exige a los jóvenes la abstinencia sexual y a los esposos la fidelidad marital y la revaloración de su papel como sostén del hogar. Estas exigencias no son fáciles de cumplir, pero su organización social en congregaciones pequeñas o células de estudio bíblico facilita el apoyo y la interacción social, así como la vigilancia de los comportamientos esperados. Los evangélicos, por ejemplo, son motivados a llevar una vida ejemplar como testimonio de conversión. Se sienten comprometidos a seguir la ética cristiana porque quieren servir de modelo a la gente que los rodea y, con ello, demostrar las ventajas de la conversión (Vázquez, 2003).

Algunos de estos lineamientos pueden ser aplicados a la participación de los católicos activos. La organización de la Iglesia Católica en capillas, parroquias y grupos de alabanza o reflexión permite la interacción social en pequeñas comunidades, favoreciendo de esta forma el control social. Al igual que los evangélicos, al ser agentes activos, los católicos practicantes tendrían que demostrar con su conducta que siguen la “palabra de Dios” (Castro, 2002). Diferentes documentos o encíclicas de la Iglesia Católica señalan su desacuerdo explícito con el ejercicio de la sexualidad fuera del matrimonio y con el uso de anticonceptivos, y una visión represiva del sexo y del placer (Hernández, 2002). Y aunque en la actualidad dentro de esta iglesia hay una corriente (Católicas/os por el Derecho a Decidir) que pugna por una mayor apertura en el ejercicio de la sexualidad de los laicos, todavía representa una minoría.

10

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

A pesar de que la interacción social en el catolicismo también podría favorecer el control, el código de comportamientos morales y familiares no es tan estricto ni tan rígido como en el protestantismo. Se observa que muchos católicos toman las normas eclesiásticas con ligereza, justificando teológicamente sus estilos de vida. Por ejemplo, argumenta Hirsch (2008), las jóvenes que viven en una región primordialmente católica fundamentan el uso de anticonceptivos dentro del matrimonio en el repudio de Dios a la pobreza y la pasividad. Por su parte, Amuchástegui (1998) señala que los jóvenes, aunque conscientes de la condena católica a la actividad sexual premarital, suelen desligar la moral de la práctica, como si fueran dos dimensiones diferentes de la vida. Sin embargo, no queda claro el involucramiento religioso personal de los jóvenes entrevistados.

Las preguntas que examinamos en este estudio son: 1) si existe una diferencia en el inicio de la vida sexual de los jóvenes católicos practicantes y protestantes evangélicos con respecto a los católicos nominales y a los sin afiliación religiosa –es decir, si el valor de la abstinencia sexual es llevado a la práctica por quienes participan en sus iglesias–; y 2) si, cuando los jóvenes abandonan la norma de la abstinencia sexual, su adscripción religiosa se asocia a tener un debut sexual protegido.

Dado que, como se comentó anteriormente, el comportamiento sexual es uno de los ámbitos donde la ética cristiana pretende tener influencia, asumimos como hipótesis de trabajo que los jóvenes que practicaban la religión católica o que se identificaban con las religiones evangélicas habían tenido una conducta sexual más conservadora que los católicos nominales o que quienes eran no creyentes o indiferentes a cualquier religión; es

decir, que los jóvenes que practicaban la religión católica o las religiones evangélicas habían pospuesto el inicio de su vida sexual y que, en caso de haberla iniciado, lo habían hecho sin protección. Debido a que los protestantes tienen códigos más estrictos de conducta, también supusimos que los evangélicos tendrían una mayor probabilidad de atrasar el inicio de la vida sexual que los católicos practicantes.

El inicio de la vida sexual

En México, en el año 2000, la edad media a la primera relación sexual se ubicó en alrededor de los 16 años en los adolescentes y de los 18 años en los jóvenes entre 20 y 24 años (Menkes y Suárez, 2003).³ Aunque el análisis de la edad media a la iniciación sexual por grupos de edad haría suponer un inicio cada vez más temprano, estudios por cohortes, basados en la tabla de vida o en la proporción acumulada de los individuos sexualmente activos hasta cierta edad, han encontrado lo opuesto: un retraso en la entrada a dicha actividad (Gayet y Solís, 2007; Welti, 2005). Aunque en algunos estratos sociales se registra un descenso en la edad de iniciación sexual, no ha habido grandes cambios en la edad mediana a la primera relación sexual de las mujeres y se ha presentado un ligero aplazamiento en el caso de los hombres (Gayet y Solís, 2007).

A pesar de ese aplazamiento, en la sociedad mexicana y latinoamericana se palpa una aceptación cada vez mayor de la práctica sexual entre los jóvenes (Welti, 2005; Juárez, 1998). De acuerdo con Juárez (1998:171), “... se ha pasado de una sociedad tradicional que limitaba la actividad sexual al matrimonio a una donde el sexo premarital se practica en secreto pero es admitido, especialmente cuando se espera que el joven se case con la novia” (Traducción propia). Pero, no obstante esta apertura general, existen diferencias por sexo. En los discursos, se espera que las mujeres se conserven vírgenes hasta el matrimonio y que los hombres se inicien sexualmente y tengan múltiples parejas sexuales como símbolo de virilidad. La autora apunta que, entre los problemas de la actividad sexual premarital de los adolescentes de Latinoamérica, se observa que ocurre a una edad en que el desarrollo no se ha completado y que la relación sexual es más ocasional y oportunista que planeada, lo cual merma las posibilidades de prevención de un embarazo no deseado y de enfermedades sexualmente transmisibles.

Con respecto al uso de condón, las encuestas muestran un incremento en el caso de la primera relación sexual entre jóvenes solteros, ya que de 1985 a 2000 pasó del 6.8% al 50.9% en hombres y del 4.8% al 22.9% en mujeres (Gayet, Juárez, Pedroza y Magis, 2003): es decir, uno de cada dos varones y cuatro de cada cinco mujeres en México inician su vida sexual sin protección contra enfermedades de transmisión sexual y sin prevención de un embarazo no deseado. Las desigualdades de género limitan el poder de negociación de las jovencitas para tener un debut sexual protegido (Castañeda, Allen y Castañeda, 1996).

³ Resulta difícil realizar comparaciones a través del tiempo ya que las encuestas hacen referencia a distintas poblaciones. Además, el análisis de la iniciación sexual a partir de encuestas enfrenta problemas metodológicos como el de casos truncados.

En este sentido, consideramos importante explorar con la ENJ 2005 si la práctica religiosa se vincula al aplazamiento de la actividad sexual, tal como pretenden las distintas iglesias, y si implica prácticas sexuales riesgosas. Los marcos de referencia empleados para el estudio de la asociación entre religión e inicio de la vida sexual desde el punto de vista sociológico nos dan algunas ideas tanto para abordar el problema tomando en cuenta su complejidad como para interpretar los datos estadísticos. A continuación sintetizamos algunas de estas perspectivas teóricas.

La influencia de la religión en el comportamiento sexual

La relación entre religión y sexualidad ha sido abordada desde varias perspectivas teóricas (Rostosky, Wilcox, Wright y Randall, 2004). Una de ellas es la teoría de control social (Rohrbaugh y Jessor, 1975). Esta teoría supone que la religión genera control social al proveer una red donde se espera cierto comportamiento sexual y se sanciona a quienes se desvían de lo esperado. Es por ello que los jóvenes que se integran a las iglesias se abstienen de las conductas censuradas por su religión y por la red social que la compone. En este sentido, como las relaciones sexuales premaritales se consideran una transgresión, los jóvenes religiosos atrasarían el inicio de su vida sexual y, en caso de tener relaciones sexuales, no usarían condón, porque su empleo implicaría faltar doblemente al código de conducta esperada: con la premeditación y con la acción.

12

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

De acuerdo con un punto de vista ecológico, otros autores argumentan que la religión debe ser vista como un medio de influencia social en el contexto de otras fuerzas de socialización a nivel individual, familiar, extrafamiliar y macro (Wallace y Williams, 1997). Estos autores afirman que la religión puede influir en la socialización y conducta: a nivel individual, a través de valores y creencias; a nivel familiar, a través de la transmisión de valores y conductas religiosas de los padres; a nivel extrafamiliar, mediante el apoyo social y las prácticas y creencias religiosas de los pares o miembros de la comunidad o de la iglesia; y a nivel macro, a través de la cultura o de la tolerancia o intolerancia a los puntos de vista religiosos en una región. En los distintos niveles, otras fuerzas de socialización pueden competir con la religión o apoyar su influencia, como, por ejemplo: a nivel familiar, la supervisión familiar y la comunicación entre padres e hijos; a nivel extrafamiliar, las características de las escuelas y las opiniones o conductas de los amigos; y a nivel cultural, los mensajes que se transmiten en los medios de comunicación.

Consistente con este punto de vista ecológico, pero dándole preeminencia al factor religioso, Regnerus (2007) sostiene que para los jóvenes que se involucran en las iglesias no hay otra fuente de influencia social equivalente entre las alternativas seculares. Se llega frecuentemente a la conclusión de que la religión no ejerce influencia en los comportamientos juveniles, apuntan Regnerus y Smith (2005), porque no se contempla que ella puede vincularse indirectamente a determinado comportamiento. Para estos autores, la religión afecta las creencias, actitudes y conductas de los individuos no solo a través de sus enseñanzas (en forma directa) sino también a través de mecanismos de control y apoyo social y de la conformación de valores o de la identidad de los individuos.

En este sentido, Smith (2003) sugiere nueve rutas, agrupadas en tres dimensiones, a través de las cuales la religión afecta positivamente la conducta juvenil. La primera dimensión es la de índole moral. Se refiere a las normas morales, las experiencias espirituales y los modelos de conducta que las iglesias ofrecen. Estas no solamente exigen a sus miembros obedecer normas morales, sino que proveen los medios para ayudarlos a internalizarlas.⁴ La segunda dimensión se refiere al aprendizaje de destrezas. Los jóvenes en las iglesias desarrollan habilidades de liderazgo y trabajo en comunidad, habilidades para lidiar con problemas emocionales y un capital cultural⁵ vinculado a la participación religiosa. Estos mecanismos serían importantes en el manejo del tiempo libre y de los problemas emocionales propios de la adolescencia, lo cual, a su vez, podría estar ligado al inicio tardío de la vida sexual. Por último, la tercera dimensión se refiere a las redes sociales y organizacionales de las iglesias. Los jóvenes que se integran a las iglesias pueden incrementar su capital social, participar de una estrecha red de relaciones y de una red comunitaria que, a su vez, los liga a otras comunidades o redes sociales. Estas conexiones pueden ser una fuente de control social al auxiliar a los padres en la supervisión de sus hijos, ayudar a aumentar la integración del joven y reforzar sus convicciones morales y estilos de vida.

El presente estudio parte de las teorías de influencia social, reconociendo la importancia de los diferentes contextos en los que se desenvuelve el individuo así como de la agencia individual en el comportamiento sexual de los jóvenes. Si bien, a nivel social, la religión puede ser un medio de control, no es posible negar su influencia en la interacción con la sociedad y en la conformación de valores e identidad de los individuos. Asimismo, compartimos la idea de que la religión puede afectar el comportamiento sexual mediante los distintos mecanismos mediadores de índole moral, de capital cultural y de apoyo e integración social y que estos mecanismos actúan a distintos niveles. Sin embargo, otras fuentes de socialización, con sus propios mecanismos, pueden competir con la influencia religiosa.

13

E. Vargas
Valle,
G. Martínez
Canizales
y J. E. Potter

Metodología

Fuente de datos y variables seleccionadas

La fuente de datos utilizada es la Encuesta Nacional de la Juventud 2005 –ENJ 2005– (Instituto Mexicano de la Juventud e Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, 2005). La ENJ 2005 es una encuesta transversal que tiene la ventaja de incluir una serie de preguntas sobre la vida sexual de los jóvenes e indagar sobre sus creencias, prácticas y valores religiosos, además de contener variables socioeconómicas y de salud, y de la vida privada y pública de los jóvenes. En particular, para el estudio demográfico de la religión,

4 Por ejemplo, los retiros o campañas religiosos en los que se hace referencia explícita a la “pureza” sexual, o que confrontan al joven con hacer un compromiso moral, son un importante medio para legitimar y reforzar el valor de la abstinencia sexual.

5 El capital cultural, en el sentido de Bourdieu (1986), abarca al conjunto de cualificaciones intelectuales y puede existir en forma incorporada, objetivada o institucionalizada. Es decir, en la forma de hábitus cultural, cultura material y credenciales académicas o cualificaciones reconocidas socialmente.

las encuestas mexicanas de la juventud (2000 y 2005) constituyen un recurso valioso, pues permiten diferenciar entre la afiliación y la práctica religiosas dentro del catolicismo y, con ello, indagar el impacto del proceso de secularización y de preservación del catolicismo en la vida de los jóvenes.

Aunque la ENJ 2005 incluye 12,796 cuestionarios aplicados a jóvenes de 12 a 29 años de edad,⁶ en este análisis se empleó una submuestra compuesta por 7,712 jóvenes solteros, de 12 a 24 años, hijos o parientes del jefe de hogar y con información en las variables usadas en el análisis estadístico –90% de la muestra inicial de jóvenes solteros, hijos o parientes del jefe de hogar, en este rango de edad–.⁷ Los jóvenes de 25 a 29 años se excluyeron del análisis porque un gran porcentaje de ellos ya habían formado su propio hogar: el 61%, comparado con solo el 28% de los jóvenes de 20 a 24 años y el 6% de los jóvenes de 15 a 19 años. Este trabajo considera que tanto la iglesia como la familia podrían influir en el comportamiento sexual premarital de los jóvenes. Por lo tanto, era importante conocer, por un lado, la religión de los jóvenes antes de la unión y, por otro, la relación entre padres e hijos y la supervisión de los padres sobre la conducta de los hijos, aspectos que, desafortunadamente, solo se cuestionaron al momento de la encuesta.

Como indicadores de la sexualidad de los jóvenes solteros, incluimos la edad a la primera relación sexual (en años cumplidos) y el uso del condón en esta. Mientras que en la ENJ 2005 se preguntó la edad a la primera relación sexual a los jóvenes que alguna vez habían tenido relaciones sexuales, la pregunta de uso de condón en el debut solo se aplicó a los jóvenes que reportaron tener relaciones sexuales al momento de la encuesta. Por lo tanto, la muestra se redujo a 987 casos: 78% de los jóvenes que reportaron haber iniciado su vida sexual y 13% de la muestra con la que se trabajó inicialmente. Esta limitación de la variable no imposibilita el análisis estadístico, pero demanda interpretar los resultados con cautela.

14

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

La pregunta sobre cómo se considera el joven en cuestiones religiosas se utilizó para construir la variable de adscripción a una religión. Esta pregunta diferencia entre quienes practican o no el catolicismo, quienes son indiferentes a cualquier religión y quienes no creen en una deidad; asimismo, el cuestionario contiene una lista desglosada de otras iglesias a las que los jóvenes pertenecen. Sin embargo, por razones de tamaño muestral, se tuvo que agrupar a los jóvenes de las religiones protestantes históricas⁸ y evangélicas⁹ en

-
- 6 La muestra incluyó a un joven por hogar. El criterio de selección del hogar del joven se basó en el tamaño del municipio y cuidó la representatividad estadística de la encuesta a nivel nacional, por región, para las zonas metropolitanas de México, Guadalajara y Monterrey y para algunas entidades federativas preseleccionadas.
- 7 La gran mayoría de los parientes del jefe de hogar son nietos y cuentan con información en las variables sobre la relación con sus padres.
- 8 Las religiones protestantes históricas son aquellas que se derivaron más directamente de la reforma protestante europea, como la Anglicana, la Presbiteriana y la Bautista.
- 9 Se denominan iglesias evangélicas porque para ellas la Biblia, es decir, el Evangelio, debe ser el fundamento de toda revelación divina. Protestantes denominacionales, pentecostales y neopentecostales comulgan con esta creencia.

una categoría. Aquí incluimos las categorías Pentecostal no Católico, Protestante, Cristiano (a), Evangélico, Presbiteriano, Bautista y Anglicano. Todos los demás jóvenes se clasificaron en la categoría residual “Otra”.¹⁰ En “Otra” quedaron agrupadas las religiones bíblicas no evangélicas,¹¹ los judíos y otras religiones.

El análisis estadístico incluyó diversas co-variables demográficas y socioeconómicas, así como una serie de co-variables que trataron de explorar algunos de los ámbitos de influencia social con los que la religión pudiera competir.

Las variables demográficas fueron la edad, el sexo, y, en el caso del análisis del uso de condón, la edad a la primera relación sexual (en años). Se asumió que a mayor edad sería más probable que el joven hubiera iniciado su vida sexual, tanto por el aumento de la exposición al riesgo de tener relaciones sexuales como por el aumento de su autonomía. También, por este último factor y por incrementarse la probabilidad de tener información sobre anticoncepción, se supuso que a mayor edad en la primera relación sexual sería más probable que el joven usara condón (Cunningham, McGinnis, García, Tesliuc y Verner, 2008; González-Garza, Rojas Martínez, Hernández-Serrato y Olaiz-Fernández, 2005). Por último, se asumió que las generaciones más jóvenes tendrían mayores posibilidades de usar condón, por el paulatino avance en la concientización sobre tal uso en la sociedad mexicana.

En cuanto a las diferencias por sexo, por la inequidad de género en las expectativas sociales sobre las prácticas sexuales (Juárez, 1998; Amuchástegui, 1998; Castañeda, Allen y Castañeda, 1996), se asumió que los hombres tendrían mayor riesgo de haberse iniciado sexualmente que las mujeres. Asimismo, esperamos una mayor probabilidad de usar condón en la primera relación sexual en los varones que en las mujeres. Para las mujeres, el mostrar conocimientos sobre sexo en el debut podría poner en duda su virginidad, lo cual no es deseable en una sociedad que restringe la sexualidad femenina al ámbito de la reproducción.

Las variables socioeconómicas fueron: la condición rural-urbana, la estructura del hogar y la escolaridad media del jefe de hogar y su esposa. La población se definió como urbana cuando residía en localidades con más de 20,000 habitantes. El contexto urbano o rural donde viven los jóvenes es importante porque se vincula a las normas locales sobre la sexualidad premarital. Sobre la base de estudios previos, se esperó en las zonas urbanas una mayor apertura a las relaciones sexuales premaritales (Gupta, 2000; González-Garza,

¹⁰ No se planteó ninguna hipótesis sobre la categoría “Otra”, pues se conformó con un conjunto muy variado de religiones.

¹¹ Esta es la clasificación censal para los Testigos de Jehová, Mormones y Adventistas del Séptimo Día. Estas iglesias se diferencian de las evangélicas en que añadieron contenidos extra evangélicos a su doctrina y no son pentecostales, es decir, sus creencias no se basan en manifestaciones del Espíritu Santo. Se consideró la opción de unir estas religiones a la categoría protestante-evangélico por coincidir con estas en sus códigos estrictos de conducta, pero el riesgo de tener relaciones sexuales premaritales entre los jóvenes de estas religiones era mucho mayor que entre los evangélicos, aunque no significativo estadísticamente, y estas diferencias opacaban la asociación estudiada.

Rojas Martínez, Hernández-Serrato y Olaiz-Fernández, 2005) y un mayor uso de condón (Gayet, Juárez, Pedroza y Magis, 2003).

La estructura del hogar se construyó de forma dicotómica: Nuclear o No nuclear. Se consideró hogares nucleares a aquellos formados solamente por madre, padre e hijos. En la categoría “No nuclear” se agrupó a los hogares monoparentales, los extendidos y los compuestos. Se hipotetizó que los jóvenes que vivían en hogares nucleares serían menos propensos a haber iniciado su vida sexual y a usar condón en la primera relación; es decir, aquellos que viven con ambos padres podrían gozar de mayor supervisión, mayor estabilidad psicológica y emocional y mayores oportunidades de integración social que quienes viven solo con uno de los padres (Hanson, McLanahan y Thomson, 1998). Aunque la presencia de familia extendida puede representar también una fuente de apoyo y de supervisión (Lloyd y Blanc, 1996), se exploró la propiedad de incluir a los jóvenes de hogares extendidos en una categoría independiente y no se encontraron diferencias en el riesgo de tener relaciones sexuales premaritales respecto de los jóvenes de hogares compuestos o monoparentales.

Finalmente, como co-variable socioeconómica, se incluyó la escolaridad de los padres. Se creó una variable dicotómica a partir del promedio de escolaridad del jefe de hogar y de su esposa: más de 9 años de educación (más que secundaria terminada) o menos. Esta variable es un indicador tanto de la situación económica familiar como del capital cultural y social con el que se desarrollan los jóvenes. Además, los padres más educados podrían estar más influidos por la modernización cultural y, por lo tanto, tener mayor apertura a las relaciones sexuales premaritales y al uso de métodos anticonceptivos (Martínez Canizales, 2010).

16

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Como indicadores de la participación del joven en otros ámbitos de influencia social, usamos la asistencia a la escuela,¹² el haber trabajado y el usar y/o tener Internet. En primer lugar, el trabajo le puede otorgar al joven cierta autonomía para la toma de decisiones sobre su vida sexual al proveerle capacidad económica y una red de amigos de mayor edad y/o con mayor libertad sexual. Este tipo de interacción social podría ser una fuente de información sobre métodos anticonceptivos y de aprendizaje sobre las experiencias con su uso (Bongaarts y Watkins, 1996). En segundo lugar, el hecho de estar estudiando, aunque no provee independencia económica, expone al joven a una red de amigos y conocidos y, también, a información sobre el sexo y los métodos anticonceptivos. Por lo tanto, asumimos que la escuela, al igual que el trabajo, podría favorecer el uso de condón en la primera relación sexual, pero atrasar el inicio de la actividad sexual (Karim, Magnani, Morgan y Bond, 2003). Por último, Internet es uno de los principales medios de comunicación e información de los jóvenes, a través del cual se exponen a publicidad de tipo sexual, a relaciones románticas y a la cultura moderna, por lo que consideramos que los que saben usarla –y, más aún, quienes la tienen en casa y la usan– serían más propensos a iniciarse sexualmente y a usar condón en la primera relación sexual.

12 Se contempló la propiedad de incluir los años de escolaridad del joven, pero se correlacionaban altamente con su edad y, por lo tanto, no resultaba estadísticamente significativo.

También se exploró si la supervisión y el ambiente en el hogar explicaban la relación entre la afiliación religiosa y los indicadores del debut sexual. Se creó una variable sobre supervisión en el hogar a partir de la pregunta: “¿Quién toma las decisiones sobre los permisos de los hijos?”. Si la respuesta era el padre, la madre o ambos, en lugar del joven, entonces se consideró que los jóvenes se encontraban sujetos a la autoridad de los padres y que, por lo tanto, serían menos propensos a iniciarse sexualmente y a usar condón en la primera relación (Meschke y Silbereisen, 1997). Aun cuando hubieran conseguido iniciarse, la obtención de condones implicaba reconocer públicamente la actividad sexual y, posiblemente, ser sancionados por los padres.

Se construyó una variable sobre confianza en los padres derivada de las preguntas: “¿A quién acudes cuando necesitas contarle a alguien lo que sientes?” y “¿A quién acudes cuando necesitas que te den un consejo?”. Si la respuesta era el padre, la madre o ambos, entonces consideramos que el joven contaba con un adulto de confianza en el hogar que podría influir en sus decisiones sobre el sexo. Asumimos como hipótesis que cuanto mayor era la confianza hacia los padres, menor era la probabilidad de iniciar la vida sexual y mayor la posibilidad de haber usado condón en el debut –suponiendo que los padres preferirían no tener que lidiar con el inicio de la vida sexual de sus hijos y con las consecuencias de un debut riesgoso.¹³

Por último, se exploraron dos variables a nivel familiar: si el joven “... piensa de la misma manera que sus padres sobre la religión”; y si “... piensa de la misma manera que sus padres sobre el sexo”. Se buscó medir de alguna manera si la asociación de la religión con el inicio de la vida sexual se debía a los valores de los padres. Los jóvenes podrían formar parte de las iglesias o iniciarse sexualmente por seguir los valores familiares y su comportamiento sexual podría estar ligado a la influencia de sus progenitores en mayor medida que a la de la religión.

Métodos estadísticos

Para el análisis del inicio de la actividad sexual y del uso de condón se utilizó estadística descriptiva y multivariada. En primer lugar, empleamos la tabla de vida con corrección para casos truncados como una herramienta para describir las diferencias en la edad a la iniciación sexual por tipo de afiliación religiosa. Asimismo, utilizamos medidas de tendencia central para describir tanto la frecuencia con que habían usado condón en la primera relación sexual como las características religiosas, demográficas y socioeconómicas de los jóvenes bajo estudio.

En segundo lugar, se examinó la interrelación entre la afiliación religiosa y la iniciación sexual por medio de análisis multivariado. Utilizamos el modelo de regresión de Cox

13 Consideramos que esta hipótesis podría no aplicar a los varones, pues se ha encontrado, por ejemplo, que la comunicación sobre sexualidad con el padre está ligada al inicio de la vida sexual premarital (Uribe, 2005). Sin embargo, la interacción de esta variable con sexo no arrojó un diferencial estadísticamente significativo.

para investigar la relación entre el tiempo de supervivencia a la primera relación sexual y la serie de variables independientes mencionadas en la sección anterior. La regresión de Cox tiene la ventaja de no requerir del supuesto de normalidad en la distribución de las variables temporales y de permitir la inclusión de datos truncados (Leliéve y Bringé, 1998). Dado que uno de los supuestos más importantes de este modelo es que los riesgos de que suceda determinado evento son proporcionales para cada variable predictora, se evaluó la validez de este supuesto. La prueba basada en los residuos de Schoenfeld (StataCorp, 2005) no nos permitió rechazar esta hipótesis.

En tercer lugar, se analizó el uso del condón en la primera relación sexual mediante el modelo de regresión logística, dado que se trata de una variable binaria. El logaritmo de las posibilidades (Tapia y Nieto, 1993) de usar condón en el debut sexual se modeló en función de la adscripción religiosa y de las variables independientes antes descritas.

Los modelos de Cox y logísticos se aplicaron a todos los jóvenes de las submuestras.¹⁴ Un primer modelo incluyó solo la afiliación religiosa y las características demográficas. En un segundo modelo se añadieron las variables demográficas, socioeconómicas y del ambiente familiar. Para el uso del condón en la primera relación sexual, se añadió como variable demográfica la edad al debut sexual.

Descripción de las submuestras estudiadas

18

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

El Cuadro 1 presenta las características de las muestras utilizadas para el análisis de la iniciación sexual (Población Total) y del uso de condón al debut sexual (Población sexualmente activa).

Sobre la distribución por afiliación religiosa, este cuadro muestra que, a pesar de que cerca del 89% de la población soltera de 12 a 24 años era católica en el año 2005, solo el 54% practicaba esa religión. El otro 35% se definió católica, pero reconoció que no era practicante. Esta diferenciación es fundamental en estudios demográficos sobre las religiones, porque se tiende a asumir que los católicos son un grupo homogéneo, cuando, en realidad, están influidos fuertemente por el proceso de secularización. Otro 5% de los jóvenes se autoidentificaron como protestantes o evangélicos y el 3% declaró ser indiferente a la religión o no creer en una deidad. Finalmente, un 3% se identificó con otras religiones.

Una inspección a la afiliación religiosa de los jóvenes sexualmente activos al momento de la encuesta nos revela que son más propensos a no estar involucrados en las iglesias. En comparación con el total de los jóvenes solteros, declaran más ser católicos solo de nombre (51%) o indiferentes o no creyentes (8%). Los jóvenes sexualmente activos son menos propensos a ser católicos practicantes (35%) o protestantes evangélicos (3%). Las

14 Los modelos de Cox se aplicaron también por sexo y están disponibles bajo solicitud. Los resultados de la relación entre afiliación religiosa y riesgo de tener relaciones sexuales para ambos sexos fueron muy similares a los del total de los jóvenes. Los modelos para uso de condón a la primera relación sexual no pudieron estimarse por sexo porque se reducía considerablemente el tamaño muestral por religión.

diferencias en las distribuciones de ambas muestras por afiliación religiosa sugieren una asociación estadística negativa entre la actividad sexual y la práctica religiosa.

Cuadro 1
Características de la población mexicana de 12 a 24 años. soltera
y que no ha formado su propio hogar (Medias). Año 2005

Variables independientes	Población total	Población sexualmente activa
Afiliación religiosa		
Católico nominal	0.35	0.51
Católico practicante	0.54	0.35
Protestante evangélico	0.05	0.03
Otro	0.03	0.03
Indiferente o no creyente	0.03	0.08
Hombre	0.49	0.72
Edad	16.51	20.08
Edad a la primera relación sexual	---	16.94
Estrato poblacional		
Rural o semi-urbano	0.30	0.30
Urbano	0.70	0.80
Hogar nuclear	0.68	0.60
Padres con más que educación secundaria	0.27	0.32
Ha trabajado	0.27	0.64
Va a la escuela	0.75	0.49
Sabe usar o tiene Internet		
No	0.31	0.24
Solo sabe usar	0.51	0.49
Sabe usar y tiene en el hogar	0.18	0.28
Pide permiso	0.95	0.89
Confía en sus padres	0.81	0.72
Piensa igual que sus padres sobre el sexo	0.42	0.33
Piensa igual que sus padres sobre la religión	0.73	0.60
N	7,712.00	987.00

Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005.

Sin embargo, parte de estos diferenciales por religión podrían estar relacionados con la composición demográfica y socioeconómica de las submuestras. La población sexualmente activa es de mayor edad y se concentra en localidades más urbanas que el total de la población soltera, aspectos que podrían ligarse a una mayor exposición de los jóvenes a los estilos de vida modernos y a una mayor apertura a la iniciación sexual premarital. Además, tiene una mejor posición y autonomía económicas: sus padres son más educados y los jóvenes tienen más experiencia laboral y mayor acceso a Internet en sus casas. El ambiente del hogar en el que viven esos jóvenes sugiere también que son más independientes de sus familias; viven menos en hogares nucleares, van menos a la escuela, tienen mayor autonomía en la toma de decisiones, confían menos en sus padres y difieren con respecto a las ideas paternas sobre la religión y el sexo en mayor grado que el total de los jóvenes solteros.

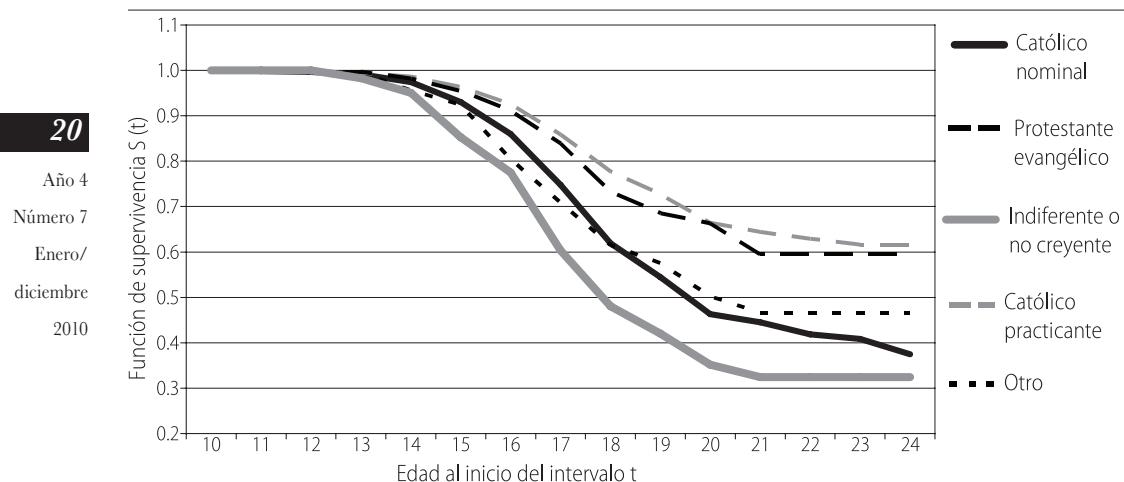
Las características de la población sexualmente activa son muy similares a las de la población que ha tenido relaciones sexuales (no se muestran en forma separada, pero se encuentran disponibles bajo solicitud). Por lo tanto, las diferencias entre las composiciones demográficas y socioeconómicas de las submuestras seleccionadas ponen de relieve la necesidad de indagar en qué medida estas características explican la relación estadística entre la afiliación religiosa y el inicio de la actividad sexual en la adolescencia o en la juventud temprana.

Resultados del análisis estadístico

Iniciación sexual y adscripción religiosa

La primera pregunta que guía este estudio es si el inicio de la vida sexual premarital de los jóvenes católicos y protestantes evangélicos se diferencia del de los católicos nominales y de los indiferentes o no creyentes.

Gráfico 1
Función de supervivencia de iniciar la actividad sexual de los jóvenes solteros
de 12 a 24 años. México. Año 2005



Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005.

En el Gráfico 1, las curvas de la función de supervivencia al evento de tener relaciones sexuales a la edad t por afiliación religiosa confirman que existe un marcado diferencial por religión.¹⁵ Los indiferentes o no creyentes inician la actividad sexual muy temprano. A los 18 años la probabilidad de haber tenido relaciones sexuales de estos jóvenes fue del 52% ($1 - S(t)$). Luego, la iniciación sexual de los católicos y los jóvenes de “otras”

15 La función de supervivencia es la probabilidad acumulada de que una persona no se haya iniciado sexualmente a la edad t . La exposición al riesgo de sufrir el evento toma en cuenta los casos truncados al momento de la entrevista. Se asume que quienes salieron de observación a la edad t tuvieron la mitad del tiempo de exposición a tener relaciones sexuales en esa edad.

religiones se ubica en medio de la distribución. La probabilidad de haber tenido relaciones sexuales a los 18 años fue de aproximadamente el 40% para los católicos nominales y los pertenecientes a otras religiones. Finalmente, los católicos practicantes y los protestantes evangélicos tienen un comportamiento más conservador. Para los 18 años, solo alrededor del 27% de los católicos practicantes y del 22% de los protestantes evangélicos habían debutado sexualmente. Para los 24 años, todavía el 60% de los jóvenes de estas religiones no se había iniciado sexualmente.

En el Cuadro 2, las razones de riesgos proporcionales de iniciar la vida sexual para los jóvenes solteros de 12 a 24 años confirman los resultados obtenidos mediante la tabla de vida.

Cuadro 2
Razones de riesgos proporcionales de iniciar la vida sexual.
Población soltera de 12 a 24 años (N=7,712). México. Año 2005

Variable	Modelo 1		Modelo 2		Variable	Modelo 1		Modelo 2	
	RR	p> z	RR	p> z		RR	p> z	RR	p> z
Afilación religiosa (Católico nominal)					Va a la escuela (No)				
Católico practicante	0.60	***	0.67	***	Sí			0.82	**
Protestante evangélico	0.63	**	0.60	**	Usa o tiene Internet (No)				
Otro	1.14		1.07		Solo usa			1.03	
Indiferente o no creyente	1.29	*	1.07		Usa y tiene			1.23	*
Edad	1.10	***	1.04	***	Pide permiso (Sí)				
Sexo (Mujer)					No			1.41	***
Hombre	2.85	***	2.67	***	Confianza a los padres (No)				
Estrato (Rural o semi-urbano)					Sí			0.83	**
Urbano			1.44	***	Piensa igual que los padres del sexo (No)				
Tipo de hogar (Nuclear)					Sí			0.80	***
Otro			1.19	**	Piensa igual que los padres de la religión (No)				
Escolaridad de los padres (Secundaria o menos)					Sí			0.79	***
Más de secundaria			1.29	***	Log-likelihood	-9,803.00		-9,686.00	
Ha trabajado (No)									
Sí			1.65	***					

21

E. Vargas
Valle,
G. Martínez
Canizales
y J. E. Potter

***p<.001 **p<.01 *p<.05 +p<.1 Categoría de referencia entre paréntesis

Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005.

En el Modelo 1, los católicos practicantes tuvieron un riesgo de iniciar su vida sexual 40% menor que el de los católicos nominales. También los jóvenes protestantes evangélicos registraron un riesgo de haber tenido relaciones sexuales 37% menor y los indiferentes y no creyentes un riesgo 29% mayor que el de la misma categoría de referencia. Respecto de las co-variables utilizadas en el Modelo 1, se encontró que la edad y el ser varón aumentaban el riesgo de tener relaciones sexuales; este riesgo fue casi tres veces mayor en los hombres que en las mujeres. Esta diferencia por sexo puede deberse a una serie de factores:

a que una mayor proporción de varones que de mujeres inician su vida sexual fuera del noviazgo; a la unión más temprana de las mujeres; y a las normas sociales que sancionan el sexo premarital en las mujeres.

El Modelo 2 incluyó las características demográficas, socioeconómicas y del ambiente del hogar de los jóvenes. Estas características explicaron parte del diferencial de riesgos de iniciarse sexualmente entre católicos practicantes y nominales. La razón de riesgos aumentó del 60% al 67%, es decir, la brecha se redujo entre ambos grupos. Por otro lado, la introducción de estas co-variables eliminó el diferencial entre los indiferentes o no creyentes y los católicos nominales, lo cual indica que esta brecha se debía a la diversa composición socioeconómica de estos grupos. En contraste, la razón entre los riesgos de empezar a tener relaciones sexuales de los protestantes evangélicos y los católicos nominales se redujo ligeramente, del 63% al 60%. Los protestantes presentaron un riesgo mayor de atrasar el inicio de la vida sexual que los católicos practicantes. En cambio, ser católico nominal o indiferente o no creyente se asoció a un calendario más precoz de iniciación sexual.

El Modelo 2 corrobora las hipótesis planteadas con respecto a las co-variables socioeconómicas y familiares: una mejor posición socioeconómica, una mayor autonomía y el acceso a información se asociaron a una mayor precocidad en el debut sexual. El riesgo de iniciar la vida sexual fue mayor en zonas urbanas, en los hogares con padres más educados y con Internet, así como en los jóvenes que habían trabajado. En contraste, los jóvenes tardaron más en debutar sexualmente cuando los padres tenían mayores posibilidades de supervisar su conducta y los hijos tenían mayor dependencia económica. Ir a la escuela, vivir en hogares nucleares o tener que pedir permiso a los padres se asociaron al atraso del inicio de la vida sexual. En cuanto al ambiente del hogar, la confianza respecto de los padres y el acuerdo con las ideas de los progenitores sobre el sexo y la religión disminuyeron el riesgo de tener una primera relación sexual.

22

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

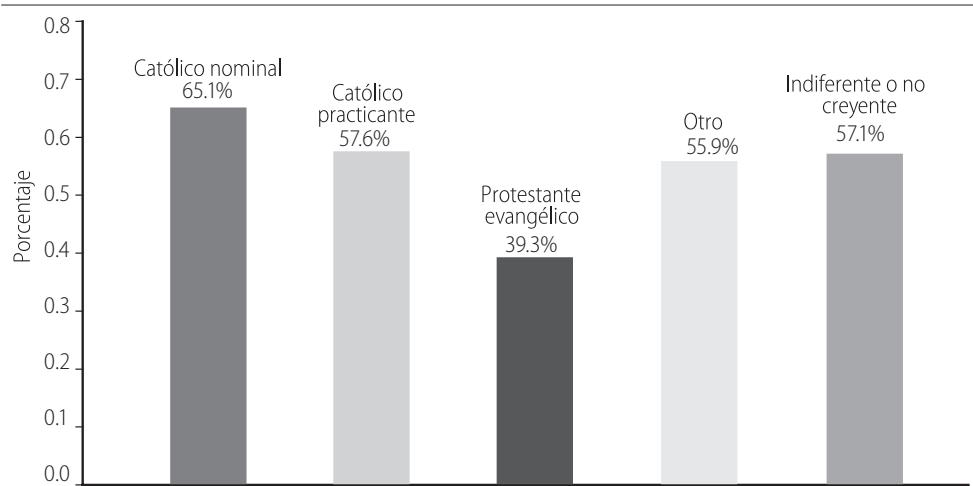
2010

Uso de condón en la primera relación sexual y adscripción religiosa

La segunda pregunta de este análisis es si la adscripción religiosa de los jóvenes se asocia a tener un debut sexual protegido. Un primer acercamiento a los datos sobre uso de condón al debut sexual señala una aparente relación entre dicho uso y la adscripción religiosa.

El Gráfico 2 muestra que, en aquellos que eran sexualmente activos al momento de la encuesta, el uso de condón en la primera relación sexual fue más frecuente entre los católicos nominales (65.1%) que entre cualquier otra adscripción religiosa, e incluso mayor que entre aquellos que se declararon indiferentes o no creyentes. El menor porcentaje de uso de condón correspondió a los protestantes evangélicos (39.3%). Los católicos practicantes y los indiferentes o no creyentes presentaron porcentajes similares de uso de condón al debut sexual, situándose en alrededor del 57 por ciento.

Gráfico 2
Frecuencia del uso de condón en la primera relación sexual de los jóvenes sexualmente activos de 12 a 24 años de edad. México. Año 2005



Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005.

23

E. Vargas
 Valle,
 G. Martínez
 Canizales
 y J. E. Potter

El Cuadro 3 muestra las razones de posibilidades de usar condón en la primera relación sexual premarital entre la población sexualmente activa de 12 a 24 años en México. El Modelo 1 confirma la asociación negativa entre adscripción religiosa y uso de condón en la primera relación sexual para los protestantes evangélicos, en comparación con los católicos nominales: la posibilidad de los protestantes evangélicos fue solo el 35% de la de los católicos nominales, mientras que la de los católicos practicantes fue del 72% con respecto a la misma categoría de referencia. Además, el Modelo 1 señala que el ser mujer disminuye las posibilidades de usar condón en la primera relación sexual, y confirma que los jóvenes de mayor edad y las generaciones más jóvenes tienen mayor probabilidad de usarlo en su debut sexual.

En el Modelo 2, las razones de posibilidades de usar condón al debut sexual por afiliación religiosa se modificaron al ajustar el Modelo 1 por las variables demográficas y sociales seleccionadas. Para los católicos practicantes, la desventaja en el uso de condón, en comparación con los católicos nominales, disminuyó: la razón de posibilidades se incrementó ligeramente y perdió significancia estadística, aunque continuó siendo significativa marginalmente; esto indica que las diferencias en el uso de condón al debut sexual entre católicos practicantes y nominales se debían a las características socioeconómicas de los jóvenes. En cambio, la magnitud y significancia de esa razón de posibilidades aumentó para los evangélicos: fue 68% menor que para los católicos nominales.

Las co-variables en el Modelo 2 que mostraron una asociación estadística con el uso de condón al debut sexual fueron: la edad, el sexo, la escolaridad de los padres y el tener

o usar Internet. Todas estas variables se comportaron conforme a lo esperado. La edad al inicio de la actividad sexual y el sexo presentaron una tendencia muy similar a la del modelo anterior. Además, una mayor escolaridad en los padres y el usar o tener Internet incrementaron las posibilidades de usar condón al debut sexual, mientras que ninguna de las variables seleccionadas sobre relaciones con los padres se asoció a dicho uso.

Cuadro 3
Razones de posibilidades de usar condón en la primera relación sexual premarital.
Población sexualmente activa de 12 a 24 años (N=987). México. Año 2005

Variable	Modelo 1		Modelo 2		Variable	Modelo 1		Modelo 2	
	RP	p> z	RP	p> z		RP	p> z	RP	p> z
Afilación religiosa (Católico nominal)					Ha trabajado (No)				
Católico practicante	0.72 *		0.77 +		Sí			1.23	
Protestante evangélico	0.35 *		0.32 **		Va a la escuela (No)				
Otro	0.73		0.70		Sí			1.32 +	
Indiferente o no creyente	0.82		0.76		Usa o tiene Internet (No)				
Edad	0.87 ***		0.88 ***		Solo usa			1.50 *	
Sexo (Mujer)					Usa y tiene			1.70 *	
Hombre	1.89 ***		1.77 ***		Pide permiso (Sí)				
Edad a la primera relación sexual	1.26 ***		1.25 ***		No			0.67	
Estrato (Rural o semi-urbano)					Confianza a los padres (No)				
Urbano		1.21			Sí			1.08	
Tipo de hogar (Nuclear)					Piensa igual que los padres del sexo (No)				
Otro			0.97		Sí			1.02	
Número 7					Piensa igual que los padres de la religión (No)				
Enero/					Sí			1.12	
diciembre					Log-likelihood	-631.00	-611.00		
2010									

***p<.001; **p<.01; *p<.05; +p<.1 Categoría de referencia entre paréntesis

Fuente: Cálculos propios basados en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005.

Conclusiones

El hallazgo central de este estudio es que los católicos practicantes y los protestantes evangélicos tienen menores riesgos de iniciar su vida sexual que los católicos nominales, y que los evangélicos también tienen menores posibilidades de hacer uso de condón en la primera relación sexual. Los católicos nominales tienen riesgos de iniciar la actividad sexual y posibilidades de usar condón al debut sexual comparables a los de los jóvenes sin afiliación religiosa.

Las posibles explicaciones sobre el atraso del inicio de la actividad sexual entre los jóvenes que participan en las iglesias católicas y evangélicas incluyen los mecanismos de índole moral, de capital cultural y de interacción y apoyo social que median la relación entre la adscripción religiosa y la conducta juvenil (Smith, 2003). Las iglesias proveen

recursos para ayudar a sus miembros a internalizar sus normas –en este caso, la abstinencia sexual–. Las experiencias espirituales, los modelos de conducta de los líderes o amigos de la iglesia, los hábitos o habilidades adquiridas en ese contexto y las redes de apoyo social podrían ser los mecanismos mediante los cuales los jóvenes religiosos logran obedecer las reglas de sus iglesias. En este sentido, la influencia religiosa que se produce mediante la socialización en las iglesias católicas y evangélicas podría estar favoreciendo el atraso del inicio de la actividad sexual en los jóvenes solteros que se integran a ellas.

Los protestantes evangélicos podrían tener un riesgo aún menor de iniciar la actividad sexual premarital que los católicos practicantes por las divergencias tanto en el nivel de influencia social de sus iglesias como en la severidad con que se promueven los códigos de conducta. Es posible que las iglesias evangélicas provean más o superiores recursos para interiorizar las normas morales que las iglesias católicas, que la autoridad de los líderes sea mayor y la conducta de los pares más conservadora, y que los jóvenes se involucren más en sus iglesias, facilitando de esta forma el control de sus comportamientos sexuales. Al respecto, diversos estudios señalan la alta interacción social en dichas iglesias y el rigor con el que se siguen los estilos ascéticos de vida (Masferrer, 2003; Vázquez, 2003; De la Torre y Gutiérrez, 2007). En contraste, otras investigaciones muestran cómo faltar a la norma eclesiástica en cuestiones sexuales puede ser común en el catolicismo, sin que ello implique el abandono de la fe o de la práctica religiosa (Hirsch, 2008; Amuchástegui, 1998). Por ejemplo, en ocasiones, la transgresión se hace, e incluso se planea, pensando en utilizar la confesión al sacerdote como medio para la absolución de pecados (Hirsch, 2008), recurso que no se tiene en las iglesias evangélicas.

Con respecto al uso de condón en la primera relación sexual, el comportamiento más riesgoso entre los jóvenes evangélicos que faltan a la moral religiosa es congruente con la hipótesis de control social. Para ellos, usar condón puede significar una doble transgresión: faltar a la abstinencia sexual con la premeditación y la acción. Otra explicación simplemente es que la iniciación sexual premarital de los evangélicos es más casual que la de los católicos o los no creyentes, puesto que es menos común. Por último, la falta de conocimiento o el conocimiento inapropiado de las ventajas del uso del condón entre estas poblaciones también podría obstaculizar su uso. De cualquier forma, los resultados de esta investigación indican que los evangélicos son un grupo importante en términos de educación sexual e invitan a profundizar al respecto en estudios subsecuentes a partir de la combinación de metodologías cualitativas y cuantitativas. Si bien son muy pocos los evangélicos que inician su vida sexual fuera del matrimonio en la adolescencia o juventud temprana, los que lo hacen tienen conductas más riesgosas.

Las explicaciones anteriores para la asociación entre la religión y el comportamiento sexual suponen que la práctica religiosa ejerce alguna influencia sobre dicho comportamiento. Sin embargo, puede haber otras explicaciones, como, por ejemplo, la existencia de una relación recíproca: la conducta del adolescente también podría afectar su adscripción religiosa, de tal manera que los jóvenes, una vez que tienen relaciones sexuales, se desliguen de sus iglesias, debido a las sanciones sociales que ellas imponen sobre el sexo premarital. Con las fuentes de datos existentes no es posible analizar causalmente la relación religión-iniciación sexual y, por lo tanto, no se puede adscribir a esta hipótesis ni

descartarla, porque necesitaríamos tener datos sobre las prácticas religiosas de los jóvenes al momento de la iniciación sexual y solo conocemos sus características religiosas al momento de la encuesta. Sin embargo, análisis previos referidos a la transición a la actividad sexual en los Estados Unidos han refutado esta hipótesis (Hardy y Raffaelli, 2003).

Una segunda explicación podría estar vinculada a respuestas no fidedignas sobre el inicio de la vida sexual debidas al temor de los jóvenes a la crítica social por la incongruencia entre sus creencias religiosas y su comportamiento. Al respecto, la ENJ 2005 protegió la privacidad de los jóvenes y permitió que, cuando dicha privacidad se veía afectada por la presencia de otra persona en el hogar, fuera el mismo encuestado quien llenara el cuestionario. En estudios futuros podría incluirse algún mecanismo para medir la magnitud de este problema asociado al estigma cultural de la actividad sexual premarital, especialmente en las jovencitas.

Los hallazgos de esta investigación indican que las asociaciones entre la adscripción religiosa y los comportamientos sexuales analizados no se deben a las características demográficas y al contexto socioeconómico y familiar de los jóvenes. Si bien la secularización y modernización cultural podrían estar repercutiendo en la afiliación religiosa de los jóvenes, la membresía a la iglesia católica o a las iglesias evangélicas está vinculada a una práctica sexual más conservadora y más riesgosa –cuando se falta a la conducta esperada-. A pesar de que, en materia de sexualidad, las iglesias han perdido autoridad frente a la escuela, al trabajo, a las instituciones de salud y a los medios de comunicación, los resultados de este análisis indican que las iglesias católicas y evangélicas podrían seguir siendo una fuerza esencial de influencia social en la vida sexual de los adolescentes y jóvenes mexicanos que se integran a ellas.

Bibliografía

- ADDAI, Isaac (2000), “Religious affiliation and sexual initiation among Ghanaian women”, en *Review of Religious Research*, vol. 41, núm. 3, Religious Research Association, Inc., Galva (IL), marzo, pp. 328-343.
- AMUCHÁSTEGUI, Ana (1998), “Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas Aproximaciones desde la Perspectiva de las Ciencias Sociales*, El Colegio de México, México D.F., pp. 107-135.
- BONGAARTS, John y Susan Cotts Watkins (1996), “Social interactions and contemporary fertility transitions”, en *Population and Development Review*, vol. 22, núm.4, The Population Council, Nueva York, diciembre, pp. 639-682.
- BOURDIEU, Pierre (1986), “The Forms of Capital”, en John E. Richardson (ed.), *Handbook of Theory of Research for the Sociology of Education*, Greenwood Press, Nueva York, pp. 241-258.
- BREINBAUER, Cecilia y Matilde Maddaleno (2005), *Youth: Choices and Change. Promoting Healthy Behaviors in Adolescents*, Pan American Health Organization, Washington D.C.
- BRÜCKNER, Hannah y Peter S. Bearman (2005), “After the Promise: The STD Consequences of Adolescent Virginity Pledges”, en *Journal of Adolescent Health*, vol. 36, núm. 4, Society for Adolescent Health and Medicine, Deerfield (IL), abril, pp. 271-278.
- CASTAÑEDA, Xóchitl, Betania Allen e Itzá Castañeda (1996), “Migration, virginity and sexual initiation: factors associated with STD/AIDS risk perception among rural adolescents in Mexico”, en XI International Conference on AIDS, 7-12 de julio, Vancouver (Canadá), 11: 385, abstract núm. Tu.D.2703. Disponible en: <http://gateway.nlm.nih.gov/meetingabstracts/ma?f=102218772.html>
- CASTRO, Cintia E. (2002), “Transformarse desde adentro: la religión católica”, en *Revista Transición, Debate y Propuesta en Veracruz*, núm. 42, Centro de Estudios para la Transición Democrática, Veracruz (Méjico), enero.
- CERQUEIRA-SANTOS, Elder, Silvia Koller y Brian Wilcox (2008), “Condom use, contraceptive methods, and religiosity among youths of low socioeconomic level”, en *Spanish Journal of Psychology*, vol. 11, núm. 1, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 94-102.
- CUNNINGHAM, Wendy, Linda McGinnis, Rodrigo García, Cornelia Tesliuc y Dorte Verner (2008), *Youth at risk in Latin America and the Caribbean: understanding the causes, realizing the potential*, World Bank Publications, Washington D.C.
- DE LA TORRE, Renée y Cristina Gutiérrez Zúñiga (coords.) (2007), *Atlas de la diversidad religiosa en México*, El Colegio de la Frontera Norte-CIESAS-CONACYT-Universidad de Quintana Roo-El Colegio de Michoacán-El Colegio de Jalisco-SEGOB, México D.F.
- DUNNE, Michael P., Rod Edwards, Jayne Lucke, Maria Donald y Beverly Raphael (1994), “Religiosity, sexual intercourse and condom use among university students”, en *Australian Journal of Public Health*, vol. 18, núm. 3, Public Health Association of Australia, septiembre, pp. 339-341.

GARCÍA, Patricia, Armando Cotrina, Sural Shah y César Cárcamo (2009), "Sex, information and condom use among Peruvian adolescents", en *Jornal Brasileiro de Doenças Sexualmente Transmissíveis*, vol. 21, núm. 1, Sociedad Brasileira de Doenças Sexualmente Transmissíveis, da Associação Latino-Americana e Caribenha para o Controle das DST, da União Internacional Contra Infecções de Transmissão Sexual e do Setor de Doenças Sexualmente Transmissíveis (MIP/CMB/CCM), da Universidade Federal Fluminense, Río de Janeiro, enero-marzo, pp. 3-8.

GARMA, Carlos (2007), "Diversidad religiosa y políticas públicas en América Latina", en *Cultura y Religión*, vol. I, núm. 1, Universidad Arturo Prat, Iquique (Chile), marzo.

GARMA, Carlos y Miguel C. Leatham (2004), "Pentecostal adaptations in rural and urban México: an anthropological assessment", en *Mexican Studies*, vol. 20, núm. 1, University of California y Universidad Nacional Autónoma de México, Irvine (CA), febrero, pp. 145-166.

GAYET, Cecilia, Fátima Juárez, Laura Pedrosa y Carlos Magis (2003), "Uso del condón entre adolescentes mexicanos para la prevención de las infecciones de transmisión sexual", en *Salud Pública de México*, vol. 45, supl. 5, Instituto Nacional de Salud Pública, México D.F., pp. S632-640.

GAYET, Cecilia y Patricio Solís (2007), "Sexualidad saludable de los adolescentes: la necesidad de políticas basadas en evidencias", en *Salud Pública de México*, vol. 49, supl.1, mesa II, edición especial, XII Congreso de Investigación en Salud Pública, Instituto Nacional de Salud Pública, México D.F., pp. E47-51.

28

Año 4
Número 7

Enero/
diciembre
2010

GONZÁLEZ-GARZA, Carlos, Rosalba Rojas Martínez, María Hernández-Serrato y Gustavo Olaiz-Fernández (2005), "Perfil del comportamiento sexual en adolescentes mexicanos de 12 a 19 años de edad: resultados de la ENSA 2000", en *Salud Pública de México*, vol. 47, núm. 3, Instituto Nacional de Salud Pública, México D.F., mayo-junio, pp. 209-218.

GUPTA, Neeru (2000), "Sexual initiation and contraceptive use among adolescent women in Northeast Brazil", en *Studies in Family Planning*, vol. 31, núm. 3, Population Council, Nueva York, septiembre, pp. 228-238.

HANSON, Thomas, Sara S. McLanahan y Elizabeth Thomson (1998), "Windows on divorce: before and after", en *Social Science Research*, vol. 27, núm. 3, Elsevier, Nueva York, septiembre, pp. 329-349.

HARDY, Sam A. y Marcela Raffaelli (2003), "Adolescent religiosity and sexuality: an investigation of reciprocal influences", en *Journal of Adolescence*, vol. 26, núm. 6., The Association for Professionals in Services for Adolescents, Twickenham (Reino Unido), pp. 731-739.

HERNÁNDEZ, Jesús A. (2002), "Sexualidad y efectividad en el religioso católico", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. VIII, núm. 015, Universidad de Colima, Colima (México), junio, pp. 57-88.

HIRSCH, Jennifer (2008), "Catholics using contraceptives: religion, family planning, and interpretive agency in rural México", en *Studies in Family Planning*, vol. 39, núm. 2, Population Council, Nueva York, junio, pp. 93-104.

INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD e INSTITUTO DE INVESTIGACIONES JURÍDICAS DE LA UNAM (2005), *Encuesta Nacional de la Juventud 2005*, México D.F.

INSTITUTO NACIONAL DE GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA (INEGI) (2004), *La Diversidad Religiosa en México*, INEGI, México D.F.

JUÁREZ, Fátima (2003), “Adolescent reproductive health in Latin America”, en María Eugenia Zavala y Éric Vilquin (coords.), *Poverty, Fertility and Family Planning*, Committee for International Cooperation in National Research in Demography (CICRED)-Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM)-United Nations Population Fund (UNFPA), París, pp. 167-19.

KARIM, Ali M., Robert J. Magnani, Gwendolyn T. Morgan y Katherine C. Bond (2003), “Reproductive health risk and protective factors among unmarried youth in Ghana”, en *International Family Planning Perspectives*, vol. 29, núm. 1, Guttmacher Institute, Nueva York, marzo, pp. 14-24.

LAMMERS, Cristina, Marjorie Ireland, Michael Resnick y Robert Blum (2000), “Influences on adolescents’ decision to postpone onset of sexual intercourse: a survival analysis of virginity among youths aged 13 to 18 years”, en *Journal of Adolescent Health*, vol. 26, núm. 1, Society for Adolescent Health and Medicine, Deerfield (IL), enero, pp. 42-48.

LELIÉVE, Éva y Arnaud Bringé (1998), *Méthodes et savoirs. Practical guide to event history análisis using SAS, TDA, STATA*, Institut National D’Etudes Démographiques, París.

LLOYD, Cynthia B. y Ann K. Blanc (1996), “Children’s schooling in Sub-Saharan Africa: the role of fathers, mothers, and others”, en *Population and Development Review*, vol. 22, núm. 2, Population Council, Nueva York, junio, pp. 265-298.

MANLOVE, Jennifer, Suzane Ryan y Kerry Franzetta (2003), “Patterns of contraceptive use within teenagers’ first sexual relationships”, en *Perspectives on Sexual and Reproductive Health*, vol. 35, núm. 6, Guttmacher Institute, Nueva York, noviembre-diciembre, pp. 246-255.

MARTÍNEZ CANIZALES, Georgina (2010), “Gender dynamics in the parental household and their effects on the sexual behavior of Mexican youth”, tesis de doctorado en Sociología por la Universidad de Texas en Austin, Austin, Texas.

MASFERRER, Elio (2003), “La formulación del campo religioso mexicano al inicio del milenio”, en *Graffilia*, año 1, núm. 2, Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla (México), verano de 2003, pp. 61-68.

MENKES, Catherine y Leticia Suárez (2003), “Sexualidad y embarazo adolescente en México”, en *Papeles de Población*, vol. 35, núm. 1, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población-Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca (México), enero-marzo, pp. 1-31.

MESCHKE, Laurie L. y Rainer K. Silbereisen (1997), “The Influence of Puberty, Family Processes, and Leisure Activities on the Timing of First Sexual Experience”, en *Journal of Adolescence*, vol. 20, núm. 4, The Association for Professionals in Services for Adolescents, Twickenham (Reino Unido), agosto, pp. 403-418.

REGNERUS, Mark (2007), *Forbidden fruit: Sex & religion in the lives of american teenagers*, Oxford University Press, Nueva York.

REGNERUS, Mark y Christian Smith (2005), “Selection effects and social desirability bias in studies of religious influences”, en *Review of Religious Research*, vol. 47, núm. 3, Religious Research Association, Galva (IL), pp. 23-50.

ROHRBAUGH, John y Richard Jessor (1975), “Religiosity in youth: a personal control against deviant behavior”, en *Journal of Personality*, vol. 43, núm. 1, Farmington (CT) (USA), marzo, pp. 136-155.

ROSTOSKY, Sharon S., Brian Wilcox, Margaret L. C. Wright y Brandy A. Randall (2004), “The impact of religiosity on adolescent sexual behavior: a review of the evidence”, en *Journal of Adolescent Research*, vol. 19, núm. 6, Worcester (Mass) (USA), noviembre, pp. 677-697.

SCHENKER, Joseph G. (2000), “Women’s reproductive health: monotheistic religious perspectives”, en *International Journal of Gynecology & Obstetrics*, vol. 70, núm. 1, The International Federation of Gynecology and Obstetrics, Londres, julio, pp. 77-86.

SMITH, Christian (2003), “Theorizing religious effects among American adolescents”, en *Journal for the Scientific Study of Religion*, vol. 42, núm. 1, Society for the Scientific Study of Religion, Provo (UT) (USA), pp. 17-30.

STATAcorp (2005), *Stata Statistical Software: Release 8*, College Station, Texas, StataCorp LP.

STEINBERG, Laurence (1999), *Adolescence*, McGraw-Hill, Nueva York.

TAPIA, José A. y F. Javier Nieto (1993), “Razón de posibilidades: una propuesta de traducción de la expresión odds ratio”, en *Salud Pública de México*, vol. 35, núm. 4, Instituto Nacional de Salud Pública, México D.F., julio-agosto, pp. 419-424.

URIBE, Luz (2005), “Familia, noviazgo e iniciación sexual. El papel que desempeña la comunicación entre padres e hijos”, en Martha Mier y Terán y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y Niños: un enfoque sociodemográfico*, IISUNAM-FLACSO México-Miguel Ángel Porrúa, México D.F., pp. 71-87.

30

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

VÁZQUEZ, Felipe (2003), “La praxis de la fe evangélica en la sociedad”, en *Graffylia*, año 1, núm. 2, Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla (Méjico), verano de 2003, pp. 113-123.

VERONA, Ana P. y Mark Regnerus (2009), “Religion and sexual initiation in Brazil”, trabajo presentado en el *Annual Meeting of the Population Association of America*, Detroit. Disponible en: <http://paa2009.princeton.edu/download.aspx?submissionId=91837>

WALLACE, John M. y David R. Williams (1997), “Religion and adolescent health-compromising behavior”, en John Schulenberg, Jennifer L. Maggs y Klaus Hurrelmann (eds.), *Health risks and developmental transitions during adolescence*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), pp. 444-468.

WELTI, Carlos (2005), “Inicio de la vida sexual y reproductiva”, en *Papeles de Población*, núm. 45, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población-Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca (Méjico), julio-septiembre, pp. 143-176.

ZALESKI, Ellen H. y Kathleen M. Schiaffino (2000), “Religiosity and sexual risk-taking behavior during the transition to college”, en *Journal of Adolescence*, vol. 23, núm. 2, The Association for Professionals in Services for Adolescents, Twickenham (Reino Unido), abril, pp. 223-227.

Los determinantes de la ruptura de la primera unión en el Uruguay: un análisis a partir de dos encuestas retrospectivas

*The determinants of first union breakdown in Uruguay:
an analysis from two retrospective surveys*

Wanda Cabella

*Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República (Uruguay)*

Resumen

El objetivo de este trabajo es investigar los determinantes de la disolución de la primera unión en el Uruguay a partir del análisis de dos encuestas de carácter retrospectivo realizadas durante la década de 1990. A pesar de que la información presenta limitaciones, es importante resaltar que en el Uruguay y en la región en general son escasos los estudios de corte longitudinal sobre los factores que determinan las rupturas.

Se consideraron tres grandes grupos de determinantes: 1) demográficos (edad a la primera unión, tipo de unión, hijos); 2) socioeconómicos (educación, área de residencia, actividad laboral); y 3) factores ideológicos (religión, ideología de género).

Los resultados indican que las variables que dan cuenta de la historia del vínculo –más que las características sociales de los cónyuges– se perfilan como los principales determinantes de la mayor o menor estabilidad de las uniones. La relación entre el carácter consensual de las uniones y su mayor inestabilidad es uno de los más importantes predictores de ruptura. Aun controlando factores como la edad, la fecundidad, la educación y la orientación religiosa, las uniones libres tienen probabilidades significativamente mayores de disolverse. Asimismo, la presencia o ausencia de hijos en las parejas es una variable que muestra efectos significativos sobre la probabilidad de ruptura.

Palabras clave: rupturas conyugales, determinantes del divorcio, Uruguay.

Abstract

The aim of this study is to analyze the determinants of first union dissolution in Uruguay through the analysis of two retrospective surveys conducted during the 1990's. Although information has limitations, it is important to note that in Uruguay and the region in general, there are few studies on determinants of divorce, based on longitudinal data. We consider three groups of determinants: 1) demographics (age at first marriage and union status, fertility); 2) socioeconomic factors (education, area of residence, work activity); and 3) ideological factors (religion, gender value orientation). The results indicate that the variables relating to the history of the union, rather than to the social characteristics of the spouse, are major determinants of union stability. The status of the union (cohabiting union or marriage) is one of the most important predictors of rupture. Even after controlling factors such as age, fertility, education and religious orientation, cohabiting unions are significantly more likely to dissolve. Also, the presence or absence of children shows significant effects on the likelihood of dissolution.

31

W. Cabella

Key words: marital breakdown, determinants of divorce, Uruguay.

Introducción

El objetivo de este trabajo es presentar un análisis de los determinantes de la disolución de la primera unión en el Uruguay a partir del estudio de las trayectorias conyugales reconocidas en dos encuestas de carácter retrospectivo realizadas en Montevideo y en el país.

La primera sección es una revisión teórica de los factores usualmente considerados como predictores de las rupturas conyugales. En la siguiente sección se presenta una breve descripción de los datos utilizados. La tercera sección se concentra en el estudio de los determinantes de la ruptura de la primera unión conyugal, utilizando técnicas de análisis multivariado (modelos *probit*). Los resultados se presentan en forma separada para varones y mujeres de todo el país sobre la base de la Encuesta de Género y Generaciones (EGG) (2004) y de las respuestas de las mujeres montevideanas entrevistadas en 2001 en la Encuesta de Situaciones Familiares (ESF).

Una revisión teórica de los determinantes de las rupturas conyugales

El estudio de los factores asociados al divorcio ha conocido un gran florecimiento en las últimas tres décadas, estimulado por el aumento que experimentaron las rupturas conyugales en la mayor parte de los países desarrollados. Asimismo, jugaron un papel importante la reciente disponibilidad de encuestas y grandes bases de datos y las más afinadas técnicas estadísticas. Aunque también ha sido creciente la sofisticación de los modelos explicativos, la mayoría de los estudios considera un conjunto acotado de variables, integrado por factores demográficos, socioeconómicos, ideológicos y psicológicos. Como señala White (1990), durante la década de 1980, a pesar de la eclosión de trabajos sobre los determinantes del divorcio, los avances en el terreno de la explicación teórica fueron limitados. Según esta autora, los investigadores han confiado más “en el sentido común que en la perspectiva teórica y ha sido escasa la pretensión de que la teoría guíe el trabajo empírico” (p. 909. Traducción propia). En general, el estudio del divorcio ha tenido lugar fuera de las grandes corrientes teóricas de las ciencias sociales. A partir de la década de 1990, el análisis de tales determinantes se inscribe con mayor frecuencia en el marco de las teorías de la individualización en la modernidad tardía, y más recientemente en el contexto de la Segunda Transición Demográfica.

En las páginas siguientes se presenta una discusión de los factores usualmente considerados en los estudios de determinantes de las rupturas conyugales.

Factores demográficos y de curso de vida

Las variables que se consideran en este conjunto de factores son: la edad a la unión (en especial si se trata de la primera), el tipo de unión, el rango de la unión y la trayectoria reproductiva.

La edad a la unión

La precocidad de la entrada a la primera unión es uno los predictores más consistentes de la ruptura. Este hecho se suele interpretar de varias maneras. Se ve como el resultado de una elección apresurada, o al menos poco “rigurosa”, del cónyuge, argumento que ha sido

sostenido especialmente desde la economía.¹ Los argumentos sociológicos, en parte tomados de la psicología, consideran que cuanto más jóvenes son los miembros de la pareja, menor es su madurez emocional para hacer frente a los compromisos y tensiones de la vida en común, menor es su educación y, por tanto, también es menor su capacidad para resolver conflictos. Además, se señala que, dado que las personas tienden a cambiar de aspiraciones y de intereses en la juventud temprana, cuanto más jóvenes son los cónyuges, más altas son las chances de que se produzca una divergencia en los intereses entre los miembros de la pareja (Wolfinger, 2003; Amato, 1996; Clarke, 1999; Wolkott y Hughes, 1999).

El tipo de unión: consensualidad, cohabitación prenupcial y divorcio

La vasta mayoría de los estudios realizados en los países desarrollados muestra consistentemente que tanto la cohabitación prenupcial como la consensualidad se asocian a niveles particularmente altos de ruptura.

Con respecto a la cohabitación prenupcial, es corriente encontrar dos vertientes explicativas en el extenso cuerpo de evidencia que documenta esta asociación. La primera de ellas, conocida como *teoría causal*, sostiene que la propia experiencia de la cohabitación provoca inestabilidad en la pareja (Axinn y Thornton, 1992). La lógica de esta argumentación es que el período previo de convivencia favorece el cambio de actitudes frente al matrimonio, en el sentido de que cuestiona sus bases institucionales. Por su parte, la *teoría de la auto-selección* aduce que los mayores riesgos de disolución entre los cohabitantes prenupciales se deben imputar a las propias características de los individuos que deciden cohabitar; es decir, los rasgos que determinan la mayor propensión a cohabitar actúan también sobre la propensión a divorciarse. Se trata de individuos que, en general, detentan valores menos tradicionales frente al matrimonio, que no profesan una religión, que tienen mayor probabilidad de tener padres separados, menor tolerancia a relaciones poco satisfactorias y menores niveles de compromiso familiar. En definitiva, esta teoría sostiene que estos individuos se hubieran divorciado aun sin una cohabitación previa al matrimonio (Philips y Sweeney, 2005; Weston, Qu y De Vaus, 2003; Teachman, 2003).

Para el caso del Uruguay, un trabajo reciente (Bucheli y Vigna, 2005), realizado sobre la base de los datos de la ESF y utilizando modelos de duración multivariados, revela que para las mujeres montevideanas predomina el efecto de auto-selección, en la medida en que el período de convivencia previo al matrimonio está positivamente relacionado con la probabilidad de divorciarse. Vale aclarar que estos autores no contraponen las dos teorías mencionadas, sino que prueban el efecto de auto-selección frente a la “teoría del aprendizaje”. Esta última perspectiva asevera que el período previo de cohabitación actúa como estabilizador del matrimonio, en tanto permite poner a prueba la compatibilidad entre ambos cónyuges.

Más recientemente se ha planteado que la relación positiva entre cohabitación prenupcial y ruptura es, en realidad, una construcción estadística que resulta de medir la

1 En particular, este argumento ha sido desarrollado por Gary Becker y colegas en un artículo publicado en 1977: “An economic analysis of marital instability” (citado en Clarke y Berrington, 1999).

probabilidad de ruptura a partir de la fecha del matrimonio legal y no desde el inicio de la convivencia (Weston, Qu y De Vaus, 2003).

Si bien los mismos esquemas explicativos que relacionan cohabitación prenupcial y ruptura conyugal se pueden aplicar a las uniones que no son legalizadas –a veces llamadas uniones consensuales estables–, el cuerpo de investigación existente al respecto es significativamente menor. Es decir, a pesar de que la consensualidad es una forma conyugal extendida en América Latina, son escasos los trabajos abocados a estudiar la estabilidad de este tipo de uniones y son también muy pocas las fuentes adecuadas para este tipo de análisis.

La teoría de la “incertidumbre de rol”, utilizada por Ruben Kaztman para explicar el crecimiento de las uniones consensuales en los sectores pobres urbanos, se destaca como un cuerpo de ideas organizado que permite extraer algunas conclusiones con respecto a cuáles serían los vínculos entre consensualidad e inestabilidad matrimonial. De acuerdo con este autor, la causa del aumento de tales uniones debe buscarse en la renuencia de los varones de los sectores pobres urbanos a conformar uniones legales, llevados por la creciente “incertidumbre de rol” que experimenta la identidad masculina en estos sectores (Kaztman, 1993). Solo una pequeña parte de las uniones consensuales respondería a actitudes más modernas frente a la vida conyugal, Kaztman (1993, 2002) parte de la idea de que la identidad masculina se basa en dos pilares: la familia y el trabajo; y, mientras que el cambio de roles a nivel doméstico socavó el poder de los varones dentro de la familia, el desempleo y el deterioro de las condiciones laborales de los trabajadores poco calificados redujeron sus posibilidades de realización en el ámbito público y debilitaron su imagen como proveedores económicos del hogar. Estos dos elementos llevarían a los hombres a no comprometerse en relaciones estables (Kaztman, 1993, 1997, 2002). En este esquema, la conformación de uniones consensuales en los países de la región estaría vinculada a la posibilidad masculina de escapar del vínculo matrimonial sin mayores trabas legales y sin mayores consecuencias económicas subsecuentes a la ruptura.

34

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Las trayectorias reproductivas

La evidencia encontrada es consistente en reportar un mayor riesgo de ruptura entre aquellas personas que no han iniciado la etapa reproductiva (Wolkott y Hughes, 1999; Amato, 1996; Cherlin, 1992; Waite y Lillard 1991; White, 1990). Sin embargo, existe controversia respecto del sentido de la causalidad: mientras que, por un lado, se sostiene que los hijos aportan estabilidad al matrimonio, por otro lado, se aduce que es factible que las parejas menos dispuestas a asumir compromisos de largo plazo decidan no iniciar la etapa reproductiva (Berrington y Diamond, 1999; Waite y Lillard, 1991).

Los estudios más recientes han incluido no solo la presencia o ausencia de hijos, sino el número, la edad y el sexo de los mismos, partiendo del supuesto de que los hijos eventualmente aportan estabilidad al matrimonio únicamente bajo ciertas circunstancias. Waite y Lillard (1991) apuntan que no se constata una asociación lineal entre el número de hijos y la estabilidad del matrimonio, aun controlando por duración. Estos autores encuentran que la probabilidad de ruptura es alta entre las parejas sin hijos y entre

aquellas que alcanzan parídeces más altas. Asimismo, observan que la probabilidad de ruptura es baja en los primeros dos años subsecuentes al nacimiento del primer hijo y aumenta después de que los hijos superan la edad escolar. De esta manera, se sugiere que el rol protector de los hijos opera a edades tempranas, pero que, a medida que estos crecen, es factible que los padres rompan con relaciones pocos satisfactorias pero toleradas mientras los niños son dependientes. Estos resultados se confirman también en estudios realizados en países europeos (Erlangsen y Andersson, 2001).

Dentro de las variables que integran el curso de vida, se suele incluir la experiencia matrimonial de los padres. De esta manera se habla de *transmisión intergeneracional del divorcio* para referirse a la influencia de la estructura de la familia de origen sobre el comportamiento conyugal de los individuos. Un importante cuerpo de trabajos empíricos da cuenta del mayor riesgo que tienen los hijos de padres separados de experimentar su propia separación (Wolfinger, 2003; Engelhardt, Trappe y Dronkers, 2002; Amato, 1996). Se aduce que la transmisión intergeneracional se produce por diversas vías. Algunos estudios señalan que los hijos de padres separados tienen mayor probabilidad de entrar en unión más tempranamente y de optar por uniones consensuales (Kiernan y Cherlin, 1999). Otras explicaciones enfatizan los efectos de la ruptura parental sobre la incorporación de los roles familiares durante el período de socialización (Cherlin, Kiernan y Chase Landale, 1995).

Factores socioeconómicos e ideológicos

El nivel educativo

35

W. Cabella

El rol que juega la educación de los miembros de la pareja ha sido extensamente tratado en los estudios de los determinantes del divorcio. Tampoco en este terreno las respuestas son unívocas: mientras que varios trabajos muestran que el riesgo de ruptura marital está inversamente relacionado con el nivel educativo de los cónyuges, muchos otros muestran la inexistencia de efectos de la educación sobre la probabilidad de divorciarse (Jalovaara, 2001).

Las investigaciones que abordan las causas de la ruptura en el nivel agregado y en clave comparativa llegan a la conclusión de que, en los países donde el nivel de divorcio es alto, la educación deja de ejercer efectos sobre la propensión a divorciarse, mientras que, en aquellos en que está poco extendido, son los sectores más educados los que muestran tasas de rupturas más elevadas. Ello se explicaría como el resultado de actitudes más liberales y modernas con respecto a la institución matrimonial entre las mujeres con mayor educación formal (Clarke, 1999; Ruiz Becerril, 1999; Houle, Simó, Treviño y Solsona, 1998; Kiernan y Mueller, 1998). Asimismo, se encuentra que también en la sucesión de las cohortes matrimoniales la educación deja de tener peso en la decisión de ruptura, lo que se interpreta como el resultado de un proceso de democratización del divorcio (Houle, Simó, Treviño y Solsona, 1998). En el nivel individual, esta asociación se explica por la relación entre mayor educación y mejores oportunidades de empleo y, por ende, mayores ingresos; desde el punto de vista de las mujeres, ello puede implicar la posesión de recursos financieros para sustentar un hogar de forma autónoma. Este argumento está íntimamente conectado con la hipótesis de la independencia económica femenina, que será desarrollada a continuación.

Sin embargo, se debe señalar que en otros contextos, aun con niveles altos de divorcio, se observa que la ruptura es más frecuente entre los sectores menos educados. Es el caso de los Estados Unidos, donde se constata la asociación entre bajo capital educativo –particularmente entre la población afroamericana– y mayor riesgo de ruptura (Casper y Bianchi, 2002; Cherlin, 1992).

El trabajo femenino y la hipótesis de la independencia económica

La hipótesis de la independencia económica de la mujer es una de las más frecuentes explicaciones del aumento del divorcio. Esta hipótesis sostiene que el ingreso masivo y sostenido de las mujeres al mercado de trabajo ha sido una de las más potentes influencias en el incremento de las rupturas matrimoniales, en la medida en que erosionó la división sexual del trabajo sobre las que se basaba el matrimonio tradicional. Con mayores o menores matices, la importancia de la relación entre trabajo femenino, autonomía económica y divorcio ha sido asumida por la mayoría de los trabajos que analizan los cambios en la estabilidad de los matrimonios ocurridos desde fines de los años sesenta (Ruggles, 1997; Goode, 1993; Cherlin, 1992).

A pesar de que en el nivel agregado existe una fuerte correlación entre aumento de la participación laboral femenina y aumento del divorcio, en el nivel individual los efectos del trabajo femenino han arrojado resultados contradictorios (White, 1990). Por un lado, el hecho de que la mujer se vuelva menos dependiente económicamente aumenta la probabilidad de ruptura, en la medida que se reducen los beneficios del matrimonio (efecto de independencia). Por otro lado, algunos autores hallaron que el hecho de que la mujer genere ingresos significa un alivio a la situación económica del hogar y que, por tanto, puede contribuir a la estabilidad del matrimonio. Esto se comprueba en especial si los ingresos de la mujer no son suficientes para vivir independientemente (Liu y Vikat, 2004). Otros estudios muestran que, si el empleo femenino se combina con una carga importante de labores domésticas y cuidado de los niños, ello aumenta el nivel de conflicto de las parejas. En definitiva, ambos procesos pueden actuar simultáneamente: un mayor nivel de ingresos contribuiría a aliviar los problemas conyugales causados por dificultades financieras, pero la recarga del trabajo doméstico y extradoméstico en la mujer puede generar mayores tensiones y derivar en la ruptura del matrimonio (Wolkott y Hughes, 1999). Finalmente, hay autores que apuntan que, aunque es muy frecuente que la relación entre trabajo femenino y divorcio sea positiva, la causalidad no es clara, en el sentido de que, si bien las mujeres que trabajan fuera del hogar tienen mayores chances de concretar un proyecto de divorcio, también puede ocurrir que aquellas que anticipan la posibilidad de la ruptura decidan ingresar al mercado laboral (Clarke, 1999).

El papel de las actitudes y las ideas

Los factores relativos a la influencia que ejercen las actitudes y las ideas sobre la estabilidad de los vínculos maritales conforman un terreno mucho menos desarrollado en los estudios de divorcio. En la medida en que el propio curso de vida contribuye a modificar las orientaciones ideológicas, es particularmente complejo establecer conexiones causales entre valores más o menos tradicionales y ruptura de la unión a partir de encuestas

retrospectivas. Además, en parte debido a la falta de datos apropiados y en parte por la centralidad que se le ha otorgado a las variables más duras, es escaso el número de trabajos que incluyen una batería más o menos amplia de indicadores orientados a recoger el impacto de las actitudes sobre las decisiones conyugales. En su gran mayoría, los estudios se limitan a incluir la orientación religiosa. Esta suele comportarse en el sentido esperado: presenta una asociación negativa con la ruptura cuando los individuos creen o son practicantes de una religión, en particular del catolicismo.

La Encuesta de Situaciones Familiares y la Encuesta de Género y Generaciones

En este apartado se presentan las principales características de las dos encuestas utilizadas para realizar el trabajo empírico. Ambas recogieron información sobre las historias conyugales utilizando formatos de entrevista muy similares, y recolectaron los datos de la pareja actual y los correspondientes a las tres parejas anteriores con las que hubo convivencia mayor a seis meses de duración. Las preguntas más relevantes a los efectos del análisis que aquí se presenta son: fecha de inicio y eventual finalización de cada unión, tipo de unión (matrimonio directo, cohabitación prenupcial o unión consensual), fecundidad de cada unión y características del cónyuge para cada una de las uniones.

La encuesta de *Situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres* (ESF) se llevó a cabo en 2001 y relevó información de 1,806 mujeres residentes en la capital y en la zona metropolitana, en edades comprendidas entre 25 y 54 años.

La encuesta *Reproducción biológica y social de la población uruguaya: una aproximación desde la perspectiva de género y generaciones* (EGG) se implementó en varios departamentos del país durante los meses de octubre de 2004 a enero de 2005 con una muestra de hogares que tenía al menos una persona entre 15 y 79 años de edad. La muestra incluyó centros poblados de 5.000 y más habitantes. Además de los módulos básicos comunes, la encuesta constó de dos formularios centrales diferentes: uno de ellos se aplicó a la población entre 15 y 59 años de edad (Formulario A) y el otro a la población que tenía entre 60 y 79 años (Formulario B). En total se levantaron 6,500 encuestas; 4,859 personas respondieron el formulario correspondiente a la población menor de 60 años, en el que se incluyó un módulo orientado a relevar las historias conyugales de varones y mujeres. En este trabajo se utilizará exclusivamente la información del formulario aplicado a las personas entre 15 y 59 años de edad. Cabe destacar que se seleccionó solo una persona por hogar en ese tramo, por lo que las historias conyugales no incluyeron parejas corresidentes.

Con respecto a la distribución por sexo, el número de varones encuestados entre 25 y 54 años fue de 1,046 y el número de mujeres alcanzó a 2,132. En términos porcentuales, los varones representan el 32.9% del total de personas encuestadas en ese grupo de edad y las mujeres el 67.1% restante. Aplicando los ponderadores de la EGG, el número de varones comprendidos en esas edades es 1,372 y el de mujeres 1,572.²

2 Para una descripción más detallada de ambas encuestas y una revisión de los formularios, véase Cabella, 2008.

Los determinantes de la ruptura en el Uruguay y en Montevideo: análisis de resultados

En primer lugar, cabe señalar que, del total de encuestados alguna vez unidos, en torno a un tercio experimentó la ruptura de su primera unión. Los resultados obtenidos para las mujeres montevideanas en las dos encuestas son consistentes entre sí y arrojan una cifra muy cercana al 30%. Asimismo, se constata que la tasa de ruptura es levemente mayor en la capital que en el interior del país, tanto entre los varones como entre las mujeres. Este resultado es esperable dado que la expansión del divorcio ha sido más tardía en el interior del Uruguay, aunque ya a mediados de la década de 1990 la tasa bruta de divorcio (de matrimonios legales) era muy similar a la registrada en Montevideo (Filgueira, 1996).

Cuadro 1
Tasa de ruptura de la primera unión según sexo y área de residencia. Uruguay

Área de residencia	Mujeres		Varones EGG
	ESF	EGG	
Montevideo	31.3	29.7	30.5
Interior		25.6	27.0
Total		27.6	28.8

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESF y la EGG.

Cuadro 2
Medias muestrales de las variables independientes según sexo.
Personas mayores entre 25 y 54 años alguna vez unidas. Uruguay. Año 2004

38
Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Variable	Mujeres	Varones
Edad	39.18 (8.18)	39.61 (8.73)
Edad a la unión	22.22 (5.49)	23.97 (5.26)
Tipo de vínculo (0= Unión Consensual; 1= Matrimonio)	0.74	0.66
Hijos de la primera unión	0.87	0.78
Área de residencia (0= Interior; 1=Montevideo)	0.49	0.50
Años de estudio		
0-8	0.39	0.43
9-12	0.39	0.39
13+	0.22	0.18
Nunca trabajó	0.08	0.01
Religión (0= No creyente; 1= Creyente)	0.67	0.55
N	1,114.00	904.00

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EGG.

A continuación se describen los resultados del análisis multivariado de los determinantes del divorcio a partir de la información de la EGG y de la ESF. En primer lugar, se muestran las estimaciones realizadas sobre la base de la EGG, cuyos datos permiten determinar si existen diferencias de género en la probabilidad de ruptura del primer episodio conyugal. En segundo lugar, se presentan los resultados derivados de la ESF para las mujeres montevideanas, considerando un conjunto de variables similares a las utilizadas en los modelos estimados para varones y mujeres. En ambos casos, la variable dependiente es la probabilidad de haber experimentado la ruptura de la primera unión para todas aquellas personas que iniciaron su vida conyugal.

Los determinantes de la ruptura entre los varones y mujeres del Uruguay: un análisis a partir de la EGG

La muestra considerada para realizar este análisis se compone de los varones y mujeres alguna vez unidos; es decir, se elimina del análisis el conjunto de personas que nunca estuvo en unión. Asimismo, se considera solamente a los encuestados y encuestadas mayores de 25 años y menores de 55 cuya unión haya sido conformada antes de 2002. La decisión de restringir la muestra a este grupo de edad se debe, en primer lugar, a que antes de los 25 años la movilidad conyugal es muy importante y, en segundo lugar, a la necesidad de uniformar a la población objetivo respecto del rango de edades de las encuestadas en ESF. De todos modos, se debe resaltar que los resultados obtenidos no son estrictamente comparables por tratarse de muestras tomadas con distintos criterios, en diferentes años y con diversa cobertura geográfica.

Entre los factores determinantes, se buscó incluir variables relativas a las características demográficas y biográficas y variables que dieran cuenta de sus estatus socioeconómicos y de sus actitudes. En el Cuadro 2 se muestran las medias muestrales de las variables independientes consideradas en los modelos. Las variables incluidas son las siguientes:

Variables demográficas y de curso de vida

1) *La edad*: se incluye como una variable de control. Si bien el divorcio aumenta en las nuevas generaciones, la edad al divorcio está relacionada con el tiempo de exposición. Se analizaron distintas formas funcionales para capturar el efecto de esta variable, y resultó que la mejor especificación es aquella que incluye el cuadrado de la edad. Con esta especificación, se observa que la probabilidad de ruptura aumenta con la edad a tasas decrecientes. Por otro lado, la edad también recoge los efectos de la duración del matrimonio, otra de las variables que suele usarse como control en este tipo de análisis. Dada la alta correlación entre duración del vínculo y edad, se optó por eliminar la duración de las estimaciones.

2) *La edad a la primera unión*: se incluye como variable continua.

3) *El tipo de unión*: es una variable binaria que adquiere el valor cero si la pareja no legalizó la unión y el valor uno si se trató de un matrimonio legal.

4) *Hijos de la primera unión*: es una variable binaria que adquiere el valor cero si la persona no tuvo hijos durante su primera unión y el valor uno si tuvo al menos un hijo.

5) *Padres separados*: es una variable binaria que toma el valor cero si los padres permanecían unidos cuando la persona encuestada tenía 20 años y el valor uno si se habían separado. Dentro de esta última categoría fueron incluidos también los encuestados cuyo padre o madre fuesen desconocidos. Los casos en los que la pareja parental se había disuelto por viudez antes de los 20 años del encuestado fueron tratados como *missing values*.

Variables socioeconómicas

1) *La educación:* se incluye como variable categorizada a partir de los años de educación alcanzados al momento de la encuesta. Dado que se trata de personas de 25 y más años, la educación puede considerarse como un atributo fijo. La categoría más baja, 0 a 8 años de educación, está integrada por las personas sin instrucción, por las que realizaron estudios primarios completos o incompletos y por las que no completaron el ciclo básico de educación secundaria. La categoría 9 a 12 años incluye a las personas que completaron el primer ciclo de secundaria y a las que tienen el segundo ciclo completo o incompleto. La categoría 13 o más años incorpora a las personas que iniciaron el nivel de educación terciaria, hayan o no culminado estudios superiores. La categoría omitida es el nivel educativo más bajo.

2) *Nunca trabajó:* se incluye solamente para las mujeres, ya que es muy marginal el número de varones que nunca ingresó al mercado laboral. Es una variable binaria que toma el valor cero si la mujer estaba trabajando al momento de la entrevista o si había trabajado, aunque no participase del mercado laboral en el momento de la encuesta, y toma el valor uno si la mujer nunca participó del mercado formal de empleo.

Cuadro 3
Determinantes de la ruptura de la primera unión de mujeres y varones (modelos probit).
Uruguay. Año 2004

	Variable	Mujeres			Varones		
		Coefficiente	Significación	Efecto marginal	Coefficiente	Significación	Efecto marginal
40 Año 4 Número 7 Enero/ diciembre 2010	Edad	0.203 ***	0.001	0.042	0.180 **	0.040	0.040
	Edad ² (Edad al cuadrado)	-0.025 ***	0.001	-0.005	-0.018 *	0.094	-0.004
	Edad a la unión	-0.055 ***	0.000	-0.012	-0.083 ***	0.000	-0.018
	Tipo de vínculo (Matrimonio=1; U. cons.=0)	-1.516 ***	0.000	-0.439	-1.503 ***	0.000	-0.421
	Hijos primera unión (Sí=1; No=0)	-0.955 ***	0.000	-0.281	-1.249 ***	0.000	-0.382
	Padres separados (Sí=1; No=0)	0.019	0.611	0.004	-0.045	0.404	-0.010
	Área de residencia (Montevideo=1; interior=0)	0.133	0.158	0.028	-0.168	0.227	-0.037
	Años de estudio 9-12	-0.157	0.133	-0.032	-0.026	0.862	-0.006
	Años de estudio 13 +	0.057	0.675	0.012	0.708 ***	0.001	0.196
	Nunca trabajó (Sí=1; No=0)	-0.361 **	0.046	-0.063			
	Religión (Sí=1; No=0)	-0.379 ***	0.000	-0.085	-0.105	0.445	-0.024
	Constante	-1.666	0.149		-1.093	0.514	
Nº de observaciones				1,414.000			681.000
Máxima verosimilitud				-500.997			-233.720
Pseudo R2				0.293			0.355

Notas: En "Años de estudio" se omite la categoría 0-8 años. *** significativo al 99%; ** significativo al 95%; * significativo al 90%.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EGG.

3) *Área de residencia:* es una variable binaria que toma el valor cero si la persona residía en el interior del país al momento de la encuesta y el valor uno si se encontraba

residiendo en la capital. Si bien es posible que las personas se hayan trasladado a raíz de la ruptura, esta variable se incluye porque los estudios de divorcio suelen encontrar que existe mayor propensión a divorciarse en las grandes aglomeraciones urbanas. Dado que Montevideo concentra algo más del 40% de la población total del país, se espera que esta variable dé cuenta de dicho efecto.

Variables actitudinales

1) *Religión*: es una variable binaria que toma el valor cero si la persona no tiene ningún tipo de afiliación religiosa y el valor uno si declara pertenecer a una religión, concurra o no a los servicios religiosos. Entonces, lo que la variable recoge es si la persona es o no creyente. En el total de la población encuestada, el 78% de quienes declaran tener una creencia religiosa pertenece a la fe católica. Dado que la EGG no incluyó preguntas que permitan medir actitudes frente a la vida familiar, esta variable es la única que busca reflejar actitudes más o menos tradicionales frente a la pareja y al divorcio. En hipótesis, la mayor religiosidad puede ser entendida como el reflejo de actitudes más tradicionales hacia la familia. Debe señalarse que esta variable recoge la afiliación religiosa en el momento de realizarse la encuesta, por lo que no se puede descartar que las preferencias religiosas estén afectadas por la propia historia conyugal.

Los resultados del análisis multivariado a partir de la EGG

En el Cuadro 3 se presentan, en forma separada para varones y mujeres, los resultados de las estimaciones utilizando modelos *probit*. Este cuadro incluye los coeficientes obtenidos, el nivel de significación y los efectos marginales.^{3, 4}

41

W. Cabella

En primer lugar, cabe destacar que, en lo que respecta a las variables demográficas y de historia marital, no se encuentran diferencias importantes en los determinantes de la ruptura entre varones y mujeres. Este resultado es esperable si se considera que en una proporción muy alta se trata de la primera unión para ambos miembros de la pareja y que la conformación de las parejas uruguayas sigue un patrón eminentemente homogámico (Piani, 2003; Peri, 1996).

Tanto entre los varones como entre las mujeres, las variables que dan cuenta de los efectos de la *edad* muestran que, si bien la probabilidad de divorcio aumenta con la edad –recogiendo los efectos de la mayor exposición–, tomadas en conjunto, las dos variables utilizadas para modelizar los efectos de la generación indican que la probabilidad de haber experimentado la ruptura de la primera unión decrece entre las generaciones más antiguas.

3 Se consideraron personas entre 25 y 54 años unidas antes de 2002. A pesar de que se usaron los ponderadores, el software (STATA, versión SE 8) arroja los valores originales. Ello explica las diferencias en el total y en la distribución de casos con respecto al cuadro anterior.

4 En el Anexo 1 se describen las características de los modelos *probit* y en el Anexo 2 se presentan las matrices de correlaciones entre las variables independientes consideradas.

La *edad a la unión* muestra el signo esperado: cuanto más temprano es el inicio de la vida en pareja, más alta es la probabilidad de que esta se disuelva, tanto entre varones como entre mujeres. En lo que respecta a esta variable, las estimaciones para el Uruguay confirman uno de los resultados más sólidos que refiere la bibliografía sobre los determinantes de la ruptura matrimonial.

El *tipo de vínculo*, según lo esperable, también tiene una estrecha relación con la estabilidad de la unión, mostrando el mismo signo para ambos sexos y efectos marginales de considerable y similar magnitud para varones y mujeres. La probabilidad de ruptura entre aquellos que formalizaron la unión es en torno a 40 puntos porcentuales menor que la de las personas que se casaron. Considerando que este efecto es neto de otras variables socio-demográficas que usualmente se relacionan con la consensualidad (edad, edad a la unión, educación), este resultado está en línea con la bibliografía revisada, que coincide en que las uniones consensuales son más frágiles que las uniones formales. Sin embargo, se debe tomar en cuenta que esta variable podría estar reflejando los efectos de factores actitudinales no contemplados en el modelo.

Con respecto a la relación entre *presencia o ausencia de hijos* y ruptura, los resultados están en línea con la evidencia mostrada por otros estudios en cuanto a que es frecuente encontrar una asociación negativa entre ruptura e hijos de la unión. Para el caso de Montevideo, Bucheli y Vigna (2005) llegan a la misma conclusión, pero tomando en cuenta solo las uniones formalizadas. Tampoco se registran diferencias entre varones y mujeres, y en ambos casos los efectos marginales son importantes, aunque de mayor magnitud entre los varones: la probabilidad de ruptura masculina es 38 puntos porcentuales menor si la unión fue fecunda, mientras que, entre las mujeres, tener hijos reduce la probabilidad de concluir la unión en 28 puntos porcentuales respecto de las que no los tienen. Esta diferencia podría estar relacionada con el hecho de que para los varones la disolución del vínculo implica la separación residencial de sus hijos, circunstancia que algunos de ellos pueden considerar un costo afectivo y económico importante. Como se señaló anteriormente, la causalidad del vínculo entre divorcio e hijos es de difícil discernimiento, dado que sería necesario despejar en qué medida las parejas más conflictivas o las que están menos dispuestas a asumir compromisos de larga duración optan por no tener hijos. Puede suponerse que este efecto está amortiguado por la variable *tipo de vínculo*, en la medida que es esperable que la legalización refleje una actitud de mayor apego a la institución y, por tanto, de mayor compromiso con la estabilidad del vínculo. Tomando en cuenta las limitaciones señaladas, los resultados sugieren que los hijos otorgan mayor estabilidad a las uniones, aunque no es posible saber, entre otras cosas, si es porque le aportan mayor satisfacción a la relación conyugal o porque aumentan los costos de la ruptura. Finalmente, cabe señalar que tampoco se está controlando ni el número ni la edad de los hijos, ambas variables que, como se verá en el análisis de los datos de la ESF, tienen importantes efectos en esta relación.

Con respecto a la variable que pretende mensurar los efectos de *la transmisión intergeneracional del divorcio*, medida a través de la ruptura parental previa a la entrada a la vida adulta de los encuestados, las estimaciones sugieren que la disolución del vínculo no está asociada con la estabilidad de la pareja de los padres. Este resultado podría deberse a que los efectos de la variable están mediados por la edad a la unión o por el tipo de vínculo;

sin embargo, no se encuentran correlaciones importantes entre el hecho de haber experimentado la ruptura parental y el tipo de vínculo o la edad a la unión.

Pasemos ahora al análisis de las variables explicativas relacionadas con la adscripción socioeconómica de las personas.

En lo que atañe al *área de residencia*, tampoco se encontraron efectos significativos para ninguno de los sexos, resultando que la probabilidad de ruptura es independiente de esta variable y que no se constata el efecto positivo que predice la teoría respecto de una mayor probabilidad de las rupturas en las grandes aglomeraciones urbanas.

El *nivel educativo* resultó significativo para explicar la probabilidad de disolver la primera unión entre las mujeres. En cuanto a los varones, solo hay diferencias relevantes entre los que pertenecen a la categoría más alta de educación y los que se incluyen en la más baja: la estimación arroja una relación positiva entre haber realizado estudios superiores y experimentar la ruptura de la primera unión.

El nivel educativo suele considerarse como el reflejo de dos dimensiones de la vida social: por un lado, resulta un buen predictor del nivel de ingresos y, por otro, ejerce influencias sobre los gustos y las actitudes de las personas. Si tomamos en cuenta la primera vía de impacto, la educación puede verse como una variable que indirectamente pone a prueba la hipótesis de la independencia económica de las mujeres. Recuérdese que esta explicación plantea que la autonomía económica se relaciona positivamente con la ruptura, dado que les permite a las mujeres ser menos dependientes de los ingresos del marido. La falta de asociación estadística entre educación y divorcio, una vez controlados otros factores, estaría sugiriendo que, para el caso uruguayo, el nivel de bienestar económico individual no es un buen predictor de la estabilidad de las uniones, en la medida en que la ruptura es igualmente probable entre las mujeres que acumularon mayor capital educativo que entre las que tienen poca educación. Desde otra perspectiva, siempre considerando el nivel educativo como una *proxy* del nivel de ingresos, tampoco se prueba la hipótesis de que la mayor seguridad económica otorgue estabilidad a los matrimonios.

Con respecto a la segunda vía de impacto de la educación, aquella relacionada con sus influencias sobre las actitudes, la ausencia de diferencias significativas sugiere que los valores más liberales e individualistas relativos a la vida conyugal permean a las mujeres en todos los sectores sociales.

El hecho de que los varones con nivel educativo más alto tengan más probabilidades de disolver su primera unión que los menos educados resulta sorprendente. Desde una perspectiva de la división tradicional del trabajo, cabría suponer que aquellos deberían divorciarse menos porque es esperable que tengan mayor capacidad para cumplir con su función de proveedores (Bernhardt, 2000). Efectivamente, algunos estudios han mostrado que el desempleo y la inestabilidad en el trabajo aumentan el riesgo de disolución para los varones. Para el caso del Uruguay, las ideas de Kaztman acerca de la incertidumbre de rol también abonarían la existencia de una relación negativa entre nivel educativo y ruptura de las uniones. Sin embargo, los resultados obtenidos en esta estimación no confirman esta relación, sino que muestran que la probabilidad de disolución del vínculo es mayor entre los varones que cuentan con al menos un año de estudios superiores. No ha

sido posible considerar en el modelo variables que den cuenta del estatus laboral ni de la calidad del empleo. Es posible que la inclusión de este tipo de indicadores hubiera permitido matizar o revertir este resultado. Pero, si ese no hubiera sido el resultado, una interpretación plausible de esta mayor propensión de los varones educados a disolver su primera unión es que estos confían en que su capacidad económica les asegurará mayores chances de contraer una unión más satisfactoria que la actual.

En lo que se refiere a los efectos de la *condición laboral*, solamente se pudo incluir una variable dicotómica que discrimina entre las mujeres que nunca participaron y aquellas que están o han estado insertas en el mercado de trabajo. Aun cuando es escaso el número de mujeres que nunca participó en el dicho mercado (véase el Cuadro 2), el hecho de no haber tenido ninguna experiencia laboral se asocia positivamente con la estabilidad de la unión entre las mujeres: las que nunca trabajaron fuera del hogar se divorcian menos que aquellas que están trabajando o que alguna vez en su vida estuvieron incluidas en el mercado laboral. Este resultado, a diferencia de la educación, confirmaría que las mujeres más dependientes de los beneficios económicos del matrimonio, incluso controlando por nivel educativo, tenderían a permanecer unidas, y, por lo tanto, estaría en línea con la teoría de la independencia económica de la mujer.

Finalmente, la única variable que se pudo incluir en el modelo a fin de evaluar el peso de las actitudes sobre la ruptura de las uniones ha sido la *orientación religiosa*. Esta variable resultó significativa para las mujeres pero no para los varones. El hecho de tener algún tipo de orientación religiosa reduce la probabilidad de divorcio respecto de las que se declaran ateas. Este resultado es esperable en la medida en que, en su mayor parte, se trata de mujeres que profesan la fe católica –y se sabe que el catolicismo sostiene la indisolubilidad de las uniones–. Por otro lado, es probable que la afiliación religiosa esté recogiendo orientaciones más tradicionales sobre la pareja y la familia, de modo que la mayor propensión a divorciarse entre aquellos que no tienen creencias religiosas se puede entender como expresión de actitudes más laxas relativas a la institución matrimonial en la regulación de los vínculos conyugales.

44

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Las determinantes de la ruptura entre las mujeres montevideanas: un análisis a partir de la ESF

Como se señaló en párrafos anteriores, los análisis multivariados sobre la probabilidad de ruptura obtenidos a partir de cada una de las encuestas no son estrictamente comparables entre sí. De todos modos, se decidió presentar los resultados de un modelo *probit* utilizando los datos de la ESF, ya que esta encuesta permite profundizar algunos aspectos que se mostraron como relevantes para los varones y las mujeres a partir del análisis de los datos de EGG. En particular, es posible analizar en más detalle las influencias que tienen sobre la ruptura de las uniones aquellas variables de curso de vida identificadas como muy significativas en el análisis precedente (tipo de vínculo y experiencia reproductiva), y también estudiar más pormenorizadamente los factores asociados a las actitudes de las mujeres.

Las variables independientes seleccionadas para analizar la probabilidad de ruptura a partir de los datos de la ESF son muy similares a las utilizadas en los modelos

Cuadro 4

Medias muestrales de las variables independientes utilizadas en el modelo de ruptura de la primera unión*. Mujeres montevideanas entre 25 y 54 años. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2001

Variable	Media	Variable	Media
Edad	(8.3) 39.40	Años de estudio	
Edad a la ruptura	(5.1) 22.03	0-8	0.35
Tipo de vínculo de la primera unión		9-12	0.28
Matrimonio directo	0.67	13+	0.26
Cohabitación prepupal	0.15	Propiedad de la vivienda	0.63
Unión consensual	0.18	Índice de institucionalismo ¹	(1.00) 0.006
Parídez de la primera unión		Religión	0.62
0 hijo	0.13	N	1,314.00
1 hijo	0.26		
2 hijos	0.34		
3 o + hijos	0.27		

Notas: *Entre paréntesis se incluye el desvío estándar. 1: El valor mínimo y máximo de esta variable es -2.5 y 2.03, respectivamente.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESF.

elaborados a partir de la EGG, por lo que solo se describirán las nuevas y aquellas cuya preparación difiera de las ya descritas para la EGG. En el Cuadro 4 se presentan los valores medios y la desviación estándar de las variables continuas para la muestra de mujeres que inició su trayectoria conyugal.

El *tipo de vínculo* se presenta en tres categorías, distinguiendo entre aquellas mujeres que se casaron directamente, las que cohabitieron antes de legalizar la unión y las que no habían legalizado al momento en que se produce la ruptura a la fecha de la encuesta. Con esta especificación se busca determinar si, además de las diferencias entre las uniones legalizadas y las consensuales, pueden identificarse efectos de la cohabitación prepupal. La categoría omitida es el matrimonio directo.

A diferencia de los modelos elaborados para varones y mujeres con los datos de EGG, en este caso es posible tomar en cuenta no solo la presencia de hijos de la pareja sino también su número. De modo que la variable *parídez* distingue entre aquellas mujeres que no tuvieron hijos y las que acumularon uno, dos y tres o más hijos. En este caso, la categoría de referencia será la que incluye a las mujeres que no tenían hijos al momento de la ruptura de su primera unión.

En esta encuesta no se preguntó años de estudio, sino que la variable *nivel educativo* se categorizó de la siguiente manera: 1) la categoría más baja incluye a las mujeres sin instrucción, a las que tienen primaria completa o incompleta y a las que no finalizaron el ciclo básico de la secundaria. Aproximadamente, esta categoría corresponde a ocho años de estudio; 2) la categoría siguiente (secundaria) incluye a las mujeres que han completado el ciclo básico de secundaria y a las que tienen el segundo ciclo completo o incompleto. Esta categoría abarca, aproximadamente, a las mujeres que realizaron entre 9 y 12 años de estudio; 3) por último, la categoría terciaria, incluye a todas aquellas mujeres que iniciaron estudios superiores, los hayan culminado o no. Esta categoría implica haber acumulado al menos 13 años en el sistema educativo. La categoría omitida es la que agrupa a las mujeres de menor educación.

El indicador de *institucionalismo* fue elaborado por Peri (2003) a partir de la combinación de las respuestas obtenidas en los siguientes grupos de afirmaciones:⁵

- 1) “El matrimonio legal le da más estabilidad a la pareja que la unión libre”
- 2) “Las personas deberían casarse pensando que el matrimonio es una relación para toda la vida”
- 3) “Si una pareja tiene hijos debe hacer todo lo posible para mantenerse junta”
- 4) “Una mujer se siente más realizada si trabaja fuera de su casa que si se dedica solo al hogar”

Importa destacar que, dado que se analizan los determinantes de la primera ruptura independientemente de cuál sea la situación conyugal de la mujer al momento de la encuesta, se debe tener en cuenta que, si bien el papel de las ideas pudo haber jugado un rol significativo en la decisión de ruptura, la trayectoria posterior podría ser importante en la reconfiguración de la valoración de la vida familiar (Cabella, 2008). La única manera de salvar este escollo, a fin de establecer más firmemente la relación entre valores y ruptura, sería contar con datos de panel.

La variable dependiente es la ocurrencia o no de la ruptura de la primera unión. El análisis se restringió a las mujeres que comenzaron su primera unión antes de 1998. En el Cuadro 5 se presentan los resultados de la estimación.

Los resultados obtenidos confirman, a grandes rasgos, las relaciones entre las variables explicativas seleccionadas y la probabilidad de ruptura ya presentadas con los datos de EGG. La edad a la unión y la consensualidad del vínculo tienen efectos positivos sobre la ruptura, mientras que la experiencia reproductiva, ser creyente de una religión y el no haber participado nunca en el mercado de trabajo se asocian negativamente con el divorcio entre las mujeres montevideanas. Igualmente, los datos ponen en evidencia que la naturaleza del vínculo y la trayectoria reproductiva son los predictores más importantes de la ruptura.

Nuevamente, no se registran diferencias significativas en la probabilidad de ruptura en función del *nivel educativo*. En el trabajo realizado por Bucheli y Vigna (2005) también a partir de los datos de ESF, se muestra que en la cohorte más antigua (1947-56) la mujeres con nivel educativo terciario tenían mayor propensión a divorciarse que las menos educadas. En la cohorte más joven (1957-66), la diferencia en la probabilidad de ruptura es solo significativa entre las mujeres con educación media y las mujeres menos educadas, y a un nivel bajo de significación (90%). Estos resultados son coherentes con la idea de “democratización” del divorcio, por la cual se postula que mientras que la ruptura era un evento poco frecuente su ocurrencia tendía a ser la prerrogativa de los grupos sociales más favorecidos, mientras que con la expansión del fenómeno la pertenencia social dejó de tener efectos sobre la estabilidad de los matrimonios.

En lo que atañe al *tipo de unión*, se constata que, aun controlando por las variables demográficas, la cohabitación prenupcial no ejerce influencias sobre la estabilidad de las

5 Para una descripción más detallada de la elaboración de los factores y de los indicadores, véase Peri, 2003.

Cuadro 5

Determinantes de la ruptura de la primera unión de las mujeres del área metropolitana (modelo *probit*).
Montevideo y Área Metropolitana. Año 2001

Variable	Coeficiente	Signifi-cación	Efecto marginal	Variable	Coeficiente	Signifi-cación	Efecto marginal
Edad	0.190 ***	0.000	0.064	Nivel educativo (terciaria)	-0.148	0.174	-0.049
Edad^2	-0.017 ***	0.008	-0.006	Nunca trabajó (Sí=1) (No =0)	-0.565 **	0.018	-0.158
Edad a la unión	-0.086 ***	0.000	-0.029	Índice de institucionalismo	-0.321 ***	0.000	-0.108
Tipo de unión: cohabitación	0.000	0.998	0.000	Religión (Sí=1) (No =0)	-0.232 ***	0.006	-0.079
Tipo de unión: unión libre	0.755 ***	0.000	0.280	Constante	-2.592 **	0.013	
Paridez: 1 hijo	-0.358 **	0.016	-0.114	Nº de observaciones			1,314.000
Paridez: 2 hijos	-0.930 ***	0.000	-0.282	Log likelihood			-661.204
Paridez: 3 o + hijos	-1.128 ***	0.000	-0.314	Pseudo R2			0.196
Nivel educativo (secundaria)	0.035	0.716	0.012				

Notas: *** significativo al 99%; ** significativo al 95%. En la variable "Tipo de unión" se omite la categoría "matrimonio directo". En la variable "Paridez": se omite la categoría "sin hijos". En la variable "Nivel educativo", se omite la categoría más baja "primaria completa o incompleta y primer ciclo de secundaria".

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESF.

uniones. Este hallazgo abonaría la idea de que la forma de entrada en unión no tiene consecuencias sobre la estabilidad futura del vínculo; más bien, parece que es la consensualidad "definitiva" el tipo de conyugalidad que se asocia fuertemente con la ruptura. En este caso también los efectos marginales son muy altos, mostrando que la probabilidad de ruptura es 28 puntos porcentuales más alta para aquellas mujeres que no habían legalizado su primera unión.

La relación entre *experiencia reproductiva* y ruptura está en línea con los resultados presentados a partir de la EGG, confirmando la asociación negativa entre la existencia de hijos y la separación conyugal. Sin embargo, la inclusión de la paridez permite introducir importantes matices a los hallazgos obtenidos cuando lo que se toma en cuenta es exclusivamente la presencia o ausencia de hijos. Si bien el pasaje de cero a un hijo tiene efectos positivos sobre la estabilidad de la unión, y en general se encuentra que a mayor cantidad de hijos menor es la probabilidad de divorciarse con respecto a las mujeres que no tuvieron hijos, la decisión del segundo hijo parece ser la más relevante a efectos de mantener unida a la pareja: mientras que la probabilidad de ruptura de las mujeres que tienen un hijo disminuye 11 puntos porcentuales respecto de las mujeres sin hijos, la reducción alcanza a 28 puntos cuando las mujeres tuvieron dos hijos y a 31 puntos a partir del tercer hijo.

¿Cómo interpretar estos resultados? Por un lado, la importante reducción en la probabilidad de ruptura cuando las mujeres tienen dos hijos podría verse como una extensión del efecto de selección. Desde esta perspectiva, las parejas que iniciaron la etapa reproductiva pero cuya vida conyugal es conflictiva optarían por abandonar la idea de tener un segundo hijo, decisión que, por su parte, quizás derive de la aparición de desavenencias en el ejercicio de los roles parentales o en los estilos de crianza.

Si se deja de lado el eventual efecto de selección, los relativamente escasos efectos marginales sobre la ruptura entre las mujeres con un solo hijo respecto de las que no

procrearon pueden interpretarse como la expresión del significado de los hijos en el contexto de las relaciones conyugales modernas. En estas, la conyugalidad y la procreación dejan de estar fuertemente conectadas, y la llegada del primer hijo más que ser una consecuencia normativa de la vida conyugal, tendría el lugar de contribuir a la realización de los proyectos personales de los miembros de la pareja y de aportarles satisfacción (Van de Kaa, 2002; Bawin-Legros, 1988; Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Roussel, 1989). Si ello fuera así, podría esperarse que el efecto estabilizador que aportan los hijos a la unión tendiese a diluirse con la expansión de la reflexibilidad en las relaciones conyugales (Giddens, 1993). Las parejas probarían en qué medida la llegada del primer hijo refuerza la relación y contribuye a los deseos de autorrealización de cada miembro y, en función de esta evaluación, decidirían o no continuar con la relación. Como señala Henri Leridon (1995), la decisión del primer hijo puede ser incluso la consecuencia de una fase conflictiva de la pareja, un mecanismo de protección del propio vínculo, pero ya no el garante de la relación. En sus palabras: “si se puede admitir que el hijo ya no es más la razón de ser del matrimonio, con frecuencia sigue siendo la razón de la duración de las parejas, aunque ya no constituya una garantía contra la ruptura posterior en caso de conflicto: en la tormenta, los dos miembros de la pareja pueden recordar que el hijo no ocupaba un lugar central en el contrato establecido al momento de su unión”(Leridon, 1995, Traducción propia).

Finalmente, la variable que recoge los efectos de las *actitudes* frente al matrimonio integra el grupo de los factores con más alto poder predictivo y en el sentido esperado: cuanto más importancia les asignan las mujeres a los aspectos institucionales del matrimonio, menor es la probabilidad de que ocurra la ruptura. Teniendo en cuenta los recaudos señalados cuando se describió el indicador de institucionalismo, este resultado, que se suma el efecto negativo que ejerce la afiliación religiosa, sugiere que la esfera de las ideas juega un papel relevante en la decisión de la ruptura.

48

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Consideraciones finales

El aumento del divorcio es una de las transformaciones demográficas más trascendentales que ha conocido la familia uruguaya en los últimos tiempos. Su expansión –junto con el acelerado crecimiento de las uniones consensuales– constituye un rasgo sobresaliente del rumbo que han tomado las relaciones entre los sexos en el Uruguay de fines del siglo XX hacia un modelo de familia basado en la inestabilidad de los vínculos conyugales.

En menos de una década, y luego de un período de lento crecimiento, la proporción de matrimonios que finaliza en divorcio experimentó su virtual duplicación: mientras que en 1985 se esperaba que 17% de los matrimonios registrados ese año terminase en divorcio, a inicios de la década de 2000 el indicador coyuntural de divorcialidad auguraba que la disolución alcanzaría a más de un tercio de las uniones legales (Cabella, 2008). Igualmente, en estos últimos años se registró en el país un aumento importante de las rupturas de las uniones consensuales.

Este trabajo pretende realizar un aporte a la comprensión de los factores que influyen en la decisión de disolver la primera unión conyugal en el Uruguay, a partir de información proveniente de dos encuestas retrospectivas. Dado el alto nivel de rupturas de estas

uniones en todo el país y su evolución reciente, se considera que el avance en el conocimiento sobre este fenómeno es relevante a efectos de entender la dinámica de las relaciones conyugales. Por otro lado, a pesar de que la información presenta limitaciones, es importante resaltar que en el Uruguay y en la región en general son escasos los estudios sobre determinantes de las rupturas basados en datos de corte longitudinal.

A lo largo del presente trabajo se han señalado las restricciones de los datos. Sin embargo, cabe recordar algunas de ellas, puesto que nuestros principales hallazgos y conclusiones deben verse a la luz de estas restricciones. En primer lugar, corresponde resaltar que no se pudieron considerar variables estructurales que usualmente se tienen en cuenta en el estudio de los determinantes de las rupturas en la bibliografía internacional. Por ejemplo, no se contó con información ni de ingresos antes de la ruptura, ni de calidad del empleo y nivel de estabilidad laboral en un momento previo a la disolución. Por otro lado, no siempre se pudo incluir –en especial en el análisis de la EGG– una información igualmente importante: los datos sobre valores y actitudes; y, cuando fue posible hacerlo, estas variables reflejaban las ideas y posturas de las personas al momento de la encuesta y no previamente a la ruptura. De este modo, la relación que se encuentra entre la probabilidad de haber disuelto la unión y las actitudes y valores debe ser matizada por el hecho de que no podemos establecer si estos fueron un motor para la ruptura o una adecuación *ex post*.

Finalmente, debe recordarse que el alcance geográfico de ambas encuestas no es el mismo (una se restringe a Montevideo, mientras que la otra es representativa del territorio nacional) y que las muestras tienen características diferentes. La muestra de EGG incluye varones. Esto, sin duda, contribuye a ampliar el alcance del estudio, pero las dificultades para acceder a las respuestas masculinas pueden implicar sesgos de selección; y si bien los datos fueron ponderados teniendo en cuenta este sesgo, lo cierto es que tal dificultad fue importante y que no se puede determinar si los más dispuestos a responder son un grupo especial, con comportamientos e ideas particulares en torno a la ruptura y a las relaciones conyugales.

A pesar de las limitaciones, algunos hallazgos parecen tener un patrón consistente.

De acuerdo con el análisis realizado, la educación formal no ejerce influencias contundentes sobre la decisión de terminar con el vínculo conyugal. Este resultado puede ser interpretado como un síntoma de la permeabilidad del divorcio en el conjunto de la estructura social. Si bien un único indicador de pertenencia social es insuficiente para dar cuenta de la estratificación social del divorcio, es revelador no haber encontrado en este estudio diferencias en la probabilidad de ruptura entre los sectores con distinto capital educativo. Ello sugiere que el divorcio no es una conducta particular de sectores específicos de la sociedad, y conduce a especular que su expansión ha contribuido a difuminar la localización social del fenómeno.

Las variables que dan cuenta de la historia del vínculo, más que las características sociales de los cónyuges, se perfilan como los principales determinantes de la mayor o menor estabilidad de las uniones.

La relación entre el carácter consensual de las uniones y su mayor inestabilidad es uno de los determinantes más importantes de la ruptura. Aun controlando factores como

la edad, la fecundidad, la educación y la orientación religiosa, las uniones libres tienen probabilidades significativamente mayores de disolverse. Análisis posteriores deberían investigar en qué medida la persistencia del efecto se debe a características preexistentes de los individuos que no fueron consideradas en este estudio –por ejemplo, a actitudes hacia el matrimonio no recogidas por la religión o el indicador de institucionalismo o a otros factores sociodemográficos.

Por el contrario, no se encuentra relación entre la cohabitación prenupcial y la ruptura: las chances de los cohabitantes prenupciales de experimentar la disolución del vínculo son las mismas que las de las parejas que optaron por el matrimonio directo. A diferencia de lo que muestran diversos estudios que analizan esta relación, no puede decirse que la cohabitación prenupcial tenga consecuencias sobre la estabilidad de las parejas uruguayas: no contribuye a consolidar la relación pero tampoco la torna más frágil. Dado que para comparar la estabilidad de los matrimonios directos e indirectos se analizó la duración de las uniones tomando como punto de partida la fecha de inicio de la convivencia y no la fecha de su legalización, estos resultados sugieren que, si se homogeneiza el tiempo de exposición a la ruptura, el efecto de la cohabitación prenupcial sobre la estabilidad posterior se diluye. En este sentido, la evidencia encontrada en este trabajo sustenta la hipótesis de que la mayor fragilidad de los matrimonios indirectos es, en realidad, el resultado de un “artefacto estadístico” (Weston, 2003) que resulta de comparar la duración de la unión a partir de la fecha del casamiento.

50

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Con respecto al papel de los hijos en las uniones, los resultados están en línea con la evidencia internacional, que en su mayoría coincide en señalar que el hecho de haber dado inicio a la vida reproductiva se asocia positivamente con la estabilidad del vínculo. Si bien a partir de la transición hacia el primer hijo se pueden ya apreciar efectos positivos sobre la estabilidad de las parejas, el pasaje al segundo hijo resulta particularmente revelador de un compromiso conyugal firme, disminuyendo sensiblemente sus chances de ruptura. Descontando el hecho de que las parejas cuya satisfacción conyugal es alta probablemente opten por aumentar su fecundidad, estos resultados plantean interrogantes que deberían ser abordados por otras investigaciones: ¿es que los hijos aportan satisfacción a la unión, poniendo en juego mecanismos (afectivos o económicos) que la resguardan de la ruptura, o es que aquellos que deciden no tener hijos anticipan que la relación no será duradera o *ex ante* no están dispuestos a asumir compromisos conyugales de largo aliento?

En suma, se puede afirmar que el análisis de ambas encuestas es consistente en señalar a la consensualidad y la ausencia de hijos como los dos predictores más importantes de la ruptura. En hipótesis, la fórmula de Roussel que explica la instalación de un nuevo pacto conyugal en las sociedades contemporáneas (a pacto frágil, ruptura frecuente) parece ser una vía de explicación adecuada para interpretar la fuerte incidencia de las disoluciones de los vínculos en el Uruguay. A fin de profundizar en esta línea, es necesario contar con más y mejor información, especialmente en el terreno de las ideas. Por otro lado, la información longitudinal con datos de panel resultaría de extrema utilidad para avanzar en el establecimiento de relaciones de causalidad firmes en los estudios de los determinantes de las rupturas.

Bibliografía

- AMATO, P. (1996), "Explaining the intergenerational transmission of divorce", en *Journal of Marriage and the Family*, vol. 58, núm. 3, National Council on Family Relations, Orono, pp. 628-640.
- AXINN, W. y A. Thornton (1992), "The relationship between cohabitation and divorce: selectivity or causal influence?", en *Demography*, núm. 33, Population Association of America, Silver Spring, pp. 66-81.
- BAWIN-LEGROS, Bernadette (1988), *Familles, mariage et divorce*, Pierre Mardaga, París.
- BECK, Ulrich y E. Beck-Gernsheim (1998), *El normal caos del amor*, El Roure, Barcelona.
- BERNHARDT, E. (2000), "Repartnering among swedish men and women. A case study of emerging patterns in the second demographic transition", en *FFS Flagship Conference*, Bruselas, 29 a 31 de mayo de 2000. Disponible en: http://www.unece.org/pau/_docs/ffs/FFS_2000_FFCConf_ContriBernhard.pdf
- BERRINGTON, A. e I. Diamond (1999), "Marital dissolution among the 1958 British birth cohort: The role of cohabitation", en *Population Studies*, núm. 53, Routledge, Londres, pp. 19-38.
- BUCHELI, M. y A. Vigna (2005), *Un estudio de los determinantes del divorcio de las mujeres de las generaciones 1947-56 y 1957-66 en Uruguay*, en Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Documento de Trabajo núm. 01/05.
- CABELLA, Wanda (2008), *Dissoluções e formação de novas uniões: uma análise demográfica das tendências recentes no Uruguai*, (tesis de doctorado), NEPO UNICAMP, Campinas, pp. 11-238, Textos NEPO núm. 56.
- CASPER, L. y S. Bianchi (2002), *Continuity & Change in the american family*, Sage Publications, Thousand Oaks.
- CLARKE, L. y A. Berrington (1999), "Socio-demographic predictors of divorce", en J. Simons (ed.), *High divorce rates: the state of the evidence on reasons and remedies. Reviews of evidence on the causes of marital breakdown and the effectiveness of policies and services intended to reduce its incidence*, Lord Chancellor's Department, Southampton, pp. 1-38.
- CHERLIN, Andrew (1992), *Marriage, divorce, remarriage. Revised and enlarged revision*, Harvard University Press, USA.
- CHERLIN, Andrew y Frank F. Furstenberg (1991), *Divided families: what happens to children when parents part?*, Harvard University Press, USA.
- CHERLIN, Andrew, Kathleen Kiernan y Lindsay Chase Landale (1995), "Parental divorce in childhood and demographic outcomes in young adulthood", en *Demography*, vol. 32, núm. 3, Population Association of America, Silver Spring, pp. 299-318.

- DE VAUS, D., L. Qu y R. Weston (2003), "Premarital cohabitation and subsequent marital stability", en *Family Matters*, núm. 65, Australian Institute of Family Studies, pp. 34-39. Disponible en <http://www.aifs.gov.au/institute/pubs/fm2011/fm86/index.html>
- ENGELHARDT, H., H. Trappe y J. Dronkers (2002), *Intergenerational transmission of divorce. A comparison between the former East and West Germany*, Max Planck Institute For Demographic Research, Rostock, MPIDR Working Paper 2002-008.
- ERLANGSEN, A. y G. Andersson (2001), "The impact of children on divorce risks in first and later marriages", Max Planck Institute for Demographic Research, Rostock, MPIDR Working Paper 2001-033.
- FILGUEIRA, Carlos (1996), *Sobre revoluciones ocultas. La familia en el Uruguay*, CEPAL, Santiago de Chile.
- GIDDENS, A. (1993), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.
- GOODE, William J. (1993), *World Changes in divorce patterns*, Yale University Press, Yale.
- HOULE, R., C. Simó, R. Treviño y M. Solsona (1998), "Los determinantes sociodemográficos y familiares de las rupturas de uniones en España", en *III Seminari Urbà Divorcialidad y Disolución del Hogar: Causas y efectos*, Centre d'Estudis Demografics, Barcelona. Disponible en: <http://www.ced.uab.es/publicacions/propia.htm>
- JALOVAARA, M. (2001), "Socio-economic status and divorce in first marriages in Finland 1991-1993", en *Population Studies*, vol. 55, núm. 2, Routledge, Londres, pp. 119-133.
- KAZTMAN, R. (1993), "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?", en *CEPAL, Cambios en el perfil de las familias. La experiencia regional*, CEPAL, Santiago de Chile.
- (1997), "Marginalidad e integración social en el Uruguay", en *Revista de la CEPAL*, núm. 62, CEPAL, Santiago de Chile, pp. 91-117.
- (2002), "Los desafíos que plantean las transformaciones del mercado de trabajo al desarrollo humano en Uruguay", en A. Fernández, R. Kaztmam y M. Vaillant (eds.), *Desarrollo Humano en Uruguay 2001*, CEPAL-PNUD, Santiago de Chile.
- KIERNAN, K. y A. Cherlin (1999), "Parental divorce and partnership dissolution in adulthood: Evidence from a British cohort study", en *Population Studies*, vol. 53, núm. 1, Routledge, Londres, pp. 39-48.
- KIERNAN, Kathleen y Ganka Mueller (1998), *The divorced and who divorces?*, London School of Economics, Londres, Case Paper núm. 7.
- LERIDON, H (1995), *Les enfants du désir. Une révolution démographique*, Hachette, París.
- LIU, G. y A. Vikat (2004), *Does divorce risk depend on spouses relative income? A register based study of first marriages in Sweden in 1981-1998*, Max Planck Institute for Demographic Research, Rostock, MPIDR Working Paper 2004-010.
- PERI, A. (1996), "Homogamy in the marriage market of Montevideo, Uruguay", tesis de maestría del Population Center, University of Texas at Austin, Austin (Texas).

- (2003), “Dimensiones ideológicas del cambio familiar”, en UDELAR-UNICEF, *Nuevas Formas de Familia. Perspectivas nacionales e internacionales*, UDELAR/UNICEF, Montevideo, pp. 141-162.
- PHILIPS, J. y M. Sweeney (2005), “Premarital cohabitation and marital disruption among white, black and mexican american woman”, en *Journal of Marriage and the Family*, núm. 67, National Council on Family Relations, Orono, pp. 295-313.
- PIANI, G. (2003), *Quién se casa con quién? Homogamia educativa en las parejas de Montevideo y zona Metropolitana*, Departamento de Economía de la FCS, Universidad de la República, Montevideo, Documentos de Trabajo núm. 13-03, p. 23.
- ROUSSEL, L. (1989), *La famille incertaine*, Odile Jacob Editions, París.
- (1993), “Sociographie du divorce et divortialité”, en *Population*, vol. 48, núm. 4, INED, París, pp. 919-939.
- RUGGLES, Stevens (1997), “The rise of divorce and separation in the United States, 1880-1990”, en *Demography*, vol. 34, núm. 4, Population Association of America, Silver Spring, pp. 455-466.
- RUIZ BECERRIL, L. (1999), *Después del divorcio. Los efectos de la ruptura matrimonial en España*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- TEACHMAN, J. (2003), “Premarital sex, premarital cohabitation and the risk of subsequent marital dissolution among women”, en *Journal of Marriage and the Family*, vol. 65, núm. 2, National Council on Family Relations, Orono, pp. 444-455.
- VAN DE KAA, Dirk (2002), “The idea of a second demographic transition in industrialized countries”, en *Sixth Welfare Policy Seminar at the National Institute of Population and Social Security*, Tokio, pp. 1-32. Disponible en: www.ipss.go.jp/webj-ad/webjournal.files/population/2003_4/Kaa.pdf
- WAITE, L. y L. Lillard (1991), “Children and Marital Disruption”, en *American Journal of Sociology*, vol. 96, núm. 4, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 930-956.
- WESTON, R., L. Qu y D. De Vaus (2003), “Partnerhip Formation and Stability”, en *9th Australian Institute of Family Studies Conference*. Disponible en: <http://www.aifs.gov.au/institute/research/projects/ftt.html>
- WHITE, L. (1990), “Determinants of divorce: a review of research in the eighties”, en *Journal of marriage & family*, vol. 52, núm. 4, National Council on Family Relations, Orono, pp. 904-912.
- WOLFINGER, N. (2003), “Parental divorce and offspring marriage: early or late?”, en *Social Forces*, vol. 82, núm. 1, University of North Carolina, Chapel Hill, pp. 337-353.
- WOLKOTT, I. y J. Hughes (1999), *Towards understanding the reasons for divorce*, Australian Institute of Family Studies, Melbourne, Working Paper núm. 20, p. 38.

Anexo I. Descripción del Modelo *probit*

La variable dependiente en este estudio es la ruptura de la primera unión. Es, por lo tanto, una variable binaria, que asume solo dos valores. Se está, entonces, frente a un modelo de probabilidad. Hay tres alternativas básicas para estimar ese tipo de modelos: el Modelo de Probabilidad Lineal (MPL), el Modelo *logit* y el Modelo *probit*. La principal diferencia es entre el MPL y los otros dos modelos, a los que se suele denominar también Modelos Índice. El MPL presenta dos problemas fundamentales: que sus predicciones no necesariamente caen en el intervalo y que los efectos parciales son constantes. Dada, además, la facilidad con la que es posible estimar los modelos *probit* y *logit* y no existiendo diferencias relevantes entre uno u otro, se optó por estudiar el problema utilizando un modelo *probit*, o sea, se estimó:

$$\Pr[y|X] = \Phi(X\beta)$$

donde la variable dependiente adopta el valor 1 si se produce la ruptura y el valor 0 para aquellos individuos que continúan en pareja; X es un vector de características sociodemográficas y β un conjunto de parámetros a estimar; Φ es la función de distribución de probabilidad normal o gaussiana.

El análisis de la significación de las variables en el Modelo *probit* es análogo al que se realiza en el Modelo de Regresión Lineal: el estadístico $t = \frac{\beta_j}{ee(\beta_j)}$

(donde ee es error estándar) permite someter a prueba la hipótesis $H_0: \beta_j = 0$. Sin embargo, y a diferencia del Modelo de Regresión Lineal, en el Modelo *probit* los coeficientes β no son una medida de los efectos parciales.

Para obtener los efectos parciales cuando el regresor es una variable continua, la fórmula apropiada es:

$$\frac{\partial \Pr[y|X]}{\partial x_j} = \beta_j \phi(X\beta)$$

Es importante notar que la evaluación de los efectos parciales requiere adoptar alguna regla para establecer a dónde evaluar el vector de características X : en este caso se evaluaron las variables en su media muestral.

Para evaluar los efectos cuando el regresor es una variable binaria, la fórmula apropiada es

$$\Pr[y|X_{-1}] - \Pr[y|X_{-0}] = \Phi(X_{-1}\beta) - \Phi(X_{-0}\beta)$$

donde X es un vector de variables evaluadas en la media excepto por la variable x_j la cual toma el valor 1 en X_{-1} y el valor 0 en X_{-0} .

54

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Anexo 2. Matrices de correlaciones de las variables utilizadas en los modelos de ruptura y de recomposición

Cuadro A.2.1

Matriz de correlaciones de las variables utilizadas en el Modelo *probit* de ruptura de la primera unión de los varones. Uruguay. Año 2004

	Ruptura de la 1 ^a unión	Edad	Edad ²	Edad a la unión	Tipo de vínculo	Hijos 1 ^a unión	Padres separados	Años de estudio 9-12	Años de estudio 13+	Área de residencia	Religión
Ruptura de la 1 ^a unión	1.000										
Edad	-0.120	1.000									
Edad ²	-0.122	0.996	1.000								
Edad a la unión	-0.124	0.290	0.285	1.000							
Tipo de vínculo	-0.510	0.342	0.332	0.037	1.000						
Hijos 1 ^a unión	-0.461	0.152	0.151	-0.129	0.413	1.000					
Padres separados	-0.025	0.028	0.019	-0.059	-0.017	0.059	1.000				
Años de estudio: 9-12	-0.090	-0.077	-0.075	-0.035	0.040	0.023	-0.116	1.000			
Años de estudio: 13+	0.107	-0.039	-0.047	0.153	0.040	-0.076	-0.049	-0.346	1.000		
Área de residencia	0.021	-0.058	-0.056	-0.020	0.004	-0.116	0.027	-0.038	0.172	1.000	
Religión	-0.109	0.039	0.039	0.025	0.135	0.052	-0.034	0.064	-0.031	-0.064	1.000

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EGG.

55

W. Cabella

Matriz de correlaciones de las variables utilizadas en el Modelo *probit* de ruptura de la primera unión de las mujeres. Uruguay. Año 2004

	Ruptura de la 1 ^a unión	Edad	Edad ²	Edad a la unión	Tipo de vínculo	Hijos 1 ^a unión	Padres separados	Años de estudio 9-12	Años de estudio 13+	Nunca trabajó	Área de residencia	Religión
Ruptura de la 1 ^a unión	1.000											
Edad	-0.159	1.000										
Edad ²	-0.159	0.995	1.000									
Edad a la unión	-0.053	0.214	0.203	1.000								
Tipo de vínculo	-0.514	0.294	0.281	-0.018	1.000							
Hijos 1 ^a unión	-0.288	0.111	0.107	-0.319	0.289	1.000						
Padres separados	0.046	-0.008	-0.008	-0.123	-0.060	0.012	1.000					
Años de estudio: 9-12	-0.040	-0.050	-0.044	-0.034	-0.011	-0.004	-0.089	1.000				
Años de estudio: 13+	-0.029	0.008	0.002	0.327	0.105	-0.107	-0.050	-0.421	1.000			
Nunca trabajó	-0.052	0.046	0.047	-0.089	0.019	0.043	0.008	0.058	-0.144	1.000		
Área de residencia	0.076	0.010	0.008	0.082	-0.034	-0.075	0.000	-0.110	0.187	-0.100	1.000	
Religión	-0.170	0.081	0.089	0.003	0.139	0.057	0.064	0.011	-0.013	0.019	-0.165	1.000

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EGG.

Cuadro A.2.3
Matriz de correlaciones de las variables utilizadas en el Modelo probit de ruptura de la primera unión de las mujeres. Montevideo y Área Metropolitana.
Año 2001

	Ruptura	Edad	Edad $/2$	Edad $/2$	Edad a la unión	Cohabitarón libre	1 hijo	2 hijos	3 o + hijos	Educación secundaria	Educación terciaria	Nunca trabajó	Índice institucio- nalismo	Religión
Ruptura	1.000													
Edad	0.073	1.000												
Edad $/2$	0.070	0.995	1.000											
Edad a la unión	-0.135	0.280	0.279	1.000										
Cohabitarón	-0.055	-0.065	-0.068	0.100										
Unión libre	0.218	-0.253	-0.238	0.002	-0.184	1.000								
1 hijo	0.124	-0.136	-0.127	0.079	0.036	0.093	1.000							
2 hijos	-0.112	0.046	0.040	0.006	-0.011	-0.135	-0.442	1.000						
3 o + hijos	-0.107	0.153	0.143	-0.207	-0.009	-0.115	-0.374	-0.467	1.000					
Educación secundaria	0.034	-0.032	-0.034	-0.018	-0.044	-0.009	0.066	0.009	-0.073	1.000				
Educación terciaria	-0.068	0.011	0.008	0.282	-0.016	-0.067	-0.033	0.007	-0.066	-0.446	1.000			
Nunca trabajó	-0.076	-0.011	-0.001	-0.065	0.012	-0.002	-0.027	0.034	0.029	-0.028	-0.118	1.000		
Índice institucionalismo	-0.276	0.021	0.028	-0.019	-0.064	-0.143	-0.072	0.033	0.122	0.013	-0.109	0.093	1.000	
Religión	-0.124	0.149	0.156	0.059	-0.107	-0.138	-0.018	0.050	-0.005	0.051	-0.026	-0.017	0.212	1.000

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la ESE.

Entre “un buen partido” y un “peor es nada”: selección de parejas en la Ciudad de México

In between “a good catch” and “better than nothing”: assortative mating in Mexico City

Patricio Solís
El Colegio de México

Resumen

En este trabajo se analiza el proceso de formación de parejas en la Ciudad de México. Luego de un análisis descriptivo de las tendencias en la homogamia educativa y ocupacional, se usan modelos de regresión de tiempo al evento para estudiar la influencia de las características heredadas y de las adquiridas en los riesgos en competencia de que las personas se unan con cónyuges de nivel socioeconómico bajo, medio, o alto. Los resultados revelan una tendencia de leve incremento en la homogamia. También sugieren que la elección de “un buen partido” está determinada por una mezcla de características familiares heredadas y atributos adquiridos. Por último, las características que determinan la unión con parejas de distintos estratos socioeconómicos varían significativamente entre hombres y mujeres, lo cual sugiere que en la selección de parejas influye de manera importante la segregación de roles de género.

Palabras clave: selección de parejas, México, nupcialidad, homogamia, formación de uniones, matrimonio.

Esta investigación recibió el apoyo financiero del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), a través de su “Fondo de Investigación Científica Básica 2006”.

Abstract

This paper analyzes patterns of assortative mating in Mexico City. After an initial descriptive analysis of educational and occupational homogamy, event history analysis models are used to study the effects of ascribed and attained characteristics in the competing risks of marrying with a person of low, medium, or high socioeconomic status. Results show a trend towards the increase in homogamy. They also suggest that the selection of a well-positioned partner is associated to a mix of inherited family characteristics and attained traits. Finally, these characteristics significantly vary between males and females, thus suggesting that the segregation of gender roles is still important in the assortative mating process.

Key words: assortative mating, Mexico, homogamy, union formation, marriage.

Introducción

La formación de uniones es de interés tanto para los demógrafos como para los sociólogos. Desde un punto de vista demográfico, es fundamental en el proceso de constitución de nuevas familias y representa uno de los principales factores asociados a la fecundidad (Hinde, 1998; Quilodrán, 1989 y 1993). Para los sociólogos, y particularmente para quienes estudian la estratificación social, la temática es importante por su estrecha asociación con la desigualdad social. A pesar de la popularidad de la idea de que la elección de los cónyuges en la sociedad contemporánea se guía primordialmente por el amor romántico y el azar, la alta incidencia de uniones entre personas con orígenes sociales similares, niveles educativos y ocupacionales afines e iguales afiliaciones religiosas y étnicas es un indicador de la persistencia de relaciones sociales cerradas y de la rigidez de los régimenes de estratificación social. Además, la homogamia socioeconómica contribuye a reproducir las desigualdades sociales, ya que la heterogeneidad social entre las familias favorece la transmisión desigual de recursos de una generación a otra. En este sentido, al investigar quién se casa con quién nos estamos preguntando también qué tan rígidas o permeables son las barreras de la estratificación social y cuáles son los rasgos que estructuran la desigualdad social en nuestras sociedades (Lipset y Bendix, 1963; Mare, 1991; Kalmijn, 1991a; Blossfeld y Timm, 2003).

El propósito de este trabajo es estudiar el proceso de selección de parejas en la Ciudad de México. Nuestro interés es identificar los factores que hacen que las personas se unan con parejas situadas en distintos niveles socioeconómicos. Al plantear este problema, formulamos un conjunto de hipótesis sobre: a) los cambios en la incidencia de la homogamia educativa y ocupacional; b) los efectos de un conjunto de características individuales, tanto de corte adscriptivo como adquirido, en el proceso de selección de parejas, y más específicamente, en las probabilidades de unirse con personas que cuentan con distintos niveles socioeconómicos; y c) las posibles diferencias de género en los efectos de los factores adscriptivos y adquiridos en la selección de parejas.

58

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

La manera habitual de estudiar el proceso de emparejamiento consiste en construir tablas de doble entrada que contrastan las características de ambos cónyuges en una dimensión específica. A partir de estas tablas, se elaboran medidas de los niveles de homogamia así como de la frecuencia de otro tipo de uniones (por ejemplo, hipergamia o hipogamia). Este análisis suele apoyarse en la utilización de modelos loglineales, con los cuales se obtienen medidas relativas de la intensidad de los distintos tipos de uniones. Aunque esta manera de aproximarse al estudio de la formación de parejas permite describir las tendencias “macro”, adolece de algunas carencias que limitan su utilidad en el análisis de la selección de parejas a escala individual o “micro”. Teniendo esto en cuenta, proponemos una aproximación metodológica basada en el uso de modelos de regresión de tiempo al evento, la cual permite no solo realizar un análisis “micro” de los factores asociados al emparejamiento, sino también estudiar simultáneamente dos procesos que están lógicamente relacionados entre sí: la transición a la primera unión y los riesgos en competencia de unirse con personas que tienen distintos niveles socioeconómicos.

Lo que resta del artículo se organiza en cuatro partes. En la siguiente sección se discute el marco conceptual del estudio y se formulan las preguntas que orientan el análisis empírico. Luego se presentan los datos, las variables principales y los métodos estadísticos. Posteriormente se realiza una revisión de los principales resultados. Por último, en la sección final del artículo, discutimos la relevancia de dichos resultados en términos de las preguntas formuladas en la sección teórica, identificamos algunas limitaciones del trabajo y planteamos algunas futuras vías de investigación.

Antecedentes teóricos y preguntas de investigación

Se puede situar a los regímenes de estratificación social entre dos extremos o “tipos ideales”: los sistemas cerrados, en los que las fronteras de clase son rígidas, la movilidad social es nula y las interacciones sociales entre los miembros de distintas clases son siempre jerárquicas; y los sistemas abiertos, en los que las fronteras sociales son porosas y existe alta fluidez de clase. En un sistema cerrado se esperaría que todas las uniones fueran homogámas, dada la virtual ausencia de lazos entre los miembros de las distintas clases sociales. En cambio, en un sistema abierto la selección de parejas no estaría restringida en ninguna medida por las fronteras de clase, por lo que la probabilidad de que se dieran uniones homogámas o heterogámas estaría determinada tan solo por la disponibilidad de cónyuges en el mercado matrimonial, dando así lugar a tasas de homogamia relativamente bajas. En este sentido, la intensidad general de la homogamia puede ser considerada como un indicador del grado de rigidez social e impermeabilidad de los regímenes de estratificación social (Blau, Blum y Schwartz, 1982; Blossfeld y Timm, 2003; Esteve, 2005; Kalmijn, 1991a; Lipset y Bendix, 1963; Mare, 2000; Smits, Ultee y Lammers, 1998; Smits, 2003; Solís, Pullum y Bratter, 2007).

Una hipótesis común tanto a las teorías clásicas de modernización (Parsons, 1966; Treiman, 1970) como a otras perspectivas que pregonan una creciente individualización (Giddens, 1995) es que existe una tendencia inherente al desarrollo de las sociedades que implicaría la reducción del control social sobre el comportamiento individual. Esta hipótesis, a la que se le ha llamado “incremento general de la apertura” (Smits, Ultee y Lammers, 1998; Blossfeld, 2009), plantea que tal tendencia llevaría a una disminución en los niveles de homogamia socioeconómica a lo largo del tiempo, esto es, a una transición hacia un sistema social más “abierto” en los términos descritos en el párrafo anterior. Los estudios que han buscado probar empíricamente esta hipótesis a escala comparativa internacional no han arrojado resultados concluyentes (Blossfeld y Timm, 2003; Smits, Ultee y Lammers, 1998; Smits y Park, 2009). En el caso específico de México, las pocas investigaciones disponibles (Esteve, 2005; Solís, Pullum y Bratter, 2007) sugerirían que, lejos de reducirse, la homogamia educativa y por orígenes migratorios se incrementó en las últimas décadas del siglo pasado, lo cual sería señal de una tendencia opuesta. Esto coincidiría con los resultados de los estudios sobre movilidad social, que también reportan un

incremento en la rigidez del régimen de estratificación social a partir de los inicios de los años ochenta (Escobar, Cortés y Solís, 2007; Solís, 2007; Zenteno y Solís, 2006).

Lo anterior nos lleva a la primera pregunta del trabajo: ¿Se observa en la Ciudad de México una tendencia similar de incremento en la homogamia? Aunque los antecedentes recién citados sugerirían que este es el caso, es importante tener en consideración varias cuestiones. La primera es que la evidencia más concluyente sobre dicho incremento en México se concentra en la homogamia educativa, por lo que conviene incorporar otras dimensiones de la estratificación social al análisis, en este caso la ocupación. En segundo lugar, los estudios realizados en México sobre los cambios en los patrones de homogamia (véanse en particular Esteve, 2005 y Solís, Pullum y Bratter 2007) refieren a un período específico de amplia transformación estructural (1965-2000), caracterizado por una profunda crisis económica en los ochenta y por la instauración de un nuevo modelo de acumulación desde finales de esa década hasta el cambio de siglo. Poco se sabe acerca de las tendencias a partir del cambio de siglo, período en que el nuevo modelo económico se ha profundizado y consolidado. En este sentido, cabe preguntarse si la creciente homogamia fue un efecto temporal asociado a la coyuntura finisecular o bien una tendencia que se ha sostenido en el tiempo. Por último, no debe olvidarse que, como universo de estudio, la Ciudad de México difiere de manera importante del conjunto nacional, por lo que las tendencias en la homogamia podrían ser distintas a las observadas en el país.

Desde otra perspectiva, los regímenes matrimoniales también pueden diferir según las características personales que predominan en la selección de parejas. Los estudios sobre homogamia han investigado principalmente el emparejamiento en función de la educación (Mare, 1991; Smits, Ultee y Lammers, 1998; Smits, 2003; Smits y Park, 2009; López Ruiz, Esteve y Cabré, 2008; Esteve, 2005; Solís, Pullum y Bratter, 2007), pero también de la raza o etnia (Kalmijn, 1998; Qian, Blair y Ruf, 2001), de la religión (Kalmijn, 1991b) y de la ocupación (Hout, 1982), entre otras características. En un amplio sentido, estas características podrían ser divididas en dos grupos. Por una parte, están los rasgos que heredan las personas desde el nacimiento y que constituyen marcadores adscriptivos de su posición social: la raza, la pertenencia étnica, el origen migratorio y la clase social de origen, entre otras. Por la otra, se encuentran las características que son adquiridas a lo largo del curso de vida, las cuales no son determinadas solo por la herencia sino también por otra serie de factores, incluidos las elecciones individuales, los esfuerzos personales y el azar; entre ellas destacan la educación y la ocupación.

El hecho de que la selección de parejas se rija por características adscriptivas es sintomática de un régimen de estratificación en donde los mercados matrimoniales están organizados por la herencia familiar, ya sea mediante normas sociales que restringen las elecciones (como en los casos extremos del sistema de castas o de leyes que impiden el matrimonio entre miembros de distintas razas), o a través de mecanismos informales que regulan las redes sociales y los sistemas de preferencias. En cambio, el predominio de características adquiridas indicaría que la selección de los cónyuges no depende tanto de lo que las personas heredan de su familia sino de lo que han logrado por sí mismas. Ciertamente, los logros individuales en lo educativo y lo ocupacional reflejan tanto

ventajas heredadas como méritos y esfuerzos personales, y la importancia de los factores heredados es quizás mayor en México y América Latina que en naciones más desarrolladas (Behrman, Gaviria y Székely, 2001; Solís, 2010). En este sentido, el predominio de la escolaridad y el *status* ocupacional no necesariamente implica que la herencia familiar no intervenga indirectamente en el proceso de selección de parejas (sería así si el peso de la herencia sobre los destinos educativos y ocupacionales fuera nulo). No obstante, en tanto que no existe una asociación unívoca entre orígenes sociales y destinos educativos y ocupacionales, el hecho de que la escolaridad y la ocupación se conviertan en rasgos dominantes podría reflejar el debilitamiento de la homogamia asociada a factores adscriptivos, así como la posibilidad de que las selecciones maritales escapen de las influencias familiares, dando lugar a que las personas se elijan mutuamente mediante criterios basados en sus preferencias y a que se constituyan como agentes de sus propias decisiones maritales (Coontz, 1992; Giddens, 1995; Shorter, 1975).

Esto nos conduce a algunas preguntas adicionales: ¿En qué medida predominan los rasgos adscriptivos o los adquiridos en el proceso de selección de parejas en la Ciudad de México? ¿Se observa alguna tendencia hacia un mayor predominio de los rasgos adquiridos sobre los adscriptivos, indicando así un cambio hacia un régimen de emparejamiento en el que la institución escolar y el mercado de trabajo se convierten en los mercados matrimoniales más relevantes? Es importante notar que estas preguntas no hacen referencia a los niveles generales de homogamia, sino a la importancia relativa que tienen unos u otros factores en la selección de parejas. Por cuestiones metodológicas que discutiremos en la sección siguiente, el análisis tradicional de la homogamia a través de tablas de doble entrada presenta serias limitaciones para responder a este tipo de preguntas, de tal forma que conviene replantearlas desde la perspectiva de los procesos de búsqueda y selección de parejas a escala individual: ¿Cuál es el efecto de los rasgos adscriptivos y adquiridos en las probabilidades de unirse con un cónyuge de alto (bajo) nivel socioeconómico? ¿Ha cambiado la importancia relativa de los rasgos adquiridos frente a los adscriptivos en cohortes recientes?

Estas preguntas nos permiten poner en discusión dos hipótesis contrapuestas sobre el impacto del cambio social en los sistemas de estratificación social, las cuales, aunque han sido formuladas principalmente en el campo de los estudios de estratificación y movilidad social, pueden extrapolarse con facilidad al análisis del proceso de formación de parejas. Por un lado, se encuentra la llamada “hipótesis de la adquisición de *status*” (Smits, Ultee y Lammers, 1998). Esta hipótesis se inspira también en las perspectivas de modernización e individualización, y sugiere que existe una tendencia histórica inherente al cambio social que apunta hacia la pérdida de importancia de los orígenes sociales y al papel creciente de la escolaridad y la ocupación como marcadores del *status* socioeconómico de las personas (Blau y Duncan, 1967; Treiman 1970). De acuerdo con esta hipótesis, en las sociedades contemporáneas la elección de parejas dependería primordialmente de los atributos educativos y ocupacionales de las personas y no de su posición social heredada a través de la familia de origen (Kalmijn, 1991a). En contraste, se encuentran las vertientes que rechazan la existencia de tal tendencia histórica, y más bien sostienen que la importancia de los factores adscriptivos en la adquisición de *status* depende de las condiciones históricas e institucionales propias de cada sociedad y, en particular, de la eficiencia con la que las

políticas de bienestar social logran “nivelar el terreno” de las desigualdades sociales heredadas. De acuerdo con esta perspectiva, la influencia de los factores adscriptivos en la selección de los/as cónyuges podría mantenerse incluso en sociedades con un alto grado de urbanización y desarrollo socioeconómico, en la medida en que no se consoliden instituciones sociales que “neutralicen” el papel estratificante de los orígenes sociales.

Por último, al presentar nuestro análisis para ambos sexos, exploramos si varían de manera significativa entre hombres y mujeres las características asociadas a las posibilidades de unirse con una persona de alto (bajo) nivel socioeconómico. Tanto las teorías microeconómicas (Becker, 1991) como algunas perspectivas sociológicas (Cherlin, 1992; Goldscheider y Waite, 1991; Schoen y Wooldredge, 1989) sugerirían que, en una sociedad con alta segregación de roles de género, los atributos que los hombres y las mujeres buscan en el mercado matrimonial son diferentes: mientras ellas procuran quienes les ofrezcan certidumbres económicas, ellos buscan quienes posean otras cualidades, como un origen social que les proporcione *status* o la belleza física. Esto produciría una disparidad de género en las características que hacen que una persona obtenga un “buen partido” en el mercado matrimonial: los orígenes sociales serían de mayor importancia para las mujeres, en tanto que las credenciales educativas y la ocupación lo serían para los hombres. En contraste, cuando existe mayor equidad de género, la selección de parejas no estaría basada en la especialización de roles, por lo que las características que serían apreciadas en el mercado matrimonial funcionarían de manera equivalente entre hombres y mujeres (Mare, 1991; Schoen y Wooldredge, 1989; Kalmijn, 1994).¹ Esta homogeneización en las preferencias sería también el resultado de la creciente incertidumbre en los mercados de trabajo que ha erosionado el modelo matrimonial que sitúa al hombre como proveedor único, impulsando un arreglo alternativo basado en dos proveedores e incrementando la importancia de la educación y la ocupación de las mujeres como atributos deseables en el mercado matrimonial (Oppenheimer, 1997; Sweeney, 2002). En este sentido, al explorar las diferencias por sexo en los efectos de los factores adscriptivos y los adquiridos, podemos formarnos una idea de la influencia de los roles tradicionales de género en el proceso de selección de parejas.

62

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Datos, variables y métodos

Los datos provienen de la *Encuesta sobre Desigualdad y Movilidad Social en la Ciudad de México (ENDESMOV)*. Esta encuesta fue levantada en 2009 en el marco de un proyecto en el que se estudian los rasgos más sobresalientes de la estratificación y la movilidad social en la Ciudad de México. El universo de selección de la muestra lo constituyeron las personas entre 30 y 60 años de edad residentes en viviendas particulares de la zona metropolitana de dicha ciudad. El tamaño de muestra final fue de 2,038 entrevistados, de los cuales aproximadamente la mitad son mujeres. La encuesta incluye las historias ocupacionales,

¹ Como lo plantea Kalmijn (1994: 426), en una sociedad con roles de género tradicionales, las mujeres competirían por los hombres con mayores recursos económicos, mientras que los hombres lo harían por las mujeres con mayores recursos en otros dominios; pero, después de la revolución en los roles sexuales, los hombres competirían por mujeres económicamente aventajadas tal como las mujeres lo han hecho desde siempre.

residenciales y educativas de las personas entrevistadas. También incorpora un módulo de “origenes sociales”, en el que se pregunta la escolaridad y la ocupación del padre o de la persona que era jefe/a económico del hogar cuando las personas entrevistadas tenían 15 años, además de la disponibilidad de una serie de bienes y servicios en la vivienda a esa misma edad. Finalmente, el cuestionario cuenta con una breve sección en la que se hacen preguntas sobre la primera unión, entre ellas la edad a la que ocurrió este evento (indistintamente de que haya sido una unión libre o un matrimonio formal), la ocupación actual o última de la pareja y la escolaridad del cónyuge al momento de la unión.²

Cuadro 1
Características educativas y ocupacionales de los/as cónyuges según su estrato socioeconómico, por cohorte de la persona entrevistada. Ciudad de México

	Estrato socioeconómico: cónyuges varones			Estrato socioeconómico: cónyuges mujeres		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
a) Cohorte 1950-1959						
Años promedio de escolaridad	4.7	9.0	14.2	3.6	7.8	13.8
ISEI promedio de la ocupación	28.2	35.4	58.2	25.8	39.5	55.2
% en ocupaciones no manuales	4.0	23.3	83.6	0.0	19.4	70.0
% en ocupaciones manuales de baja calif.	48.5	22.7	0.0	39.7	3.6	0.0
% sin experiencia laboral	6.4	11.7	5.4	39.9	70.2	30.0
Distribución porcentual al interior de la cohorte	33.9	33.3	32.9	28.1	38.8	33.1
Casos (sin ponderar)	84.0	73.0	63.0	78.0	95.0	76.0
b) Cohorte 1960-1969						
Años promedio de escolaridad	6.2	9.5	14.5	7.0	10.3	14.4
ISEI promedio de la ocupación	25.5	35.6	56.8	27.1	44.9	60.5
% en ocupaciones no manuales	1.9	23.3	72.7	4.9	39.1	64.8
% en ocupaciones manuales de baja calif.	65.2	25.2	8.2	47.6	4.6	0.9
% sin experiencia laboral	5.8	9.0	13.2	31.7	43.3	32.6
Distribución porcentual al interior de la cohorte	33.4	33.6	33.0	33.68	33.7	32.6
Casos (sin ponderar)	104.0	97.0	85.0	111.0	101.0	75.0
b) Cohorte 1970-1979						
Años promedio de escolaridad	7.1	9.9	13.7	6.1	9.4	13.9
ISEI promedio de la ocupación	27.4	35.2	54.5	27.7	42.9	57.2
% en ocupaciones no manuales	4.8	28.1	69.8	4.1	50.3	60.5
% en ocupaciones manuales de baja calif.	54.4	18.9	12.8	39.7	11.1	2.5
% sin experiencia laboral	4.5	8.8	12.6	34.2	38.4	28.7
Distribución porcentual al interior de la cohorte	35.6	31.1	33.3	28.8	39.2	31.9
Casos (sin ponderar)	109.0	98.0	91.0	92.0	121.0	80.0

Fuente: Cálculos propios a partir de los datos de la ENDESMOV 2009.

El primer paso del análisis consistió en elaborar una estratificación del nivel socioeconómico del los/as cónyuges. Dado que la encuesta proporciona tanto la escolaridad como la ocupación de la pareja, existe la posibilidad de construir estratos ya sea para

2 Para mayores detalles sobre el proyecto y la encuesta, véase Solís, 2011.

cada una de estas categorías por separado o para una combinación de ambas. La segunda opción es más atractiva, debido a que la valoración que las personas hacen de las posición socioeconómica actual y futura de los/as potenciales cónyuges toma en consideración simultáneamente ambos atributos. Para construir esta clasificación, estandarizamos los años de escolaridad y el *status* ocupacional de los cónyuges³ al momento de la primera unión, y promediamos ambas medidas. En aquellos casos en que los cónyuges nunca habían trabajado (situación frecuente entre las mujeres), la estratificación se basa únicamente en el nivel educativo. Una vez obtenido este indicador compuesto, agrupamos a los cónyuges en terciles específicos por sexo y cohorte de nacimiento, a los cuales denominamos como estratos “bajo”, “medio” y “alto”. En el Cuadro 1 se presentan algunas estadísticas descriptivas de los cónyuges para cada estrato por sexo y cohorte de nacimiento.

El análisis convencional de la homogamia consiste en construir tablas de doble entrada a partir de la clasificación combinada del estrato socioeconómico de ambos cónyuges, y luego elaborar medidas absolutas y relativas de homogamia mediante el uso de modelos loglineales (véanse, entre otros: Hout, 1982; Kalmijn, 1991a, 1991b, 1993, 1994 y 1998; Mare, 1991; Qian, 1998; Qian, Blair y Ruf, 2001; Smits, Ultee y Lammers 1998; Smits, 2003; Smits y Park, 2009. Para México: Esteve, 2005; Solís, Pullum y Bratter, 2007). Esta aproximación es útil para identificar las tendencias generales de homogamia, pero también presenta algunas limitaciones metodológicas. En primer lugar, la técnica se limita al uso de variables categóricas, por lo que el investigador se ve forzado a construir categorías a partir de variables continuas, perdiendo así información valiosa. Segundo, aunque es posible incluir en un modelo loglineal dos o más características en forma simultánea (véanse, por ejemplo, Kamijn, 1991a; Pullum y Peri, 1999; Solís, Pullum y Bratter, 2007), esto complica considerablemente la interpretación de resultados y se torna rápidamente inviable cuando se tienen muestras pequeñas, ya que requiere de múltiples particiones en la muestra. Por último, como lo señalan Blossfeld y Timm (2003), los modelos loglineales parten del evento que pretenden explicar (las uniones ya consumadas) y, a partir de estas, intentan identificar el papel causal de las características combinadas de los cónyuges. Esta aproximación es problemática ya que excluye a quienes nunca se unieron e ignora el carácter dinámico del proceso de selección de parejas a lo largo del curso de vida.

Para superar estas dificultades, en este trabajo utilizamos modelos de riesgos en competencia. Estos modelos permiten estimar simultáneamente tanto la probabilidad de pasar de la soltería a la unión como la de unirse con una persona con determinadas características socioeconómicas (Blossfeld y Timm, 2003). El marco conceptual de estos modelos parte de la identificación de un espacio discreto de estados, vinculados entre ellos por eventos que ocurren a través de una escala de tiempo, en este caso representada por la edad. El estado de origen es “soltero/a” ($j=0$). En cada edad t se puede permanecer soltero ($k=0$) o hacer la transición a tres estados de destino: a) una unión en la que la pareja tiene un nivel socioeconómico bajo ($k=1$); b) una unión en la que la pareja tiene un nivel

3 El *status* ocupacional corresponde al Índice Socioeconómico Internacional de Ocupaciones (ISEI, por sus siglas en inglés) propuesto por Ganzeboom y Treiman (1996).

socioeconómico medio ($k=2$); y c) una unión en la que la pareja tiene un nivel socioeconómico alto ($k=3$). La observación del proceso de unión comienza a los 15 años de edad y termina cuando ocurre la primera unión o a los 45 años (edad en que, si no hay unión, se considera al caso como truncado).

Modelamos este proceso mediante regresiones logísticas multinomiales de tiempo discreto (Allison, 1982 y 1984). Dado un conjunto de variables independientes fijas en el tiempo (X_1) y cambiantes en el tiempo ($X_2(t)$), el modelo logístico multinomial de tiempo discreto estima simultáneamente un conjunto de ecuaciones que ajustan los riesgos relativos de experimentar la transición k (p_{0k}) *vis a vis* de permanecer soltero (p_{00}) en la edad t :

$$[p_{0k}|t, X_1, X_2(t)] / [p_{00}|t, X_1, X_2(t)] = \exp \{ \beta_{0k0} + \beta_{0k1}X_1 + \beta_{0k2}X_2(t) \}$$

A continuación, describimos las variables independientes del modelo:

a) *Dependencia por edad del proceso de unión.* Para dar cuenta de la dependencia temporal no monotónica de los momios de unión, introducimos en el modelo dos variables (Blossfeld y Huinink, 1991; Blossfeld y Timm, 2003):

$$t1(t) = \ln(t - 14) \quad t2(t) = \ln(50 - t)$$

b) *Nivel socioeconómico de la familia de origen.* Para modelar los efectos de las características socioeconómicas adscriptivas o heredadas, incluimos en el modelo un índice que mide el nivel socioeconómico de la familia de origen. Este índice (al que de aquí en adelante llamaremos “NSO”) lo obtuvimos mediante la aplicación de la técnica de análisis factorial por componentes principales, incluyendo las siguientes variables: I) la escolaridad del padre o jefe económico del hogar a los 15 años de edad; II) la disponibilidad o no de los siguientes activos en el hogar a los 15 años de edad: licuadora, televisión, automóvil o camioneta propios, estufa (cocina) de gas o eléctrica, refrigerador, lavadora de ropa, teléfono, cámara fotográfica, y una enciclopedia; y III) la disponibilidad o no en la vivienda a los 15 años de edad de: agua entubada dentro de la vivienda, piso de concreto, mosaico o firme y baño interior.⁴

c) *Origen migratorio del padre.* La segunda variable es el origen migratorio del padre o jefe económico del hogar a los 15 años, que distingue entre los padres que nacieron en áreas urbanas (más de 15 mil habitantes) y los que nacieron en áreas rurales. Esta variable pretende captar los posibles efectos de los antecedentes rurales como una dimensión adicional de los orígenes sociales que no necesariamente registra el NSO.

d) *Escolaridad.* La escolaridad se mide a través de los años de escolaridad alcanzados, que son incorporados al modelo como una variable cambiante en el tiempo, esto es, una variable cuyo valor se modifica en cada edad t en función del máximo nivel de escolaridad alcanzado en ese momento del curso de vida.

4 Dado que la importancia de estos bienes y recursos como marcadores de la estratificación social es relativa (es decir, son bienes “relacionales”, con un poder estratificante que depende del grado en que están disponibles en la sociedad en su conjunto (Hirsch, 1977)), ajustamos este índice a su valor relativo para cada cohorte. En este sentido, el NSO refleja la posición relativa de la familia de origen en la cohorte de nacimiento y no los incrementos absolutos a través del tiempo en la disponibilidad de los bienes y servicios que lo integran.

c) *Asistencia a la escuela.* Más allá del efecto estratificante de la escolaridad, se esperaría que la asistencia a la escuela tuviese efectos propios sobre las transiciones a la unión. La afiliación al sistema educativo puede reducir las probabilidades de unión y simultáneamente funcionar como un mercado matrimonial que incrementa las probabilidades relativas de que las personas que cursan niveles superiores de educación encuentren parejas con niveles educativos similares, favoreciendo así la homogamia en la cima de la estratificación social (Oppenheimer, 1997; Thornton, Axinn y Teachman, 1995). Para dar cuenta de estos efectos, incluimos una variable dicotómica cambiante en el tiempo que indica si la mujer asistía o no a la escuela en la edad t .

f) *Recursos ocupacionales.* Al medir el efecto de la ocupación sobre la selección de parejas, es importante considerar que la adquisición de recursos ocupacionales es un proceso dinámico en el tiempo, que varía en función de: I) los cambios en la condición de actividad económica; II) la acumulación gradual de experiencia, relaciones sociales y antigüedad en cada trabajo específico; III) el *status* propio de cada trabajo, que impone un “techo” a los recursos ocupacionales alcanzados; y IV) los cambios de trabajo y la movilidad en *status* ocupacionales que estos traen consigo (Blossfeld y Huinink, 1991). La variación conjunta de estos factores puede ser representada en una variable cambiante en el tiempo que mide los recursos ocupacionales (*RO*) en la edad t como el promedio del nivel socioeconómico de las ocupaciones que ha desempeñado la persona en los últimos 4 años:

$$RO_t = (ISEI_t + ISEI_{t-1} + ISEI_{t-2} + ISEI_{t-3}) / 4,$$

en donde el ISEI corresponde al *status* de la ocupación según el Índice Socioeconómico Internacional de Ocupaciones (ISEI) propuesto por Ganzeboom y Treiman (1996) o al valor 0 si la persona no trabajaba en el año en cuestión. Este índice varía de 0 (personas sin experiencia laboral en los últimos cuatro años) a 80 (personas con cuatro o más años continuos en la ocupación de mayor *status*).

66

Año 4

Número 7

Enero/

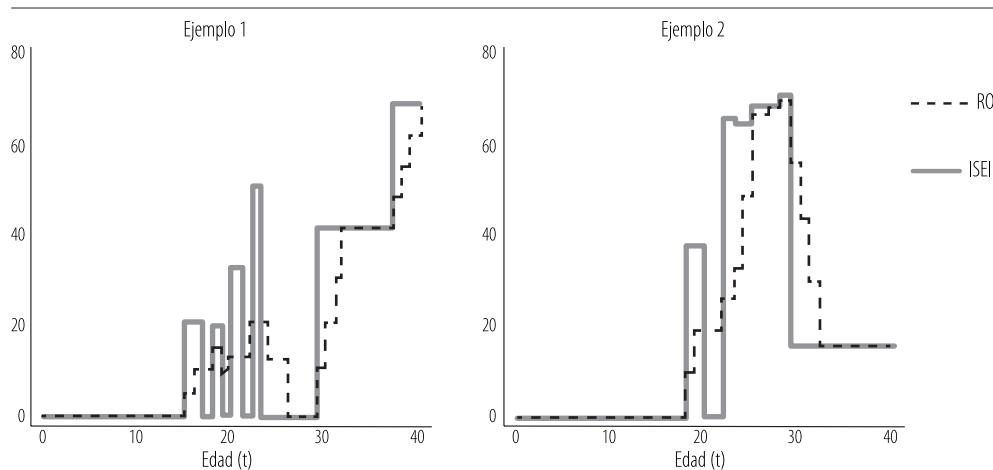
diciembre

2010

En el Gráfico 1 presentamos dos ejemplos del cálculo de los recursos ocupacionales a lo largo del curso de vida para dos casos tomados de la muestra. El primer caso (Ejemplo 1) corresponde a una trayectoria de discontinuidad laboral inicial, que se traduce en una acumulación lenta de recursos ocupacionales, seguida de una salida más prolongada del mercado de trabajo (pérdida de recursos ocupacionales) y de movilidad ascendente a partir de los treinta años (incremento gradual de recursos ocupacionales hasta llegar al límite del ISEI de la ocupación). El segundo caso (Ejemplo 2) muestra una trayectoria de acumulación de recursos en etapas tempranas del curso de vida (con una breve discontinuidad a los 20 años), seguida de movilidad ocupacional descendente, la cual lleva a una pérdida de recursos ocupacionales a edades más tardías.

g) *Cohorte de nacimiento.* Incluimos la cohorte de nacimiento como variable de control y para explorar las posibles variaciones en el tiempo en los efectos de las otras variables. Distinguimos tres cohortes de nacimiento: 1940-1949, 1950-1959 y 1960-1969. Esta variable es introducida en el modelo como un efecto lineal.

Gráfico 1
Dos ejemplos de la variación del Índice Socioeconómico Internacional de Ocupaciones (ISEI) y de los Recursos Ocupacionales (RO) entre el nacimiento y los 40 años de edad



Resultados

Cambios en la homogamia educativa y ocupacional

En el Cuadro 2 describimos los patrones de emparejamiento educativo y ocupacional en la Ciudad de México de acuerdo con la cohorte de nacimiento de la persona entrevistada. Se presentan los porcentajes observados y esperados de parejas con el mismo nivel educativo (homogamia), con un nivel educativo mayor para las mujeres (hipergamia femenina) y con un nivel educativo menor también para las mujeres (hipogamia femenina). Los valores esperados son aquellos que se observarían si la escolaridad o la ocupación no tuviesen ninguna influencia sobre la selección de parejas, es decir, si el porcentaje de parejas en cada combinación de escolaridad u ocupación fuera aleatorio, dadas las distribuciones marginales de estos atributos en cada cohorte.

Es importante destacar cuatro tendencias. La primera es que la homogamia educativa y la ocupacional tienden a incrementarse ligeramente en el período de estudio. Los niveles observados de homogamia educativa pasan de 45.8% a 50.8% y los de homogamia ocupacional de 26.9% a 32.8%. Este resultado contradice claramente la hipótesis de la tendencia hacia una creciente “apertura general”, y más bien apunta hacia la estabilidad o incluso hacia un leve incremento en la rigidez en la estratificación social.

En segundo lugar, los niveles de homogamia educativa son mayores que los de homogamia ocupacional. Esto se debe, en parte, a que existen mayores diferencias entre hombres y mujeres en las características ocupacionales que en las educativas,⁵ lo

5 Las diferencias ocupacionales entre hombres y mujeres se deben no solo al hecho de que una mayor proporción de mujeres nunca trabajó, sino también a la segregación ocupacional por género, que produce una mayor concentración relativa de mujeres en las ocupaciones no manuales de baja calificación, el comercio y ciertos servicios personales (Pedrero, 2003).

cual reduce las posibilidades absolutas de unión entre parejas con ocupaciones similares. También influye que la clasificación ocupacional tenga una categoría más que la educativa (cinco *versus* cuatro grupos). Estas limitantes “estructurales” a la homogamia ocupacional reflejan los menores porcentajes esperados de homogamia ocupacional que educativa. Pero, más allá de esto, la intensidad relativa de la homogamia educativa sigue siendo mayor que la de la homogamia ocupacional. En la cohorte 1970-1979, por ejemplo, la homogamia educativa observada era 89% mayor a la esperada ($1.89=50.8/26.9$), mientras que la homogamia ocupacional era solo 55% mayor ($1.55=32.8/21.2$). Esto indica que, si bien existe una tendencia a ambas formas de homogamia, el emparejamiento por características educativas es más frecuente, lo cual sugeriría que en la Ciudad de México la afinidad por rasgos educativos es una característica de mayor importancia en la selección mutua de los cónyuges.

Cuadro 2
Tendencias generales en la homogamia, la hipergamia y la hipogamia
por cohorte de nacimiento. Ciudad de México

		Hipogamia femenina		Homogamia		Hipergamia femenina	
		O (%)	E (%)	O (%)	E (%)	O (%)	E (%)
a) Nivel educativo (1)	1950-1959	18.5	31.0	45.8	27.5	35.7	41.6
	1960-1969	20.7	33.6	45.7	25.6	33.6	40.8
	1970-1979	25.5	37.8	50.8	26.9	23.7	35.2
b) Ocupación (2)	1950-1959	21.1	27.7	26.9	18.7	51.9	53.6
	1960-1969	25.3	32.0	29.9	20.5	44.8	47.5
	1970-1979	27.7	35.1	32.8	21.2	39.5	43.7

(1) El nivel educativo se clasificó en cuatro categorías: Primaria o menos (hasta 6 años de escolaridad); Secundaria (7-9 años); Preparatoria. Normal o Técnica (10-12 años); Educación Superior (13 o más años). (2) La ocupación se clasificó en cinco categorías: sin experiencia laboral. manual de baja calificación. manual de alta calificación. no manual de baja calificación y no manual de alta calificación. O = porcentajes observados en la tabla. E = porcentajes esperados bajo el supuesto de que el emparejamiento es aleatorio, dadas las distribuciones marginales observadas.

Fuente: Cálculos propios a partir de datos de la ENDESMOV 2009.

Por último, se observa un cambio en la frecuencia relativa de la de hipergamia femenina en relación con la hipogamia. En la cohorte 1950-1959, las mujeres que se unieron con hombres de mayor escolaridad alcanzaron 35.7%, fracción 1.94 veces superior al 18.5% estimado que se unió con hombres de menor escolaridad. Para la cohorte 1970-1979, estos porcentajes eran prácticamente similares (23.7% y 25.5%, respectivamente). Nuevamente, este cambio se debe en parte a la reducción de las brechas de escolaridad entre hombres y mujeres, que incrementó las posibilidades estructurales de homogamia e hipogamia femenina. Pero la reducción relativa de la hipergamia femenina en las cohortes más recientes no se explica completamente por este cambio en la composición del mercado matrimonial. Más bien parecería que en la Ciudad de México, como ocurre en el conjunto del país, el patrón de emparejamiento educativo se ha vuelto más simétrico, indicando así una creciente tendencia a que las parejas transgredan el modelo de unión tradicional en el que las mujeres proclaman unirse con hombres de mayor escolaridad. Se observa una

tendencia similar en el caso de la homogamia ocupacional, aunque en la última cohorte sigue predominando la hipergamia femenina.

Factores asociados a la selección de parejas

En el Cuadro 3 se presentan los modelos de riesgos en competencia para la selección de parejas con distinto nivel socioeconómico (determinado mediante la combinación de la escolaridad y el *status* de la ocupación, tal como lo describimos en la sección anterior y como se presenta en el Cuadro 1). En lo que resta de la sección resumimos los principales resultados para cada una de las variables relevantes incluidas en los modelos. En la sección final retomaremos estos resultados para discutir en qué medida permiten o no responder a las preguntas formuladas en la segunda sección de este trabajo.

En primer lugar, se aprecia que los factores adscriptivos, y en particular el nivel socioeconómico de la familia de origen, tienen efectos estadísticamente significativos sobre las probabilidades de unirse con parejas de distintos niveles socioeconómicos, tanto para los hombres como para las mujeres.⁶ Las probabilidades de unión con una pareja de bajo nivel socioeconómico se reducen en la medida en que se proviene de una familia con una posición más aventajada, incluso una vez que se controlan los efectos de la escolaridad y de los recursos ocupacionales.⁷ En contraste, la propensión a unirse con una pareja de nivel alto se incrementa cuando se tiene una familia de origen con mayor nivel socioeconómico, aunque en este caso la razón de momios es estadísticamente significativa solo para las mujeres (1.42), lo que apunta a algunas diferencias de género que discutiremos más adelante. Estos resultados sugieren que en la Ciudad de México los factores adscriptivos siguen jugando un papel importante en el proceso de selección de parejas, de tal manera que las elecciones conyugales, y en particular las posibilidades de unirse “hacia arriba” o “hacia abajo”, no dependen únicamente de las cualidades adquiridas sino también de la posición social heredada de los padres.

Segundo, los efectos de la escolaridad son diferentes cuando distinguimos entre la afiliación al sistema escolar y el nivel de escolaridad alcanzado. La afiliación escolar (medida a través de la condición de asistencia a la escuela cambiante con la edad) reduce las probabilidades de cualquier tipo de unión.⁸ Este resultado respalda la tesis de que la etapa de

-
- 6 Una vez controlado el NSO, el origen rural o urbano del padre pierde casi totalmente su importancia como determinante de las probabilidades de unión; esto se refleja en que la gran mayoría de los coeficientes asociados a esta variable no son estadísticamente significativos. La única excepción es el coeficiente para las mujeres que se unen con hombres de nivel socioeconómico bajo, que es positivo y estadísticamente significativo (razón de momios de 1.27), lo cual es indicativo de una mayor propensión a este tipo de uniones entre las mujeres con orígenes rurales.
 - 7 Las razones de momios se estiman en 0.61 para los hombres y 0.72 para las mujeres, lo cual implica reducciones del 39% y 28%, respectivamente, en el riesgo relativo de este tipo de unión por un incremento de una desviación estándar en el NSO.
 - 8 Las razones de momios estimadas son 0.41, 0.36 y 0.67 para los hombres que se unen con mujeres de nivel bajo, medio y alto, respectivamente. En el caso de las mujeres, las razones de momios respectivas se estiman en 0.17, 0.14, y 0.40.

asistencia escolar es vista como una fase de preparación en el curso de vida en la que las personas no se consideran todavía “listas” para unirse, lo cual reduce las probabilidades de experimentar esta transición. Dicho esto, un resultado interesante es que la reducción de los riesgos no es de la misma magnitud en todos los tipos de unión. El efecto disuasivo de la asistencia escolar es menor para las uniones con parejas de alto nivel socioeconómico (razones de momios de 0.67 y 0.40 para hombres y mujeres, respectivamente) que para las uniones con parejas de nivel bajo (razones de momios de 0.41 y 0.17, respectivamente). Esto sugiere que, cuando las personas que están afiliadas al sistema educativo se unen, esta afiliación opera como un atributo positivo, quizás debido a que la escuela como mercado matrimonial en sí mismo favorece la posibilidad de encuentros con cónyuges potenciales que tienen niveles medios y altos de escolaridad, así como ocupaciones de mayor jerarquía.

Cuadro 3

Modelos de riesgos en competencia para la unión con parejas de bajo, medio y alto nivel socioeconómico, por sexo. Razones de momios. Ciudad de México

Modelos		Hombres	Mujeres
a) Unión con pareja de nivel socioeconómico bajo	t1 (t) t2 (t) Nivel socioeconómico de la familia de origen (nso) /1 Padre rural vs urbano Asiste vs no asiste a la escuela /1 Escolaridad /1 Ocupado/a vs no ocupado/a a la edad t /1 Recursos ocupacionales a la edad t (ro) /1 Cohorte de nacimiento (efecto lineal)	4.13 24.35 0.61 0.88 0.41 0.68 1.80 1.01 0.86	2.66 55.26 0.72 1.27 0.17 0.65 0.38 1.20 1.18
b) Unión con pareja de nivel socioeconómico medio	t1 (t) t2 (t) Nivel socioeconómico de la familia de origen (nso) /1 Padre rural vs urbano Asiste vs no asiste a la escuela /1 Escolaridad /1 Ocupado/a vs no ocupado/a a la edad t /1 Recursos ocupacionales a la edad t (ro) /1 Cohorte de nacimiento (efecto lineal)	5.16 30.63 0.97 0.81 0.36 0.89 2.75 0.75 0.79	3.34 89.68 0.98 0.96 0.14 0.89 0.32 1.43 0.96
c) Unión con pareja de nivel socioeconómico alto	t1 (t) t2 (t) Nivel socioeconómico de la familia de origen (nso) /1 Padre rural vs urbano Asiste vs no asiste a la escuela /1 Escolaridad /1 Ocupado/a vs no ocupado/a a la edad t /1 Recursos ocupacionales a la edad t (ro) /1 Cohorte de nacimiento (efecto lineal)	8.07 47.19 1.16 1.22 0.67 1.47 1.26 1.28 0.69	4.57 86.24 1.42 1.20 0.40 1.44 0.29 1.70 0.91
Prueba de razón de verosimilitud (27 g. l.)		789.21	789.09
Años-persona		11,808.00	9,480.00
Casos		983.00	932.00
Eventos (uniones)		841.00	818.00

Fuente: Cálculos propios a partir de los datos de la ENDESMOV 2009.

Con respecto al nivel de escolaridad, los resultados son los esperados: en la medida en que se incrementa la escolaridad las posibilidades de unirse con una pareja de bajo nivel socioeconómico se reducen considerablemente (razones de momios de 0.68 y 0.65 para hombres y mujeres, respectivamente), mientras que las de unirse con una pareja de nivel alto se incrementan (razones de momios de 1.47 y 1.44, respectivamente). Este resultado es consistente con las altas tasas de homogamia educativa reportadas en México⁹ y respalda la hipótesis de que, más allá de su papel como indicador del *status* heredado (efecto que es controlado cuando se incluye el NSO en el modelo), la escolaridad es en sí misma un recurso de gran importancia en la búsqueda de un “buen partido” en el mercado matrimonial.

Por último, las características laborales también tienen efectos significativos sobre la selección de parejas. Con respecto a la condición de ocupación, los efectos tienden a mostrar un sentido opuesto para hombres y mujeres. Tener una ocupación incrementa la probabilidad de unión en los hombres, pero solo de manera significativa cuando se unen con mujeres de nivel bajo (razón de momios de 1.80) y medio (2.75), lo cual sugiere que no basta con disponer de un trabajo para que un hombre aumente sus expectativas de encontrar una pareja de alto *status*. Por su parte, el hecho de que las mujeres tengan una ocupación fuera del hogar reduce de manera prácticamente uniforme el riesgo de todos los tipos de unión (razones de momios entre 0.29 y 0.38), indicando que trabajar no es en sí mismo un rasgo que favorezca ningún tipo de unión o, si se quiere interpretar de manera alternativa, que las mujeres que trabajan tienden a retrasar su primera unión independientemente de lo atractivas o no que puedan resultar sus parejas en términos socioeconómicos. En cambio, la acumulación de recursos ocupacionales es tanto para los hombres como para las mujeres un rasgo que incrementa las posibilidades de unirse con cónyuges de alto nivel socioeconómico (razón de momios de 1.28 y 1.70 para hombres y mujeres, respectivamente).

Cambios entre cohortes

Para analizar en qué medida existe una tendencia de cambio lineal en el tiempo en los efectos recién descritos, exploramos los efectos de interacción entre la cohorte de nacimiento y cada una de las variables.¹⁰ Los resultados de este ejercicio se presentan en el Cuadro 4. En un primer paso ajustamos modelos en los que se introdujeron cada una de las interacciones a la vez. Luego probamos modelos con todas las combinaciones de las interacciones que resultaron estadísticamente significativas de manera individual.

9 Véanse Esteve, 2005; Solís, Pullum y Bratter, 2007 y la sección previa de este mismo artículo.

10 Para simplificar el análisis, decidimos acotar esta parte del ejercicio a las interacciones que afectan el riesgo relativo de unirse con una pareja de alto *versus* bajo nivel socioeconómico, lo cual reduce significativamente el número de pruebas estadísticas y permite centrar la atención en los riesgos relativos de unirse con parejas de distinto nivel socioeconómico.

Cuadro 4
Cambios entre cohortes en los efectos de las variables independientes.
Pruebas de efectos de interacción para los momios de unirse con una pareja de nivel socioeconómico alto versus bajo, por sexo. Ciudad de México

	NSO (1)	Padre rural (2)	Asiste a la escuela (3)	Escolaridad (4)	Ocupado/a (5)	RO (6)
HOMBRES						
Coeficientes de interacción introducidos en el modelo de manera individual						
Efecto principal	3.29	n. s.	n. s.	3.51	1.27	n. s.
Efecto de interacción con la cohorte	0.77	n. s.	n. s.	0.80	0.76	n. s.
Modelos con dos o más interacciones a la vez						
(1) + (4) + (5)	0.94	---	---	1.03	0.86	---
(1) + (4)	0.87	---	---	0.87	---	---
(1) + (5)	0.95	---	---		0.83	---
(4) + (5)	---	---	---	0.99	0.89	---
MUJERES						
Coeficientes de interacción introducidos de manera individual						
Efecto principal	n. s.	n. s.	14.46	n. s.	n. s.	n. s.
Efecto de interacción con la cohorte	n. s.	n. s.	0.45	n. s.	n. s.	n. s.

Fuente: Cálculos propios a partir de los datos de la ENDESMOV 2009.

72

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

En primera instancia, los resultados de este ejercicio indicarían, de manera un tanto sorprendente, que hay más cambios en el tiempo para los hombres que las mujeres. Al considerar individualmente cada interacción, se aprecian entre los hombres reducciones significativas en los efectos del nivel socioeconómico de la familia de origen (razón de momios de 0.77), de la escolaridad (0.80) y de la condición de ocupación (0.76). No obstante, al intentar incluir simultáneamente estas tres interacciones o cualquier combinación de dos de ellas en un solo modelo, estos efectos dejan de ser significativos. Esto puede deberse a que el tamaño de muestra no es lo suficientemente grande para identificar con mayor detalle las interacciones significativas, o bien a que todas las interacciones en forma individual se correlacionan con un efecto latente común que se manifiesta en cada interacción de manera individual, pero que se desvanece cuando se las incluye en su conjunto. Esta última interpretación es apoyada por el hecho de que los efectos de interacción son negativos en todos los casos, lo que sugeriría, aunque no de manera concluyente, que existe una tendencia en el mismo sentido hacia el debilitamiento de los efectos de la estratificación social sobre la selección de parejas.

En el caso de las mujeres, los efectos de interacción son bastante menos complejos. De todas las interacciones en forma individual, tan solo la condición de asistencia a la escuela resultó estadísticamente significativa, también con un coeficiente negativo (razón de momios de 0,45), lo cual indica que las enormes ventajas en el riesgo relativo de unión con hombres de alto nivel socioeconómico se han reducido en las cohortes más recientes.

Discusión y conclusiones

El propósito de este trabajo fue investigar el proceso de selección de parejas en la Ciudad de México. Para ello utilizamos información retrospectiva proveniente de una encuesta aplicada en 2009 a varones y mujeres unidos y no unidos residentes en esta ciudad. Con esta información, reconstruimos el proceso de formación de primeras uniones (uniones libres y matrimonios) tanto para los hombres como para las mujeres pertenecientes a tres cohortes de nacimiento: 1950-1959, 1960-1969 y 1970-1979. El punto de partida de este análisis fue una aproximación de corte descriptivo en la que exploramos las tendencias en la homogamia educativa y ocupacional. Luego se utilizaron modelos de regresión de tiempo al evento para dar cuenta de los factores que inciden en los riesgos en competencia de que hombres y mujeres tengan una primera unión con una pareja de estrato socioeconómico bajo, medio o alto. Esto último nos permitió superar algunas de las limitaciones metodológicas del análisis convencional de las tablas de homogamia y responder a un conjunto de preguntas más específicas sobre los efectos de los factores adscriptivos y adquiridos en la elección de los cónyuges.

Al discutir los resultados en esta última parte, retornamos a las preguntas formuladas en la segunda sección. La primera pregunta es si se observa en la Ciudad de México una tendencia al incremento en la homogamia educativa y ocupacional similar a la reportada en otros estudios. El análisis descriptivo de los niveles de homogamia para las tres cohortes de nacimiento muestra estabilidad e, incluso, un ligero incremento en los niveles observados de homogamia educativa y ocupacional. Al mismo tiempo, se aprecia una tendencia hacia la reducción de la proporción de mujeres que se unen con hombres con mayor escolaridad y un aumento de las que se unen con hombres de menor escolaridad, lo que apunta a una mayor semejanza en las expectativas maritales de hombres y mujeres. Aunque estas tendencias se deben, en parte, al reajuste estructural de los mercados matrimoniales, que tienden a un mayor equilibrio en la disponibilidad de cónyuges con similares niveles educativos y ocupacionales, esta no es la única fuerza detrás del cambio (sería así si los niveles esperados de homogamia, hipergamia e hipogamia hubiesen cambiado en una razón similar a los observados). En este sentido, al considerar estos resultados en su conjunto, es posible concluir que, lejos de transitar hacia una sociedad más abierta como sugeriría la tesis de la “apertura general”, en la Ciudad de México se han mantenido y probablemente intensificado las presiones sociales que obstaculizan la formación de lazos de parentesco entre personas ubicadas en lugares distintos de la estratificación social.

Una segunda serie de preguntas se relacionan con el efecto de los factores adscriptivos *versus* los adquiridos en la selección de parejas. Los resultados de los modelos de tiempo al evento sugieren que tanto la probabilidad de unirse como el nivel socioeconómico de la pareja se ven afectados por las características educativas y ocupacionales. Una vez controlado el efecto disuasivo de la asistencia escolar sobre la probabilidad de unión, el nivel de escolaridad surge como un determinante de primera importancia en el proceso de búsqueda marital. En la medida en que se incrementan los años de escolaridad, tanto hombres como mujeres presentan mayores oportunidades relativas de unirse con una pareja de alto nivel socioeconómico. Al mismo tiempo, aquellos/as que son capaces de acumular

recursos ocupacionales mediante la combinación de una participación sostenida en el mercado de trabajo y logros ocupacionales tienen también mejores perspectivas de unirse con una persona de alta posición social.

Estos resultados parecerían respaldar la hipótesis de “adquisición de *status*” en tanto muestran que los logros educativos y ocupacionales de las personas se erigen como rasgos de primera importancia en la selección de cónyuges de alto “*status*”. No obstante, los modelos también indican que las elecciones maritales no escapan a la influencia de las circunstancias sociales heredadas. Más específicamente, en la medida en que aumenta el nivel socioeconómico de la familia de origen se reduce el riesgo de unión con una pareja de estrato bajo, al tiempo que se incrementan las oportunidades de unirse con una pareja de nivel socioeconómico alto, en particular para las mujeres. También en el caso de las mujeres puede apreciarse una tendencia mayor a las uniones con cónyuges de estrato bajo asociada al origen rural del padre. Juntos, estos efectos son de magnitud similar a los de las características educativas y ocupacionales. En síntesis, la posición social de la familia de origen no solo afecta de manera indirecta la selección de parejas a través de su influencia en la escolaridad y los logros ocupacionales, sino que también lo hace directamente, ya sea mediante la restricción de los círculos sociales en los que se dan los encuentros entre potenciales cónyuges, o a través de normas sociales que inhiben el matrimonio con personas provenientes de otros estratos sociales.

La conclusión es que las elecciones de pareja en la Ciudad de México están determinadas por un conjunto híbrido de circunstancias heredadas y características educativas y ocupacionales adquiridas. Interpretado desde la perspectiva de la hipótesis de “adquisición de *status*”, este híbrido reflejaría una condición temporal propia de una sociedad en transición que está experimentando una gradual disminución del efecto de las características adscriptivas. Sin embargo, al analizar las interacciones por cohorte en los modelos no se obtienen evidencias sólidas de que este sea el caso. Entre las mujeres no existe tal tendencia. Entre los varones hay indicios de una reducción en el efecto de los orígenes sociales, pero es probable que esta reducción se confunda con cambios del mismo orden en los efectos de la escolaridad y la condición de ocupación, situación que las limitaciones de los datos no permiten aclarar. En todo caso, estos resultados indican que la coexistencia de rasgos heredados y adquiridos en la selección de parejas es un atributo estructural de los mercados matrimoniales en la Ciudad de México, cuyo sustento habría que buscar en las características históricas e institucionales específicas del régimen de desigualdad social.

La última pregunta se refiere a las posibles diferencias entre hombres y mujeres en los efectos de las características adscriptivas y adquiridas. Con respecto a las características adscriptivas, se aprecia que el nivel socioeconómico de la familia de origen afecta en el mismo sentido las elecciones de hombres y mujeres. No obstante, en el caso específico de las uniones con parejas de alto nivel socioeconómico este efecto solo es significativo para las mujeres. A esto habría que sumar el impacto del origen rural del padre, que entre las mujeres incrementa la probabilidad de unión con un marido de bajo nivel socioeconómico. Esto sugeriría que, tal como lo prevén las teorías microeconómicas y sociológicas

aplicadas a contextos de segregación de roles de género, el *status* heredado afecta las elecciones maritales de las mujeres en mayor medida que las de los hombres.

Un dato adicional que apunta en esta dirección es el significado distinto que asume la condición de ocupación entre hombres y mujeres. Para los varones, el tener una ocupación representa un activo que cataliza la transición a la primera unión, particularmente con mujeres en los estratos bajo e intermedio. En cambio, las mujeres que trabajan presentan una menor propensión a cualquier tipo de unión. Tan solo en el caso de las que se unen con hombres de estratos medios y altos este efecto es compensado por la acumulación de recursos ocupacionales. En otras palabras, el trabajo es un recurso valioso en el mercado matrimonial solamente para las mujeres que logran acceder a ocupaciones de determinada jerarquía.

Finalmente, la única dimensión en la que no se aprecian diferencias sustantivas entre hombres y mujeres es la escolaridad. Los efectos de la condición de asistencia a la escuela y el nivel de escolaridad son prácticamente similares para ambos sexos. Este resultado confirma las tendencias encontradas en otros estudios que apuntan a una creciente afinidad en el significado de la escolaridad para hombres y mujeres en el mercado matrimonial. Estas similitudes, tomadas de manera aislada, podrían llevar a pensar que no hay mayores diferencias en lo que ambos géneros buscan en dicho mercado. Sin embargo, una conclusión importante de este trabajo es que cuando se consideran varias dimensiones simultáneamente emergen otras disparidades de género que son tan importantes como las similitudes en la escolaridad.

Antes de concluir este artículo, es importante apuntar algunas de sus limitaciones. En primer lugar, si bien la encuesta que utilizamos presenta una riqueza poco común debido a que registra información sobre las historias de vida y los antecedentes familiares de los entrevistados, su principal deficiencia radica en el tamaño de la muestra. Esto impone una serie de restricciones al análisis estadístico, entre las que se encuentra la imposibilidad de explorar de manera apropiada los cambios entre cohortes en los efectos de las variables de interés. Por otra parte, al restringir el universo a la Ciudad de México, se introducen una serie de condicionantes históricos y sociodemográficos que dificultan la generalización, incluso a otras localidades urbanas de México, ya que la capital del país posee rasgos que la distinguen de manera significativa de otras ciudades.

En este sentido, un área de oportunidad para futuros trabajos sería extender el análisis a otros contextos para así avanzar en la generalización de los resultados. Esta tarea, sin embargo, se ve obstaculizada por la ausencia de fuentes de datos sociodemográficos de corte longitudinal como los aquí utilizados. Por tanto, los esfuerzos de generalización deberán ser acompañados por el levantamiento de información de tipo retrospectivo, que nos permita trascender el análisis básico de los patrones de homogamia y explorar con mayor detalle los factores que inciden en la selección de parejas.

Bibliografía

- ALLISON, P. D. (1982), “Discrete-Time Methods for the Analysis of Event Histories”, en *Sociological Methodology*, núm. 13, pp. 61-98.
- (1984), *Event History Analysis: Regression for Longitudinal Event Data*, Sage Publications, Beverly Hills (CA).
- BECKER, G. (1991), *A treatise on the Family*, Harvard University Press, Cambridge.
- BEHRMAN, J., A. Gaviria y M. Székely (2001), “Intergenerational Mobility in Latin America”, en *Economía*, núm. 2-1, pp. 1-44.
- BLAU, P. M. y O. D. Duncan (1967), *The American Occupational Structure*, John Wiley, Nueva York.
- BLAU, P. M., T. C. Blum, y J. E. Schwartz (1982), “Heterogeneity and Intermarriage”, en *American Sociological Review*, núm. 47, pp. 45-62.
- BLOSSFELD, H. P. (2009), “Educational Assortative Marriage in Comparative Perspective”, en *Annual Review of Sociology*, núm. 35, pp. 513-530.
- BLOSSFELD, H. P. y J. Huinink (1991), “Human Capital Investments or Norms of Role Transition? How Women’s Schooling and Career Affect the Process of Family Formation”, en *American Journal of Sociology*, núm. 97-1, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 143-168.
- Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010
- BLOSSFELD, H. P. y A. Timm (eds.) (2003), *Who Marries Whom? Educational Systems as Marriage Markets in Modern Societies*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht.
- CHERLIN, A. J. (1992), *Marriage, divorce, remarriage*, Harvard University Press, Cambridge (2da. edición).
- COONTZ, S. (1992), *The way we never were. American families and the nostalgia trap*, Basic Books, Nueva York.
- ESCOBAR, A., F. Cortés y P. Solís (coords.) (2007), *Cambio estructural y movilidad social en México*, El Colegio de México, México D.F.
- ESTEVE, A. (2005), “Tendencias en homogamia educacional en México: 1970-2000”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 20-2, pp. 341-362.
- GANZEBOOM, H. B. G. y D. J. Treiman (1996), “Internationally comparable measures of occupational status for the 1988 International Standard Classification of Occupations”, en *Social Science Research* (25), pp. 201-239.
- GIDDENS, A. (1995), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.
- GOLDSCHEIDER, F. K. y L. J. Waite (1991), *New Families, No Families?*, Berkeley (CA), University of California Press.

- HINDE, A. (1998), *Demographic Methods*, Oxford University Press US, Nueva York.
- HIRSCH, F. (1986), *Los límites sociales al crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- HOUT, M. (1982), “The association between husband’s and wife’s occupations in two earner families”, en *American Journal of Sociology*, núm. 88, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 397-409.
- KALMIJN, M. (1991a), “Status homogamy in the United States”, en *American Journal of Sociology*, núm. 97, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 496-523.
- (1991b), “Shifting boundaries: trends in religious and educational homogamy”, en *American Sociological Review*, núm. 56-6, pp. 786-800.
- (1993), “Trends in Black/ White Intermarriage”, en *Social Forces*, núm. 72, pp. 119-146.
- (1994), “Assortative mating by cultural and economic occupational status”, en *American Journal of Sociology*, núm. 100, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 422-452.
- (1998), “Intermarriage and homogamy: causes, patterns, trends”, en *Annual Review Sociology*, núm. 24, pp. 395-421.
- LIPSET, S. M. y R. Bendix (1963), *Social mobility in industrial society*, University of California Press, Berkeley (CA).
- LÓPEZ RUIZ, L. A., A. Esteve y A. Cabré (2008), “Distancia social y uniones conyugales en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Población*, núm.1-2, ALAP, México D.F., pp. 47-71.
- MARE, Robert D. (1991), “Five decades of educational assortative mating”, en *American Sociological Review*, núm. 56, pp. 15-32.
- (2000), “Assortative mating, intergenerational mobility and educational inequality”, California Center for Population Research On-Line Working Paper Series, vol. 56, Los Angeles.
- OPPENHEIMER, V. K. (1997), “Men’s career development and marriage timing during a period of rising inequality”, en *Demography*, núm. 34-3, pp.311-330.
- PARSONS, T. (1966), *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente.
- PEDRERO, M. (2003), “Las condiciones de trabajo en los años noventa en México. Las mujeres y los hombres: ¿ganaron o perdieron?”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 65-4, Universidad Autónoma de México, México D.F., pp. 733-761.
- PULLUM, T. W., y A. Peri (1999), “A Multivariate Analysis of Homogamy in Montevideo, Uruguay”, en *Population Studies*, núm. 53(3), pp. 361-377.
- QIAN, Z. (1998), “Changes in assortative mating: the impact of age and education, 1970-1990”, en *Demography*, núm. 35, pp. 279-292.

QIAN, Z., S. L. Blair y S. D. Ruf (2001), "Asian American Interracial and Inter-ethnic Marriages: Differences by Education and Nativity", en *International Migration Review*, vol. 35, pp. 557-586.

QUILODRÁN, J. (1989), "Algunas implicaciones demográficas y sociales de la dinámica de las uniones", en O. De Oliveira, M. Pepin-Lehalleur, y V. Salles (eds.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, UNAM-El Colegio de México, México D.F.

——— (1993), "La dinámica de la población y la formación de las parejas", en P. Bedolla Miranda (ed.), *Estudios de género y feminismo II*, UNAM-Fontamara, México D.F.

SCHOEN, R. y J. Wooldredge (1989), "Marriage Choices in North Carolina and Virginia 1969-71 and 1979-81", en *Journal of Marriage and the Family*, núm. 51, pp. 465-81.

SHORTER, E. (1975), *The making of the Modern Family*, Basic Books, Nueva York.

SMITS, J. (2003), "Social closure among the higher educated: Trends in educational homogamy in 55 countries", en *Social Science Research*, núm. 32, pp. 251-277.

SMITS, J., W. Ultee y J. Lammers (1998), "Educational homogamy in 65 countries: an explanation of differences in openness using country-level explanatory variables", en *American Sociological Review*, núm. 63, pp. 264-285.

SMITS, J. y H. Park (2009), "Five decades of educational assortative mating in 10 East Asian Societies", en *Social Forces*, núm. 88-1, pp. 227-255.

78

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

SOLÍS, P. (2007), *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México D.F.

——— (2010), "La desigualdad de oportunidades y las brechas de escolaridad", en Silvia E. Giorguli y Alberto Arnaut (coords.), *Educación mexicana: situación actual y perspectivas*, El Colegio de México, México D.F.

——— (2011), "Desigualdad y movilidad social en la Ciudad de México", en *Estudios Sociológicos*, núm. 85, enero-abril, pp. 283-298.

SOLÍS, P., T. W. Pullum, y J. Bratter (2007), "Homogamy by education and migration status in Monterrey, Mexico: Changes and continuities over time", en *Population Research and Policy Review*, núm. 26, pp. 279-298.

SWEENEY, M. G. (2002), "Two decades of family change: the shifting economic foundations of marriage", en *American Sociological Review*, núm. 67, pp. 132-147.

THORNTON, A., W. G. Axinn y J. D. Teachman (1995), "The influence of school enrollment and accumulation on cohabitation and marriage in early adulthood", en *American Sociological Review*, núm. 60-5, pp. 762-774 .

TREIMAN, D. J. (1970), "Industrialization and social stratification", en *Sociological Inquiry*, núm. 40-2, pp. 207-234.

ZENTENO, R. y P. Solís (2006), "Continuidades y discontinuidades de la movilidad ocupacional en México", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 21, pp. 515-546.

Estudios sobre las trayectorias conyugales de las mujeres del Gran Montevideo

Studies on women's marital trajectories of Gran Montevideo

Mariana Fernández Soto

FLACSO, Sede académica México D.F.

Resumen

Desde la década del setenta se han venido produciendo una serie de importantes transformaciones en las tendencias de nupcialidad en el Uruguay. Diversos estudios han evidenciado tres grandes cambios: el retraso del calendario conyugal, el incremento de las uniones consensuales y el aumento en la intensidad de las disoluciones conyugales. Estas transformaciones han afectado significativamente la dinámica conyugal de las mujeres uruguayas, tornándola más compleja y configurando diversos patrones de unión y desunión.

Bajo este panorama, esta investigación describe los itinerarios conyugales de las mujeres del Gran Montevideo de entre 15 y 30 años a través de la construcción de una tipología de trayectorias; y analiza las similitudes, diferencias y variaciones entre e intra estratos sociales y generaciones, corroborando la existencia de significativos niveles de heterogeneidad en dichas trayectorias en la población más joven e importantes diferencias de calendario entre estratos socioeconómicos.

Palabras clave: nupcialidad, trayectorias conyugales, familia, Uruguay.

Abstract

A series of important transformations in marriage trends have taken place in Uruguay since the seventies. Studies show three major changes: a delay in the marriage timing; an increase in cohabitation; and an increase in the number of divorces. These changes have had significant impacts in the conjugal dynamics of Uruguayan women. This context has led to greater complexity in the marital life, showing both union and dissolution patterns.

In this scenario, this research is aimed at describing the marital itineraries of the women of Montevideo between the ages of 15 and 30 years old, through the construction of a typology of trajectories. The research analyzes the similarities, differences and variations between and within socioeconomic strata and generations, confirming the existence of significant levels of heterogeneity in marital trajectories among the younger population, as well as significant timing differences between socioeconomic strata.

79

M. Fernández
Soto

Key words: marriage, marital trajectories, family, Uruguay.

Introducción

El objetivo central de este artículo es presentar los principales resultados de la investigación *Estudio sobre las trayectorias conyugales de las mujeres del Gran Montevideo*.¹

A tal fin, el documento se divide en cuatro apartados. En el primero se reseñan las principales tendencias de la nupcialidad en el Uruguay y se presentan algunas de las perspectivas conceptuales que dan explicación al cambio en el proceso de formación de las familias. En el segundo apartado se establecen los alcances de la investigación, los criterios metodológicos y la fuente de datos. En la tercera sección, se presentan los principales resultados del estudio. Y en el último apartado se formulan algunas reflexiones finales sobre los hallazgos de la investigación, discutiendo su sentido y planteando algunas potenciales líneas futuras de estudio.

Nupcialidad en el Uruguay: tendencias y perspectivas

Tendencias de la conyugalidad en el Uruguay

Históricamente el Uruguay se ha destacado en el contexto latinoamericano tanto por su igualitaria distribución del ingreso y su nivel de integración social como por la temprana entrada al proceso de transición demográfica. Estos procesos se enmarcaron en un escenario de modernización de estructuras sociales, políticas y económicas (Barrán y Nahum, 1979; Pellegrino, 2003; Filgueira, 1996). Así, la familia uruguaya ha obedecido al patrón de la sociedad industrial y moderna de Occidente y, por tanto, se ha caracterizado por una organización nuclear (Solari, 1956; Filgueira y Peri, 1993). Sin embargo, Filgueira (1996) señala que ha experimentado una profunda transformación pasando del tradicional sistema de aportante único (*breadwinner*) a uno de aportante múltiple y define tres factores explicativos de este cambio familiar: el demográfico, el económico y el cultural. En cuanto al primero, plantea que los estudios ponen en evidencia que el Uruguay se encuentra en una fase de cierre de la transición demográfica y que tiende hacia una etapa postransición en la que el proceso de envejecimiento poblacional, el incremento de la esperanza de vida y el cambio en la estructura por edad han tenido efectos directos en la transformación de la familia uruguaya. En relación con los cambios a nivel económico, Filgueira destaca la creciente participación de la mujer en el mercado laboral uruguayo, uno de los fenómenos asociados con la caída del sistema de *breadwinner*. Por último, a nivel sociocultural, establece la influencia decisiva de tres factores de cambio: la revolución sexual, la revolución de los divorcios y el advenimiento de los movimientos de igualdad de género. La revolución sexual, señala este autor, proviene del aumento de la frecuencia de relaciones sexuales premaritales desprovistas de estigmatización, del descenso de la edad de inicio sexual y de la clara diferenciación entre la sexualidad, el matrimonio y la

¹ Esta investigación se elaboró como tesis de la Maestría en Población y Desarrollo de FLACSO, Sede Académica México D.F. (véase Fernández Soto, 2010).

procreación. Por su parte, la revolución de los divorcios, entendida como el incremento de las disoluciones conyugales, permite asumir que las normas y prescripciones sociales al respecto se han transformado perdiendo su carácter de comportamiento desviado. Por último, para Filgueira la importancia de los movimientos por la igualdad de género reside en que han permitido comprender un significativo conjunto de valores y evidencias que contribuyeron gradualmente a la deslegitimación del sistema familiar tradicional.

Estos cambios a nivel familiar tienen correspondencia con transformaciones en la dinámica de la vida conyugal de los uruguayos. Desde la década del setenta, y principalmente a partir de 1985, se han evidenciado importantes cambios en las tendencias de nupcialidad. Wanda Cabella (2007) señala que: “En pocos años los casamientos descendieron a la mitad, los divorcios se duplicaron y las uniones libres comenzaron a ser una alternativa cada vez más frecuente frente al matrimonio legalizado. La combinación de estos procesos con las tendencias demográficas, sociales y económicas ha dado lugar a la transformación de la fisonomía de las familias uruguayas” (p. 5).

En relación con la intensidad de estas transformaciones en los patrones de nupcialidad y sobre la base de la evidencia aportada por Cabella (2009), se puede advertir que entre 1987 y 2007 la tasa de nupcialidad se redujo a la mitad, pasando aproximadamente de 10 a 5 matrimonios cada mil personas de quince o más años, con un descenso sostenido hasta el año 2000 en que se estabiliza en este último valor. La mencionada autora (2007 y 2009) observa que la tendencia al descenso de esta tasa no se vio afectada por los ciclos económicos, lo que indica que se estaría tratando de un cambio a nivel estructural relacionado con la pérdida de importancia del matrimonio legal como vínculo conyugal. Prestando especial atención al caso montevideano, Cabella, Peri y Street (2004) señalan que entre 1980 y 2000 la tasa bruta de nupcialidad diminuyó a la mitad, pasando de 8,7 a 4,4 cada mil habitantes. En tal sentido, Cabella (2007, 2009) plantea que todos los indicadores de nupcialidad subrayan la dimensión estructural del fenómeno de descenso sostenido de las uniones conyugales legalizadas desde la década de 1980 hasta el año 2000. E indica que, como contracara de este fenómeno, aparece el incremento sostenido de la cohabitación, especialmente en las generaciones más jóvenes (Cabella, 2009).

En el Uruguay la cohabitación ha sido una modalidad conyugal frecuente en los sectores pobres urbanos y en el medio rural (Cabella, 2009; Barrán y Nahum, 1997); no obstante, se lo sigue considerando dentro del grupo de países de América Latina con bajos niveles de cohabitación (Quilodrán, 2003). En la actualidad, autores como Cabella (2007, 2009) destacan el continuo y extraordinario aumento de las uniones consensuales, especialmente a partir de los últimos años de la década del ochenta: entre 1987 y 2007 la proporción de uniones libres se cuadriplicó, alcanzando un 40% en el último año. Asimismo, Cabella detecta que la consensualidad ha aumentado en todas las edades, pero particularmente en las generaciones más jóvenes: en 2004 el 64.1% de las parejas entre 20 y 24 años optaron por la cohabitación (Cabella, 2006 y 2009). En relación con este aumento y como su corolario, también se evidencia el aumento de los nacimientos extramatrimoniales: entre 1980 y 2000 la proporción de esos nacimientos respecto de los totales se duplicó a nivel nacional, pasando de 25% a 48% (Cabella, Peri y Street, 2004). Esta autora

señala también que la cohabitación como forma de unión conyugal es un fenómeno destacado en las generaciones más jóvenes y especialmente en los sectores más educados; y sostiene que el hecho de que la transformación más importante del inicio de la vida conyugal se dé en los sectores más educados da como resultado la reducción de la brecha entre estratos en estos indicadores, en particular para las cohortes de nacimiento más jóvenes y a partir de la década del noventa (Cabella, 2009). Sin embargo, cabe cuestionarse si se trata de una misma modalidad conyugal o si, simplemente, es producto de comportamientos diferenciales entre estratos que tienen un mismo resultado. En tal sentido, Cabella (2009 y 2007) afirma que el incremento de las uniones libres y la reducción de la brecha entre sectores se debe fundamentalmente a un cambio generacional, ya que es una modalidad que abarca a todos los estratos sociales.

Al mismo tiempo, se señala la presencia de un aumento sostenido del divorcio en el período 1985-2000 que lleva a incluir al Uruguay dentro del grupo de países con altas tasas de divorcio (Cabella, 1999). Cabella (2007) presenta el Índice Coyuntural de Divorcialidad (ICD),² el cual se ha incrementado en 15 puntos porcentuales desde 1985 hasta 2002. Así, para este último año se espera que un tercio de los matrimonios sancionados en ese año disuelva su unión conyugal. También se observa que la duración del vínculo conyugal tiende a descender a medida que las cohortes matrimoniales son más recientes (Cabella, 2007).

En cuanto al calendario de la conyugalidad, se evidencia un aumento en la edad al inicio de la vida conyugal: la edad promedio a la primera unión de las mujeres se incrementó dos años entre 1990 y 2002, ubicándose en los 27 años (Cabella, 2007). Pero, según Cabella (2007), este fenómeno se presenta de manera diferenciada en los sectores sociales: la brecha en la edad mediana en la primera unión entre la población que culminó la primaria (21 años) y la que realizó estudios terciarios (25 años) es de cuatro años. Asimismo, la autora identifica que esta diferenciación por nivel educativo se corresponde también con la edad a la que las mujeres tienen su primer hijo: aunque diversos estudios muestran que la edad mediana al momento de la maternidad se ubica aproximadamente en los 25 años, la distancia entre los valores de este indicador según los distintos sectores sociales se ha incrementado de manera notoria, alcanzando una diferencia de 3,5 años para el año 2002 (Cabella, 2006; Varela, Pollero y Fostik, 2008).

Desde mediados del siglo XX, el Uruguay ha experimentado importantes transformaciones sociales y económicas que lo acercan al contexto de desigualdad reinante en América Latina; en particular a partir de la década de los noventa, el país –junto con el resto de la región– sufrió un retroceso importante en términos de equidad social (Cerrutti y Binstock, 2009). Los cambios en el modelo de inserción económica ocurridos en el país en los últimos cincuenta años han influido en el desarrollo de las trayectorias vitales de la población uruguaya; han afectado tanto la estructura productiva como las estructuras sociales (Videgain, 2006). Las estructuras sociales de desigualdad que caracterizan el

2 El ICD expresa el número de matrimonios que culminará en divorcio si se mantienen las tasas de divorcio por duración del matrimonio registradas en un determinado año (Cabella, 1999).

paisaje social uruguayo tuvieron y tienen un importante rol en el surgimiento de patrones de comportamiento demográfico diferenciados por estrato social. Así, por ejemplo, si bien actualmente, cuando se considera a la población en su conjunto, los niveles de fecundidad se acercan a valores de reemplazo, al observar subpoblaciones se detecta un patrón reproductivo visiblemente diferente según estrato socioeconómico. Paredes y Varela (2005) sostienen que existe variabilidad en este comportamiento si se controla por la educación, la ocupación y las necesidades básicas insatisfechas de las mujeres: aquellas con menor nivel educativo, menos insertas en el mercado laboral y con condiciones socioeconómicas bajas presentan un nivel más alto de fecundidad. Y es posible inferir que esta heterogeneidad de la fecundidad también podría estar presente en otros fenómenos sociodemográficos como la conyugalidad.

Por tanto, se puede plantear que las tendencias de la nupcialidad entre sectores sociales tienden a converger en la modalidad de unión conyugal pero tienden a divergir en las edades a las que se experimenta.

Perspectivas conceptuales sobre el cambio en los patrones de unión

Distintas perspectivas conceptuales han intentado dar una explicación del cambio en la formación de las familias. Ellas pueden agruparse en dos grandes vertientes: las explicaciones de corte culturalista, que relacionan las transformaciones con cambios generales en la población a nivel valorativo (Van de Kaa, 1987 y 2008; Lesthaeghe, 1995 y 2010; Giddens, 1995; Beck y Beck Gernsheim, 1998); y las explicaciones más de corte materialista, que plantean –en términos muy generales– que las condiciones económicas en el curso de vida son las que determinan las modificaciones en los patrones de unión conyugal (Becker, 1981; Oppenheimer, 1988).

Desde el primer enfoque, diversos autores (Giddens, 1995; Beck y Beck- Gernsheim, 1998; Van de Kaa, 1987 y 2008; Lesthaeghe, 1995 y 2010; Lesthaeghe y Van de Kaa, 1986) plantean que el mundo familiar y conyugal ha cambiado en relación con el pasado y enmarcan estos cambios en dos propuestas teóricas explicativas: el proceso de individualización social y la Segunda Transición Demográfica. Para Beck y Beck-Gernsheim (1998), el proceso de individuación es el elemento clave para entender el marco en que están insertas las relaciones conyugales y sus procesos de cambio: las posibilidades de decisión y elección han aumentando crecientemente, quedando las biografías abiertas a la autoconstrucción personal en un marco donde los proyectos individuales adquieran protagonismo. En tanto, Van de Kaa (1987) y Lesthaeghe (Lesthaeghe y Van de Kaa, 1986) conceptualizaron estas transformaciones en las formulaciones de la Segunda Transición Demográfica (STD), fenómeno que surge de los cambios observados en el comportamiento de la nupcialidad y de la fecundidad a partir de la década del sesenta en los países de Europa Occidental. Lesthaeghe (1995) sostiene que en los cambios en los patrones de nupcialidad y en la formación de la familia subyace un proceso creciente de centralidad del logro de metas individuales. En este sentido, plantea que los mecanismos demográficos regulatorios

—protagonistas en la primera transición demográfica— han sido reemplazados por el principio de la libertad de elección, por la definición individual de la calidad de las relaciones personales que se establecen, es decir, por los mecanismos que establece un contexto de individualización. Por su parte, Van de Kaa (1987) concuerda con Lesthaeghe (1995) en que los determinantes indirectos de la STD provienen de cambios individuales en las sociedades posindustriales y sostiene que la secularización e individualización son los nuevos valores que direccionan los patrones de comportamiento demográfico (Van de Kaa, 1987 y 2008). Resume que la STD se origina a partir de una transformación en normas y actitudes; y destaca que en el comportamiento demográfico este cambio se refleja en el paso del matrimonio legal a la cohabitación, de la centralidad de los niños a la pareja adulta como centro familiar, de la contracepción a prevenir hijos no deseados y a elegir cuándo tenerlos, y de una familia uniforme a la diversificación de hogares y familias (Van de Kaa, 1987).

Por otro lado, dentro del enfoque materialista-económico se distinguen dos teorías que brindan una explicación de los cambios en la formación de las familias: la teoría de la nueva economía del hogar (Becker, 1981) y los modelos de búsqueda marital (*Marital Search Theory*) (Oppenheimer, 1988).

La primera perspectiva parte de la idea de que el matrimonio históricamente ha implicado un intercambio de complementariedades entre hombres y mujeres, y que este ha sido su principal beneficio (Becker, 1981). En tal sentido, se plantea que el matrimonio logra ser más ventajoso cuanto más atributos haya para intercambiar entre los cónyuges. El incremento de los niveles educativos y de la participación en el mercado laboral de las mujeres ha llevado a la disminución de su especialización en la esfera doméstica y al aumento de su independencia económica; por ello, los atributos para intercambiar se ven reducidos y así el matrimonio pierde parte de su principal atractivo. Para esta corriente, el incremento en el *status* educativo de las mujeres explicaría, en parte, la postergación del inicio de la vida conyugal y la pérdida de importancia del matrimonio, debido principalmente a la incompatibilidad entre las actividades domésticas y las extradomésticas —léase estudio y/o trabajo— (Becker, 1981, citado en Binstock, 2005).

La otra vertiente teórica es la de los modelos de búsqueda marital propuesta por Oppenheimer (1988), quien critica la explicación de la especialización postulada por Becker (1981) y postula que el proceso de independencia económica de las mujeres no rompe la complementariedad entre cónyuges ni tiene un efecto negativo en la transición al matrimonio, sino que, por el contrario, dos aportantes proveen más flexibilidad y respaldo al desarrollo familiar (Oppenheimer, Kalmjin y Lim, 1997). Este enfoque plantea que las tendencias de formación familiar están directamente afectadas por las incertidumbres actuales y futuras de los atributos de los potenciales cónyuges, y la principal fuente de incertidumbre para las nuevas uniones está en la naturaleza y calendario de la transición hacia el trabajo estable (Oppenheimer, 1988; Binstock, 2005). Sostiene que en las sociedades industriales el matrimonio es un acuerdo basado en el largo plazo y que la transición a los roles económicos adultos es compleja e inestable —debido a la precarización de los mercados laborales—; por ello, el proceso de formación conyugal está marcado por la falta de certeza sobre el estilo de vida de los individuos a futuro. El resultado es o bien un período más largo de búsqueda de pareja (retraso del calendario) o bien el inicio de la vida

conyugal a través de la cohabitación como un acuerdo provisorio (Oppenheimer, 1988; Oppenheimer, Kalmjin y Lim, 1997; Parrado y Zenteno, 2002). Así, los factores que afectan el calendario de transición a trabajos estables –principalmente determinado por la edad a la salida del sistema educativo– también afectarán el calendario del matrimonio (Oppenheimer, 1988). Asimismo, se establece que en las sociedades donde existe una alta diferenciación en los roles de género el calendario conyugal estará principalmente condicionado por la naturaleza y *tempo* de la transición a la adulterz de los hombres, mientras que en aquellas donde los roles económicos de hombres y mujeres se asemejan los atributos considerados serán similares para ambos sexos y ambas transiciones influirán en el proceso de formación de las familias (Oppenheimer, 1988). En suma, el calendario de la primera unión estaría afectado por la interacción entre el proceso de salida de la escuela y la efectivización del trabajo estable; por tanto, cabría ahondar en el vínculo existente entre la transición a los roles económicos adultos de las mujeres y sus recorridos conyugales (Parrado y Zenteno, 2002; Oppenheimer, 1988; Binstock, 2005).

Estas perspectivas conceptuales sobre la formación de las parejas permiten discutir acerca del sentido de los cambios: si se trata de un cambio en las orientaciones valorativas, como pregonan las formulaciones de la Segunda Transición Demográfica, o bien se trata de cambios asociados con transformaciones relacionadas con la educación y con la transición a los roles adultos, como señalan las teorías de búsqueda marital y de intercambio (Cabella, 2009; Binstock, 2005; Quilodrán, 2008). En tal sentido, esta investigación pretende aportar algunas evidencias que permitan profundizar la discusión para el contexto uruguayo en particular.

Objetivos, datos y métodos

Los cambios señalados permiten plantear que quizás ya no es posible hablar de un único patrón predominante de conyugalidad, sino de la existencia de una heterogeneidad de itinerarios conyugales. Para poder visualizar con mayor profundidad este fenómeno, es preciso indagar no solamente en los eventos que lo configuran, sino también en la secuencia de estados conyugales que definen a la trayectoria como tal, así como en los momentos en que ocurren. Por ello, esta investigación explora cómo son las trayectorias conyugales³ de las mujeres montevideanas y del área metropolitana, prestando atención a cuán heterogéneas son, qué patrones presentan y su grado de diversificación a través del tiempo y entre estratos sociales.

El estudio de dichas trayectorias es abordado desde la perspectiva del curso de vida. Este enfoque teórico-metodológico posibilita considerar la relación entre las vidas individuales y el cambio social, ya que combina el tiempo histórico y el tiempo individual de tal manera que permite comprender la configuración de las biografías –que se tornan herramientas que brindan indicios de cambios sociales.

³ Se consideran como sinónimos “itinerarios conyugales”, “senderos conyugales” y “trayectorias conyugales”. Todos ellos refieren a la experiencia conyugal durante un período de tiempo determinado.

La investigación se centra en la mirada de largo plazo de los itinerarios conyugales de las mujeres del Gran Montevideo, enfatizando en la secuencia y temporalidad de los distintos estados maritales, utilizando técnicas de análisis de secuencia. De manera complementaria, se emplea otra herramienta descriptiva del curso de vida: el Índice de Entropía de la combinación de *status* de edades específicas –propuesto por Elizabeth Fussell (2005)–. Este índice es una medida resumen que permite evaluar cuánto ha cambiado el curso de vida de los individuos a lo largo del tiempo, midiendo el grado en el que los individuos comparten similares combinaciones de estados en las distintas edades (Fussell, 2005). Por medio de la combinación del Índice de Entropía en diferentes momentos, es posible mostrar cómo han cambiado los estados del curso de vida a través del tiempo (Fussell, 2005). En tal sentido, en la investigación se utiliza este índice para poder evaluar, observar y analizar los distintos estados conyugales a las diferentes edades. Asimismo, también se emplea para analizar el grado de variabilidad de las trayectorias conyugales entre cohortes de nacimiento y entre estratos sociales. Como complemento al Índice de Entropía, se usa el Índice de Disimilitud (Duncan y Duncan, 1955) para estudiar la distribución de los estados conyugales entre los grupos de análisis (cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de origen), dado que permite comparar la distribución de las proporciones de dos poblaciones, determinando en qué medida los grupos están distribuidos de manera similar dentro de las categorías.

Datos

86

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Para este estudio se utiliza como fuente de datos la Encuesta sobre Situaciones Familiares y Desempeños Sociales de las mujeres en Montevideo y Área Metropolitana 2007 (ESFDS 2007) realizada por la Universidad de la República y por UNICEF. En dicha encuesta se entrevistó a 1,229 mujeres. La misma resulta representativa de los hogares de Montevideo y del área metropolitana que cuentan con al menos una mujer dentro de la franja de edades entre 25 y 62 años. La ESFDS recoge información retrospectiva de la vida de las mujeres montevideanas. Para esta investigación en particular, se utiliza información de su historia conyugal, desde el vínculo actual hasta tres parejas anteriores. Además, se releva información sobre los atributos de los hogares en los que residen así como sobre algunas características personales actuales y pasadas de las mujeres. Si bien los datos no son longitudinales en un sentido estricto, la información retrospectiva sobre la vida conyugal que se recoge en la ESFDS permite realizar análisis de tipo tiempo al evento y tiempo-duración y así considerar tanto transiciones como trayectorias. Específicamente, para esta investigación la información retrospectiva se utiliza para estudiar el encadenamiento de estados conyugales y los momentos en que ocurren entre los 15 y 30 años de edad.

La investigación considera como unidad de observación a las mujeres montevideanas y del área metropolitana que al momento de la encuesta tienen 30 o más años,⁴ grupo que

4 Se ha elegido esta edad para minimizar efectos de selección y truncamiento en el análisis.

aborda un total de 1,124 mujeres.⁵ El objeto de análisis son las trayectorias conyugales de este grupo de mujeres entre los 15 y 30 años cumplidos.⁶ Para el análisis de las trayectorias conyugales se toma como definición conceptual a la secuencia de los distintos estados maritales que experimenta un individuo en el transcurso de su vida. Y se considera como eventos partícipes de estas trayectorias a la primera unión, la disolución del vínculo y la segunda unión. Estos eventos definen cinco estados maritales:⁷ 1. Nunca unida, 2. En primera unión civil, 3. En primera unión libre, 4. En divorcio o separación, y 5. En segunda unión. Estos cinco estados se construyen codificando para cada edad entre los 15 y 30 años el estado conyugal en que se encuentra cada mujer.

Partiendo del enfoque de curso de vida, la investigación se estructura a través de dos grandes ejes: el análisis de cohortes y el análisis por estratificación social, para así poder corroborar tanto cambios en las trayectorias a través del tiempo histórico como diferencias de comportamiento conyugal en función de los estratos sociales de origen. Para ello se definieron, por un lado, tres cohortes de nacimiento (1945-55, 1956-66 y 1967-77) a partir de un criterio histórico –tomando como antecedente el estudio realizado por Karina Videgain (2006)–, con el fin de observar cambios y continuidades intergeneracionales en las trayectorias conyugales. Por otro lado, se construyó el estrato socioeconómico de origen a través de un factor que sintetiza el nivel educativo de los padres de la entrevistada.⁸ Este factor es considerado como variable *proxy* de la estratificación social, y se construyó uno para cada cohorte a partir de la técnica de Componentes Principales.⁹

-
- 5 Se quitaron del estudio tres mujeres que experimentaron eventos de viudez antes de los 30 años de edad dado que distorsionaban el análisis de las trayectorias conyugales por su bajo peso relativo. Eliminando a estos tres casos, el total de las mujeres con 30 y más años al momento de la encuesta es 1.121.
 - 6 Se decidió estudiar las trayectorias conyugales de las mujeres entre los 15 y 30 años porque, debido al tamaño de la muestra de la ESFDS, solo es posible trabajar con las mayores de 30 años al momento de la encuesta. Por tal motivo, solamente se puede explorar la trayectoria entre los 15 y 30 años, para que todas las mujeres tengan el mismo tiempo de exposición.
 - 7 Los estados conyugales son estados exhaustivos y mutuamente excluyentes y, por definición, tienen un orden específico.
 - 8 La información que brinda la encuesta (ESFDS) solamente permite construir el estrato socioeconómico de origen a partir de la escolaridad de ambos padres, dado que no releva otros datos sobre condición social de origen de las mujeres. Esta variable es tan solo un indicador del clima educativo del hogar de procedencia de las entrevistadas y, por tal motivo, solamente se la puede considerar una variable *proxy* de la estructura socioeconómica de origen. Para realizar un análisis más profundo en la estratificación social, es preciso disponer de otras variables de corte socioeconómico que reflejen de manera más fidedigna la estructura social, información con la que no se cuenta para esta investigación.
 - 9 Se construyó un factor para cada cohorte para aislar los efectos de los niveles educativos en cada contexto histórico y reflejar –simultáneamente– la estructura de la distribución educativa de cada cohorte (Videgain, 2006).

La heterogeneidad de los estados conyugales por edad

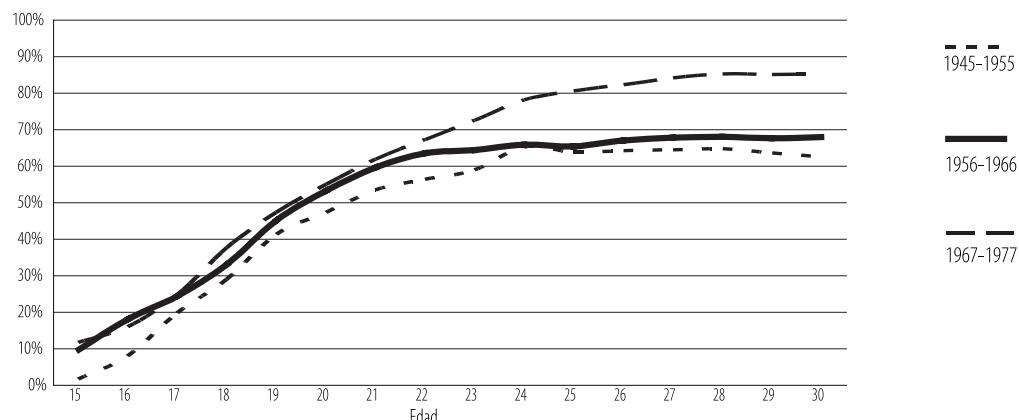
Para comenzar a describir las trayectorias conyugales, primero se realiza un diagnóstico del grado de variabilidad de los estados conyugales a través de la duración y de las generaciones.

En el Gráfico 1 se presentan las tendencias del Índice de Entropía¹⁰ por edad y según cohorte de nacimiento para la experiencia hasta los 30 años. Este índice permite diagnosticar que el grado de variabilidad de las situaciones conyugales de las mujeres en las distintas edades aumenta simultáneamente a medida que se avanza en las duraciones y a medida que las generaciones son más recientes. En tal sentido, se detecta un extraordinario incremento de la heterogeneidad de estados conyugales en la generación de 1967-1977, especialmente a partir de los 21 años –en términos relativos respecto de las otras dos cohortes de nacimiento–. Se observan niveles de heterogeneidad bajos y cercanos entre las cohortes en edades tempranas (15 a 17 años), niveles que aumentan paulatinamente hasta los 24 años, donde las cohortes nacidas en 1945-55 y 1956-66 comienzan a presentar una estabilidad relativa cercana a sus niveles máximos (65%), mientras que la cohorte de las mujeres nacidas en 1967-77 se despega sustancialmente de la tendencia conjunta alcanzando niveles máximos (85%) a partir de los 28 años y hasta el final del período de observación.

Gráfico 1
Índice de Entropía (como porcentaje del total del máximo posible) por edad y según cohorte

88

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Este indicador permite pensar que las generaciones más recientes presentan importantes niveles de diversidad de situaciones conyugales. Así, el despegue del nivel de

10 Presentado como porcentaje del máximo de entropía posible de los estados conyugales en cada edad. Para esta investigación, el Índice fue considerado a partir de la revisión del trabajo realizado por Solís y Puga (2009).

heterogeneidad de la generación más joven puede explicarse fundamentalmente, por un lado, por la incidencia de las uniones libres y, por otro lado, por el incremento de las disoluciones y de las segundas nupcias. Como vimos, Cabella (2009) plantea que el aumento de la consensualidad en las últimas décadas se dio en todas las edades y sectores y especialmente en las generaciones más jóvenes, que evidencian una probabilidad más alta de comenzar la vida conyugal a través de la cohabitación.

Análisis de secuencia de estados conyugales

En este apartado se profundiza en la caracterización de las trayectorias conyugales de manera más detallada. Para ello se relacionan los estados conyugales entre sí y se ahonda en el encadenamiento de los eventos en relación con las edades específicas en que se experimentan a partir de técnicas del análisis de secuencias.¹¹ La idea básica del análisis de secuencias es que cada trayectoria es representada a través de una “palabra” o un conjunto de caracteres (Billari, 2001). Así, para este análisis particular se le asigna a cada estado conyugal en cada edad una letra, y la trayectoria conyugal se podrá resumir con un conjunto de caracteres.

El Cuadro 1 presenta las 20 trayectorias más frecuentes entre los 15 y 30 años por cohorte de nacimiento a partir de la combinación de estados/caracteres; en su conjunto, estas representan el 73.4% de los casos. El patrón de trayectoria más frecuente es la “palabra” compuesta por un mismo carácter (estado conyugal): N (Nunca unida); esta característica produce un itinerario en el que el efecto de la edad desaparece dado que no ocurre ningún evento. En tal sentido –y como se observa en el Cuadro 3–, si se aísla el efecto de la edad, el itinerario más frecuente pasa a ser aquel en que ocurre solo el evento de la primera unión a través de un matrimonio civil, alcanzando más del 50% de los casos. Por lo tanto, es posible plantear que el patrón más frecuente sigue siendo el de las mujeres que pasan de estar solteras a estar casadas entre los 15 y 30 años de edad para el total de los casos –un patrón que se podría denominar tradicional.

Así, y siguiendo con el análisis del Cuadro 1, también se detecta que los patrones más frecuentes que siguen al de Nunca unida son los de aquellas mujeres que presentan trayectorias conyugales tradicionales. En su conjunto, las trayectorias tradicionales representan el 50.2% de la población (numeradas en el Cuadro 1 del 2 al 16). Luego de estas siguen las de aquellas que comienzan su primera unión conyugal a través de la cohabitación (trayectorias numeradas del 17 al 20) a partir de los 18 años, y que en conjunto representan aproximadamente el 4%. La mayor intensidad de las primeras uniones que comienzan con matrimonio civil se puede llegar a explicar por el efecto de las experiencias de las cohortes más antiguas que invisibilizan las transformaciones en la nupcialidad evidenciadas en las generaciones más jóvenes. En ese sentido, se observa que estos 20 patrones

¹¹ Para profundizar sobre esta técnica, consultar Abbott, 1995 y 1990; Billari, 2001; Wu, 2000; Gauthier, Widmer, Bucher y Notredame, 2009; y Abbott y Tsay, 2000.

más frecuentes de trayectorias conyugales representan en su conjunto el 83% de las de la cohorte más antigua, el 77% de la cohorte intermedia y solo el 60% de la más joven –una proporción menor pero igualmente preponderante.

Cuadro 1
Trayectorias de formación y disolución conyugal más frecuentes entre 15 y 30 años
por cohorte de nacimiento. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

Trayectoria de formación y disolución conyugal	Cohortes de nacimiento				Trayectoria de formación y disolución conyugal	Cohortes de nacimiento			
	1945 -1955	1956 -1966	1967 -1977	Total		1945 -1955	1956 -1966	1967 -1977	Total
1 NNNNNNNNNNNNNNNNN	22.0	18.0	19.4	19.5	12 NNNNNNNNNNNNNNNNC	3.2	2.9	0.9	2.3
2 NNNNNNNNCCCCCCCCC	6.4	7.0	3.7	5.8	13 NNNNNNNNNNNNNNCC	1.9	2.4	1.7	2.1
3 NNNNNNNNNCCCCCCC	7.3	6.1	3.1	5.5	14 NNCCCCCCCCCCCCCCC	1.6	2.0	0.9	1.5
4 NNNNNNNCCCCCCCCC	6.1	6.8	2.9	5.4	15 NNNNNNNNNNNNNNNCC	2.2	1.5	0.3	1.3
5 NNNNNCCCCCCCCCCC	4.8	5.5	2.9	4.5	16 NCCCCCCCCCCCCCCC	0.3	1.8	0.6	1.0
6 NNNNNNNNNNNCCCCC	5.4	4.4	3.4	4.4	17 NNNNNNNNNNNNNNNNU	0.6	1.1	1.1	1.0
7 NNNNNNNNNCCCCCCC	5.1	4.2	4.0	4.4	18 NNNNNNNNNNNNNNUUU	0.3	0.2	2.3	0.9
8 NNNNCCCCCCCCCCC	6.1	4.4	2.0	4.1	19 NNNNNNNNUUUUUUUU	0.0	0.7	2.0	0.9
9 NNNNNNNNNNNCCCCC	3.2	2.6	3.4	3.0	20 NNUUUUUUUUUUUUUU	0.3	0.9	1.4	0.9
10 NNNNNNNNNNNNNCCC	3.5	2.4	1.7	2.5	Total	83.1	77.2	59.8	73.4
11 NNNCCCCCCCCCCCCC	2.9	2.4	2.3	2.5					

N: Nunca unida C: En primera unión civil U: En primera unión libre

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

90

Año 4
 Número 7
 Enero/
 diciembre
 2010

Pero, si se aprecian con mayor detalle los datos, se observan diferencias en estas frecuencias por cohorte de nacimiento. La primacía del patrón tradicional comienza a disminuir a medida que se avanza en las generaciones; así, para la cohorte de las mujeres nacidas en 1967-1977, esta trayectoria (NC) sólo alcanza un 34%, mientras que para la cohorte de 1945-1955 alcanza casi el doble (60 por ciento).

En el Cuadro 1 se presentaron las 20 trayectorias más frecuentes para el total de mujeres. Pero el análisis por cohorte revela diferencias importantes en los porcentajes alcanzados entre las trayectorias que incluyen al matrimonio civil y a la cohabitación (controlando el efecto de la edad). Por tal motivo, se presenta el Cuadro 2, que muestra las 20 trayectorias más frecuentes para la cohorte más joven.

El patrón prototípico (NC), dentro de las 20 trayectorias más frecuentes para esta generación, baja sustancialmente su peso, alcanzando en esta cohorte solo el 31.05%, aunque mantiene cierto liderazgo. Por otro lado, las trayectorias con cohabitación (NU) cobran una mayor importancia, llegando a un 14% de los casos. No obstante, otro indicador de la heterogeneidad de las trayectorias es el porcentaje que en su conjunto representan los 20 itinerarios conyugales más frecuentes, que para las más jóvenes alcanza solamente un 64 por ciento.

Cuadro 2
Trayectorias de formación y disolución conyugal más frecuentes entre 15 y 30 años para la cohorte 1967-1977. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

1	NNNNNNNNNNNNNNNN	19.4	11	NNNNNNNNNNNNNUU	2.3
2	NNNNNNNNNCCCCCCC	4.0	12	NNNNCCCCCCCCCCCC	2.0
3	NNNNNNNCCCCCCCCC	3.7	13	NNNNNNNUUUUUUUUU	2.0
4	NNNNNNNNNCCCCCCC	3.4	14	NNNNNUUUUUUUUUUU	2.0
5	NNNNNNNNNNNCCCCC	3.4	15	NNNNNNNNNNNNCCCC	1.7
6	NNNNNNNNNCCCCCCC	3.1	16	NNNNNNNNNNNNNCCC	1.7
7	NNNNNNCCCCCCCCC	2.9	17	NNNUUUUUUUUUUUUU	1.4
8	NNNNNCCCCCCCCCCC	2.7	18	NNNNNNNNNUUUUUUU	1.4
9	NNNCCCCCCCCCCCC	2.3	19	NNNNNNNNNNNNNNNU	1.1
10	NNNNNNNNNNNNNUU	2.3	20	NNNNNNUUUUUUUUUU	1.1
			Total		64.1

N: Nunca unida C: En primera unión civil U: En primera unión libre

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Cuadro 3
Distribución de patrones de secuencia a partir del orden y presencia de estados conyugales por cohorte de nacimiento. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

	1945-1955	1956-1966	1967-1977	Total
NC	59.9	56.4	33.6	50.2
N	22.0	18.0	19.4	19.5
NU	3.2	5.7	18.8	9.1
NUC	3.2	7.0	9.7	6.8
NCDS	2.6	2.9	3.7	3.0
NUDS	0.3	1.3	3.1	1.6
Total	91.1	91.2	88.3	90.3

N: Nunca unida C: En 1^a unión civil U: En 1^a unión libre D: Separada/divorciada de 1^a unión S: En 2^a unión

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

91

M. Fernández
Soto

El Cuadro 3 muestra la distribución porcentual de las trayectorias de acuerdo con el orden y presencia de los estados maritales, es decir, sin considerar la edad a las que ocurren. Así, bajo este criterio se corrobora nuevamente que el patrón de secuencia más frecuente sigue siendo el tradicional –aquellas mujeres que hasta los 30 años de edad pasan por los estados de Nunca unida y En primera unión civil (NC)–, reuniendo al 50% de la población. A su vez, el porcentaje de mujeres que experimentan su primera unión por cohabitación se incrementa si se considera también a aquellas que comienzan con una unión libre y luego institucionalizan la unión, alcanzando un 16% para el total de los casos. No obstante, se observa que la relación entre los patrones de secuencia NC y NU va cambiando a medida que se suceden las generaciones. Para la cohorte más antigua, 6 de cada 10 experimentaban el recorrido NC, mientras que para el patrón NU el porcentaje no alcanza a 1 de cada 10 (3.2%). En cambio, para la cohorte más joven –y en relación con la más antigua–, estas proporciones cambian significativamente: se reduce a la mitad

para el recorrido NC y se sextuplica para NU. Esto evidencia que se produjo un cambio generacional importante en la forma en que se inicia y se concibe la vida conyugal, asociado a la legitimación de la unión libre como marco para comenzar la vida familiar.

Al considerar los patrones en su conjunto y categorizándolos en “tradicional” y “no tradicional”,¹² se corrobora un aumento importante del patrón no tradicional a medida que se suceden las cohortes de nacimiento. Particularmente, se detecta un incremento sustantivo en la generación más joven donde este patrón supera levemente al tradicional, alcanzando un 35% y aumentando 18 puntos porcentuales respecto de la cohorte precedente. Al mismo tiempo, si se considera Nunca unida (N) dentro de los itinerarios no tradicionales, estas trayectorias aumentan, alcanzando más de la mitad de los casos en la generación más joven. No obstante, y más allá de las desagregaciones generacionales, vale destacar que 1 de cada 5 mujeres montevideanas mayores de 30 años al año 2007 tiene una trayectoria no tradicional.

A modo de síntesis, es posible plantear tres grandes tendencias: 1) la trayectoria conyugal más frecuente entre los 15 y 30 años de edad sigue siendo la tradicional, es decir la de aquellas mujeres que pasan por un período de soltería y luego se unen a través del matrimonio civil; 2) los patrones de trayectorias más frecuentes varían a través de las generaciones, perdiendo peso así el patrón tradicional; y 3) las trayectorias conyugales de la generación más joven son más heterogéneas debido al peso de las uniones que comienzan con cohabitación y a la importancia que cobran las disoluciones conyugales y segundas nupcias en este grupo de mujeres.

92

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Tipología de las trayectorias conyugales

En este apartado se busca un método de agrupación que permita clasificar las trayectorias pero sin invisibilizar aquellos itinerarios que presentan más de un evento conyugal. Con este objetivo, se determinaron cuatro criterios teóricos para definir grupos de trayectorias conyugales: 1) la edad a la primera unión; 2) el tipo de unión con que se comienza esta unión; 3) si hubo disolución en el período de observación; y 4) si no se experimentó ningún evento conyugal. Estos criterios permitieron definir nueve tipos de trayectorias que reúnen al 98% de los casos y sintetizan el recorrido conyugal entre los 15 y 30 años.

¹² Se considera patrón “tradicional” a las trayectorias que incluyen el estado Nunca unida y En primera unión civil, y “No tradicional” al resto de los patrones, es decir a aquellas trayectorias que pueden incluir cohabitación en su primera unión, Separada/divorciada de primera unión, y Segunda unión antes de los 30 años de edad.

Cuadro 4

Distribución porcentual de la tipología de trayectorias conyugales de las mujeres montevideanas y del área metropolitana entre 15 y 30 años. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

1. Nunca unidas	Mujeres que no han experimentado su primera unión conyugal antes de los 31 años	18.8
2. Matrimonio temprano estable	Mujeres unidas por primera vez antes de los 23 años por unión civil y que se mantuvieron así hasta el final del período de observación (30 años)	29.9
3. Matrimonio temprano con disolución	Mujeres unidas por primera vez antes de los 23 años por unión civil y que al final del período de observación habían terminado su unión en separación/divorcio	5.2
4. Cohabición temprana estable	Mujeres unidas por primera vez antes de los 23 años por cohabitación y que se mantuvieron así hasta el final del período de observación (30 años)	5.3
5. Cohabición temprana con disolución	Mujeres unidas por primera vez antes de los 23 años por cohabitación y que al final del período de observación habían terminado su unión en separación/divorcio	3.9
6. Matrimonio tardío estable	Mujeres unidas por primera vez a partir de los 23 años a través de unión civil y que se mantuvieron así hasta el final del período de observación (30 años)	27.1
7. Matrimonio tardío con disolución	Mujeres unidas por primera vez a partir de los 23 años a través de unión civil y que al final del período de observación habían terminado su unión en separación/divorcio	1.8
8. Cohabición tardía estable	Mujeres unidas por primera vez a partir de los 23 años por cohabitación y que se mantuvieron así hasta el final del período de observación (30 años)	5.3
9. Cohabición tardía con disolución	Mujeres unidas por primera vez a partir de los 23 años por cohabitación y que al final del período de observación habían terminado su unión en separación/divorcio	1.0

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Análisis de la variabilidad de las trayectorias a través del tiempo y la estratificación social

93

M. Fernández
Soto

Ahora bien, cabe prestar atención a lo que sucede entre cohortes dentro de los estratos socioeconómicos.¹³ Se detectan algunas diferencias en dos aspectos: en los tipos de trayectorias por edad de inicio de la primera unión, y en el tipo de unión con que comienza la trayectoria. Asimismo, también se identifican diferencias en los niveles de heterogeneidad intra cohortes en la estructura social.

En cuanto a las trayectorias según la edad de inicio de la vida conyugal, se observa que las que se inician temprano y por matrimonio civil se reducen entre cohortes dentro de cada estrato; en cambio, cuando la unión se inicia mediante la cohabitación (ya sea estable o con disolución) se identifican ciertos aumentos en todos los estratos, pero en especial se detectan importantes incrementos en el sector social bajo.

En relación con esto y vinculado con los cambios en el tipo de unión, se advierte que el *Matrimonio temprano estable* se reduce en todos los estratos, pero sigue teniendo una primacía importante en el sector bajo, aunque con cierta variabilidad. Al observar comparativamente las cohortes entre estratos, se evidencia que el peso de este tipo de trayectoria es similar en la cohorte más joven (1967-1977) del estrato bajo y en la cohorte más antigua

13 Es necesario advertir que, debido al tamaño de la muestra, los resultados de las desagregaciones por estrato socioeconómico de origen y por cohorte de nacimiento deben ser considerados con cautela dada la escasa cantidad de casos en algunas categorías. No obstante, se decide presentarlos porque los mismos evidencian algunas tendencias sugerentes que será preciso profundizar en investigaciones *a posteriori*.

(1945-55) del sector alto. También se detecta que la reducción más importante entre cohortes de este itinerario se produce en el estrato social alto, decreciendo 18 puntos porcentuales respecto de la precedente. En tal sentido, es posible pensar que los estratos sociales más altos y jóvenes son los que experimentan el retraso más significativo del calendario junto con una pérdida del valor del matrimonio como forma de entrada a la vida conyugal. Al mismo tiempo, el *Matrimonio tardío estable* también decrece en todos los estratos y cohortes, lo que confirma que este tipo de unión ha perdido un peso importante para todos los niveles socioeconómicos. Mientras, la cohabitación en sus distintas variantes crece entre generaciones dentro de los estratos. Se detecta un especial incremento en las trayectorias de inicio temprano de los sectores bajos y en las trayectorias de inicio tardío de los sectores altos. De esta manera se corrobora que esta modalidad de unión tiende a extenderse en las cohortes más jóvenes en todos los sectores sociales, pero que su edad de inicio varía entre estratos. Para comprobar de manera más nítida la magnitud del cambio en el tipo de unión intra estrato por cohorte de nacimiento, se consideraron las trayectorias que en su conjunto incluyen a la cohabitación o al matrimonio civil. Se observa que las uniones libres crecen de manera similar en todos los estratos a través del tiempo, y particularmente se detecta que en la generación más joven es donde se produce el mayor incremento. Por tanto, es posible plantear con firmeza que el cambio en la modalidad de unión no estaría presentando signos de segmentación social y que sería fruto de un efecto generacional.

94

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Cuadro 5
**Distribución porcentual por tipo de primera unión por cohorte de nacimiento
y según estrato socioeconómico de origen. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007**

		Bajo			Medio			Alto		
		1945-55	1956-66	1967-77	1945-55	1956-66	1967-77	1945-55	1956-66	1967-77
Unión libre		6.4	10.9	33.1	4.7	10.0	28.6	3.9	6.3	28.0
Matrimonio civil		73.6	72.3	49.0	68.8	76.2	49.2	74.0	66.6	51.5

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Cuadro 6
**Índice de Entropía (como porcentaje del total máximo posible)
por estrato socioeconómico de origen. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007**

	Bajo			Medio			Alto		
	1945-55	1956-66	1967-77	1945-55	1956-66	1967-77	1945-55	1956-66	1967-77
	69.2	73.3	91.2	70.4	72.4	89.8	67.5	68.5	87.8

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Cuadro 7
Índice de Disimilitud de la distribución de los tipos de trayectoria intra estratos socioeconómicos de origen entre cohortes de nacimiento. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

	Bajo				Medio				Alto	
	(1945-55)	(1945-55)	(1956-66)	(1945-55)	(1945-55)	(1956-66)	(1945-55)	(1945-55)	(1956-66)	
	(1956-66)	(1967-77)	(1967-77)	(1956-66)	(1967-77)	(1967-77)	(1956-66)	(1967-77)	(1967-77)	
D	0.15	0.29	0.23	0.17	0.28	0.27	0.13	0.25	0.23	
Promedio D		0.22			0.24			0.20		

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Cuadro 8
Índice de Disimilitud de la distribución de los tipos de trayectoria intra cohortes de nacimiento entre estratos socioeconómicos de origen. Montevideo y Área Metropolitana. Año 2007

	1945-1955			1956-1966			1967-1977			
	Bajo a medio	Bajo a alto	Medio a alto	Bajo a medio	Bajo a alto	Medio a alto	Bajo a medio	Bajo a alto	Medio a alto	
	(1945-55)	(1945-55)	(1956-66)	(1945-55)	(1956-66)	(1956-66)	(1945-55)	(1945-55)	(1956-66)	
D	0.15	0.12	0.08	0.12	0.31	0.24	0.18	0.32	0.19	
Promedio D			0.12			0.22			0.23	

Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Por último, el Índice de Entropía permite corroborar nuevamente la tendencia central que se ha registrado a lo largo de esta investigación: un aumento de la heterogeneidad de las trayectorias conyugales en las cohortes más recientes, propensión que, según se confirma, permea todos los estratos sociales. Asimismo, los distintos Índices de Disimilitud entre cohortes intra estrato permiten concluir con solidez que existe un efecto generacional en todos los estratos: primero, porque el promedio del Índice de Disimilitud intra estrato se ubica en alrededor del 20%; y segundo, porque en todos los estratos la disimilitud más alta se observa entre las cohortes más antiguas y las más jóvenes (cercana al 30%). No obstante, al prestar atención al Índice de Disimilitud entre estratos intra cohorte se observa que existe una mayor heterogeneidad entre sectores sociales en las generaciones más recientes: el promedio D de la cohorte más joven duplica al de la cohorte más antigua. Y esto parecería ser fundamentalmente un resultado de la diferenciación entre el estrato alto y el estrato bajo y medio en la cohorte de 1956-66 y en la de 1967-77, donde el Índice de Disimilitud aumenta de manera importante. Este resultado permite plantear la idea de que el cambio en los patrones de formación de uniones ha afectado de manera distinta a los estratos, lo que podría explicarse por una valoración distinta de la primera unión entre estratos, produciendo diversas respuestas adaptativas de acuerdo con las expectativas que cada sector tiene del evento.¹⁴

14 Sin embargo, para poder concluir con más firmeza esta idea sería preciso contar con información socioeconómica de mejor calidad.

96

Año 4

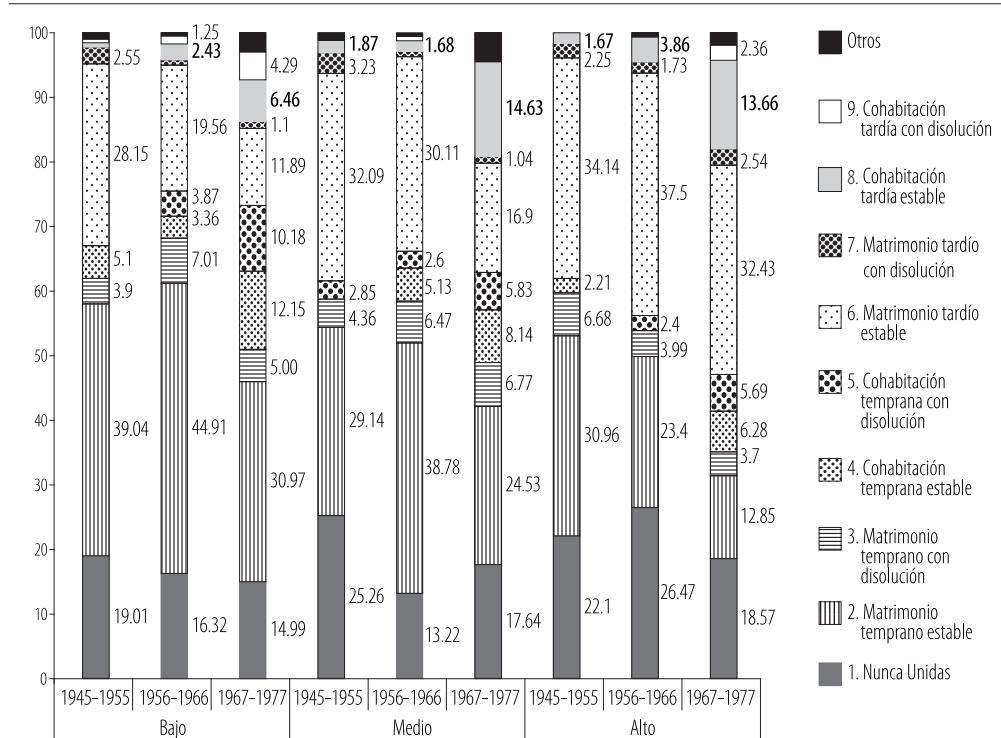
Número 7

Enero/

diciembre

2010

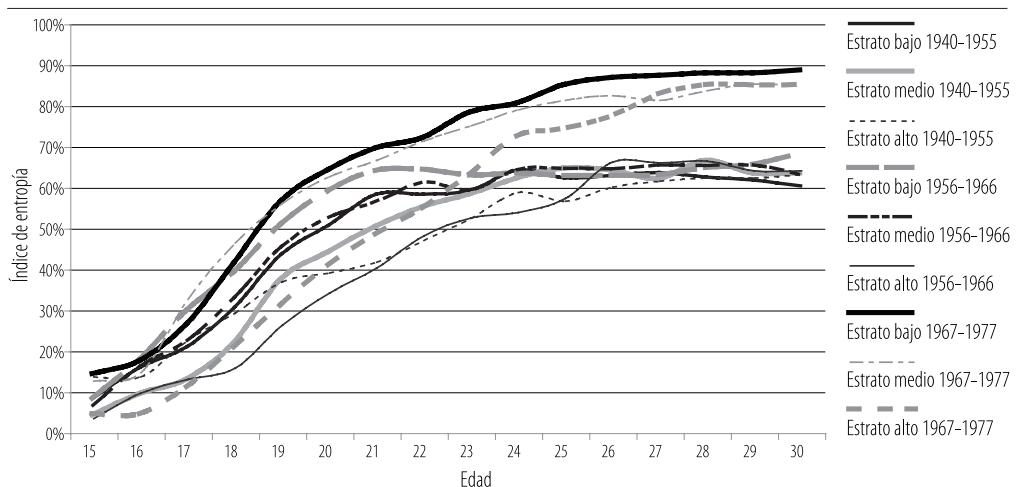
Gráfico 2
Distribución porcentual de los tipos de trayectorias por cohorte
y según estrato socioeconómico de origen



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Gráfico 3

Índice de Entropía (como porcentaje del total máximo posible) por estrato socioeconómico de origen y cohorte de nacimiento



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la ESFDS 2007.

Los indicadores presentados autorizan a afirmar la existencia de tres grandes tendencias intra cohortes e intra estratos. Por un lado, las uniones por cohabitación tienden a ser una opción de modalidad conyugal cada vez más extendida en todos los sectores sociales, especialmente para la población más joven; tal como planteaba Cabella (2009), es el fenómeno de la nupcialidad que no parece mostrar signos de polarización social. Pero, por otro lado, a medida que se desciende en la estructura social, el calendario conyugal tiende a ser más temprano, lo cual da la pauta de que en este aspecto sí se está en presencia de cierta segmentación social en el comportamiento marital; en este sentido, vale recordar que en la fecundidad también existe un efecto similar entre estratos: las mujeres pertenecientes a los estratos más bajos tienden a tener un calendario reproductivo más temprano que aquellas pertenecientes a sectores con mejores desempeños sociales (Cabella, 2009; Paredes y Varela, 2005; Varela, Pollero y Fostik, 2008). Por último, también se evidencia que las trayectorias conyugales de las cohortes más recientes presentan mayor heterogeneidad entre estratos. Y, en tal sentido, nuevamente se corrobora la presencia de un proceso de polarización social en el cambio de formación de las uniones en la población más joven. En suma, estos cambios permiten afirmar que se estaría en presencia de un proceso de transformación en la nupcialidad –liderada por las cohortes más recientes– tendiente a la convergencia en la modalidad de unión y a la divergencia en el calendario entre estratos.

Las tendencias generales expuestas brindan algunos elementos para comprender cómo son los senderos conyugales de las mujeres pero también abren un conjunto de preguntas sobre cómo interpretar los cambios. En esa dirección es posible pensar que en Montevideo la población femenina más joven se encuentra ante una oferta de modalidades de formación y de disolución conyugal más amplia que en el pasado, que puede ser explicada, en parte, por una transformación conceptual de la unión conyugal y de la vida familiar. Pero, al mismo tiempo, los cambios parecen también estar ligados a transformaciones en la transición a la adultez de las mujeres; existiría una imbricación entre las transiciones que en el pasado estaban más desligadas, por lo que las trayectorias conyugales tienden a ser disímiles entre mujeres de acuerdo a la forma en que transitan el proceso hacia la adultez.

Las tendencias permiten pensar tres hipótesis explicativas. La primera, en relación con la teoría de los modelos de búsqueda marital, plantea que existe una fuerte conexión entre la transición hacia la adultez –entendida como la salida del sistema educativo y la búsqueda de un trabajo estable– y el inicio de la vida conyugal; así, las mujeres más pobres y menos educadas tenderían a tener un proceso de transición a los roles económicos adultos más corto que aquellas con mayores niveles educativos y, por lo tanto, su entrada en la vida conyugal también tendería a ser a edades más tempranas. Pero para aseverar con firmeza esta conexión entre transiciones debería ahondarse en la relación entre los tres tipos de trayectorias: la conyugal, la educativa y la laboral.¹⁵ Otra hipótesis posible es que la primera unión tiene una valoración distinta entre estratos, y se relaciona con distintos

¹⁵ Se espera que en una investigación *a posteriori* sea posible desentrañar las conexiones y efectos entre los distintos tipos de trayectorias.

modos de percibir su relación con el proceso de emancipación. Por tanto, están en juego diferentes expectativas y respuestas adaptativas en la forma de experimentar la primera unión que llevan a la polarización en el calendario conyugal entre estratos. La última hipótesis explicativa estaría relacionada con la Segunda Transición Demográfica y con los valores vinculados a la unión; se estaría en presencia de un proceso de cambio de valores estratificados que lleva a que se produzcan distintas trayectorias conyugales entre estratos.

Las hipótesis no son excluyentes y los resultados parecerían indicar que la magnitud y la dirección de la transformación en los patrones de unión y desunión estarían vinculadas con varios procesos simultáneos.

Conclusiones

A modo de reflexión final se discuten los principales resultados del estudio, y se proponen algunas potenciales futuras líneas de investigación a partir de las interrogantes que quedan sin responder.

La investigación pretende ser una contribución a los estudios de población referidos al análisis y compresión de las transformaciones de la nupcialidad, uno de los terrenos sociales con mayores cambios en las últimas décadas. Asimismo, procura aportar conocimiento sobre los cambios en las transiciones a la adultez de las mujeres y, de esa manera, comprender qué sectores son más vulnerables en estos procesos. El trabajo presentó un análisis de los patrones de formación y disolución de las uniones de las mujeres montevideanas, considerando el encadenamiento de situaciones conyugales. Este tipo de análisis permitió cuantificar la magnitud de los cambios de la nupcialidad en el tiempo y entre sectores sociales, identificando las distintas trayectorias de formación y disolución de unión de esas mujeres y sus niveles de heterogeneidad en la estructura social y en el tiempo. Así, surgen dos principales hallazgos: un proceso creciente de diversificación en los itinerarios conyugales en la población más joven y un proceso de segmentación de acuerdo con el estrato social en el calendario de las trayectorias.

En la exploración de las transformaciones intra estratos sociales a través del tiempo histórico se corroboran tres tendencias. Por un lado, que el comienzo de la vida conyugal con cohabitación tiende a ser una modalidad cada vez más extendida en todos los sectores sociales, especialmente a medida que la población es más joven, y parece ser el fenómeno de la nupcialidad que no muestra signos de polarización social. Por otro lado, que existe cierta segmentación social en el comportamiento nupcial en relación con el calendario conyugal: a medida que se desciende en la estructura social ese calendario tiende a ser más temprano para todas las generaciones. Los datos indican que, si se consideran en conjunto las trayectorias tempranas y tardías, se observa un proceso de crecimiento de las que tienen un comienzo más precoz en los sectores más bajos y de las que tienen un inicio más retrasado en los sectores más altos, a medida que las cohortes son más jóvenes. Por último, se confirma que el cambio generacional en el patrón de formación de

las uniones está mediado por la estructura de desigualdad: existe una mayor heterogeneidad de trayectorias conyugales entre estratos en las cohortes más recientes, fundamentada principalmente por las diferencias en el calendario primo-nupcial entre el sector más alto y el estrato medio y bajo. En suma, es posible plantear que a través del tiempo se desarrolló un proceso de convergencia hacia modalidades de unión no tradicionales y de divergencia en la edad a la primera unión entre estratos. El cambio podría explicarse por tres clases de procesos interrelacionados: una valoración distinta entre sectores de la relación de la primera unión con el proceso de emancipación; diferencias en la transición a los roles adultos entre estratos; y cambios estratificados en la valoración de la unión.

Las tendencias que se presentan en esta investigación invitan a ser contrastadas con los planteamientos formulados en el marco de la Segunda Transición Demográfica relativos a nuevas actitudes y valoraciones en las sociedades posindustriales que llevan a cambios en la nupcialidad. No obstante, las variaciones entre estratos también presentan indicios de que las transformaciones son producto de varios procesos a la vez, en especial los relacionados con la transición a la adultez y con las diferencias en las valoraciones de la unión en la estructura social. El estudio aporta información que permite observar la magnitud y dirección de los cambios en la nupcialidad en el Uruguay a través del tiempo y entre estratos, sin poder explicar el sentido de las transformaciones, poniendo de manifiesto qué aspectos deben estudiarse con mayor detalle, formulando nuevas preguntas de investigación y detectando qué información es necesaria para comprender con mayor profundidad las transformaciones.

Los resultados del trabajo tienen algunas implicaciones en la formulación de políticas públicas. La investigación permite evidenciar que no hay un único modo o patrón en el proceso de la formación de las familias y que las transformaciones sociodemográficas han alterado las trayectorias de vida de las mujeres. Así, los riesgos sociales también han cambiado, y las nuevas dinámicas conyugales y familiares generan nuevas demandas y diseños de políticas públicas. En tal sentido, se tornan necesarias políticas orientadas hacia una mayor igualdad de oportunidades de desarrollo de las personas (Arriagada, 2006). Es preciso que se incorpore la diversidad de tipos de familia en el portafolio de programas sociales –dejando de lado la mirada arquetípica– y que se implementen medidas destinadas a alivianar las tensiones entre familia y trabajo. También se requiere de políticas que consideren los diferenciales de calendario conyugal entre estratos socioeconómicos. Podría pensarse en medidas tendientes a retener en el sistema educativo a jóvenes que tienen un comienzo conyugal temprano y, por ende, una transición precoz a la adultez.

Finalmente, el estudio pone en evidencia que es necesario contar con información que permita evaluar el cambio en las orientaciones valorativas de los individuos sobre la vida conyugal y familiar, y de esa manera avanzar en la discusión sobre la Segunda Transición Demográfica y sobre el sentido de las transformaciones en los distintos estratos y generaciones.

Bibliografía

ABBOTT, Andrew (1990), “A primer on sequence methods”, en *Organization Science*, vol. 1, núm. 4, Institute of Operations Research and the Management Sciences (INFORMS), pp. 375-392.

——— (1995), “Sequence analysis: new methods for old ideas”, en *Annual Review of Sociology*, vol. 21, Annual Reviews, pp. 93-113.

ABBOTT, Andrew y Angela Tsay (2000), “Sequence Analysis and Optimal Matching Methods in Sociology: Review and Prospect”, en *Sociological Methods Research*, vol. 28, Sage Publications, pp. 3-33. Disponible en: <http://smr.sagepub.com/cgi/content/abstract/29/1/3>

AGUIRRE, Rosario (2004), “Familias urbanas del Cono Sur: transformaciones recientes en Argentina, Chile y Uruguay”, en Irma Arraigada y Verónica Aranda, *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*, CEPAL-UNFPA, Santiago, Serie Seminarios y Conferencias, pp. 225-255.

ANTÍA, Margarita y Ana Coibra (2009), “Tratamiento de la no respuesta en encuestas panel en el caso de poblaciones finitas: ‘Las damas perdidas’”, tesis de grado, Licenciatura en Estadística, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, UdeLaR, Montevideo. (Inédita).

100

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

ARRIAGADA, Irma (2005), “Transformaciones sociales y demográficas de las familias latinoamericanas”, en Ximena Valdez y Teresa Valdés, *Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?*, FLACSO Chile-CEDEM-UNFPA, Santiago de Chile.

——— (2006), *Cambios de las políticas sociales: políticas de género y familia*, CEPAL, Santiago de Chile, Serie Políticas Sociales, núm. 119.

BARRÁN, José Pedro y Benjamín Nahum (1979), *El Uruguay del novecientos*, Banda Oriental, Montevideo.

BATTHYÁNY, Karina (2004), “Las mujeres en Uruguay. Breve descripción de la situación social y económica”, en Karina Batthyány, *Cuidado infantil y trabajo: ¿un desafío exclusivamente femenino? Una mirada desde el género y la ciudadanía social*, Montevideo, CINTERFOR, pp. 66-82.

BECK, Urlich y Elizabeth Beck-Gernsheim (1998), *El normal caos del amor. Las nuevas formas de relación amorosa*, Paidós, Barcelona.

BECKER, Gary (1981), *A treatise on the family*, Harvard Collage Press, USA.

BILLARI, Francesco C. (2001), “Sequence Analysis in Demographic Research”, en *Canadian Studies in Population, Special Issue on Longitudinal Methodology*, vol. 28 (2), Max Planck Institute for Demographic Research, Rostock, pp. 439-458.

BINSTOCK, Georgina. (2005), “Educación, matrimonio y unión en la Ciudad de Buenos Aires”, en *Papeles de Población*, núm. 043, Universidad Autónoma de México, Toluca, enero-marzo, pp. 53-78.

- (2008), “Cambios en la formación de la familia Argentina: ¿cuestión de tiempo o cuestión de forma?”, ponencia presentada en la III Conferencia de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP), Córdoba (Argentina), 4 a 6 de septiembre. Disponible en: http://www.alapop.org/2009/images/DOCSFINAIS_PDF/ALAP_2008_FINAL_181.pdf
- BRZINSKY-FAY, Christian, Ulrich Kohler y Magdalena Luniak (2006), “Sequence analysis with STATA”, en *The Stata Journal*, vol. 6, núm. 4, StataCorp LP, pp. 435-460. Disponible en: <http://econpapers.repec.org/article/tsjstataj/default6.htm>
- BUCHELI, Marisa, Wanda Cabella, Andrés Peri, Georgina Piani y Andrea Vigorito (2002), *Encuesta sobre situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres en Montevideo y Área metropolitana. Sistematización de resultados*, Montevideo, UdelarR.
- CABELLA, Wanda (1999), *La Evolución del divorcio en Uruguay (1950-1995)*, Unidad Multidisciplinaria, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, Documento de Trabajo nº 43.
- (2006), “Los cambios recientes de la familia uruguaya: la convergencia hacia la segunda transición demográfica”, en Clara Fassler (coord.), *Familias en cambio en un mundo en cambio*, Red Género y Generaciones, Ediciones Trilce, Montevideo.
- (2007), *El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes*, UNFPA, Series de Divulgación-Editorial Trilce, Montevideo.
- (2009), “Dos décadas de transformaciones de la nupcialidad uruguaya. La convergencia hacia la segunda transición demográfica”, en *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 24, nº 2, El Colegio de México, México D.F., pp. 389-427.
- CABELLA, Wanda, Andrés Peri y María Constanza Street (2004), “¿Dos orillas y una transición? La segunda transición demográfica en Buenos Aires y Montevideo en perspectiva biográfica”, trabajo presentado en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Caxambú (MG), Brasil, del 18 al 20 de septiembre de 2004. Disponible en: http://www.alapop.org/2009/images/PDF/ALAP2004_317.PDF
- CERRUTTI, Marcela y Georgina Binstock (2009), *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*, CEPAL-UNFPA, Santiago de Chile, Serie Políticas Sociales nº 147.
- CIGANDA, Daniel (2009), *You can't go home again. Independent living in Uruguay in the context of delayed transitions to adulthood*, MA Research Paper University of Western Ontario, Canadá.
- DUNCAN, Otis y Beverley Duncan (1955), “A methodological analysis of segregation indexes”, en *American Sociological Review*, vol. 20, núm. 2, American Sociological Association, Washington, pp. 210-217.
- ELDER, Glen (1994), “Time, human agency and social change”, en *Social Psychology Quarterly*, vol. 57, núm. 1, American Sociological Association, Washington, pp. 4-15.
- ENGLAND, Paula y George Farkas (1986), *Households, employment, and gender: a social, economic, and demographic view*, Library of Congress Cataloging in Publication Data, Nueva York.

ESPINO, Alma y Martín Leites (2008), *Oferta laboral femenina en Uruguay: evolución e implicancias 1981-2006*, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Udelar, Montevideo, Serie Documentos de Trabajo DT07/008,

ESPINO, Alma, Alina Machado y Martín Leites (2009), *Cambios en la conducta de la oferta femenina: el incremento de la actividad de las mujeres casadas. Diagnóstico e implicancias. Uruguay 1981-2006*, Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Udelar, Montevideo, Serie Documentos de Trabajo DT 03/09.

FERNÁNDEZ SOTO, Mariana (2010), *Estudios sobre las trayectorias conyugales del Gran Montevideo*, FLACSO, México D.F. Tutor: Dr. Patricio Solís. Disponible en: http://www.flacso.edu.mx/biblioiberoamericana/TEXT/MPOD_VIII_promocion_2008-2010/Fernandez_MI.pdf

FILGUEIRA, Carlos (1996), *Sobre revoluciones ocultas. La familia en el Uruguay*, CEPAL, Montevideo.

FILGUEIRA, Carlos y Andrés Peri (1993), “Transformaciones recientes de la familia uruguaya: cambios coyunturales y estructurales”, en CEPAL, *Cambios en el perfil de las familias. La experiencia regional*, CEPAL, Santiago de Chile.

FUSSELL, Elizabeth (2005), “Measuring de early adult life course in Mexico: An application of the entropy index”, en *Advances in Life Course Research*, vol 9, pp. 91-22. Disponible en: <http://www.sciencedirect.com/science/article/B7J0H-4GF0BCD-8/2/deb94322b41fa3073565f01c35eb31e4>

102

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

GAUTHIER, Jacques-Antoine, Eric Widmer, Philipp Bucher y Cedric Notredame (2009), “How Much Does It Cost?: Optimization of Costs in Sequence Analysis of Social Science Data”, en *Sociological Methods Research*, vol. 38, núm.1, pp. 197-231. Disponible en: SSRN: <http://ssrn.com/abstract=1288012>

GIDDENS, Anthony (1992), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.

——— (1995), *Modernity e Identidad del Yo. El Yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona.

GLICK, Paul (1989), “The Family Life Cycle and Social Change”, en *Family Relations*, vol. 38, núm. 2, National Council on Family Relations, pp. 123-129. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/583663>

HEATON, Tim, Renata Forste y Samuel Otterstrom (2002), “Family Transitions in Latin America: First Intercourse, first union and first birth”, en *International Journal of Population Geography*, 8, John Wiley & Sons Ltd., pp. 1-15. Disponible en: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/ijpg.v8:1/issuetoc>

KAZTMAN, Ruben (1997), “Marginalidad e integración social en el Uruguay”, en *Revista de la CEPAL*, núm. 62, CEPAL, Santiago de Chile, agosto.

LESTHAEGHE, Ron (1995), “The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation”, en Karen Oppenheim Mason y An-Magratt Jensen (eds.), *Gender and Family Change in Industrialized Countries*, Clarendon Press, Oxford.

——— (2010), “The Unfolding Story of the Second Demographic Transition”, trabajo presentado en Conference on “Fertility in the History of the 20th Century. Trends, Theories, Public Discourses, and Policies”, Berlín, 21-23 de enero. Disponible en: <http://www.psc.isr.umich.edu/pubs/pdf/rr10-696.pdf>

LESTHAEGHE, Ron y Dirk Van de Kaa (1986), “Two Demographic Transition?”, en Dirk Van de Kaa y Ron Lesthaeghe (eds.), *Population: Growth and Decline*, Van Loghum Slaterus, Deventer.

OPPENHEIMER, Valerie (1988), “A Theory of Marriage Timing”, en *The American Journal of Sociology*, vol. 94, núm. 3, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 563-591.

OPPENHEIMER, Valerie, Matthjis Kalmijn y Nelson Lim (1997), “Men’s careers development and marriage timing during a period of rising inequality”, en *Demography*, vol. 34, núm. 3, Population Association of America, Maryland, pp. 311-330.

PAREDES, Mariana (2003), “Los cambios en la familia en Uruguay: ¿Hacia una Segunda Transición demográfica?”, en UNICEF-UdelaR, *Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales*, UNICEF-UdelaR, Montevideo, pp. 73-101.

PAREDES, Mariana y Carmen Varela (2005), *Aproximación demográfica al comportamiento reproductivo y familiar en el Uruguay*, Unidad Multidisciplinaria, Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR, Montevideo, Documento de Trabajo nº 67.

PARRADO, Emilio y René ZENTENO (2002), “Gender differences in union formation in Mexico: evidence from marital search models”, en *Journal of Marriage and Family*, núm. 64, Blackwell Publishing Ltd, Malden, pp. 756-773. Disponible en: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1741-3737.2002.00756.x/pdf>

PELLEGRINO, Adela (2003), *Caracterización demográfica del Uruguay*, Programa de Población, UdelaR-UNFPA, Montevideo.

PERI, Andrés (2004), “Dimensiones ideológicas del cambio familiar en Montevideo”, en *Papeles de Población*, núm. 40, Universidad Autónoma de México, Toluca, abril-mayo, pp. 147-169.

QUILODRÁN, Julieta (2000), “Atisbos de cambios en la formación de parejas conyugales a fines del milenio”, en *Papeles de Población*, núm. 25, Universidad Autónoma de México, Toluca, pp. 9-33.

——— (2003), “La Familia, referentes en transición”, en *Papeles de Población*, núm. 37, Universidad Autónoma de México, Toluca.

——— (2008), “Los cambios en la familia vistos desde la demografía, una breve reflexión”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 23, núm. 1, El Colegio de México, México D.F., pp. 7-20.

ROUSSEL, Louis (1993), “Sociographie du divorce et divortialité”, en *Population*, vol. 48, núm. 4, julio-agosto, pp. 919-938.

SOLARI, Aldo (1956), "Las clases sociales y su gravitación en la estructura política y social del Uruguay", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 18, núm. 2, Universidad Autónoma de México, México D.F., pp. 257-266.

SOLÍS, Patricio e Ismael Puga (2009), "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México", en Cecilia Rabell Romero (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, Editorial El Colegio de México, México D.F., pp. 179-198.

SURKYN, Johan y Ron Lesthaeghe (2002), "Values orientations and the second demographic transition (SDT) in northern, western and southern Europe: An update", en *Interface Demography*, Vrije Universiteit Brussel, Bruselas.

TEACHMAN, Jay (2003), "Premarital sex, premarital cohabitation and the risk of subsequent marital dissolution among women", en *Journal of Marriage and the Family*, vol. 65, núm. 2, Blackwell Publishing Ltd, Malden, pp. 444-455. Disponible en: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1741-3737.2003.00444.x/full>

——— (2008), "Complex life course patterns and the risk of divorce in Second marriages", en *Journal of Marriage and Family*, núm. 70, Blackwell Publishing Ltd, Malden, pp. 294-305.

VALENZUELA, María Elena y Marta RANGE (2004), *Desigualdades Entrecruzadas: Pobreza, Género, Etnia y Raza en América Latina*, OIT, Santiago de Chile.

104

Año 4

VAN DE KAA, Dirk (1987), "Europe's second demographic transition", en *Population Bulletin*, vol. 42, núm. 1, Population Reference Bureau, Washington D.C., pp 1-43.

Número 7

Enero/

diciembre

2010

——— (2008), *Demographic transitions*, Netherlands Interdisciplinary Demographic Institute (NIDI), Luxemburgo, Working Paper nº 2008/01.

ARELÁ, Carmen, Raquel Pollero y Ana Fostik (2008), "La fecundidad: evolución y diferenciales en el comportamiento reproductivo", en Carmen Varela (coord.), *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI*, Programa de Población de la FCS-Editorial Trilce, Montevideo, pp. 35-68.

VIDEGAIN, Karina (2006), "Análisis de los cambios en la transición a la adultez en mujeres de distintas cohortes en contexto de cambios sociales en el Uruguay contemporáneo", tesis de Maestría en Demografía, CEDUA-El Colegio de México, México D.F. Disponible en: <http://biblioteca.colmex.mx>.

WESTON, Ruth, Lixia Qu y David de Vaus (2003), "Partnership formation and stability", en *Australian Institute Of Family Studies Conference*, Melbourne, 9-11 de febrero. Disponible en: <http://www.aifs.gov.au/conferences/aifs9/westonr2.pdf>

WU, Lawrence (2000), "Some comment on 'Sequence Analysis and Optimal Matching Methods in Sociology': Review and Prospect", en *Sociological Methods Research*, vol. 29, Sage Publications, California, pp. 41-63. Disponible en: <http://sociology.as.nyu.edu/docs/IO/320/wu2000.pdf>

Participación económica de mujeres casadas en los Estados Unidos: diferencias entre nativas e inmigrantes latinoamericanas y caribeñas

Economic participation of married women in the United States: differences between American women and Latin American and Caribbean immigrant women

Maritza Caicedo Riascos

Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

Resumen

En este artículo se analizan los determinantes de la participación económica de mujeres casadas de origen mexicano, sudamericano, dominicano, y de las nativas blancas no hispanas y afroestadounidenses en los Estados Unidos. Se emplea información de la Encuesta de la Comunidad Americana ACS-2008 para describir las características de dicha participación y, a través de un modelo *probit*, se establecen algunos factores que la determinan. El artículo, además de la introducción y de las conclusiones, está estructurado en cuatro apartados: en el primero se presentan antecedentes de la inserción laboral de las inmigrantes latinoamericanas y caribeñas en los Estados Unidos; en el segundo se analizan algunas explicaciones teóricas sobre la participación de las mujeres en general y de las inmigrantes en particular; en el tercero se observan características socioeconómicas de la población estudiada; y en el cuarto se analizan factores asociados a la participación económica de las mujeres casadas o unidas.

Palabras clave: inmigración, participación económica, latinoamericanas y caribeñas, Estados Unidos.

La autora agradece los valiosos comentarios de Edwin van Gameren para la versión final de este artículo.

Abstract

This article analyzes the factors that determine the economic participation of Latin American, Caribbean, native Non Hispanic White, and African American married women in the United States. Information from the American Community Survey (ACS-2008) is used to describe the characteristics of their participation, and a *probit* model is utilized to establish some of the factors that determine it. Apart from the introduction and conclusion, the article is organized into four parts: the first presents some of the antecedents of the labor participation of Latin American and Caribbean immigrant women in the US; the second is an analysis of certain theories about their participation; the third part focuses on their socioeconomic characteristics; and in the fourth part, the determining factors for the economic participation of married women are examined.

105

M. Caicedo
Riascos

Key words: immigration, participation, Latin American women, Caribbean women, United States.

Introducción

La inmigración femenina latinoamericana es un fenómeno que viene en aumento en los Estados Unidos desde los años setenta. De acuerdo con los datos censales de este país, desde 1980 y hasta 2000 esta población pasó de 2,2 a 7,7 millones, lo que, entre 1980-1990 y 1990-2000, implicó, respectivamente, tasas de crecimiento anual de 6.2 y 6.3%. Estos valores fueron ligeramente inferiores a las tasas de crecimiento observadas en el total de inmigrantes de la región: 6.7 y 6.4% en cada período. Además, es preciso mencionar que en 1970 y 1980 las mujeres constituyeron mayoría entre el *stock* de inmigrantes de la región. Los índices de masculinidad en estos años fueron respectivamente de 90.3 y 97.0. Incluso, en el caso mexicano, tradicionalmente considerado como una inmigración constituida sobre todo por varones, el índice para el año 1970 fue de 98.4, aunque se debe señalar que este índice por debajo de la unidad puede estar asociado a la alta circularidad que en tiempos pasados caracterizó a la migración mexicana masculina hacia los Estados Unidos.

Es importante agregar que, en este país, las latinoamericanas y caribeñas se caracterizan por ser jóvenes, con niveles de escolaridad similares o superiores a los de los hombres, y por su relevante participación en el mercado de trabajo, aunque se observan diferencias de acuerdo con el lugar de origen. En una investigación precedente, Caicedo (2008) observó la participación económica de estas mujeres en los años 1980, 1990 y 2000 y encontró que las mexicanas presentaron las más bajas tasas de actividad económica y las jamaiquinas y haitianas las más altas. La autora también señaló que en estos años las mujeres de la región presentaron tasas de desempleo significativamente superiores a las de sus homólogos hombres y a las del total de mujeres de los Estados Unidos. La participación económica de las inmigrantes, si bien en muchos casos es inferior a la registrada entre la población nativa, es significativamente superior a la observada en el conjunto de mujeres de la región en sus países de origen.

106

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

Existen otros trabajos que, al estudiar el comportamiento laboral de las mujeres casadas hispanas, encontraron importantes diferencias en relación con las casadas nativas (Tienda y Glass, 1985; Stier y Tienda, 1992). Otras investigaciones han observado, además, las diferencias salariales entre mujeres y hombres –tanto de la región como nativos– y ubican a las primeras en peor situación (Caicedo, 2008; Gammage y Schmitt, 2004; England, García-Beaulieu y Ross, 2004). Si bien sabemos que la condición de actividad de las mujeres de la región varía según el país de origen (Caicedo, 2008), es necesario profundizar en la raíz de esas diferencias. Por tanto, en este artículo se pretende establecer factores asociados a la participación laboral de las mujeres casadas –o unidas– latinoamericanas y caribeñas de acuerdo con el país de procedencia. Se parte de la hipótesis de que las características de capital humano explican parcialmente dicha participación y de que el peso de las mismas en la decisión de trabajar varía en función del país de origen; en las mujeres nativas blancas no hispanas gravitan en mayor medida que en las inmigrantes.

Para cumplir con el objetivo propuesto, se describen las características de esa participación y, a través de un modelo *probit*, se establecen algunos factores asociados a la misma. En la investigación se emplea información de la Encuesta de la Comunidad

Americana ACS-2008. El artículo, además de la introducción y de las conclusiones, está estructurado en cuatro apartados: en el primero se presentan antecedentes de la inserción laboral de las inmigrantes latinoamericanas y caribeñas en los Estados Unidos; en el segundo se analizan algunas explicaciones teóricas sobre la participación de las mujeres en general y de las inmigrantes en particular; en el tercero se observan características socioeconómicas de la población estudiada; y en el cuarto se analizan factores asociados a la participación económica de las mujeres casadas o unidas.

Antecedentes de la inserción laboral de las inmigrantes en los Estados Unidos

Como ha sido ampliamente documentado, a lo largo del siglo pasado y particularmente después de la Segunda Guerra Mundial, la participación laboral de las mujeres en los Estados Unidos registró un aumento sin precedentes que, sin dudas, estuvo ligado, entre otros factores, al incremento de la escolaridad de la mujer, al retraso de la maternidad, a la disminución del número de hijos y a la mayor experiencia en el trabajo extradoméstico.

Este aumento fue especialmente importante en el caso específico de las casadas (Hakim, 1995). De acuerdo con Roberts (2003), en 1900 solamente el 5.6% de las mujeres casadas de este país se encontraba en el mercado de trabajo. Pero, a lo largo de los años, el incremento en la tasa de participación de las mismas fue notorio: 44.0% en 1964, 56.0% en 1969, 68.0% en 1979, 72% en 1989 y 71% en 2004 (Kolesnikova, 2007:2). Macunovich (2010) agrega que las mujeres casadas con hijos también aumentaron su inclusión en el mercado de trabajo: pasaron del 39.7% (en 1970) al 66.3% en 1990. En el año 2000 la tasa fue de 70.6 y para el año 2007 se redujo a 69.3 por ciento.

Leibowitz y Klerman (1995) constataron que entre 1971 y 1990 no solo se registró un aumento en la participación de mujeres casadas en el mercado de trabajo sino un incremento significativo de madres con hijos menores de 6 años; y encontraron que el 45% de este incremento se explicaba por las características demográficas y familiares de esas madres –como edad, educación y número de hijos– y por las oportunidades de ingresos de hombres y mujeres.

Kolesnikova (2007) analiza la participación laboral de las nativas blancas no hispanas en distintas ciudades de los Estados Unidos con información censal de los años 1980, 1990 y 2000, y concluye que hay diferencias significativas de acuerdo con la ubicación geográfica de las mujeres, diferencias que no se explican por las distintas distribuciones de edad o de escolaridad, ni por la presencia de hijos o por los ingresos del compañero. La autora señala que, si bien la participación laboral de las mujeres está ligada, entre otros factores, a las oportunidades de empleo que los mercados locales ofrecen, el tiempo invertido en transportarse al sitio de trabajo juega un papel central en la decisión de ingresar o no a ese mercado: las tasas de participación de las casadas se correlacionan negativamente con largos tiempos de traslado hasta el lugar de trabajo.

Numerosos estudios dan cuenta de la diversa inclusión de las mujeres en el mercado laboral de los Estados Unidos según raza y país de origen (Tienda, Donato y Cordero-Guzmán, 1992). Reimers (1985) argumenta que las diferencias en las tasas de participación económica de las mujeres casadas así como en las tasas de jefatura femeninas están relacionadas, entre otros aspectos, con las distintas percepciones que tienen los grupos étnicos sobre el papel del hombre y de la mujer en el hogar, sobre el cuidado de los niños y sobre la educación y el trabajo extradoméstico de las mujeres. Según la autora, el mayor grado de incorporación de las afroestadounidenses al mercado de trabajo se ha explicado por la mayor “inestabilidad” conyugal, por la existencia de familias extensas, por el alto desempleo y los bajos ingresos de los esposos, pero se ha ignorado que el comportamiento laboral de estas mujeres está ligado a la experiencia histórica de los africanos en América, por lo que es difícil explicarlo exclusivamente a partir de situaciones actuales.

Sorpresaivamente, Reimers (1985) encontró que las mujeres hispanas casadas, con escolaridad, niveles de inglés y tamaños de familias similares a los de las anglosajonas, participan en mayor medida en el mercado de trabajo. Sus hallazgos le permitieron concluir que la influencia de la cultura hispana en las casadas se observa en otros aspectos de sus vidas –como en la fecundidad, los niveles de escolaridad y el dominio del idioma inglés– más que en su comportamiento laboral.

108

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

Desde finales del siglo XIX y mediados del XX, las mujeres afroestadounidenses registraron tasas de participación económica superiores a las de las nativas blancas. En 1980 las tasas fueron similares (47,0%) y significativamente superiores a las de otras mujeres, como las mexicanas (44,0%) (England, García-Beaulieu y Ross, 2004). Pero, de acuerdo con Browne (1997), a finales de los años ochenta esta tendencia cambió radicalmente: las tasas de las mujeres blancas fueron superiores a las de las afroestadounidenses. Sin embargo, cuando se observa la participación económica de las nativas según estado conyugal, las diferencias se invierten: las afroestadounidenses casadas o unidas registran tasas significativamente superiores a las de las mujeres blancas. La fuerte presencia de las afrodescendientes en el mercado de trabajo, además de otros aspectos ya mencionados, se ha asociado a la necesidad de generar ingresos para el sostenimiento de sus familias (Browne, 1997).

Las inmigrantes latinoamericanas y caribeñas también han tenido importante participación en el mercado laboral estadounidense. Si bien esta, generalmente, ha sido inferior a las de las mujeres nativas, ha mostrado una tendencia creciente a lo largo de las últimas décadas –con diferencias específicas según el país de origen-. Stier y Tienda (1992) mostraron que entre las inmigrantes hispanas esa participación se incrementó en 13% entre 1960 y 1980. En este último año, las mujeres de origen hispano nacidas en los Estados Unidos participaron en el mercado laboral en mayor medida que sus homólogas extranjeras (54% y 51%, respectivamente). De acuerdo con las autoras, en el mismo año las mujeres casadas tuvieron menor propensión a trabajar que sus contrapartes solteras o que las casadas con el esposo ausente.

Es importante señalar que el proceso de reestructuración económica y de los mercados de trabajo en los Estados Unidos ha jugado un papel central en el incremento general

de la participación económica de las mujeres y en la creciente incorporación laboral de las inmigrantes, particularmente de América Latina y el Caribe. Aunque es sabido que dicho proceso ha elevado el desempleo en determinadas áreas de la economía, como la industria, y ha contribuido a la disminución de la calidad del empleo, también ha favorecido la mayor presencia de las mujeres en el sector de servicios (Steiger y Wardell, 1995). Clara evidencia de ello es la creciente demanda de inmigrantes para realizar trabajos específicos de este sector. Según información de la muestra del 1% del censo de los Estados Unidos, en 1970 –cuando se iniciaba el proceso de reestructuración económica–, la tasa de participación de las mujeres fue de 37.6%; en el año 2000 –ya avanzado dicho proceso–, la tasa de actividad económica para el conjunto de mujeres ascendió a 57.4%, destacándose especialmente su inserción en el sector de servicios.¹

Tienda, Donato y Cordero-Guzmán (1992), en un análisis sobre la participación económica de mujeres de algunos grupos hispanos, encuentran que en 1950 las tasas de las puertorriqueñas eran las más altas (38.9%), solo superadas por las japonesas (44.6%), y que a partir de 1970 se empieza a registrar un declive en estas tasas. Según las autoras, esta baja estuvo asociada a dos factores: primero, a la escasez de empleos –generada por el proceso de reestructuración económica– en ramas como la industria manufacturera, que aglutinaba a una cantidad importante de trabajadoras con baja calificación; segundo, a la gran afluencia de otros grupos de mujeres inmigrantes, como las mexicanas, dominicanas y colombianas, que en su mayoría competían por los mismos trabajos en puestos ubicados en la base de la escala ocupacional.

Stier y Tienda (1992), en su análisis sobre participación económica de las mujeres casadas de origen hispano en los Estados Unidos –con datos del Censo de Población y Vivienda de 1980–, encontraron que las inmigrantes contribuyen al sostenimiento de sus familias con su incorporación al mercado de trabajo, pero que hay diferencias según el país de origen: las mexicanas y puertorriqueñas presentaron tasas inferiores no solo a las de las nativas blancas sino a las del resto de inmigrantes hispanas. Las autoras señalan que las características de capital humano constituyen un determinante de la participación laboral de las hispanas que resulta especialmente influyente en el caso de las mexicanas. También England, García-Beaulieu y Ross (2004) y Schoeni (1998), entre otros autores, analizaron la participación laboral de mujeres inmigrantes y destacan que quienes tienen mayor escolaridad, dominio del inglés y mayor antigüedad en los Estados Unidos tienden a participar más en el trabajo remunerado.

Ghazal y Cohen (2007), en su análisis de la participación en el empleo de 12 grupos étnicos, encontraron que las variables de capital humano así como el lugar de origen de

¹ Al leer estas cifras se debe tener presente que en el cuestionario del Censo de 2000 se modificó la pregunta que captaba a la población ocupada durante la semana de referencia: mientras que en censos anteriores se preguntó solo si la persona trabajó o no en la semana de referencia, en el cuestionario de 2000 se preguntó si trabajó por un pago o beneficio durante dicha semana (Census of Population and Housing, 2000).

las mujeres son importantes para explicar las brechas entre inmigrantes y nativas, pero que estos factores pesan más al momento de explicar las diferencias entre nativas blancas e hispanas que entre estas últimas y otros grupos de inmigrantes como las asiáticas.

Explicaciones de la inserción laboral femenina

Distintos autores coinciden en que las transformaciones que han sufrido la economía y el mercado estadounidense han tenido un impacto significativo en el comportamiento laboral de las mujeres. Browne (1997) señala tres teorías que podrían explicar las diferencias entre la participación económica de las afroestadounidenses y la de las nativas blancas. La primera es la teoría del capital humano. Esta plantea que la decisión de integrarse al mercado de trabajo depende de la formación de los individuos: quienes cuentan con mayor capital humano –escolaridad, experiencia laboral, etc.– participan más. En tal sentido, en lo que respecta a las mujeres nativas, se ha señalado que las blancas tienen mayores tasas de participación que las afroestadounidenses porque cuentan con mayores niveles de capital humano. Y también se ha explicado la menor participación de algunos grupos de inmigrantes en relación con las mujeres nativas por las diferencias de capital humano –a las que se suman la escasa permanencia en el contexto de recepción y la alta fertilidad que ha caracterizado a algunas inmigrantes (England, García-Beaulieu y Ross, 2004).

Son muchas las investigaciones que muestran que la educación es fundamental en la participación de los individuos en el mercado de trabajo (Becker, 1977; Mincer, 1974; Mincer y Polach, 1978). En el caso particular de los inmigrantes, algunos estudios han encontrado que entre los hispanos la educación y el dominio del idioma inglés tienen mayor efecto en la inserción laboral de las mujeres que en la de los hombres (Stier y Tienda, 1992). Pero, es importante destacar, como señalan García y de Oliveira (1994), que, si bien, la educación tiene un impacto positivo, no todas las mujeres de los distintos sectores sociales tienen iguales oportunidades de recibir educación para insertarse laboralmente; y, además, la necesidad de generar los ingresos monetarios necesarios para solventar los gastos del hogar empuja a muchas a entrar al mercado de trabajo, independientemente de la escolaridad con que cuenten (véase también Parrado y Flippen, 2005). Estos aspectos podrían explicar las altas tasas de participación económica de algunos grupos de inmigrantes como las dominicanas y las afroestadounidenses. Por ejemplo, estas últimas y las mexicanas presentan altos porcentajes de mujeres con hijos y sin cónyuge que se ven obligadas a insertarse en el mercado sin importar su grado de escolaridad.

La segunda aproximación teórica se relaciona con los efectos de la reestructuración industrial en el empleo. De acuerdo con Browne (1997), este proceso produjo la desaparición de cierto tipo de empleos concentrados en grandes áreas urbanas donde residían más mujeres afroestadounidenses que blancas, limitando las oportunidades de trabajo para las primeras. A esto se suma la creciente concentración de inmigrantes que, en muchos casos, compiten por los trabajos de las afroestadounidenses.

También se ha señalado, en el caso de las mujeres casadas, que la transformación productiva elevó las tasas de desempleo de los esposos (en regiones específicas), lo que impulsó a muchas a ingresar al mercado. Sin embargo, no es este el único factor

determinante de la participación laboral de las mujeres casadas o unidas, pues en los Estados Unidos se han producido cambios importantes en la cooperación económica del hogar que podrían tener implicaciones en una amplia gama de decisiones dentro del mismo, entre ellas la del ingreso de la mujer al mercado de trabajo (Mochling, 2001): la participación de las casadas se incrementa cuando el esposo se encuentra desempleado, primero, porque se reducen los ingresos percibidos por el hogar y, segundo, porque la mayor cantidad de tiempo libre del esposo le permite participar en actividades domésticas antes realizadas solo por la mujer quien, de esta forma, puede contar con mayor tiempo para trabajar (Maloney, 1987).

La tercera teoría es la de “subclase”. Esta se apoya en el enfoque de “imbricación social” para argumentar que la baja participación de las mujeres afroestadounidenses en el mercado de trabajo responde a un proceso más amplio de desarticulación, en el que los enlaces con las instituciones convencionales se rompieron para los afroestadounidenses ubicados en la base de la escala de ingresos (Browne, 1997). De acuerdo con la autora, este aspecto no solamente contribuye a su menor participación laboral sino que también los desconecta de instituciones como el matrimonio y la educación.

También Wilson (1991) señala que la discriminación histórica y la migración de minorías jóvenes hacia las grandes metrópolis debilitó las conexiones entre la población afroestadounidense. Esas conexiones se tornaron particularmente débiles desde 1970, con la reorganización productiva y geográfica de la economía. La relocalización de la industria manufacturera fuera de las ciudades centrales, el cambio a una economía de servicios, el aumento de la polarización de la fuerza de trabajo en sectores de altos ingresos y sectores de bajos ingresos, la innovación tecnológica y los períodos de recesión económica han incrementado, entre la población afroestadounidense, tanto la inactividad económica como el desempleo, a pesar de la existencia de una legislación antidiscriminatoria y de la creación de programas de acción afirmativa. El crecimiento de la inactividad y del desempleo contribuyó a la mayor segregación de gente pobre, al aumento de familias monoparentales y al incremento de la dependencia del *welfare*.

Además de estas teorías, la inserción de las mujeres en el mercado laboral estadounidense también se ha explicado por su situación conyugal: las casadas presentan menores tasas de participación económica que las solteras. Asimismo, se encontraron diferencias por raza y lugar de origen (Stier y Tienda, 1992). Desde la economía se ha demostrado que la inserción laboral de las mujeres unidas guarda una estrecha relación con el estatus laboral de su compañero –ya se mencionó que el desempleo del cónyuge alienta la inclusión de las esposas en el mercado de trabajo–. Sin embargo, vale la pena enfatizar que los determinantes han cambiado sustancialmente a lo largo del siglo XX y que, en la actualidad, la participación laboral de las mujeres unidas no responde exclusivamente a la situación de empleo del cónyuge (Moehling, 2001). Los bajos salarios del mercado obligan cada vez a más miembros del hogar a vincularse al trabajo remunerado, circunstancia que, también en parte, explica la gran inserción de mujeres de distintos estratos socioeconómicos en el mercado. En los Estados Unidos, mientras que en el caso concreto de las latinoamericanas

y las caribeñas tanto la presencia como el ingreso del esposo determinan su participación económica, esto no se observa en el caso de las afroestadounidenses (Tienda y Glass, 1985).

Existe abundante bibliografía (García y de Oliveira, 1994) que demuestra que, entre las mujeres latinoamericanas, en sus países de origen se da una menor participación laboral de las casadas en comparación con las no unidas o nunca unidas. De acuerdo con las autoras, los factores que explican estas diferencias son las mayores responsabilidades domésticas de las mujeres casadas y los obstáculos para ser contratadas debido precisamente a la presencia de compromisos familiares. Además, agregan que, tal como se ha observado en los países desarrollados, en México y otros países de la región se ha registrado un incremento en la participación laboral de las mujeres unidas.

Según diversos estudios, la presencia de hijos menores en el hogar es uno de los factores que, en la actualidad, reducen la probabilidad de que una mujer ingrese al mercado de trabajo, aunque dicha reducción es significativamente inferior a la observada en décadas anteriores (England, García-Beaulieu y Ross, 2004). García y Oliveira (1994) señalan que esta relación no siempre es negativa y que existen diferencias significativas de acuerdo con el sector social. Las autoras compararon la propensión a trabajar de las mujeres mexicanas en períodos de auge y en períodos de recesión económica (1982 y 1987) y encontraron que, en ambos períodos, las mujeres de sectores rurales con hijos chicos presentaron igual probabilidad que las mujeres sin hijos, mientras que en sectores no agrícolas (medios y de trabajadores manuales no asalariados) dicha probabilidad se incrementó y, en el caso de las trabajadoras manuales asalariadas, ocurrió lo contrario.

112

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

La estructura familiar es otro de los aspectos que incide en la participación laboral de las mujeres. Se ha señalado que la presencia de hijos y de adultos corresponsables determina la cantidad de tiempo que las mujeres pueden invertir en el trabajo doméstico y extradoméstico. La presencia de otros adultos en el hogar puede alentar la participación de las mujeres casadas y con hijos pequeños, pues les permite liberarse de tiempo en trabajo doméstico que puede ser invertido en el mercado laboral. Aunque esta situación ha estado presente en los Estados Unidos, se han identificado diferencias de acuerdo con la raza y con el lugar de origen de las mujeres que viven en hogares extendidos: asiáticas, dominicanas y puertorriqueñas tienen mayor propensión a trabajar que mujeres de otros hogares (Rosenbaum y Gilbertson, 1995).

Características demográficas y socioeconómicas de las mujeres

En este apartado se analizan las características demográficas y socioeconómicas de la población estudiada. En el análisis se incluye a las inmigrantes de origen mexicano, sudamericano y dominicano y a las nativas blancas no hispanas y afroestadounidenses. Se considera a las mexicanas por su importancia numérica y porque históricamente han tenido un comportamiento laboral muy diferente al observado entre las demás inmigrantes de la región en los Estados Unidos. Las dominicanas se incluyen porque, además de

tratarse de una inmigración de predominio femenino, se han caracterizado por tener altas tasas de participación. Y se incluye a las sudamericanas por ser una inmigración de reciente crecimiento; en este grupo se reúne a colombianas, ecuatorianas y peruanas porque proceden de países con características socioeconómicas similares y porque su inmigración aumentó considerablemente en las últimas cuatro décadas. En trabajos anteriores (Caicedo, 2008), se han establecido diferencias en la participación económica entre estos grupos, pero no se han estudiado los factores que las explican.

Cuadro 1
Características seleccionadas de mujeres casadas entre 18-54 años, según lugar de origen.
Estados Unidos. Año 2008

Característica	Origen				
	Nativas blancas no hispanas	Afroestadounidenses	Mexicanas	Sudamericanas	Dominicanas
Población	25,888,042	2,385,190	2,435,330	300,338	136,075
Tamaños de muestra	285,170	20,222	20,536	2,696	1,064
Características personales					
Edad media	41	41	37	40	39
Sin escolaridad	0.2	0.4	4.7	1.2	2.0
Hasta preparatoria incompleta	4.1	7.3	51.6	9.8	23.2
Preparatoria completa	24.3	25.3	23.6	24.3	28.1
Superior a la preparatoria	71.4	66.9	20.0	64.8	46.7
Habla bien o muy bien el inglés	-	-	41.7	72.8	60.6
No habla o no habla bien el inglés	-	-	58.3	27.2	39.4
Ciudadana	-	-	26.1	44.7	57.1
No es ciudadana	-	-	73.9	55.3	42.9
Menos de 10 años en USA	-	-	29.3	42.4	24.0
10 o más años en USA	-	-	70.7	74.5	76.0
Características familiares					
Tiene hijos menores de 18 años	51.5	46.8	60.1	51.7	52.7
No tiene hijos menores de 18 años	48.5	53.2	39.3	48.3	47.3
Tiene hijos menores de 5 años	21.9	18.4	33.9	24.8	22.8
No tiene hijos menores de 5 años	78.1	81.6	66.1	75.2	77.2
Características económicas					
Espouses empleados (%)	97.5	95.0	96.0	96.0	94.0
Espouses desempleados (%)	2.5	5.0	4.0	4.0	6.0
Media del salario anual de los esposos	66,101.0	44,825.0	31,808.0	52,619.0	38,312.0
Vive en área metropolitana	66.5	82.0	88.2	95.1	97.4
No vive en área metropolitana	33.5	18.0	11.8	4.9	2.6

Fuente: Cálculos propios basados en ACS-2008. Microdatos de IPUMS-USA.

Se seleccionó a la población entre los 18 y 54 años debido a que en estas edades hay mayor presencia de hijos menores y, como se señaló, este es un determinante central de participación económica de las mujeres. Después de los 54 años se reduce significativamente el número de mujeres con hijos menores de 18 años. Además, la mayor presencia de algunos grupos de mujeres por encima de los 54 años dificulta las comparaciones.

En el Cuadro 1 se presentan los tamaños de población y muestras para cada uno de los grupos analizados y se detallan las respectivas características demográficas, socioeconómicas y familiares de las mujeres, según lugar de origen. Se observan diferencias en la edades: los valores medios más altos se presentan entre las mujeres nativas (41 años) y el valor más bajo en las mexicanas (37 años). En relación con la escolaridad, se presentan cuatro categorías: sin escolaridad, hasta preparatoria incompleta, preparatoria completa y superior a la preparatoria –la preparatoria es el equivalente a los estudios de *High School* en los Estados Unidos–. Las mexicanas son las que presentan los niveles más bajos. El 4.7% no cuenta con ningún grado de educación formal y solamente el 20% tiene estudios superiores al nivel de preparatoria, mientras que en esta última categoría se ubican el 46.7% de las dominicanas, el 64.8% de las sudamericanas, el 66.9% de las afroestadounidenses y el 71.4% de las nativas blancas no hispanas.²

Es sabido que en los Estados Unidos hablar y escribir fluidamente el idioma inglés potencia la participación laboral de las mujeres (Schoeni, 1998). Llamativamente, el 58.3% de las mexicanas no habla o no habla bien el idioma inglés y las dominicanas también presentan un porcentaje alto en esta categoría (39.4%); esto resulta sorprendente porque ambos grupos son inmigraciones con amplia antigüedad en la Unión Americana. En el caso de las sudamericanas, solamente el 27.2% no habla o tiene limitaciones con el dominio del inglés.

114

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

En relación con el estatus migratorio, se puede observar que el porcentaje de mexicanas que no cuenta con la condición de ciudadanas es bastante superior a los porcentajes observados entre los otros grupos de inmigrantes (73.9%). Las dominicanas presentan el porcentaje más bajo en esta categoría (42.9). Se ha discutido ampliamente (Schoeni, 1998) en torno al arribo reciente como uno de los factores que dificulta la inserción laboral de las mujeres en los Estados Unidos. La mayor parte de las inmigrantes que observamos lleva viviendo en el país 10 o más años. Las sudamericanas presentan el porcentaje más alto de personas con menos de 10 años de vivir en dicho país (42.4). Sin embargo, sus tasas de participación son superiores a las de otros grupos de latinoamericanas.

Como se mencionó, la presencia de hijos menores es uno de los determinantes de la participación laboral femenina (García y de Oliveira, 1994), tanto en nativas como en inmigrantes (Parrado y Flippin, 2005). Los mayores porcentajes de mujeres con hijos menores de 18 años se dan entre las mexicanas (60.1) y las dominicanas (52.7). El menor porcentaje se observa en las afroestadounidenses (46.8). La misma situación se observa cuando se analiza a las mujeres con hijos menores de 5 años: el 33.9% de las mexicanas tiene hijos en estas edades, mientras que las afroestadounidenses y las nativas blancas no hispanas presentan los porcentajes más bajos (18.4 y 21.9%, respectivamente), seguidas por las dominicanas y las sudamericanas (22.8 y 24.8%, respectivamente).

2 Entre las inmigrantes no es posible establecer si su educación fue adquirida en sus lugares de origen o en los Estados Unidos. En las nativas se sobreentiende que la gran mayoría se educó en el país.

Entre las características económicas de las mujeres unidas, se observan la condición de actividad y los ingresos de los esposos. Se puede constatar que la menor tasa de desempleo se presenta en el caso de los esposos de las nativas blancas no hispanas (2.5%), mientras que los de las dominicanas y los de las afroestadounidenses presentan las tasas más altas (6.0 y 5.0%, respectivamente). En cuanto al salario anual de los esposos, en el Cuadro 1 se constatan grandes diferencias: mientras que los esposos de nativas blancas no hispanas perciben un salario medio anual de 66,101 dólares, el resto percibe menos de 45,000 dólares anuales. Los casos más llamativos son los esposos de mexicanas, que no llegan a la mitad de lo que ganan los primeros (31,808 dólares), y los de las dominicanas, que perciben 38,312 anuales en promedio.

Distintos autores (Sassen, 1993 y 1999; Portes, 2001) han señalado la estrecha relación que existe entre el auge de ciudades globales y la concentración de inmigrantes en grandes áreas metropolitanas. Los datos de la ACS-2008 confirman esta tendencia. La gran mayoría de las inmigrantes vive en grandes áreas metropolitanas; en este sentido, se destacan principalmente los casos de las dominicanas y de las sudamericanas (97.4 y 95.1%, respectivamente). Las nativas blancas no hispanas registran el porcentaje más bajo en esta categoría (66.5). Sin duda, la gran concentración de mujeres inmigrantes en las áreas metropolitanas de los Estados Unidos está ligada a las oportunidades de empleo que allí se ofrecen, especialmente relacionadas con el sector de servicios.

Tasas de participación económica

115

M. Caicedo
Riascos

En el Cuadro 2 se presentan las tasas de participación económica de mujeres según el lugar de origen y características seleccionadas. Los datos revelan que, en términos generales, las afroestadounidenses y las nativas blancas no hispanas presentan las más altas (81.8% y 76.4%, respectivamente) y las mexicanas la más baja (52.8%). Esta tendencia se modifica sustancialmente al analizarlas de acuerdo con las características seleccionadas. Es llamativo que, cuando se trata de mujeres casadas, las afroestadounidenses registran tasas de participación superiores a las nativas blancas no hispanas.

En todos los casos, esas tasas son superiores en las mujeres con mayor escolaridad. En el nivel de estudios superiores a la preparatoria, la mayor tasa se observa en las afroestadounidenses (83.6%) y la más baja en las mexicanas (65.3%). Entre las inmigrantes, se constata que quienes hablan bien o muy bien el inglés tienen mayores tasas de participación que las mujeres sin dominio adecuado del idioma. Entre las inmigrantes con alto dominio del inglés, las dominicanas presentan la tasa más alta (77.5%) y las mexicanas (62.0%) la más baja. Las inmigrantes con ciudadanía tienen tasas superiores a las de mujeres sin ciudadanía. Entre aquellas que se encuentran en condición de ciudadanas, las sudamericanas (77.0%) registran la tasa de participación más alta y las mexicanas la más baja (68.1%). Para las mexicanas sin ciudadanía esa tasa es de 46.4%, muy por debajo de la registrada entre los grupos de mujeres en esta categoría.

Cuadro 2
Tasas de participación económica de mujeres casadas entre 18-54 años, según características seleccionadas. Estados Unidos. Año 2008

Característica	Origen				
	Nativas blancas no hispanas	Afroestadounidenses	Mexicanas	Sudamericanas	Dominicanas
Tasa de participación general	76.4	81.8	52.8	72.2	75.4
Características personales					
Edad					
18-24	70.4	72.3	41.8	60.2	73.5
25-34	75.5	83.7	45.0	70.1	77.8
35-44	76.2	84.8	56.6	70.6	74.9
45-54	77.6	79.1	58.9	76.7	74.5
Sin escolaridad	49.3	44.4	46.1	71.8	72.2
Hasta preparatoria incompleta	50.9	58.7	46.4	66.2	69.7
Preparatoria completa	71.8	77.0	53.2	69.9	70.3
Superior a la preparatoria	79.0	86.3	65.3	78.1	77.9
Habla bien o muy bien el inglés	-	-	62.0	75.7	77.5
No habla o no habla bien el inglés	-	-	44.6	64.3	68.1
Ciudadana	-	-	68.1	77.0	74.7
No es ciudadana	-	-	46.4	68.7	72.1
Menos de 10 años en USA	-	-	41.7	66.4	68.6
10 o más años en USA	-	-	56.2	75.7	74.8
Características familiares					
Tiene hijos menores de 18 años	71.8	83.0	46.2	65.9	72.3
No tiene hijos menores de 18 años	79.4	80.3	59.7	78.7	74.8
Tiene hijos menores de 5 años	65.3	78.3	38.7	61.8	70.1
No tiene hijos menores de 5 años	73.1	82.1	58.5	75.5	74.5
Características económicas					
Vive en área metropolitana	76.0	82.5	53.1	72.3	73.3
No vive en área metropolitana	75.8	76.6	52.6	67.2	82.8

Fuente: Cálculos propios basados en ACS-2008. Microdatos de IPUMS-USA.

La información sobre años de permanencia en los Estados Unidos coincide con los resultados de otras investigaciones (England, García-Beaulieu y Ross, 2004): quienes hace 10 o más años que viven en los Estados Unidos presentan mayores tasas de participación. Pero también se registran diferencias de acuerdo con el lugar de origen: las sudamericanas y las dominicanas cuentan con tasas sustancialmente superiores (75.7 y 74.8%, respectivamente) a las de las mexicanas (56.2%). También para las mexicanas con menos de 10 años de permanencia en los Estados Unidos la tasa de participación (41.7%) es mucho menor a la observada entre las demás inmigrantes.

En todos los casos, excepto en el de las afroestadounidenses, las tasas de participación de las mujeres con hijos menores de 18 años son inferiores a las de las mujeres que no tienen hijos en estas edades. Las afroestadounidenses con hijos menores de 18 años presentan una tasa de participación de 83.0%, mientras que la de las mujeres sin hijos en estas edades es de 80.3%. Las tasas de todas las mujeres con hijos menores de 5 años son inferiores a las de las mujeres sin hijos en estas edades. También en este caso se destacan las afroestadounidenses: la tasa para las mujeres de este grupo con hijos menores de 5 años es

de 78.3% y para las que no los tienen es de 82.1%. Las mexicanas tienen la tasa más baja: para las mujeres con hijos menores de cinco años es del 38.7% y para las mujeres sin hijos en estas edades es del 58.5%. La mayor participación de las mujeres afroestadounidenses podría estar asociada al alto desempleo que afecta sus compañeros.³

Estos aspectos merecen ser investigados con mayor profundidad y empleando otro tipo de análisis, puesto que sistemáticamente las mujeres se ubican en las más bajas tasas de participación, independientemente de las variables controladas. Las dominicanas, a pesar de compartir algunas características socioeconómicas con las mexicanas, presentan un comportamiento laboral muy diferente. Es probable que los patrones culturales que prevalecen en cada contexto de origen –donde posiblemente fueron socializadas la mayoría de estas mujeres– sean el factor que esté influyendo con mayor fuerza en dicho comportamiento laboral. En su país, las mujeres dominicanas tradicionalmente han participado en el trabajo remunerado y en la jefatura de los hogares. En 2002, por ejemplo, el 35.3% de los jefes de hogares dominicanos eran mujeres. Esta jefatura se ha explicado, en parte, por las rupturas conyugales que llevan a que muchas mujeres queden al frente del sostenimiento del hogar (ONE, 2007). Habría que establecer el peso de este factor en la participación de las inmigrantes en los Estados Unidos. Por otra parte, en relación con las tasas de participación económica según ubicación espacial, se puede observar que las de las mujeres concentradas en grandes áreas metropolitanas son superiores a las de las mujeres que no viven en estas áreas, excepto en el caso de las dominicanas.

117

M. Caicedo
Riascos

Determinantes de la actual participación económica de las mujeres casadas

En el Cuadro 3 se presentan los resultados –efectos marginales– de los modelos *probit* de participación económica de mujeres casadas o unidas entre 18-54 años de edad, según lugar de origen. En el modelo se incluyó la participación laboral femenina como variable dependiente con las categorías “no participa” y “participa”. Se introdujeron variables que tradicionalmente han explicado dicha participación: de capital humano, características familiares y características económicas (Cuadro 1).

En el grupo de variables de capital humano se incluyeron la edad –como variable continua– y la escolaridad como variable *dummy* con tres categorías: “sin escolaridad o hasta preparatoria incompleta”, “preparatoria completa –con diploma–” y “estudios superiores al nivel de preparatoria”; además, en el caso de las mujeres inmigrantes se introdujeron las variables “dominio del idioma inglés” –con dos categorías: “lo habla bien o muy bien” y “no habla o no lo habla bien”– y la variable “tiempo de vivir en los Estados Unidos” –con las categorías: “10 o más años” y “entre 0 y 9 años de vivir en los Estados Unidos”–.

³ Como se observa en el Cuadro 1, la tasa de desempleo de los esposos de mujeres afroestadounidenses fue de 5.1%, mientras que la de los esposos de nativas blancas no hispanas fue de 2.5 por ciento.

Cuadro 3
Efectos marginales de los modelos *probit* de participación laboral de mujeres unidas por lugar de origen. Estados Unidos. Año 2008

Variables	Lugar de origen				
	Nativas blancas no hispanas	Afroestadounidenses	Mexicanas	Sudamericanas	Dominicanas
Edad	0.0067*	0.0137*	0.0354*	0.0238*	0.0063
Edad2	-0.0001*	-0.0002*	-0.0005*	-0.0002*	-0.0001
Preparatoria completa	0.1133*	0.0549*	0.0255*	0.0322	0.0288
Superior a la preparatoria	0.2056*	0.1218*	0.0845*	0.0025	0.0776
No habla inglés o no lo habla bien	-	-	-0.0857*	-0.1135*	-0.1114*
Tiene menos de 10 años en Estados Unidos	-	-	-0.0620*	-0.230*	-0.0727
Tiene hijos menores de 5 años	-0.1373*	-0.0637*	-0.1294*	-0.0773*	-0.0594
Hijo menor de 18 años	-0.0364*	0.0171*	-0.0300*	-0.0624*	-0.0512
Vive en un área metropolitana	-0.0334*	-0.0038	-0.0534*	-0.0565	-0.0748
Desempleo del compañero	0.0838*	0.0578*	0.1649*	0.1868*	0.1474*
Ingresos del compañero	-1.4800*	-1.5700*	-3.5700*	-2.1200*	-1.7100*
Número de observaciones	237,564	14,715	14,932*	1,779	618
LR chi2(13)	33,298.6000	1,868.8400	2,545.2400	255.6800	69.5500
Prob > chi2	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000	0.0000
Pseudo R2	0.1315	0.1481	0.1230	0.1199	0.0990
Log likelihood	-109,954.7000	-5,373.0900	-9,076.7000	-938.0400	-316.5400

*P<0.05

Fuente: Cálculos propios basados en ACS-2008. Microdatos de IPUMS-USA.

118

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Estas variables también se introdujeron como *dummys*. No se incluyó la variable “ciudadanía” porque se correlacionaba fuertemente con algunas de las variables de este grupo.

Se introdujeron también las variables –*dummys*– edades de los hijos: hijos menores de 5 años de edad –con las categorías “no tiene hijos en estas edades” y “tiene hijos en estas edades”– y edad del hijo mayor –con las categorías de “18 y más” y “menor de 18 años”–.

Entre las características económicas se incluyeron: la situación laboral del cónyuge –con las categorías “empleado” y “desempleado”– y los ingresos anuales –como variable continua–. Finalmente, como información geográfica se introdujo la variable “información geográfica” con dos categorías: “no vive en un área metropolitana” y “vive en un área metropolitana”. En todas las variables *dummy* la primera categoría se utilizó como referencia.

En todos los modelos, además de introducir la edad como variable explicativa de la participación femenina, se elevó al cuadrado para comprobar la relación no lineal que existe entre esta y la variable dependiente. En casi todos los casos la relación fue estadísticamente significativa.

La escolaridad resultó significativa para las nativas blancas no hispanas, las afroestadounidenses y las mexicanas. Para una nativa blanca no hispana con estudios de preparatoria, la propensión a insertarse al mercado se incrementa en 11.3 puntos porcentuales en relación con las mujeres que cuentan con estudios inferiores a este nivel; y para las mujeres

con estudios superiores al nivel de preparatoria la probabilidad de insertarse al mercado se incrementa en 20.6 puntos porcentuales, en relación con la categoría de referencia. En el caso de las afroestadounidenses, dicha probabilidad se incrementa en 5 puntos porcentuales cuando las mujeres tienen estudios de preparatoria completa y en 12.2 cuando se trata de mujeres con nivel de educación superior a la preparatoria. En el caso de las mexicanas, los incrementos porcentuales son 2.6 y 8.5% en cada categoría, en relación con la categoría de referencia. Esto confirma que esta variable de capital humano tiene un efecto diferencial en la participación de las mujeres unidas de acuerdo con el lugar de origen.

Entre las inmigrantes, otras variables como “dominio del idioma inglés” y “años de vivir en los Estados Unidos” tienen mayor significancia en la participación laboral. Para las mexicanas el no hablar inglés o no hablarlo bien reduce en 8.6 puntos porcentuales la propensión a participar en el mercado de trabajo en relación con las mujeres que hablan bien o muy bien. En el caso de las sudamericanas, la reducción es de 11.4 puntos porcentuales y en el de las dominicanas de 11.1. Esto indica que para estos grupos de inmigrantes el inglés tiene mayor peso en la decisión de participar en el mercado.

Los años de permanencia en los Estados Unidos también tienen un efecto significativo, con claras diferencias según el lugar de origen. Para las inmigrantes sudamericanas con menos de 10 años de vivir en el país, la probabilidad de insertarse en el mercado disminuye en 23.0 puntos porcentuales en relación con las mujeres que tienen este tiempo o más de permanencia. En el caso de las dominicanas, la reducción es de 7.2 puntos porcentuales y en el de las mexicanas es de 0.2. Es claro que la mayor permanencia en el país posibilita la inserción laboral porque se logra un mayor conocimiento del mercado y un fortalecimiento de redes sociales.

Como se señaló, entre los aspectos familiares que podrían potenciar o limitar la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se encuentran el número de hijos y la edad. En todos los casos, excepto en el dominicano, las relaciones entre las variables dependiente y explicativas fueron estadísticamente significativas. Hemos visto que la presencia de hijos menores en el hogar inhibe la participación laboral de las mujeres. Las mayores reducciones en la probabilidad de participar se presentan en las nativas blancas no hispanas (13.7 puntos porcentuales) y en las mexicanas (12.9 puntos porcentuales). Para las afroestadounidenses, la presencia de hijos menores de 5 años en el hogar reduce la probabilidad de participar solamente en 6.4 puntos porcentuales, y en el caso de las sudamericanas esa reducción es del 7.7 en relación con las mujeres que no tienen hijos en estas edades.⁴

También se analizó el impacto que ejerce sobre la inserción laboral de las mujeres el hecho de que el hijo mayor tenga menos de 18 años. Nuevamente, en el caso de las dominicanas la relación no fue estadísticamente significativa. En la mayoría de los casos dicha relación fue negativa, con algunas diferencias que vale la pena mencionar: en las sudame-

⁴ Es posible que el bajo tamaño de muestra en el caso de las dominicanas sea el factor que explique la menor significancia entre las variables incluidas en el modelo.

ricanas la propensión a participar se reduce en 6.2 puntos porcentuales cuando el hijo mayor cuenta en estas edades –en relación con mujeres unidas que no los tienen–; le siguen en orden las nativas blancas no hispanas y las mexicanas. Llama la atención que en el caso de las afroestadounidenses dicha relación es positiva; es decir, al parecer, la presencia de hijos mayores de 18 años incrementa la probabilidad de participación de estas mujeres. Es posible que los hijos en estas edades constituyan un soporte en algunas tareas domésticas y en el cuidado de hermanos menores.

Con el conocimiento de que la inmigración femenina se concentra principalmente en áreas metropolitanas –en donde es probable que cuenten con el apoyo de antiguas inmigrantes o redes sociales que facilitan su inserción en el mercado de trabajo–, se introdujo la variable “vive en un área metropolitana” y, en la mayoría de los casos, dicha relación no resultó estadísticamente significativa. Además, en los casos en los que se confirmó la relación –mexicanas y nativas blancas no hispanas–, sorpresivamente se constató que vivir en una gran área metropolitana reduce la probabilidad de participar en el mercado de trabajo (en 5.3 y 3.3 puntos porcentuales, respectivamente) en relación con las mujeres unidas que no están concentradas en estos contextos geográficos.

En la primera mitad del siglo XX, distintas investigaciones realizadas en los Estados Unidos mostraron la asociación entre desempleo del cónyuge y participación laboral de las mujeres. En 1940, por ejemplo, la participación económica de las mujeres cuyos maridos estaban desempleados fue 50% más alta que la de las mujeres con maridos empleados (Moehling, 2001).

120

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

En otras investigaciones (England, García-Beaulieu y Ross, 2004), no se ha encontrado una relación significativa entre el salario del cónyuge y la participación laboral de las inmigrantes latinoamericanas, pero sí ha existido una asociación negativa en el caso de las mujeres nativas blancas. En nuestro modelo, en todos los casos, el desempleo del compañero y los ingresos constituyen relaciones significativas: la propensión a trabajar de las mujeres es mayor cuando el cónyuge se encuentra desempleado; y esto es especialmente notorio en el caso de las inmigrantes. La participación laboral tiene una relación inversa a los ingresos del compañero. También en el caso de las inmigrantes disminuye en mayor medida dicha probabilidad, especialmente en las mexicanas. La situación laboral del cónyuge sigue siendo un factor que incide en la decisión de trabajar de las mujeres, pero, como se señaló antes, en la actualidad hay otra gran variedad de factores que motivan a las mujeres unidas a participar en el trabajo remunerado.

En este apartado se constató que los determinantes clásicos de la participación laboral de las mujeres tienen un impacto diferencial de acuerdo con el lugar de origen. Para las nativas blancas no hispanas tiene mayor peso el capital humano (en este caso la escolaridad). Cuando se controla por escolaridad, en el nivel más alto las afroestadounidenses son quienes participan más en el mercado laboral.

Conclusiones

Existen diferencias significativas en la participación económica de las mujeres casadas o unidas en los Estados Unidos. En términos generales, la de las afroestadounidenses fue superior a la del resto; y las nativas en conjunto –afroestadounidenses y blancas no hispanas– presentaron tasas de participación superiores a las de las mujeres inmigrantes. Entre estas últimas, las mexicanas contaron con las tasas más bajas y las dominicanas con las más altas. Se pudo constatar que las variables de capital humano controladas en los modelos de participación laboral explican parcialmente la participación económica de estas mujeres y que su peso varía de acuerdo con su lugar de origen. Ello se observó especialmente en el caso de la escolaridad. Por ejemplo, en el caso de las nativas blancas no hispanas la probabilidad de que una mujer con estudios superiores ingrese al mercado de trabajo –en relación con las mujeres que no cuentan con este nivel de estudios– se incrementa mucho más que en el caso de una mujer afroestadounidense o una mexicana.

Entre las inmigrantes, el tiempo de permanencia en los Estados Unidos, el dominio del idioma inglés, el estatus migratorio así como la escolaridad tienen un impacto importante en la decisión de trabajar que también es diverso según el lugar de origen. Así, para las sudamericanas el no contar con dominio adecuado del idioma inglés implica mayor reducción en la propensión a ingresar al mercado de trabajo que para las mexicanas.

En términos generales, se puede concluir que los determinantes que tradicionalmente han explicado la participación de las mujeres en el mercado de trabajo siguen teniendo peso, tanto en nativas como inmigrantes, pero que su importancia varía de acuerdo con el lugar de origen.

Es importante señalar que otros aspectos no controlados en los modelos podrían ayudarnos a entender las marcadas diferencias en la participación laboral de las mujeres inmigrantes en los Estados Unidos. En primer lugar, es posible que en los grupos donde ha habido predominio femenino en los *stocks* de inmigrantes exista una mayor presencia de redes sociales que sirvan de conexión para que más mujeres ingresen al mercado de trabajo. En segundo lugar, un aspecto que no se debe perder de vista es que, si bien la migración transforma muchos aspectos de la vida laboral de las mujeres –como es la mayor participación en el mercado de trabajo–, es probable que aquellas que proceden de contextos donde ha habido –o no– una tradición importante de inserción femenina en la fuerza de trabajo tiendan a participar más –o menos– en los mercados laborales de los países de inmigración, como lo ilustran los casos de México y República Dominicana. En tercer lugar, se debe señalar que la mayor participación económica de las mujeres ha sido también explicada, entre otros aspectos, por la escolaridad. La información aquí presentada permitió observar que, entre las inmigrantes procedentes de la región, las mexicanas, que son las que presentan los más bajos niveles de escolaridad, constituyen el grupo con la más baja participación en el mercado de trabajo.

Bibliografía

AMERICAN COMMUNITY SURVEY (2008), *Integrated Public Use Microdata Series, International: Version 6.0* [Machine-readable database], Minnesota Population Center, University of Minnesota, Minneapolis.

BECKER, Gary (1977), *Teoría Económica*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

BROWNE, Irene (1997), “Explaining the black-white gap in labor force participation among women heading households”, en *American Sociological Review*, vol. 62, núm. 2, American Sociological Association, Albany, pp. 236-252.

CAICEDO, Maritza (2008), *Condiciones laborales de los inmigrantes de América Latina y el Caribe en los Estados Unidos*, tesis de doctorado en Estudios de Población, El Colegio de México, México D.F.

CENSUS OF POPULATION AND HOUSING (2000), *Major differences in subject-matter content between the 1990 and 2000 census questionnaires*. Disponible en: <http://www.census.gov/population/www/cen2000/90vs00/index.html>. Fecha de consulta: 26 de diciembre de 2008.

ENGLAND, Paula, Carmen García-Beaulieu y Mary Ross (2004), “Women’s employment among blacks, whites and three groups of Latinas: do more privileged women have higher employment?”, en *Gender and Society*, vol. 18, núm. 4, Sage Publications, Newbury Park, pp. 494-509.

122

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

GAMMAGE, Sarah y John Schmitt (2004), “Los inmigrantes mexicanos, salvadoreños y dominicanos en el mercado laboral estadounidense: las brechas de género en los años 1990 y 2000”, en Serie *Estudios y Perspectivas*, núm. 20, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), México D.F.

GARCÍA, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México D.F.

GHAZAL, Jen’nan y Philip N. Cohen (2007), “One size fits all? Explaining U.S.-born and immigrant women’s employment across 12 ethnic groups”, en *Social Forces*, vol. 85, núm. 4, University of North Carolina, Chapel Hill, pp. 1.713-1.734.

HAKIM, Catherine (1995), “Five feminist myths about women’s employment”, en *The British Journal of Sociology*, vol. 46, núm. 3, Routledge and Kegan Paul, Londres, pp. 429-455.

INEGI (2010), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*. Disponible en: <http://www.inegi.org.mx/inegi/default.aspx?s=est&c=10205>. Fecha de consulta: 21 de julio de 2010.

KOLESNKOVA, Natalia (2007), “The labor supply of married women: why does it differ across U.S. cities?”, en *Federal Reserve Bank of St. Louis*. Disponible en: <http://client.norc.org/jole/soleweb/863.pdf>. Fecha de consulta: 15 de febrero de 2011.

LEIBOWITZ, Arleen y Jacob Alex Klerman (1995), "Explaining changes in married mothers' employment over time", en *Demography*, vol. 32, núm. 3, Population Association of America, Chicago, pp. 365-378.

MACUNOVICH, Diane J. (2010), "Reversals in the patterns of women's labor supply in the United States, 1977-2009", en *Monthly Labor Review*, vol. 133, núm. 11, pp. 16-36.

MALONEY, Tim (1987), "Employment constraints and the labor supply of married women: a reexamination of the added Worker effect", en *The Journal of Human Resources*, vol. 22, núm. 1, Universidad de Wisconsin, Madison, pp. 51-61.

MINCER, Jacob (1974), *Schooling experience and earnings*, National Bureau of Economic Research and Columbia University, Nueva York.

MINCER, Jacob y Solomon Polachek (1978), "An exchange: the theory capital and the earnings of women: women's earnings reexamined", en *The Journal of Human Resources*, vol. 13, núm. 1, Universidad de Wisconsin, Madison, pp. 118-134.

MOEHLING, Carolyn (2001), "Women's work and men unemployment", en *The Journal of Economic History*, vol. 61, núm. 4, Cambridge University Pres, Nueva York, pp. 926-949.

OFICINA NACIONAL DE ESTADÍSTICA (ONE) (2007), *La jefatura femenina de hogar en República Dominicana: un estudio a partir de datos censales*. Disponible en: www.one.gob.do. Fecha de consulta: 21 de julio de 2010.

PARRADO, Emilio y Chenoa A. Flippen (2005), "Migration and gender among Mexican women", en *American Sociological Review*, vol. 70, núm. 4, American Sociological Association, Albany, pp. 606-632.

PORTES, Alejandro (2001), "Inmigración y metrópolis: reflexiones acerca de la historia urbana", en *Migraciones Internacionales*, vol. 1, núm. 1, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp. 111-134.

REIMERS, Cordelia (1985), "Cultural differences in labor force participation among married women", en *American Economic Review*, vol. 75, núm. 2, American Economic Association, Nashville, pp. 251-255.

ROBERTS, Evan (2003), "Labor force participation by married women in the United States: results from the 1917/19 cost-of-living survey and the 1920 pums", en *28th Social Science History Association Conference*. Baltimore, 13 al 16 de noviembre. Disponible en: <http://users.pop.umn.edu/~eroberts/evanrobertsshapaper.pdf>. Fecha de consulta: 10 de noviembre de 2010.

ROSENBAUM, Emily y Greta Gilbertson (1995), "Mothers' labor force participation in New York City: a reappraisal of the influence of household extension", en *Journal of Marriage and the Family*, vol. 57, núm. 1, National Council on Family Relations, Minneapolis, pp. 243-249.

RUGGLES, Steven, J. Trent Alexander, Katie Genadek, Ronald Goeken, Matthew B. Schroeder y Matthew Sobek (2010), *Integrated Public Use Microdata Series –IPUMS–: Version 5.0* [Machine-readable database], University of Minnesota, Minneapolis.

- SASSEN, Saskia (1993), *La movilidad del trabajo y del capital. Un estudio sobre la corriente internacional de la inversión internacional y del trabajo*, Centro de Publicaciones del Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- (1999), *La ciudad global*, Eudeba, Buenos Aires.
- SCHOENI, Robert F. (1998), “Labor market assimilation of immigrant women”, en *Industrial and Labor Relations Review*, vol. 51, núm. 3, Cornell University, pp. 483-504.
- STEIGER, Thomas y Mark Wardell (1995), “Gender and employment in the service sector”, en *Social Problem*, vol. 42, núm. 1, University of California Press, Berkeley (CA), pp. 91-123.
- STIER, Haya y Marta Tienda (1992), “Family, work and women: The labor supply of Hispanic immigrant wives”, en *International Migration Review*, vol. 26, núm. 4, Center for Migration Studies, Nueva York, pp. 1291-1313.
- TIENDA, Marta, Katharien M. Donato y Hector Cordero-Guzmán (1992), “Schooling, color and the labor force activity of women”, en *Social Forces*, vol. 71, núm. 2, University of North Carolina, Chapel Hill, pp. 365-395.
- TIENDA, Martha y J. Glass (1985), “Household structure and labor force participation of black, Hispanic, and white mothers”, en *Demography*, vol. 22, núm. 3, Population Association of America, Chicago, pp. 381-394.
- WILSON, William (1991), “The truly disadvantaged revisited: a response to hochschild and boxill”, en *Ethics*, vol. 101, núm. 3, University of Chicago Press, Chicago, pp. 593-609.

124

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

Factores determinantes del envío de remesas: el caso de los inmigrantes mexicanos en la zona metropolitana de Chicago

Determinants of remittances: the case of Mexican immigrants in the Chicago metropolitan area

Telésforo Ramírez García

Consejo Nacional de Población (CONAPO)

Resumen

Los envíos de remesas que los migrantes mexicanos realizan desde los Estados Unidos a sus familiares que se quedan en sus comunidades y pueblos de origen constituyen una fuente importante de recursos económicos tanto para la economía nacional como para miles de familias que las reciben. Sin embargo, es de destacar que no todos los hogares con miembros migrantes en ese país reciben remesas, ni todos los migrantes remiten dinero en la misma cantidad, ritmos y frecuencias, ya que tanto el acto de enviar como el de recibir remesas están determinados por una gran variedad de factores sociodemográficos, económicos y culturales. Este trabajo examina los factores personales, familiares y contextuales que influyen en la propensión a remitir dinero a México entre la población de origen mexicano residente en la zona metropolitana de Chicago; al mismo tiempo, se discuten los resultados encontrados en otros trabajos previos y se describe el perfil sociodemográfico de la población mexicana que realiza envíos de remesas a su país. Para ello se empleó información recopilada por la encuesta del año 2005 “Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago”.

Palabras clave: determinantes, remesas, migración internacional, Chicago.

El autor agradece al Dr. Enrico Marcelli por la bibliografía proporcionada sobre el tema, así como a Jesús Montenegro y Maricela Casas por la lectura y los comentarios para mejorar este artículo.

Abstract

The remittances that Mexican migrants from the United States send to their families remaining in their communities and villages of origin are an important source of funding for both the national economy and thousands of families who receive them. However, it is noteworthy that not all members of migrant households receive remittances in the country, not all migrants send money by the same amount, rhythms and frequencies, as both the act of referring and receiving remittances is determined by a variety sociodemographic factors, economic and cultural. This paper examines the personal, family and contextual influence on the propensity to remit money to Mexico between the Mexican-origin population living in the Chicago metropolitan area; at the same time we discuss the results found in previous works and describe the sociodemographic profile of the Mexican population that makes sending remittances to Mexico. This will use information gathered by the survey “Characterization of the population of Mexican origin in metropolitan Chicago (2005)”.

Keywords: determinants, remittances, international migration, Chicago.

125

T. Ramírez
García

Introducción

La migración mexicana a los Estados Unidos ha significado a lo largo de su ya centenaria historia una importante inyección de recursos económicos para México. Tan solo entre 2000 y 2005, más que se triplicó el monto de remesas que ingresaron al país, al pasar de 6,6 mil millones de dólares en 2000 a algo más de 21,6 mil millones de dólares en el año 2005. En ese período, México ocupó el primer lugar entre los países receptores de América Latina y el segundo a nivel mundial, solo por debajo de la India. Las remesas constituyen en la actualidad la segunda fuente de divisas del país, después de las exportaciones petroleras, y superan los montos de la inversión extranjera directa (Banco de México, 2008). Asimismo, conforman la base para el sostenimiento de miles de familias mexicanas, toda vez que representan poco más de la mitad del ingreso corriente de los hogares receptores del medio rural y alrededor del 30 por ciento de los urbanos, además de contribuir al desarrollo de las regiones de donde son originarios los migrantes (Ramírez, 2002).

Más allá de su contribución económica, las remesas representan vínculos sociales a larga distancia de solidaridad, reciprocidad u obligación, que unen a los migrantes con sus familiares y amigos que residen en ambos lados de la frontera, creando familias y comunidades transnacionales (Ramírez, García Domínguez y Míguez Morais, 2005; Guarino, 2004). Lucas y Stark (1985) postulan que los migrantes transfieren remesas movidos por una motivación altruista, la cual responde a la existencia de un vínculo afectivo y a la expectativa de mejorar el bienestar de la familia que se quedó en casa. Pero también afirman que, a su vez, las motivaciones de las personas emisoras de remesas pueden estar mediadas por otros intereses, como el deseo de ahorrar o de generar sus propios activos, e incluso la aspiración a lograr reconocimiento y prestigio social en la comunidad de origen. En el caso de México, un país con una larga tradición migratoria y con un amplio número de comunidades establecidas en los Estados Unidos, resulta interesante preguntarse si la fortaleza de los vínculos transnacionales estimula el envío de remesas, o bien si esos vínculos se desdibujan con el paso del tiempo en función de variables como la formación de nuevas familias, el cambio de residencia de temporal a permanente o la integración de los inmigrantes a la sociedad de acogida, circunstancias que inciden negativamente en el envío de dinero.

Los estudios que buscan establecer el perfil del migrante remitente señalan que, dado que las remesas se basan en lazos sociales de obligación y afecto, deben ser vistas como una dimensión monetaria que forma parte de una compleja red de relaciones que se establece entre las personas migrantes y sus comunidades de origen y destino (Marcelli y Lowell, 2005; Solimano, 2005; García y Paciwonky, 2005; Sana y Massey, 2005; Mooney, 2004; DeSipio, 2002). Así, DeSipio postula que el comportamiento remesador –“*remittance behavior*”– cambia entre los migrantes y que solo puede ser entendido si tomamos en cuenta el contexto social en el que se encuentran inmersos y las transformaciones y las dinámicas de cambio generadas en el tejido familiar, asociativo e institucional (DeSipio, 2002:159).

En este sentido, el objetivo de este trabajo de investigación es analizar el comportamiento del envío de remesas a México por parte de los migrantes mexicanos jefes de hogar

residentes en la zona metropolitana de Chicago. Esta ciudad norteamericana constituye un contexto de gran interés para el estudio de la migración internacional, tanto por la alta concentración de población hispana, principalmente de origen mexicano, como por la dinámica de sus mercados laborales. La pregunta que se intenta responder es: ¿qué factores influyen en la probabilidad de remitir remesas a México?, o, lo que es lo mismo, ¿qué factores personales, familiares, de adaptación y/o asimilación a la sociedad estadounidense influyen positiva o negativamente en el envío de remesas y de qué forma influyen también los vínculos que mantienen los migrantes con sus comunidades de origen? Para dar respuesta a estos interrogantes, se utilizan datos de la encuesta “Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago”, levantada por El Colegio de la Frontera Norte, con apoyo del Center for Latino Research de la Paul University, en el año 2005.

El presente trabajo está organizado de la siguiente manera: el primer apartado presenta una somera revisión bibliográfica sobre los determinantes de las remesas; en el segundo se hace referencia a la fuente de datos empleada y se muestran algunos resultados sobre el monto, frecuencia y destino de las remesas que envían los migrantes mexicanos a sus comunidades de origen en México, así como una descripción general del perfil sociodemográfico de los migrantes remitentes; el tercero describe el modelo estadístico y las variables usadas para determinar la propensión de que un migrante envíe remesas a México; en el cuarto apartado, se discuten los resultados de los modelos logísticos estimados. Finalmente, el documento cierra con un apartado dedicado a las conclusiones.

127

T. Ramírez
García

Revisión de la literatura

El estudio de los envíos de remesas que los migrantes realizan desde los países de destino a sus familiares que permanecen en sus pueblos y comunidades de origen constituye, desde hace varias décadas, una de las más frecuentes e importantes temáticas de análisis e investigación dentro de los estudios migratorios, principalmente en el campo de la demografía, la economía y la antropología.

Por los objetivos que persiguen y las diversas preguntas que intentan responder, estos trabajos pueden agruparse en cuatro grandes líneas: 1) los estudios dedicados a estimar y cuantificar los flujos de las remesas (Tuirán, Santibáñez y Corona, 2006; Corona y Santibáñez, 2006; Lozano, 1998); 2) las investigaciones que indagan sobre la forma en que se usan o invierten dichos recursos económicos, tratando de discernir entre usos productivos y no productivos (Canales, 2002 y 2006; Tuirán, 2000; Massey y Parrado, 1994); 3) los trabajos que analizan el impacto de las remesas en el desarrollo económico y social de las comunidades de origen de los migrantes (García-Zamora, 2004; Lowell y de la Garza, 2002; Arroyo y Berumen, 2002; Goldring, 2002; Burki, 2000; Conway y Cohen, 1998); y 4) los estudios basados en los factores determinantes de las remesas, apoyados en las características de los remitentes y receptores (Marcelli y Lowell, 2005; Canales, 2004; Ramírez, 2002; Lozano, 2001; DeSipio, 2000; Menjívar, DaVanzo, Greenwell y Valdez, 1998; Funkhouser, 1995; Massey y Basem, 1992).

Esta última línea de investigación puede dividirse, a su vez, en dos partes: a) los estudios a nivel macro, que analizan el efecto de algunas variables macroeconómicas –como los medios de transferencias, el tipo de cambio y la tasa de interés–, sobre los envíos de remesas. Se trata por lo general de análisis de series de tiempo y modelos econométricos que permiten estimar la elasticidad de las remesas ante la influencia de cada variable macroeconómica (Canales, 2004). Estos estudios no parecen ser concluyentes, en la medida en que la forma en que algunas variables macroeconómicas inciden en la motivación de remitir remesas depende de la situación de la economía de los países de origen y de la de destino. Elbadawi y Rocha (1992) sugieren que los resultados contradictorios que suelen divulgarse pueden derivar de que los estudios a menudo se limitan a considerar algunas variables macroeconómicas y no toman en cuenta a los determinantes dominantes, tales como la tarifa intercambiada del mercado negro y los diversos canales de transferencias utilizados por los migrantes; b) los estudios a nivel micro, que toman como variables determinantes de las remesas las características demográficas, económicas y sociales de los remitentes y sus receptores (personas y familias). Coincidén en que variables como la edad, el estado civil, la escolaridad, la historia migratoria, el tiempo de permanencia en el país de destino y los lazos que unen a los migrantes en las sociedades de destino y origen son factores que intervienen en la cantidad de remesas a enviar y en la frecuencia, la periodicidad y los canales empleados para remitirlas. Las investigaciones realizadas desde este último enfoque han hecho grandes aportes sobre los determinantes de las remesas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que el efecto que dichas variables ejercen en el envío de dinero no es unívoco ni unidireccional, dado que influyen una gran variedad de factores personales, familiares y contextuales. Un ejemplo interesante de este tipo de estudios, que muestra las diversas formas en que operan dichos condicionantes, es el trabajo realizado por Menjívar, DaVanzo, Greenwell y Valdez (1998) con migrantes filipinos y salvadoreños en la zona metropolitana de Los Ángeles, California, Estados Unidos. Estos autores encuentran que la decisión de remitir y la cantidad remesada no solo se ven influenciadas por las características personales de los migrantes sino también por sus obligaciones familiares en el país de origen y por las inversiones realizadas en los Estados Unidos. Por ejemplo, tener hijos en el país de origen presentó un efecto positivo en la decisión de enviar dinero.

128

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Análogamente, en un estudio llevado a cabo con migrantes salvadoreños y nicaragüenses en el Estado de California, Funkhouser (1995) encontró diferencias en los patrones de envío de remesas según diversas características personales y familiares de los migrantes. Este autor señala que entre los inmigrantes salvadoreños el hecho de tener una familia en El Salvador aumentaba la propensión de remisión. Por el contrario, entre los nicaragüenses, los más jóvenes, con bajos niveles educativos y con menos años residiendo en los Estados Unidos eran quienes presentaban mayores probabilidades de remitir dinero a su país de origen en comparación con sus congéneres adultos, más educados y con mayor tiempo de residencia en los Estados Unidos. Sin embargo, al controlar por diversos factores sociodemográficos, encontró que los migrantes salvadoreños fueron más propensos a enviar remesas que los nicaragüenses.

En el caso de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, las investigaciones que abordan los factores que influyen en el envío de remesas también han llegado a

conclusiones mixtas. Massey y Basem (1992), en su estudio sobre determinantes de las remesas y capacidad de ahorro entre migrantes oriundos de cuatro comunidades del occidente de México con datos del Mexican Migration Project (MMP), encuentran que ni los rasgos personales ni los motivos del viaje presentaban un impacto en la propensión a remitir dinero a México, pero que sí tenían peso las características de sus familias y los vínculos que mantienen los migrantes con la comunidad de origen. Lozano (1993), por el contrario, usando datos de la Encuesta sobre la Población Legalizada (LPS, por sus siglas en inglés) constata diferencias en el comportamiento de la remisión de dinero a México según diversas características demográficas de los migrantes. Señala que la propensión a enviar remesas tiende a ser mayor entre los migrantes temporales y circulares, y menor entre los que se han establecido –legal o ilegalmente– en los Estados Unidos.

Ambos estudios, aunque divergen en cuanto a la dirección en que opera el efecto de algunos rasgos personales, coinciden en que los lazos que unen a los migrantes con las comunidades de procedencia y de destino constituyen factores que inciden en la propensión a remitir o no dinero a México. Sin embargo, la inclusión de dichos condicionantes en el análisis de los patrones de remisión ha estado limitada en dos aspectos específicos. En primer lugar, la mayoría de las investigaciones en México se han interesado más en indagar en cómo impactan las remesas en el desarrollo económico de las comunidades de origen que en analizar los condicionantes de los flujos monetarios. En segundo lugar, no existen muchos trabajos que tomen en cuenta aspectos del medio social y económico en que viven y trabajan los migrantes en las comunidades de destino. Es decir, se ha restado importancia a factores –como el tiempo de permanencia, la adquisición de la residencia o ciudadanía estadounidense– que surgen y se ponderan en las sociedades de llegada, los cuales pueden incidir positiva o negativamente en el envío de remesas (Marcelli y Lowell, 2005).

Siguiendo las contribuciones de Lozano (1993), Funkhouser (1995) y Menjívar, DaVanzo, Greenwell y Valdez (1998), se concluye que la remisión de dinero por parte de los mexicanos, nicaragüenses, salvadoreños que han migrado a los Estados Unidos está relacionado de forma negativa con el tiempo de estancia de los migrantes en dicho país; es decir, el pasar de ser un migrante temporal a uno permanente afecta el envío de remesas. Amuedo-Dorantes y Pozo (2006) postulan que dicho envío presenta un patrón temporal en forma de “U” invertida, en el cual la frecuencia y los montos son altos en los primeros años de llegada y tienden a disminuir paulatinamente a medida que la estancia migratoria rebasa un umbral determinado y los lazos de las redes familiares y comunales, por alguna razón, empiezan a deshilarse y a romperse. Un proceso de reunificación familiar, por ejemplo, puede disminuir la necesidad del migrante de remitir dinero. También puede ocurrir que los inmigrantes que llegaron siendo solteros formen su propia familia y adquieran nuevas responsabilidades que les impidan seguir enviando remesas a los familiares que se han quedado en la comunidad de origen.

Es común que, a medida que transcurre el tiempo de permanencia en el país anfitrión, los migrantes busquen obtener la ciudadanía o su residencia legal, lo que conduciría probablemente a un asentamiento más permanente o definitivo. Este hecho podría afectar la posibilidad de remisión, tal como muestran los resultados obtenidos por DeSipio (2000) en su investigación con inmigrantes latinoamericanos en los Estados Unidos con datos del

Mexican Migration Project (MMP), del Emerging Latino Study (NALEO) y del Latino Portrayals on Television Study (TRPI). Este autor encuentra que los inmigrantes que ya habían obtenido la ciudadanía estadounidense eran menos propensos a remitir dinero en comparación con los inmigrantes indocumentados. Este impacto fue más claro entre inmigrantes colombianos, dominicanos, guatemaltecos y salvadoreños que entre los mexicanos. Según DeSipio, esto podría explicarse por el reducido número de ciudadanos estadounidenses incluidos en la muestra de las encuestas.

En un trabajo más reciente, Lozano (2004) confirma que la naturalización tiene un efecto negativo en la intensión de enviar remesas. En general, los hallazgos reportados en la literatura con respecto al tiempo de permanencia y obtención de la ciudadanía, indican que a mayor integración e intensidad de relaciones del migrante con la comunidad de destino, es de esperar tanto una menor intensidad de remisión como un menor monto de dinero de envío promedio. En algunos estudios se ha tratado de mostrar cómo influyen en los envíos monetarios los factores relacionados con la aculturación de los migrantes en la sociedad de destino. Aprender el idioma dominante en el país de acogida, hipotéticamente, podría suponer un efecto positivo sobre el envío de remesas, ya que los migrantes tendrían la posibilidad de ampliar el uso de medios de transferencias y optar por la apertura de cuentas bancarias para ahorrar y remitir dinero. No obstante, los resultados divulgados en la literatura señalan que el efecto de dicha variable opera en sentido contrario. Lozano (2004) y DeSipio (2000) reportan en sus trabajos que los inmigrantes con poca o nula habilidad para hablar inglés son quienes en mayor medida envían remesas a sus países de origen.

130

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

A pesar de la amplia aceptación de estos razonamientos, existe poca evidencia empírica para el caso de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, aun cuando se ha documentado que el tiempo de permanencia de los migrantes temporales en ese país se ha ampliado, fenómeno que es producto, por un lado, de las políticas antimigratorias implementadas por el gobierno estadounidense en los últimos años, y, por otro lado, de la falta de oportunidades laborales en México. Asimismo, poco o casi nada se sabe sobre los envíos de remesas que realiza la población de origen mexicano, es decir, de los hijos de padres o madres mexicanos (segunda generación) y de la población que se declara como mexicana (tercera generación).

De acuerdo con datos de la Current Population Survey (CPS) de 2005, en ese año, existían aproximadamente 28 millones 059 mil mexicanos residiendo en los Estados Unidos, de los cuales 11 millones 027 mil eran nacidos en México y 17 millones 475 mil de origen mexicano. De estos últimos, 8 millones 650 mil eran de segunda generación, es decir, población nacida en los Estados Unidos con uno o ambos padres nacidos en México, y 8 millones 815 mil de tercera generación, es decir personas nacidas en ese país y cuyos padres tampoco nacieron en México pero declaran ser de origen mexicano (mexico-americanos, chicanos o mexicanos). Sin duda, considerar el estudio de la población inmigrante mexicana y de origen mexicano en los estudios sobre remesas contribuiría a ampliar la visión sobre la contribución económica de los migrantes, así como a ubicar comportamientos remesadores diferentes, a partir de historias migratorias y perfiles socio-demográficos heterogéneos.

En este trabajo, se analizan los factores individuales, familiares y del contexto social de la comunidad de acogida que influyen en la decisión de enviar remesas a México. La hipótesis que está detrás de esta investigación es que los migrantes indocumentados, de reciente arribo y con fuertes lazos con México son más propensos a enviar remesas en comparación con aquellos documentados que ya se han establecido –legal o ilegalmente– en la ciudad de Chicago y que tienen mayores vínculos sociales y económicos en esa ciudad. Concretamente, se estiman tres modelos de regresión logística para averiguar el efecto que algunos factores sociodemográficos ejercen en la propensión a remitir dinero.

Cabe señalar que, debido al reducido número de preguntas sobre remesas en el cuestionario de individuos, se tomó la decisión de trabajar únicamente con los jefes de hogar, ya que la encuesta incluye un módulo especial para los mismos a los que se les pregunta, además de las características sociodemográficas y económicas, acerca de los vínculos que mantienen con la comunidad de origen y en torno a algunos indicadores sobre la asimilación o adaptación a la sociedad huésped. Esto nos permitió controlar el análisis estadístico según diversas características individuales, familiares y del contexto de la comunidad de origen y de arribo, lo que habría sido difícil de alcanzar si se hubiera trabajado con toda la población.

Datos y evidencia empírica

Como señalamos en la Introducción, para llevar a cabo el objetivo planteado y probar la hipótesis señalada, utilizamos datos extraídos de la encuesta “Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago”, levantada entre los meses de noviembre y diciembre de 2005 por El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) a petición de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL). Se trata de una muestra aleatoria compuesta por 580 hogares en los que al menos uno de sus integrantes es de origen mexicano (inmigrantes mexicanos o población nacida en los Estados Unidos con uno o ambos padres nacidos en México).¹ Para determinar el tamaño de la muestra, se seleccionaron al azar 169 manzanas o *census block*, contenidas en 129 *census tracts*, localizadas principalmente en el Condado de Cook del área metropolitana de Chicago, donde poco más del 30% de sus residentes son de origen mexicano.

La encuesta, entonces, es representativa solo para esa población y proporciona información demográfica y económica de los hogares y sus integrantes, así como aspectos relacionados con su trayectoria migratoria a la ciudad de Chicago, tales como año de llegada, modalidad migratoria, tiempo de permanencia, redes de apoyo, envío de remesas, participación de dicha población en actividades transnacionales y su integración a la sociedad receptora. También provee información sobre los conocimientos y

¹ La población de origen mexicano en los Estados Unidos comúnmente se identifica en los censos y encuestas a través del país de nacimiento de los individuos o de su autoadscripción a un grupo étnico, ya sea por herencia, nacionalidad, linaje o país de nacimiento de las personas encuestadas o de sus padres u ancestros. Las personas autoadscritas a un grupo étnico pueden ser inmigrantes y personas nacidas en los Estados Unidos de distintas generaciones que se autodefinen como de origen mexicano (Census of Population and Housing del año 2000).

percepciones de los mexicanos acerca de los programas y acciones desarrollados por el gobierno de México en los últimos años y acerca del conocimiento que estos tienen sobre el voto en el extranjero. Asimismo, se indaga sobre el acceso y uso de los servicios de salud y de los servicios financieros y sobre las percepciones de la población respecto de los programas de trabajadores temporales y de educación bilingüe en los Estados Unidos.

De acuerdo con los datos de la encuesta, en 2005, 904 mil 474 personas de origen mexicano residían en la zona metropolitana de Chicago. De esta población, 62% eran inmigrantes mexicanos, 37.6% había nacido en los Estados Unidos y solo 0.4% correspondía a población que había nacido en un lugar distinto a México y los Estados Unidos pero que se autodefinió como de origen mexicano. En conjunto, estas personas representan el 93.6% de la población encuestada; el porcentaje restante se distribuye entre la población que nació en los Estados Unidos y no era de origen mexicano o no especificó el lugar de nacimiento, la población nacida en otro país que no es de origen mexicano y los que no especificaron su origen. Entre los inmigrantes mexicanos, 44% no contaba con algún documento que le permitiera vivir o trabajar en los Estados Unidos –es decir, eran migrantes indocumentados–, 29% eran ciudadanos norteamericanos por naturalización o por ser hijos de padres americanos, 25% tenía la *Green Card* –lo que les permitía entrar y/o vivir de manera permanente en ese país– y 2% contaba con una visa de estudiante o turista.

Sin embargo, como era de esperar, no todos los inmigrantes mexicanos y población de origen mexicano captados en la encuesta envían remesas a México, ni todos los remitentes lo hacen en cantidades y frecuencias similares. Los datos reportan que entre la población inmigrante mexicana de 12 años y más, el 37.3% manifestó haber enviado dinero a México en el último año. Entre la población nacida en los Estados Unidos de origen mexicano solamente el 3.7% dijo haber enviado dinero a su familia que vive en México. Estos remitentes enviaron un promedio de 312 dólares la última vez que remitieron dinero en 2004. Asimismo, un 9% de ellos señaló haber aportado dinero a través de

132

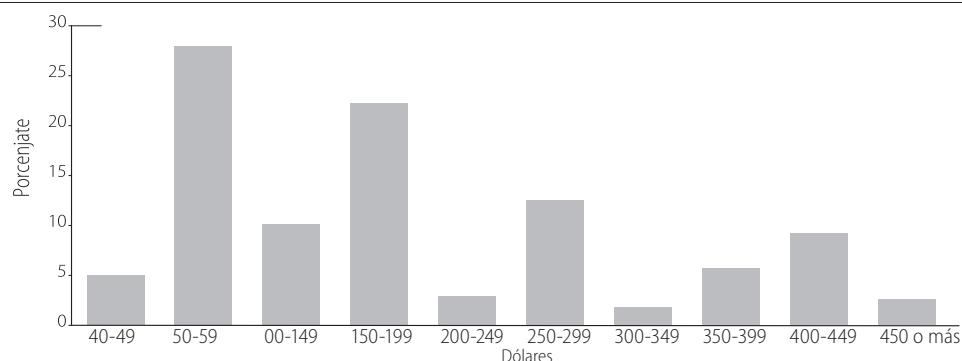
Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

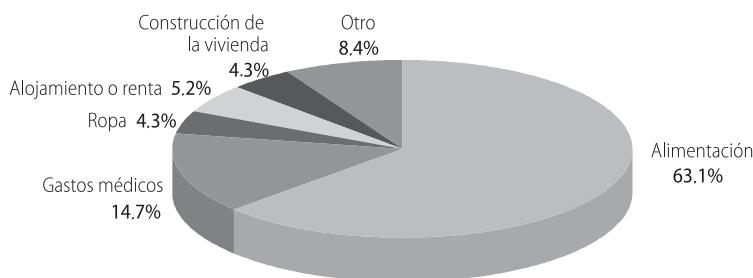
una asociación de paisanos –o de manera conjunta con amigos– para mejorar la comunidad de origen donde residen sus familiares. Estos datos son consistentes con los que se reportaron en otros estudios sobre el tema, los cuales muestran que el monto promedio mensual de remesas enviado por los inmigrantes mexicanos fluctúa entre 250 y 350 dólares por mes. Por otro lado, el envío de remesas colectivas revela una participación activa de la población de origen mexicano en clubes o congregaciones para realizar actividades y obras de beneficencia en apoyo a sus paisanos que residen tanto en México como en los Estados Unidos. Es muy difícil determinar el monto al que ascienden las remesas colectivas, aunque algunos autores estiman que es del uno por ciento de las remesas totales (Serrano Calvo, 2000). Las remesas colectivas son importantes porque materializan un lazo espontáneo y solidario entre agrupaciones de la sociedad civil. De acuerdo con Imaz (2006), la participación de los migrantes en este tipo de organizaciones surge cuando existe: 1) una identidad compartida entre los migrantes; 2) un número suficiente de personas que integren una comunidad en el país receptor; y 3) el deseo y compromiso de mantener lazos con las comunidades de origen y de participar en iniciativas de las organizaciones. Dichos elementos, señala la autora, son determinantes en la proliferación y éxito de las organizaciones.

Gráfico 1
Monto de remesas enviadas por la población de origen mexicano residente en la zona metropolitana de Chicago. Año 2004



Fuente: Encuesta "Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago", 2005.

Gráfico 2
Destino de las remesas enviadas a México por la población de origen mexicano residente en la zona metropolitana de Chicago. Año 2004

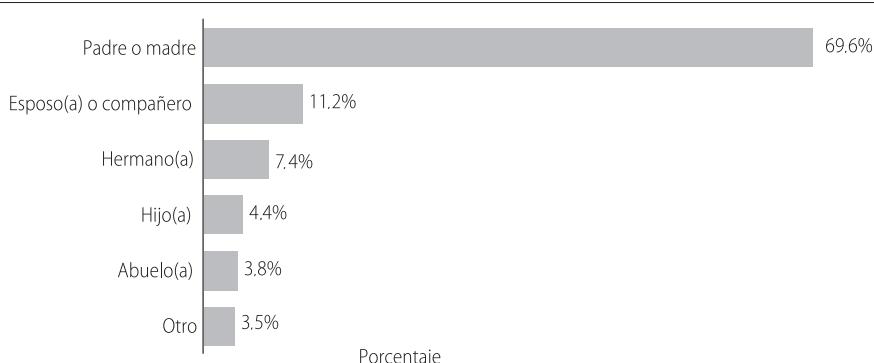


133

T. Ramírez
García

Fuente: Encuesta "Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago", 2005.

Gráfico 3
Principales perceptores de las remesas que envían los jefes de hogar de origen mexicano residentes en la zona metropolitana de Chicago. Año 2004



Fuente: Encuesta "Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago", 2005.

En cuanto a la frecuencia, se obtuvo que el 40.9% de los remitentes envió dinero a México más de 9 veces al año –es decir, mensualmente–, alrededor de una cuarta parte lo hizo entre 5 y 8 veces, y el resto envió dinero entre 1 y 4 veces al año. Esta tendencia hace suponer que la frecuencia está estrechamente vinculada con el fin de la remesa, que en el caso de los envíos mensuales toma la forma de un salario destinado a sostener los gastos corrientes del hogar receptor, como alimentación, calzado y vestido (Gráfico 2). En cambio, el hecho de que poco más de un tercio de las remesas no siga un patrón mensual estaría indicando que una parte considerable de la población envía dinero para cubrir una gran variedad de situaciones: cantidades específicas para fechas señaladas (cumpleaños, bodas, bautizos), para regalos, para el inicio del período escolar, para situaciones imprevistas (accidentes o enfermedades de los familiares), para construcción y mejora de la vivienda, para el establecimiento o compra de algún negocio.

En cuanto a los jefes de hogar, quienes constituyen nuestra población objetivo, los datos revelan que el 45.4% respondió haber enviado remesas a sus familiares que viven en México al menos una vez durante 2004. Estos jefes remitieron un promedio de 307 dólares en la última ocasión y alrededor del 7% envió remesas colectivas o en grupo a sus comunidades de origen en México. La mayoría de los jefes realizan dichos envíos a través de compañías remesadoras como Western Union, Money Gran, Olderli Valerti, y en menor medida utilizan los servicios de bancos o los giros postales. La razón principal del predominio de las transferencias electrónicas como canal de transmisión reside, sobre todo, en la rapidez, la confianza y la seguridad en el envío, además del incentivo de la entrega a domicilio, en muchos casos (Orozco, 2004). En cambio, los Money Orders enviados a través del correo tardan más y obligan al destinatario a cobrarlos en un banco o en una casa de cambio de moneda extranjera, aunque tienen la ventaja de que el costo de transferencia es más económico: el precio de este tipo de envío es alrededor de 3 dólares y no se cobra comisión, como ocurre con las empresas privadas (CONDUSEF, 2009).

134

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Los jefes de hogar envían dinero, principalmente, para apoyar económicamente a los padres, los esposos(as) o compañeros(as) y hermanos, y, con menor frecuencia, para los hijos, abuelos u otros familiares (Gráfico 3). El hecho de que los principales perceptores de remesas en México sean los padres de los migrantes y no la pareja y los hijos podría deberse a que buena cantidad de los jefes vive con su familia nuclear en la ciudad de Chicago, o bien a que puede tratarse de migrantes jóvenes (hijos) que aún no han formado su propia familia pero fueron identificados como jefes de hogar por el resto de las personas que habitan en la vivienda. Asimismo, de los datos de la encuesta se desprende que, la mayoría de las veces, las personas encargadas de decidir qué se hace con el dinero son los propios receptores; solamente un 16.4% de los jefes remitentes indicaron que ellos eran quienes determinaban el destino de las remesas que enviaban. Estos datos, en su conjunto, nos indican que, más allá de las responsabilidades económicas que pudieran tener los migrantes en sus comunidades de origen en México, las remesas tienen como fin preservar los lazos familiares y comunales, así como velar por el bienestar familiar.

¿Qué características presentan los jefes de hogar que envían remesas a México? Los datos del Cuadro 1 responden esta pregunta mediante la descripción de algunas variables

Cuadro 1
Indicadores sociodemográficos de los jefes de hogar de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago, según condición de envío de remesas a México. Año 2004

Indicadores	Envío remesas en 2004				Total
	N	Sí	No		
Sociodemográficas					
Sexo	Hombre	202,750	82.6	83.4	83.0
	Mujer	41,409	17.4	16.6	17.0
Edad (promedio)		242,987	40.4	42.7	40.4
Estado civil	Soltero	36,826	14.4	15.8	15.2
	Casado o unido	173,475	73.5	69.7	71.5
	Divorciado, separado o viudo	32,413	12.1	14.5	13.3
Escolaridad	Menos de 9 años de escuela	138,606	64.0	58.3	61.0
	Más de 9 años de escuela	88,740	36.0	41.7	39.0
Región de origen en México	Tradicional	131,304	58.3	63.0	60.7
	Fronteriza	14,288	5.5	7.6	6.6
	Centro	63,300	32.1	26.6	29.3
	Sur	7,683	4.1	2.8	3.4
Condición de actividad	Actualmente empleado	217,792	95.3	84.1	89.2
	Sin empleo	26,367	4.7	14.9	10.8
Ingresos por trabajo en dólares (mediana)		191,404	1,344	1,101	1,232
Asimilación/adaptación en los Estados Unidos					
Período de llegada a los Estados Unidos	Antes de 1990	108,160	37.2	61.3	49.5
	Después de 1990	110,349	62.8	38.7	50.5
Estatus migratorio	Ciudadano americano	63,886	17.6	33.3	26.2
	Tiene documentos <i>Green Card</i>	65,524	26.9	26.8	26.8
	Visa de estudiante o turista	2,924	21.2	0.4	1.2
	Indocumentado	59,435	53.9	39.4	48.8
Habilidad para hablar inglés	Buena	97,283	27.0	50.6	39.8
	Poca o no habla inglés	146,875	73.0	49.4	60.2
Cuenta bancaria en Chicago	Sí	68,771	33.3	26.5	29.7
	No	162,937	66.7	73.5	70.3
Preferencia por el estilo de vida	Le gusta más el de Chicago	101,738	38.8	59.6	49.1
	Le gusta más el de su comunidad de origen	105,514	61.2	40.4	50.9
Vínculos con la comunidad de origen en México					
Tiene a parente o madre en México	No	88,324	15.3	55.8	37.1
	Sí	149,398	84.7	44.2	62.9
Tiene a cónyuge o pareja en México	No	217,009	82.7	98.2	91.1
	Sí	21,292	17.3	1.8	8.9
Tiene hijos en México	No	208,378	79.7	94.1	87.4
	Sí	29,924	20.3	5.9	12.6
Tiene hermanos en México	No	80,094	23.5	42.2	33.6
	Sí	158,207	76.5	57.8	66.4
Visitó México durante 2004	Sí	55,707	20.6	24.6	22.8
	No	188,452	79.4	75.4	77.2
Votó en las elecciones federales de México de 2000	Sí	22,240	12.8	6.8	9.7
	No	208,157	87.2	93.2	90.3
N (ponderado)		245,179	111,297	132,862	245,179
N (sin ponderar)		580	268	309	580

Fuente: Encuesta "Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago", 2005.

demográficas, económicas y de asimilación y/o adaptación a la sociedad estadounidense. En primer lugar, los datos muestran que los jefes de hogar varones envían más remesas que sus congéneres mujeres (82.6% y 17.4%, respectivamente). Sin embargo no por ello debe minimizarse la aportación económica que realiza esa población inmigrante femenina. En algunos trabajos sobre el tema se ha documentado que, aun cuando las mujeres remiten menores cantidades de dinero que los varones, son más constantes en los envíos y suelen mandar con mayor frecuencia que los hombres remesas en especie como: ropa, zapatos, juguetes y aparatos electrodomésticos (Ramírez, 2009b).

La mayoría de los jefes remitentes presenta una edad promedio de 40 años, son casados (73.5%), tienen menos de nueve años de educación (64%), son económicamente activos (95.3%) y oriundos de alguno de los estados de México que conforman la región tradicional de migración internacional (58.3%). Esto último es consistente con la trayectoria migratoria de miles de mexicanos originarios de las entidades del centro-occidente del país –como Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas–, quienes desde comienzos del siglo XX empezaron a viajar al Estado de Illinois para trabajar en la industria siderúrgica y en las actividades del traque (*track*) –reparación y mantenimiento de vías férreas de ese estado–. De ahí que, desde los años veinte, la ciudad de Chicago se haya convertido en el polo de atracción de población migrante mexicana más importante de la región medio-oeste estadounidense (Durand y Massey, 2003). Como ya se ha señalado, la ciudad de Chicago alberga en la actualidad cerca de un millón de inmigrantes mexicanos y población de ese origen.

136

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

En lo que respecta a los indicadores que hipotéticamente reflejarían el grado de adaptación o asimilación de la población migrante a la sociedad estadounidense, se tiene que más de la mitad de la población de origen mexicano que envió dinero a su país llegó a los Estados Unidos después de 1990; en cambio, una alta proporción de los no remisores llegó antes de esa fecha. Alrededor del 18% contaba con la ciudadanía estadounidense en el momento de la encuesta, el 27% tenían un documento que le permitía residir permanentemente en los Estados Unidos (Green Card), el 21% tenía visa de trabajo o de turista y el 54% no contaba con ningún documento, es decir, eran indocumentados. Asimismo, se destaca que el 73% de los jefes de hogar remitentes no hablaba o tenía poca habilidad para hablar el idioma inglés, y el 23% tenía una cuenta o servicio financiero en un banco estadounidense. Adicionalmente, cuando se preguntó por la preferencia del estilo de vida en la ciudad de Chicago, la mayoría de los remitentes indicó que prefería el de su lugar de origen. Estos datos parecen corroborar la expectativa de que los inmigrantes menos asimilados y/o adaptados a la sociedad estadounidense presentan mayores probabilidades de remitir dinero a México.

Finalmente, en cuanto a los vínculos que mantienen con su comunidad de origen, se destaca que un porcentaje significativo de los jefes remitentes tienen al menos alguno de sus progenitores (padre y/o madre) y hermanos en México, y que una considerable proporción tiene a su cónyuge-pareja e hijos, lo cual puede ser un aliciente para mantener el envío de remesas y apoyar económicamente a los familiares que residen en su país. En cambio, entre la población que no hace envíos de dinero, una alta proporción no tiene algún familiar en su lugar de origen. Esto indica que, a medida que el flujo migratorio va madurando y se

van materializando cada vez más las reagrupaciones familiares, muy probablemente los montos y la periodicidad de los envíos vayan disminuyendo, ya que las obligaciones económicas principales se trasladan a los Estados Unidos, aunque algunos podrán seguir enviando cantidades inferiores y más esporádicas a personas de sus familias extensas.

En cuanto a las visitas a México, solo el 20% de los jefes de hogar dijo haber realizado al menos una visita a su comunidad durante 2004. Este dato debe ser leído con cautela, ya que, como se señaló, casi la mitad de los jefes de hogar incluidos en la muestra se encontraba en situación de indocumentado, y posiblemente esta sea la explicación más plausible de que muchos decidan aplazar sus visitas al país. En términos generales, existen dos factores básicos que contextualizan las expectativas de retorno: los cada vez más altos costos para cruzar la frontera y la inseguridad que se vive en muchos de los puntos por donde se desplaza la mayor parte del flujo migratorio que se dirige al vecino país del norte.

Por último, los datos del cuadro anterior muestran que casi el 13% de los jefes remitentes votaron en las elecciones federales de México en el año 2000, lo cual sugiere que una importante proporción de la población de origen mexicano residente en la zona metropolitana de Chicago mantiene un interés por la vida política de su país, independientemente de que hayan votado durante su estancia en México, o bien cuando ya se encontraban residiendo en los Estados Unidos. Desde la perspectiva del enfoque transnacional, se plantea que el esfuerzo que las personas migrantes hacen por integrarse a la sociedad de acogida no implica necesariamente una ruptura con los vínculos y relaciones con sus comunidades de origen.

Metodología

Para dar paso al análisis de nuestra hipótesis y, con ello, a la estrategia metodológica propuesta en este trabajo, se estimaron tres modelos logísticos binomiales. La elección de esta técnica estadística se debe a que no solo permite determinar el nivel de asociación entre las variables y categorías de análisis respecto del evento que se quiere investigar –que en este caso es el envío de remesas–, sino que además nos brinda la posibilidad de medir la probabilidad (o, mejor dicho, la propensión) de que un jefe de hogar envíe o no remesas a sus familiares que viven en México.²

2 El modelo de regresión logística se utiliza para predecir la probabilidad estimada de que la variable dependiente “Y” presente uno de los valores posibles (1=sí o 0= no) en función de los diferentes valores que adoptan un conjunto de variables independientes “X”. En otras palabras, el modelo de regresión logística permite relacionar una variable dependiente con una o más variables independientes cuantitativas. Las variables categóricas dicotómicas son aquellas que definen, mediante los indicadores (1,0) dos características mutuamente excluyentes y opuestas, como son la presencia (1) o ausencia (0) de un acontecimiento o suceso. De tal forma que los objetivos del modelo de regresión logística, al estudiar la relación entre una variable dicotómica “Y” y una o más variables independientes “X” son: 1) determinar la existencia o ausencia de relación entre un conjunto de variables independientes (X) y la variable dependiente (Y); 2) medir la dimensión de dicha relación; y 3) estimar o predecir la probabilidad de que se produzca un suceso o acontecimiento definido como “Y=1” en función de los valores que adoptan las variables independientes “X”.

El modelo de regresión logística permite predecir la probabilidad de una de las dos categorías de la variable dependiente (“Y”= dicotómica = 1 o 0) en función de una o más variables independientes “X”. En este trabajo, usamos el término “propensión” en lugar de “probabilidad”, ya que algunos autores sostienen que, al obtenerse los datos de una muestra de carácter transversal (una única medida de opción en el tiempo), se deberá hablar de propensiones o prevalencias más que de probabilidades (Hosmer y Lemeshow, 1989). El modelo logístico es el siguiente:

$$p = \frac{1}{1 + e^{-\beta \cdot x_i}} = \frac{e^{\beta \cdot x_i}}{1 + e^{\beta \cdot x_i}} \quad \text{Ecuación 1}$$

donde $\beta X_i = \beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_p X_p$. Esta ecuación se denomina función logística y puede expresarse de la siguiente forma:

$$\frac{p}{1-p} = \beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_p X_p \quad \text{Ecuación 2}$$

Si transformamos de forma logarítmica los dos términos de la ecuación, se obtiene la siguiente función: $\ln(p/(1-p)) = \beta_0 + \beta_1 X_1 + \beta_2 X_2 + \dots + \beta_p X_p$. Por lo tanto, el modelo logístico asume que la relación $\ln(p/(1-p))$ y variables independientes X_1, \dots, X_p es lineal. El término $(p/(1-p))$ se denomina “razón de momios” (“Odds ratio”, del término en inglés *Odds*) y representa la razón entre la probabilidad de que se produzca un suceso y la probabilidad de que no se produzca: $p(y=1)/p(y=0)$. La virtud de la regresión logística, ya sea a través de los coeficientes estimados como de la razón de momios (*Odds ratio*), es que nos permite analizar la propensión de que ocurra un suceso o de que no ocurra.

Las variables empleadas en el análisis del presente trabajo se han reunido en varios grupos, seleccionando aquellas que ya han sido probadas en estudios anteriores y que pudieran incidir en el proceso del envío de remesas. La variable dependiente es la disposición de la persona a enviar dinero a México; se trata de una variable dicotómica (envía = 1 / no envía = 0). Un primer grupo de variables independientes o explicativas está formado por aquellas que hacen referencia a aspectos sociodemográficos: edad, sexo, estado civil, grado de estudios y condición de actividad; un segundo grupo está formado por variables explicativas de asimilación o adaptación a la sociedad estadounidense: año de llegada a Estados Unidos, manejo del idioma inglés, estatus migratorio y tenencia de una cuenta o servicio bancario en ese país; el tercero y último grupo, está conformado por variables que, en cierta forma, reflejan los vínculos que mantienen los jefes de hogar con sus comunidades de origen –o que los unen a ellas–, tales como: la tenencia de padres, de cónyuge o pareja y de hijos, la condición de haber visitado el país durante el año anterior a la encuesta y la condición de haber votado en las elecciones federales de México en el año 2000.³

³ Cabe señalar que algunas de las variables independientes presentadas en el apartado del análisis descriptivo no fueron incorporadas en el modelo logístico porque presentaban una fuerte correlación con otras variables, por lo que se decidió excluirlas del análisis: Tal fue el caso de los ingresos por trabajo.

Resultados

El Cuadro 2 presenta los resultados de modelos logísticos que predicen la propensión de enviar remesas a México entre los jefes de hogar de origen mexicano residentes en la zona metropolitana de Chicago. Como se señaló antes, se estimaron 3 modelos. En el primero, se incluyeron solo variables sociodemográficas; en el segundo, además de este bloque de variables, se incorporaron indicadores de asimilación o adaptación a la vida en Chicago; en el tercer modelo, o *modelo completo* se adicionó un grupo de variables que hacen referencia a los vínculos que mantienen los jefes con sus familiares y comunidades de origen en México. En cuanto al bloque de indicadores sociodemográficos, los datos del modelo 3 o completo indican que la mayoría de estas variables no resultaron ser buenos predictores del envío de remesas. La edad y la escolaridad, por ejemplo, si bien son significativos a un nivel de $p<0.10$, no lo fueron en el primer y segundo modelo, lo que sugiere que su impacto no constituye un determinante significativo en la decisión de remitir o no dinero al país. Es decir, independientemente de la edad y del número de años de escolaridad alcanzados, los jefes de hogar pueden optar por enviar o no dinero a sus parientes en México. Por otro lado, los resultados del Cuadro 2 muestran que los jefes desempleados presentaron una menor propensión a enviar remesas en comparación con aquellos que contaban con un trabajo o que se encontraban empleados al momento de la encuesta. Este resultado guarda relación con lo observado en la literatura sobre el tema, en el sentido de que las remesas son una consecuencia natural de la emigración de carácter laboral y toman la forma de un salario transnacional que se utiliza para financiar los gastos o inversiones de los migrantes y sus familiares (Canales, 2004). En efecto, como puede verse en el Cuadro 2, el coeficiente negativo y estadísticamente significativo ($p<0.05$) de la categoría “estar desempleado” se mantiene después de controlar por otros indicadores de asimilación y variables relacionadas con los vínculos con la comunidad de origen.

Por lo que se refiere al grupo de indicadores sobre asimilación y/o adaptación de los jefes de hogar a la vida de Chicago, encontramos que el período de llegada a los Estados Unidos no resultó estadísticamente significativo. Esta variable fue incorporada al modelo porque se postulaba que cuanto mayor fuera el tiempo de permanencia en el lugar de destino menor sería la propensión a enviar remesas a México, tal como ha sido reportado en análisis anteriores (Lozano, 2004; DeSipio, 2002). Según datos de la encuesta, poco más del 80% de los jefes de hogar llevaba cerca de cinco años residiendo en Chicago, tiempo suficiente para que los inmigrantes, incluidos aquellos que vuelven periódicamente a México para visitar a sus familiares, formen nuevos lazos y adquieran más responsabilidades en esa ciudad. Sin embargo, los resultados del modelo completo (o modelo 3) no proporcionan evidencia estadística para validar dicha hipótesis.

De igual forma, la variable “tenencia de cuenta bancaria” no resultó estadísticamente significativa para explicar el envío de remesas. Al respecto, se ha señalado que tener una cuenta o contar con los servicios de alguna institución bancaria puede ser interpretado como un signo de asimilación a la cultura y sociedad del país de destino, lo que eventualmente podría significar una disminución paulatina en el envío de remesas. En cuanto a los envíos de remesas por parte de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, la

Cuadro 2
Modelos de regresión logística que predicen el envío de remesas a México de los jefes de hogar de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago. Año 2004

		Modelo 1 Exp (β)	Modelo 2 Exp (β)	Modelo 3 Exp (β)
Sociodemográficos				
Sexo	Hombres+ Mujeres	1.000 0.870	1.000 0.658	1.000 0.654
Edad (variable continua)		0.939	0.951	0.885**
Edad2		0.999	1.008	1.001**
Escolaridad	Menos de 9 años de escuela + Más de 9 años de escuela	1.000 0.763	1.000 1.345	1.000 1.607**
Estado civil	Unido + No unido	1.000 0.759	1.000 0.507*	1.000 0.576
Trabajo actual	Empleado + Desempleado	1.000 0.344*	1.000 0.409*	1.000 0.329*
Asimilación y/o adaptación en los Estados Unidos				
Año de llegada a los Estados Unidos	Antes de 1990 + Después de 1990		1.000 1.060	1.000 0.929
Estatus migratorio	Indocumentado + Ciudadano estadounidense Residente (<i>Green Card</i>) Visa de turista o trabajo		1.000 0.519* 0.803 2.406	1.000 0.504* 0.731 3.191
Habilidad para hablar inglés	Buena + Poca o nula		1.000 1.843*	1.000 1.688*
Cuenta con un servicio bancario en los Estados Unidos	Sí + No		1.000 1.141	1.000 1.209
Vínculos con la comunidad de origen en México				
Año 4	Tiene a su padre o madre en México			1.000
Número 7	Sí + No			0.223*
Enero/ diciembre	Tiene a su cónyuge o pareja en México			1.000
2010	Sí + No			0.284*
	Tiene hijos en México			1.000
	Sí + No			0.391*
	Visitó México durante 2004			1.000
	Sí + No			0.413*
	Votó en las elecciones federales de México de 2000			1.000
	Sí + No			1.669
	Constante	8.206*	5.530*	8.845*
	-2 Log likelihood	699.782	583.159	469.198
	Porcentaje correcto	59.000	63.800	70.400
	N	580	580	580

Notas: + Categoría de referencia; * p< 0.05, ** p< 0.10.

Fuente: Encuesta "Caracterización de la población de origen mexicano en la zona metropolitana de Chicago", 2005.

evidencia empírica con la que se cuenta muestra resultados contradictorios (Lozano, 2004; DeSipio, 2002). En nuestro caso, la no significancia estadística de dicha variable en la predicción del envío de remesas podría explicarse por el reducido número de jefes encuestados que contaban con una cuenta bancaria al momento de la entrevista. Otra

explicación posible para este hallazgo es que, aun cuando los inmigrantes mexicanos usuarios de cuentas de bancos pueden pagar menos o casi nada por remitir dinero a su país de origen, la gran mayoría realiza sus envíos a través de empresas remesadoras (Western Union, Money Gram, etc.). Como ya mencionamos, entre los motivos que señalan los inmigrantes para utilizar este tipo de medios de transferencias se encuentra el hecho de que se trata de servicios que permiten una entrega segura y rápida del dinero y que piden requisitos mínimos, además de algunos cuentan con servicio de entrega a domicilio –como es el caso de México Express, empresa que opera en varios estados del centro y occidente de México–. Orozco (2004) menciona que las características de los clientes –inmigrantes y sus familias receptoras– contribuyen a reducir la capacidad competitiva de los bancos en este mercado. Por su parte, Suro, Bendixen, Lowell y Benavides (2003) argumentan que muchos inmigrantes desconfían de los servicios que brindan los bancos y otras instituciones financieras. Dicha desconfianza, señalan los autores, está ligada a las experiencias de las crisis financieras que suponen la pérdida de valor de sus ahorros, así como a los requisitos de documentación y transparencia en las transacciones bancarias –dada la adscripción del migrante, en muchos casos, al sector informal o irregular del mercado de trabajo en la sociedad de destino– y a la propia estructura de los bancos, ya que es menos diversificada y con sistemas de pago menos ágiles que limitan su efectividad frente a las empresas remesadoras, cuyo modo de operar está diseñado para realizar este tipo de transacciones.

En cuanto al estatus migratorio, los resultados del modelo completo muestran que los jefes de hogar que son ciudadanos norteamericanos presentan una propensión 50% menor de enviar remesas a México que los jefes indocumentados, es decir, que no cuentan con documentos para entrar, residir o trabajar legalmente en los Estados Unidos. Esto sugiere que el hecho de permanecer en ese país en situación irregular no ha impedido, en general, el envío periódico de dinero y que resulta mucho más determinante la situación laboral. Este resultado puede explicarse debido a que, efectivamente, muchos de los inmigrantes indocumentados que se internan en territorio estadounidense tienen la intención de permanecer un determinado período de tiempo para luego regresar a México, por lo que la motivación para enviar remesas –ya sea para contribuir al sostenimiento de los familiares que se quedaron en el hogar de origen, como para el pago de deudas, la construcción y remodelación de la vivienda y/o para el ahorro– está más latente que entre los inmigrantes que ya lograron reunir su familia nuclear en los Estados Unidos y se radican ahí en forma definitiva. Sus beneficiarios en México son familiares con los que no guardan una relación directa de dependencia, como se demostró en el análisis descriptivo.

En lo que se refiere a las habilidades de la población encuestada para sostener una conversación en inglés, los resultados del modelo indican que los jefes con poca, muy poca o nula capacidad presentan una mayor propensión a enviar remesas (68%) que los jefes con habilidad para hablar en inglés. Lozano (2004) también encuentra una relación positiva entre los migrantes que no hablan el idioma inglés y el envío de remesas. Estos resultados tienen sentido si se considera que la mayoría de los migrantes mexicanos que entran de manera indocumentada a los Estados Unidos no saben inglés o lo hablan poco. Además, se sabe que, a pesar de que los migrantes mexicanos pasan muchos años residiendo en ese

país, no dominan el idioma. Para algunos investigadores y líderes políticos, la presencia de millones de mexicanos residentes en los Estados Unidos que no hablan inglés es un indicador de su fallida asimilación a la sociedad estadounidense. De acuerdo con datos de la American Community Survey (ACS) de 2007, el 74% de los inmigrantes mexicanos residentes en los Estados Unidos no hablan bien el inglés o lo hablan poco.

Por último, cuando introducimos al modelo el bloque de variables que reflejan los lazos o vínculos que mantienen los migrantes con sus sociedades de origen en México, los resultados del modelo 3 o completo sugieren –al igual que lo reportado por Massey y Basem (1992), Lozano (1997) y Canales (2004)– que los jefes que no tienen a su padre o madre viviendo en México son 78% menos propensos a enviar remesas en comparación con aquellos jefes cuyos progenitores residen en ese país. En el mismo sentido, se observa que los jefes con cónyuge e hijos en México también son más propensos a enviar remesas que los que no los tienen. Esta estricta correlación encierra, precisamente, la razón de ser de la migración laboral mexicana: la búsqueda de trabajo para remitir dinero y contribuir al bienestar familiar. En tal sentido, el modelo 3 o completo permite confirmar esta hipótesis, al indicar que habría evidencia estadísticamente significativa para afirmar que los jefes que tienen responsabilidades familiares (padre/madre, cónyuge e hijos/as) presentan mayor propensión a enviar remesas.

La significancia de dichas variables guarda cierta relación con el tipo de arreglo familiar que suele establecerse con la migración internacional. Por ejemplo, es común que, con la migración del jefe de hogar, la esposas y los hijos se vayan a residir con su familia nuclear o con los padres del migrante, o que, cuando emigran ambos cónyuges, los hijos se queden al cuidado de los abuelos, principalmente de las abuelas, quienes se encargan de alimentarlos, cuidarlos y educarlos mientras los migrantes permanecen fuera de su país. En ambos casos, el envío de dinero por parte de los migrantes es más constante y es concebido como una obligación. Pero también hay casos en que los únicos miembros del hogar que permanecen en las comunidades de origen son los progenitores de los migrantes. Es común encontrar este tipo de arreglo familiar en muchas comunidades con altos índices de intensidad migratoria a los Estados Unidos. En este caso, aunque los envíos de dinero por parte del migrante suelen ser más esporádicos y de menor cantidad, no se interrumpen con su tiempo de permanencia en ese país (Ramírez, 2009a).

Una segunda característica que nos permite indagar sobre el efecto de los vínculos familiares y comunales en el envío de remesas se refiere a la frecuencia de visitas a México. En este caso, el modelo 3 nos señala un patrón de diferenciación muy claro, consistente y estadísticamente muy significativo. En particular, nos indica que aquellos jefes de hogar que manifestaron no haber realizado ninguna visita durante el año anterior a la encuesta son 59% menos propensos de hacer envíos de remesas que aquellos que sí visitaron México.

Un tercer aspecto se refiere a la participación de los jefes de hogar en las elecciones federales del año 2000 en México. Sin embargo, dicha variable no resultó estadísticamente significativa para predecir el envío de remesas. O, lo que es lo mismo, el modelo nos

indica que el impacto que pudiera atribuirse a la participación política en el país de origen sobre el envío de remesas se diluye al controlar dicha relación con el efecto simultáneo de otras variables incluidas en el modelo.

Sobre la base de los resultados del análisis estadístico presentado, podemos concluir que la hipótesis plateada en esta investigación se cumple parcialmente, en el sentido de que no todos los indicadores incluidos en el modelo resultaron estadísticamente significativos, ni su signo apunta en la dirección esperada. Concretamente, los resultados del modelo nos permiten concluir que los jefes empleados, que no hablan inglés o lo hablan poco, que tienen familiares dependientes y que realizaron al menos una visita a México el año anterior al levantamiento de la encuesta son más propensos a enviar remesas al país. Asimismo, llama la atención que las variables que hacen referencia a los lazos y vínculos que mantienen los jefes remitentes con sus familiares y comunidades de origen son las que mayor efecto ejercen en la propensión a enviar remesas. Esta información sugiere que la población de origen mexicano residente en la zona metropolitana de la ciudad de Chicago mantiene una comunicación permanente con sus comunidades de origen en México y que la situación migratoria y el tiempo de permanencia en los Estados Unidos no constituyen un factor fundamental que incida de forma negativa en el proceso de remisión de dinero al país.

Es evidente que la migración internacional implica la separación física de la familia o la conformación de nuevas formas de organización familiar en el país receptor, pero no significa la ruptura de las relaciones familiares de dependencia, ni mucho menos de las afectivas. Las familias fragmentadas por el proceso migratorio se ven obligadas a aceptar su nueva realidad y a buscar alternativas de funcionamiento y organización. Un amplio número de migrantes mantiene lazos y nodos con sus familiares, apoyados en el avance de las telecomunicaciones y en la extensión de redes familiares y comunales, creando un nuevo tipo de vínculo social: las familias transnacionales (Smith, 2003). De ahí, la necesidad de estudiar las formas y los mecanismos que los hogares transnacionales utilizan para crear espacios familiares y vínculos de afecto y de confianza en un contexto en el que las conexiones están geográficamente dispersas (Guarnizo, 2004).

Cabe señalar, además, que el modelo nos permite concluir que hay aspectos de los remitentes que, si bien podrían parecer importantes en el proceso de envío de remesas, no resultaron estadísticamente significativos cuando se controla su efecto con otras variables incluidas en el análisis logístico. Nos referimos, en concreto, al sexo, la edad, el estado civil, el año de llegada a los Estados Unidos, la tenencia de cuenta bancaria en ese país y la participación en las elecciones federales celebradas en México en el año 2000.

Conclusiones

Diversos estudios sobre los determinantes del envío de remesas que los inmigrantes realizan desde los países de destino a sus familiares y conocidos que permanecen en sus países de origen sugieren que en dicho proceso influye una gran variedad de factores

sociodemográficos, económicos y contextuales. Los hallazgos reportados en este trabajo, si bien a veces coinciden y otras discrepan con los de otras investigaciones, muestran que las responsabilidades y lazos familiares y comunales son factores que adquieren relevancia estadística e influyen notablemente en la decisión de enviar o no remesas a México por parte de los migrantes mexicanos residentes en la zona metropolitana de Chicago. Esto nos lleva a dos conclusiones distintas.

En primer lugar, dichos resultados parecen apoyar la visión altruista propuesta por Lucas y Stark (1985), quienes postulan que la principal motivación de los migrantes es enviar remesas para contribuir al bienestar familiar como parte de un contrato establecido entre el migrante y su familia. La seguridad económica de los padres, hijos o del cónyuge están entre las principales motivaciones. En el caso de los migrantes mexicanos en la ciudad de Chicago dicho contrato parece no vencer o caducar a pesar de la distancia y el tiempo transcurrido en esa ciudad, aun cuando la mayoría de los migrantes encuestados hayan logrado reunificar o formar una nueva familia en los Estados Unidos, como muestran los datos arrojados por la encuesta y confirmados por los resultados del modelo logístico estimado. Esta “íntima solidaridad” de los migrantes con sus comunidades de origen y, en especial, con sus familiares y parientes, se manifiesta en las grandes sumas de dinero que año tras año entran al país bajo la modalidad de remesas monetarias y en el apoyo de las familias receptoras a los migrantes a través del envío de regalos, recuerdos, etc., e incluso, cuando esos migrantes pasan por situaciones difíciles como enfermedad y desempleo, también de la remisión de dinero.⁴

144

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

En segundo lugar, la hipótesis que nos planteamos en el sentido de que los migrantes más integrados a la sociedad de acogida serían los menos propensos a enviar remesas a México no resultó tan clara debido a la no significancia estadística de algunas variables incluidas en modelo. Tal vez un análisis más detallado nos llevaría a una conclusión más acabada sobre el efecto de dichas variables. Asimismo, se debe tener en cuenta que, debido a que se trata de un estudio realizado para un grupo poblacional y un contexto geográfico específicos, para validar su generalización es importante considerar la posibilidad de realizar comparaciones con otros grupos de población inmigrante mexicana y con otros inmigrantes en los Estados Unidos, así como de utilizar otras bases de datos que nos proporcionen información más detallada sobre el proceso de envío de remesas. En este sentido, coincidimos con DeSipio (2002) cuando señala que una de las principales limitantes del estudio de los determinantes de las remesas se ubica en la falta de datos longitudinales que permitan un seguimiento del envío de dinero a través del tiempo y de los cambios que se producen en las familias receptoras y en los patrones de aculturación o asimilación de los migrantes en las sociedades de destino.

Bibliografía

- AMUEDO-DORANTES, C. y S. Pozo (2006), “Remittances as Insurance: Evidence from Mexican Immigrants”, en *Journal of Population Economics*, 19(2), Springer-Verlag, Alemania, pp. 227-254.
- ARROYO, Jesús y Salvador Berumen (2002), “Potencialidad productiva de las remesas en áreas de alta migración a Estados Unidos”, en J. Arroyo, Alejandro Canales y Patricia Vargas (comps.), *El Norte de todos: migración y trabajo en tiempos de globalización*. UAG-UCLA-PROFMEX-Juan Pablos Editor, México D.F.
- BANCO DE MÉXICO (2008), *Las remesas familiares en México*, Banco de México, México D.F. Disponible en: www.banxico.org.mx
- BURKI, Shadid Javed (2000), “Diasporas, remittances and homeland development”, texto de la presentación en el Taller de la Organización Internacional del Trabajo “Making the best of globalization: migrant workers remittances and microfinance”, ILO Project Planning Meeting, Ginebra, 20 al 21 de noviembre.
- CANALES, Alejandro I. (2002), “El papel de las remesas en el balance ingreso-gasto de los hogares. El caso del Occidente de México”, en J. Arroyo, Alejandro Canales y Patricia Vargas (comps.), *El Norte de todos: migración y trabajo en tiempos de globalización*, UAG-UCLA-PROFMEX-Juan Pablos Editor.
- (2004), “Vivir del Norte: Perfil sociodemográfico de los hogares perceptores de remesas en una región de alta migración”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Universo familiar y procesos demográficos contemporáneos*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México D.F.
- (2006), “Remesas y desarrollo en México. Una visión crítica desde la macroeconomía”, en *Papeles de Población*, año 12, núm. 50, Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población (CIEAP), Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca (Méjico), octubre-diciembre, pp. 172-196.
- CORONA, Rodolfo y Jorge Santibáñez (2006), “Mexican migrants in the United States and their remittances”, en Germán Zárate-Hoyos, *New perspectives on remittances from Mexicans and Central Americans in the United States*, Kassel University Press, Alemania, pp. 130-150.
- COMISIÓN NACIONAL PARA LA PROTECCIÓN Y DEFENSA DE LOS USUARIOS DE SERVICIOS FINANCIEROS (CONDUSEF) (2009), “La ventana del paisano y su familia: Cómo cuidar tu patrimonio”. Disponible en: www.remesamex.gob.mx
- CONWAY, Dennis y Jeffrey H. Cohen (1998), “Consequences of Migration and Remittances for Mexican Transnational Communities”, en *Economic Geography*, vol. 74, núm. 1, Clark University, Worcester (Massachusetts), pp. 26-44.
- DESIPIO, Louis (2000), “Sending money home... for now: remittances and immigrant adaptation in the United States”, en Inter-American Dialogue, *The Tomás Rivera Policy Institute*, Washington D.C.

——— (2002), “Sending money home... for now: remittances and immigrant adaptation in the United States”, en Rodolfo de la Garza y Briant Lindsey (eds.), *Sending money home*, Rowman & Littlefield Publishers, Maryland (NY).

DURAND, Jorge y Douglas Massey (2003), “Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI”, Miguel Ángel Porrúa-AUZ, México D.F.

ELBADAWI, Ibrahim A. y Robert de Rezende Rocha (1992), “Determinants of expatriate workers’ remittances in North Africa and Europe”, World Bank, Washington D.C., Policy Research Working Paper núm. 1038.

FUNKHOUSER, Edward (1995), “Remittances from international migration: a comparison of El Salvador and Nicaragua”, en *The Review of Economics and Statistics*, núm. 77, Harvard University’s Kennedy School of Government, Cambridge (MA), pp. 137-145.

GARCÍA, Mar y Denise Paiewonsky (2005), “Género, remesas y desarrollo. El caso de la migración femenina de Vicente Noble, República Dominicana”, Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (INSTRAW). Disponible en http://www.un-instraw.org/en/docs/Remittances/Remittances_RD_Eng.pdf

GARCÍA-ZAMORA, Rodolfo (2004), “Los retos de las organizaciones de migrantes mexicanos en Estados Unidos: el caso de las federaciones de clubes zacatecanos”, en *Estudios Centroamericanos*, Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (ECA), El Salvador, julio-agosto, pp. 725-743.

146

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

GOLDRING, Luin (2002), *Remesas familiares, remesas colectivas y desarrollo: Implicaciones sociales y políticas de una desagregación de remesas*, York University, Toronto, Working Paper, julio de 2002.

GUARNIZO, Luis Eduardo (2003), “The Economics of Transnational Living”, en *International Migration Review*, vol. 27, núm. 3, Center for Migration Studies, Nueva York, pp. 666-699.

——— (2004), “Aspectos económicos del vivir transnacional”, en A. Escrivá y N. Ribas, *Migración y Desarrollo*, CSIC, Córdoba, pp. 55-86.

HOSMER, D. y S. Lemeshow (1989), *Applied logistic regression*, Wiley and Sons, Nueva York.

IMAZ, Cecilia (2006), *La nación mexicana transfronteriza. Impactos sociopolíticos en México de la emigración a Estados Unidos*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México.

LIANOS, Theodore (1997), “Factors determining migrant remittances: the Case of Greece”, en *International Migration Review*, vol. 31, núm. 1, Center for Migration Studies, Nueva York.

LOZANO, Fernando (1993), *Bringing it back home. Remittances to Mexico from migrant workers*, Center for US-Mexican Studies, California, UCSD, Monograph Series núm. 37.

——— (1997), “Remesas: ¿Fuente inagotable de divisas?”, en *Ciudades*, núm. 35, Puebla, junio-septiembre.

——— (1998), “Las remesas de los migrantes mexicanos en Estados Unidos: estimaciones para 1995”, en *Binational Study. Migration Between Mexico and the United States*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, U.S., Commission on Immigration Reform.

- (2001), “Características sociodemográficas de los hogares perceptores de remesas en México. Los casos de Morelos y Zacatecas”, ponencia presentada en el Congress of LASA 2001, Washington D.C., septiembre. (En CD-ROM).
- (2004), “Tendencias actuales de las remesas de migrantes en América Latina y El Caribe: una valuación de su importancia económica y social”, documento presentado en el Seminario Regional “Remesas de Migrantes: ¿Una alternativa para América Latina y El Caribe?”, Caracas (Venezuela), 26 y 27 de julio de 2004. Disponible en: http://www.sela.org/public_html/AA2K4/ESP/docs/Poleco/migra/Di%203.pdf
- LOWELL, B. Lindsay y Rodolfo O. de la Garza (2002), “A New Phase in the Story of Remittances”, en Rodolfo O. de la Garza y Bryant Lindsay Lowell (eds.), *Sending Money Home*, Rowman & Littlefield Publishers, Maryland (NY).
- LUCAS, Robert y Oded Stark (1985), “Motivations to Remit: Evidence from Botswana”, en *Journal of Political Economy*, vol. 93, núm. 5, University of Chicago Press, Chicago, pp. 901-18.
- MARCELLI, Enrico y Lindsay Lowell (2005), “Transnational twist: pecuniary remittances and the socioeconomic integration of authorized and unauthorized Mexican immigrants in Los Angeles County”, en *International Migration Review*, vol. 31, núm. 3, Center for Migration Studies, Nueva York, pp. 69-102.
- MASSEY, Douglas y Lawrence Bassem (1992), “Determinants of savings, remittances, and spending patterns among U.S. migrants in four mexican communities”, en *Sociological Inquiry*, núm. 62, Alpha Kappa Delta, The International Sociology Honor Society, Nueva York, pp. 97-126.
- MASSEY, Douglas y Emilio Parrado (1994), “Migrantdollars: the remittances and savings of Mexican migrants to the USA”, en *Population Research and Policy Review*, vol. 13, núm. 1, Population Research Center, University of Chicago, Chicago, pp. 3-30.
- MENJÍVAR, Cecilia, Julie DaVanzo, Lisa Greenwell y R. Burciaga Valdez (1998), “Remittances behavior among Salvadoran and Filipino immigrants in Los Angeles”, en *International Migration Review*, vol. 32, núm. 1, Center for Migration Studies, Nueva York, pp. 97-126.
- MOONEY, Margarita (2004), “Migrant’s Social Capital and Investing Remittances in Mexico”, en Jorge Durand y Douglas Massey (eds.), *Crossing the Border. Research from the Mexican Migration Project*, Russel Sage Foundation, Nueva York, pp. 45-62.
- OROZCO, Manuel (2004), “The remittances marketplace: prices, policy and financial institutions”, informe preparado para el Pew Hispanic Center, Washington D.C. Disponible en: <http://pewhispanic.org/files/reports/28.pdf>
- PORTES, Alejandro (2003), “Theoretical convergencies and empirical evidence in the study of immigrant transnationalism”, en *International Migration Review*, vol. 37, núm. 3, Center for Migration Studies, Nueva York, pp. 874-892.
- RAMÍREZ, Carlota, Mar García Domínguez y Julia Míguez Morais (2005), “Cruzando fronteras: remesas, género y desarrollo”, Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitaciones de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (INSTRAW), Santo

- Domingo (República Dominicana). Disponible en: http://www.un-Instraw.org/en/images/stories/remmitances/documents/cruzando_fronteras.pdf
- RAMÍREZ, Telésforo (2002), “La región tradicional *versus* la nueva región de migración internacional en México: un análisis comparativo de los hogares receptores de remesas”, tesis de Maestría en Demografía, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana (Baja California). (Inédita).
- (2009a), “Migración y remesas femeninas en México: la otra cara de la moneda”, en *Ra Ximhai* [en línea], vol. 5, núm. 2. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdFRed.jsp?iCve=46111507003>. ISSN 1665-0441. [Citado 2009-12-06].
- (2009b), “El impacto de la migración internacional masculina a Estados Unidos en el trabajo femenino extradoméstico en México: un estudio de caso en el estado de Guanajuato”, tesis de Doctorado en Estudios de Población, El Colegio de México, México D.F. (Inédita).
- ROUSE, R. (1992), “Making sense of settlement: class transformation, cultural struggle and transnationalism among Mexican migrants in the United States”, en N. Glick Schiller, L. Basch y C. Blanc-Szanton, *Towards a Transnational Perspective on Migration, Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Annals of the New York Academy of Sciences, Nueva York, vol. 645.
- SANA, Mariano y Douglas Massey (2005), “Household composition, family migration, and community context: migrant remittances in four countries”, en *Social Science Quarterly*, vol. 86, núm. 2, University of Texas Press, Austin (Texas), pp. 509-528.
- 148**
- Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010
- SERRANO CALVO, Pablo (2000), “Remesas familiares y colectivas de los emigrantes centro-americanos en Estados Unidos”, en *Comercio Exterior*, vol. 50, núm. 4, México D.F., abril.
- SOLIMANO, Andrés (2005), “Remittances by emigrants: issues and evidence”, en A. B. Atkinson (ed.), *New Sources of Development Finance*, Oxford University Press, Nueva York.
- SMITH, Robert (2003), “Migrant membership as an instituted process: migration, the State and the extra-territorial conduct of Mexican politics”, en *International Migration Review*, vol. 37, núm. 2, Center for Migration Studies, Nueva York, verano, pp. 297-343.
- SURO, Roberto, Sergio Bendixen, B. Lindsay Lowell y Dulce Benavides (2003), “Billions in motion: latino immigrants, remittances and banking”, Estados Unidos, Pew Hispanic Center/Multilateral Investment Fund (Banco Interamericano de Desarrollo). Disponible en: <http://pewhispanic.org/files/reports/13.pdf>
- TUIRÁN, Rodolfo (2000), “Monto y usos de las remesas en México”, en *Migración México-Estados Unidos. Opción de política*, Secretaría de Gobernación, CONAPO, Secretaría de Relaciones Exteriores, México D.F., pp.167-190.
- TUIRÁN, Rodolfo, Jorge Santibáñez y Rodolfo Corona Vázquez (2006), “El monto de las remesas familiares en México: ¿mito o realidad?”, en *Papeles de Población*, año 12, núm. 50, Centro de Estudios Avanzados de la Población (CIEAP), Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca (México), octubre-diciembre, pp. 147-169.

Cambios en el régimen de movilidad social intergeneracional en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2005)

Changes in Intergenerational Social Mobility Regime in the Metropolitan Area of Buenos Aires (1960-2005)

Pablo Dalle

Instituto Gino Germani-UBA

Resumen

El artículo explora cambios en la apertura del régimen de movilidad social intergeneracional en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entre 1960 y 2005. El análisis discute el impacto que tuvo la transición desde el modelo de desarrollo económico-social basado en la industrialización por sustitución de importaciones hacia otro de apertura externa y liberalización de la economía. La estrategia de análisis consiste en aplicar modelos loglineares y comparar las oportunidades relativas de acceder al estrato de clase de mayor estatus según origen de clase. Las pautas observadas muestran el cierre progresivo de la estructura social para la movilidad ascendente desde la clase trabajadora. El régimen de movilidad heredado de la globalización neoliberal presenta cierta clausura de las clases medias, fuertes barreras de clase en la movilidad ascendente de larga distancia para las personas de origen de clase trabajadora, pero fluidez para su ingreso en la clase media baja.

Palabras clave: régimen de movilidad social, reformas neoliberales, cierre progresivo, Área Metropolitana de Buenos Aires.

Abstract

The article explores changes in the openness of the intergenerational social mobility system in the Metropolitan Area of Buenos Aires city between 1960 and 2005. The analysis discusses the impact of the transition from an economic model of import substituting industrialization to another based on external opening and the liberalization of the economy. The analytical strategy tests log-linear models and compares the relative chances to access to a higher middle class status according to class origins. The observed patterns show a gradual closure of the social structure for upward mobility from the working class. The mobility system inherited from neoliberal globalization presents both certain middle classes closure, strong class barriers to large distance upward mobility for people of working class origin but fluidity in their access into the lower middle class.

Key words: social mobility system, neoliberal reforms, gradual closure, Metropolitan Area of Buenos Aires.

149

P. Dalle

Este trabajo forma parte de la tesis de doctorado del autor “Movilidad social intergeneracional de la clase trabajadora en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2005)”. La misma fue dirigida por la Dra. Ruth Sautu. En dicho estudio puede encontrarse una discusión más amplia sobre las implicaciones y significados de los cambios históricos en el sistema de estratificación social y en las pautas de movilidad intergeneracional en el período 1960-2005.

Introducción

El presente artículo constituye una aproximación al análisis de los cambios en el régimen de movilidad social intergeneracional en el Área Metropolitana de Buenos Aires en el período 1960-2005. Específicamente, se discute la evolución del grado de apertura del sistema de estratificación social para la movilidad ascendente de personas con origen de clase trabajadora. El análisis reflexiona sobre los efectos que tuvo en el principal conglomerado urbano de la Argentina la transición desde el modelo de desarrollo económico de industrialización por sustitución de importaciones, basado en la protección del mercado interno y en una fuerte participación estatal, hacia otro de apertura externa y liberalización de la economía.

Esta temática adquiere especial interés en la medida en que, hacia 1960, la estructura social argentina se caracterizaba por su carácter abierto para el ascenso desde la clase popular y por el peso de la clase media y de la clase trabajadora consolidada (con derechos sociales y altos salarios relativos), aspectos que le otorgaban un sello distintivo de integración en el contexto latinoamericano. Dentro de los países de la región, la Argentina y el Uruguay experimentaron una modernización más temprana, a fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, estimulada por el dinamismo del modelo de desarrollo económico agroexportador, el flujo inmigratorio europeo, el proceso de urbanización y la entrada anterior en la transición demográfica. Las clases altas y medias comenzaron a reducir su fecundidad antes que los estratos de clase trabajadora. Esta pauta, junto con la expansión de ocupaciones de clase media, abrieron espacios para la movilidad ascendente de los hijos de padres de clase trabajadora (Germani, 1961, 1963 y 1970; Filgueira, 2007).

150

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

El modelo de desarrollo económico semicerrado basado en la producción industrial sustitutiva de importaciones con fuerte participación estatal continuó brindando amplias oportunidades de movilidad ascendente. La industrialización produjo una expansión de la fuerza de trabajo asalariada fabril en los grandes centros urbanos (Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario), que impulsó un amplio proceso de migración interna y la formación de una clase trabajadora consolidada, con acceso a amplios derechos sociales. También crecieron los estratos medios urbanos vinculados a los servicios, por lo que el proceso económico empujaba hacia arriba transformando a los campesinos en obreros y a estos en empleados administrativos o en técnicos y profesionales en el transcurso de una o dos generaciones (Germani, 1963). La expansión de la oferta educativa acompañó ese proceso y constituyó un importante canal de movilidad ascendente (Germani, 1963; Babini, 1991).

Las oportunidades de dicha movilidad ascendente estuvieron desigualmente distribuidas según origen étnico y región geográfica. El carácter abierto e integrado de la estructura social argentina hacia 1960 se daba especialmente en la región pampeana y en el litoral. Los inmigrantes europeos tuvieron la posibilidad de ascender a la clase media en el transcurso de sus vidas o través de sus hijos; para los migrantes internos el desplazamiento a los grandes centros industriales desde regiones que habían quedado al margen del desarrollo económico agroexportador también significó un ascenso hacia posiciones más consolidadas de clase obrera. Los migrantes internos y luego de países limítrofes entraron por abajo en el sistema de estratificación social del AMBA y de la región pampeana en general, ejer-

ciendo un efecto de “empuje hacia arriba” de los nativos (hijos de inmigrantes europeos) que ascendieron desde la clase trabajadora a las clases medias (Germani, 1963).

Hacia 1960, aunque la movilidad estructural ascendente había sido importante tanto en la Argentina como en el Uruguay, su rasgo distintivo era un mayor grado de permeabilidad de sus estructuras sociales que en el resto de la región, manifestada en tasas superiores de movilidad circulatoria. Este tipo de movilidad, también llamada de reemplazo, surge de la movilización de recursos (capacidades, educación) en la competencia por las ocupaciones de mayor estatus. En contraste, en el Brasil, las altas tasas de movilidad ascendente se explicaban casi en su totalidad por cambios estructurales y, al controlarlos, se advertía una alta rigidez de las fronteras de clase. Se trataba de una sociedad más desigual, en la que la distribución de las posiciones de clase de destino estaba más influenciada por características adscriptas como el origen de clase y el racial principalmente (Pastore, en Filgueira, 2007 y Boado, 2008).

Los estudios sociohistóricos coinciden en señalar que la reestructuración capitalista neoliberal, primero durante la dictadura (1976-1983) y luego con mayor profundidad en la década de 1990 durante los gobiernos del presidente Menem, tuvo “efectos regresivos” sobre la estructura social argentina. Entre estos efectos regresivos se destaca la polarización social, el cierre de canales de movilidad ascendente para la clase trabajadora, la clausura de espacios de interacción interclases y la heterogeneización de la clase trabajadora (Pucciarelli, 1999, 2001; Svampa, 2005). Varias investigaciones apoyan este diagnóstico con datos sobre el crecimiento de la desocupación, la pobreza, la desigualdad de ingresos y la precarización laboral (Salvia, 2007; Beccaria y Mauricio, 2004). Para Torrado (2007), el balance del modelo económico neoliberal fue la preeminencia de movilidad ocupacional y de ingresos descendente intra e intergeneracional que dejó como corolario una estructura social segmentada y más desigual. Si bien estos estudios plantean aportes interesantes sobre las modificaciones en dicha estructura, no analizan qué cambios se produjeron en el régimen de movilidad tomando como eje la forma en que varió el nivel de desigualdad en las oportunidades relativas.

Las investigaciones previas sobre esta temática en el AMBA que utilizan la “tabla de movilidad”, a través de la cual se comparan las posiciones de clase entre orígenes y destinos, muestran las siguientes tendencias: i) el incremento de una línea de movilidad ocupacional intergeneracional ascendente de corta distancia desde posiciones de clase intermedias hacia puestos gerenciales y profesionales vía la movilización de credenciales educativas (Jorrat, 1997 y 2000; Dalle, 2009); ii) el aumento de la herencia ocupacional y educativa en los segmentos de clase media de mayor estatus (profesionales, gerentes y propietarios de capital) (Sautu, 2001); y iii) el aumento de la movilidad social descendente influida por la desaparición de puestos obreros asalariados, la contracción del empleo público y su recambio por ocupaciones de servicios informales y/o precarias (Kessler y Espinosa, 2007; Dalle, 2007). Tomando como referencia la estructura social del AMBA en 1960, nos preguntamos:

I) ¿Qué cambios se produjeron en el régimen de movilidad social intergeneracional en el AMBA en el período 1960-2005?

II) ¿Qué efectos tuvieron sobre la apertura del sistema de estratificación social las transformaciones sociales y económicas inducidas por el pasaje del modelo de desarrollo económico-social de industrialización por sustitución de importaciones a otro de apertura externa y liberalización de la economía?

III) ¿Qué topografía presenta el régimen de movilidad social intergeneracional del AMBA reciente (2004-2005), correspondiente a la estructura social que dejó como herencia la reestructuración capitalista neoliberal producida entre 1976-1983 y 1990-2001? ¿Cuáles son las principales barreras de clase para la movilidad ascendente de las personas de origen de clase trabajadora?

Como se señaló antes, el objetivo de este trabajo es explorar cambios en el régimen de movilidad social intergeneracional en el AMBA entre 1960 y 2005 utilizando el enfoque analítico de la “tabla de movilidad”.

El artículo se divide en las siguientes secciones. En el primer apartado se describe el enfoque teórico y la estrategia metodológica utilizada: se presentan la operacionalización de un esquema de clases para medir los patrones de movilidad, las fuentes de datos y las técnicas de análisis utilizadas. En un segundo apartado se exploran cambios en el nivel de apertura del régimen de movilidad social tomando en consideración transformaciones en el modelo de desarrollo económico. Por último, se analizan barreras de clase en la estructura social del AMBA reciente para la movilidad ascendente de los hijos/as de padres de clase trabajadora.

152

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

Enfoque teórico y metodología utilizada

Consideraciones sobre el régimen de movilidad social e hipótesis de trabajo

En las últimas décadas, los estudios sobre movilidad han avanzado en el análisis a través de la distinción de dos tipos de medidas: I) tasas absolutas, que permiten captar tendencias en relación con el estilo de desarrollo económico y social de una sociedad; y II) tasas relativas o pautas, que miden las oportunidades netas de pasar de una clase a otra independientemente del cambio estructural (Hout, 1983; Goldthorpe y colaboradores, 1987; Erikson y Goldthorpe, 1992).

Las tasas absolutas, denominadas *tendencias*, son sensibles a los cambios en los marginales de las distribuciones de orígenes y destinos de clase, por lo que estarían más expuestas a las transformaciones históricas de la estructura social. Si bien estas tasas constituyen medidas apropiadas para indagar los efectos de los cambios en los modelos de desarrollo económico y social propios de cada país, en este trabajo nos concentraremos en el análisis de las tasas relativas u *odds ratio*. Estas permiten observar el nivel de desigualdad en las condiciones de competencia por alcanzar (o evitar) ciertas posiciones de clase entre personas que provienen de distintos orígenes de clase. En la práctica se miden a través de la interacción de flujos entre las posiciones de clase una vez que son controlados los efectos de las variaciones entre las distribuciones de orígenes y destino (expresada en las diferencias de los marginales).

Featherman, Jones y Hauser (1977, en Boado, 2008) observaron que las tasas relativas de movilidad se mantenían estables en el tiempo, a partir de lo cual plantearon que en los países industriales con economía de mercado y predominio de familias nucleares el régimen de movilidad era similar y constante en el tiempo (tesis FJH). Esta hipótesis propone un pronóstico optimista: el crecimiento económico de tipo industrial en una economía de mercado genera una igualación de oportunidades de movilidad ascendente. Erikson y Goldthorpe (1992) retomaron esta tesis aplicando el “modelo de fluidez constante” y concluyeron que la estabilidad del régimen de movilidad implica que la desigualdad de oportunidades se mantiene en el tiempo, excepto que se apliquen políticas económicas y sociales de gran envergadura orientadas hacia la igualdad de oportunidades.

En los últimos años se produjo un retorno de los estudios sobre estratificación y movilidad social en América Latina con el objetivo de analizar la herencia de la globalización neoliberal sobre el régimen de movilidad social (Franco, León y Atria, 2007). En particular, Cortés y Latapí (2007) sostienen que el cambio desde el modelo de acumulación de la industrialización orientada al mercado interno hacia otro de apertura externa profundizó la desigualdad de oportunidades de movilidad entre las clases. Siguiendo esta línea y tomando como referencia los estudios precedentes en la Argentina, las hipótesis de trabajo son:

1) Los cambios en la estructura social inducidos por la reestructuración capitalista neoliberal produjeron un cierre progresivo del régimen de movilidad restringiendo las oportunidades relativas de movilidad social ascendente de larga distancia (vía propiedad de capital, autoridad y credenciales profesionales) para las personas de origen de clase trabajadora.

2) El régimen de movilidad social del AMBA reciente (2004-2005) heredado de la reestructuración capitalista neoliberal presenta zonas de clausura en la cúspide y exclusión en la base.

Datos y métodos

Este estudio es un análisis de clase de tipo cuantitativo basado en el análisis de microdatos de encuesta. Los datos provienen de cuatro relevamientos realizados en 1960-61, 1969, 1995 y 2004-5 a muestras aleatorias del Área Metropolitana de Buenos Aires.¹

La encuesta de 1960-61 corresponde al estudio pionero sobre “Estratificación y movilidad social en el Gran Buenos Aires” dirigido por Germani (1963).² La unidad de análisis es el jefe de hogar mayor de 18 años; y para estudiar la movilidad

1 Capital Federal y los 19 partidos adyacentes del Conurbano Bonaerense.

2 La encuesta fue parte de un proyecto de investigación comparativo sobre Estratificación y Movilidad Social en cuatro ciudades de cuatro países latinoamericanos: Montevideo (Uruguay), Río de Janeiro (Brasil), Santiago (Chile) y Buenos Aires (Argentina). El estudio se realizó con el apoyo del Centro Latino-American de Investigaciones Sociales de Río de Janeiro y bajo la dirección de los siguientes profesores: I. Ganón, P. Accioli-Borges, E. Hamui y G. Germani.

intergeneracional se cuenta con información sobre su ocupación principal al momento de la encuesta o la última obtenida, y la principal al momento de la encuesta o la última de su padre. En cuanto a la composición por sexo de la muestra, 91.5% son hombres y 8.5% mujeres. Al respecto, Germani plantea que en su análisis descriptivo de las tablas de movilidad los jefes varones no fueron separados de las mujeres porque la proporción de estas no altera el resultado de los cómputos o lo altera en uno o dos decimales (1963:334). El tamaño final de la muestra, descartando los jefes de hogar o padres inactivos y aquellos sobre cuya ocupación no se contaba con información, es de 1,785 casos.

La encuesta de 1969 sobre movilidad social fue un complemento realizado excepcionalmente a la “Encuesta de empleo y desempleo” llevada a cabo regularmente por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). La unidad de análisis del módulo sobre movilidad es el jefe de hogar. Esto, plantea Beccaria, introduce sesgos: “los jóvenes económicamente activos están subrepresentados y las mujeres prácticamente no lo están en absoluto” (1978:593). Para estudiar la movilidad intergeneracional se cuenta con la misma información que en la encuesta de Germani: la ocupacional principal al momento de la encuesta o la última tanto para el jefe de hogar como para su padre. El tamaño final de la muestra es de 2,561 casos.

154

Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010

La encuesta realizada en 1995 por el CEDOP-UBA³ se aplicó a una muestra de personas de ambos sexos mayores de 20 años no necesariamente jefes/as de hogar. El cuestionario brindaba información conjunta sobre la ocupación del encuestado/a y la de su padre (o quien se desempeñaba como tal) cuando el encuestado/a tenía 16 años. La muestra final para el análisis de la tabla de movilidad es de 1,769 casos (Jorrat, 2000).

Los datos de 2004-5 corresponden a una integración propia de dos encuestas que contenían un módulo de preguntas sobre movilidad social realizadas por el CEDOP-UBA a nivel nacional. Para este trabajo se utiliza una submuestra del Área Metropolitana de Buenos Aires, resultando en total 703 casos.⁴ En esta ocasión, la unidad de análisis son las personas de ambos sexos de 25 a 64 años del AMBA no necesariamente jefes/as de hogar. Con este recorte de edad, se buscó eliminar a los jóvenes que recién comienzan su trayectoria ocupacional y a los que ya se retiraron del mercado de trabajo. Al mismo tiempo, era una forma de aproximarse a las muestras de 1960 y 1969, en donde los jóvenes activos están subrepresentados.

La mayor representación de mujeres en las muestras de 1995 y 2004-5 podría estar afectando hacia abajo las pautas de movilidad, dadas las desventajas relativas que tradicionalmente tuvieron para acceder a las ocupaciones de mayor estatus. Sin embargo, el notable incremento de la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo en las últimas décadas hace que resulte pertinente incluir muestras de ambos性os. Haciendo un

3 El Centro de Estudios de Opinión Pública es dirigido por el Prof. Raúl Jorrat. El autor agradece al grupo de investigación del CEDOP-UBA el haberle brindado la base de datos que hizo posible este estudio.

4 El total de casos para el AMBA entre las dos muestras es de 1,100 casos, pero se eliminaron los inactivos, los Ns/Nc, las personas de 18 a 24 años y las mayores de 64 años.

balance entre estos dos puntos, consideramos que es posible explorar tendencias generales en el nivel de apertura de la estructura social.

Para el análisis comparativo del régimen de movilidad en 1960-61, 1969, 1995 y 2004-5 se utilizó una categorización basada en la investigación estadounidense sobre estratificación social (Blau y Duncan, 1967; Hout, 1983), adaptada a las particularidades de la estructura ocupacional argentina. La decisión de utilizar este esquema ocupacional (de clases) se basó en la posibilidad de reconstruirlo con mayor precisión que otras variantes más complejas a partir de las categorías ocupacionales usadas en los estudios previos; de esa forma, nos facilitaba la comparación histórica. Este esquema ocupacional (de clases) se sustenta en la división del trabajo según el carácter no manual/manual de las tareas que facilita el agregado de categorías ocupacionales con un trasfondo de diferenciación de prestigio y estatus económico (remuneraciones) asociado a cada uno. Asimismo, dentro de cada grupo se divide en alto y bajo según el grado de calificación y nivel de autoridad que implica la ocupación. La categorización resultante se aproxima bastante a la utilizada por Solís (2007) para medir las pautas de movilidad social en Monterrey. En el Cuadro A.1 del Anexo se incluye la descripción detallada del esquema.

Para profundizar en el análisis de las barreras de clase en el régimen de movilidad social del AMBA reciente (2004-5), se trabajó con un esquema de 5 posiciones de clases elaborado por el grupo de investigación sobre “Estratificación y movilidad social” que dirige Ruth Sautu en el Instituto Gino Germani. La operacionalización del esquema⁵ se realizó siguiendo un enfoque de inspiración weberiana sobre la base de los indicadores disponibles en la encuesta del CEDOP-UBA (2004-2005). Se buscó delimitar fronteras de clase entre las personas encuestadas tomando en cuenta el tipo de recursos que poseen y la magnitud de los mismos. Primero, se construyeron grupos ocupacionales adaptados al contexto de la sociedad argentina contemporánea, y luego se los agrupó en una tipología empírica de segmentos de clase. Los indicadores utilizados en la construcción de los grupos ocupacionales y el esquema de clases fueron: I) el control de propiedad de capital, autoridad, conocimientos; II) el carácter manual/no manual de la tarea; III) la rama de actividad de la ocupación; y IV) el grado de especialización y la condición de supervisión de otros trabajadores (para el caso de los trabajadores manuales).

El Esquema 1 muestra los grupos ocupacionales desagregados y su ubicación en segmentos de clase. Este esquema de clases es, como señalan Erikson y Goldthorpe (1992), “una herramienta de trabajo” que nos va a permitir medir la movilidad social interclases de padres a hijos.

La clase media profesional y gerencial está compuesta por quienes poseen competencias profesionales (*expertise*) y/o contribuyen en el proceso de organización y dirección del trabajo. El control de estos recursos permite la obtención de ingresos comparativamente altos en relación con otros asalariados y otros beneficios relacionados con las condiciones

5 Para más detalles sobre la operacionalización del esquema de posiciones de clase, véase Sautu, Dalle, Otero y Rodríguez, 2007.

laborales –como mayores niveles de autonomía y capacidad de decisión sobre las tareas de trabajo propias y de otros empleados y sobre los ritmos de trabajo, el uso de materiales y herramientas necesarias, así como sobre el tiempo y la cantidad de trabajo empleado.

Esquema 1 Inserción de los grupos ocupacionales en el esquema de posiciones de clase

Clase media profesional y directiva

- Directores, gerentes y funcionarios de nivel alto
 - Profesionales autónomos
 - Profesionales asalariados
 - Técnicos superiores, periodistas, escritores, artistas, compositores y profesores universitarios
 - Otros directivos/gerentes y jefes de nivel intermedio, directores de escuela
-

*Mediana y Pequeña Burguesía***

- Propietarios de capital medianos (más de 5 empleados)
 - Propietarios de capital pequeños (de 2 a 4 empleados)
 - Pequeña burguesía (1 empleado o cuenta propia con local)
-

Clase intermedia técnico-comercial-administrativa

- Técnicos de nivel medio, profesores secundarios y maestros
 - Empleados administrativos
 - Vendedores
-

Clase trabajadora calificada

- Oficiales, artesanos y operarios calificados de la manufactura
 - Oficiales, artesanos y operarios calificados de la construcción
 - Trabajadores de los servicios calificados
-

156

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

Clase trabajadora semi/no calificada

- Operarios y/o obreros semicalificados de la manufactura
 - Operarios y/o obreros semicalificados de la construcción y otros
 - Obreros no calificados y peones de la manufactura
 - Obreros no calificados y peones de la construcción y los servicios
-

** En la Mediana y Pequeña burguesía se incluyeron muy pocos casos de Propietarios de capital con más de 10 empleados. El método de encuesta tiene dificultades para captar a los grandes capitalistas; por eso no se formó un segmento de clase para distinguirlos, lo que en términos teóricos sería pertinente.

La mediana y pequeña burguesía está conformada por medianos y pequeños propietarios de capital que contratan fuerza de trabajo y por la pequeña burguesía tradicional constituida por propietarios cuenta propia o que tienen un empleado. Estos propietarios (comerciantes, dueños de pequeños talleres industriales o agencias de servicios), si bien no son explotados, por el tamaño de su capital deben trabajar.

El segmento de clase intermedia, compuesta por técnicos, empleados administrativos y vendedores, incluye grupos ocupacionales semiprofesionales (con credenciales de nivel terciario) y empleados de cuello blanco rutinarios que no ejercen autoridad ni supervisión.

La clase trabajadora está conformada por las personas asalariadas o cuenta propia que desarrollan tareas de tipo manual. Se distinguen dos segmentos según el grado de

calificación de las tareas. También se utilizó como criterio de corte la condición de supervisión. Los “supervisores manuales” fueron incluidos en la clase trabajadora calificada pensando en que la capacidad de dirigir a otros trabajadores se apoyaba en un grado mayor de especialización y conocimiento del oficio.

Si bien las posiciones de clase fueron construidas con un criterio relacional, conllevan cierto ordenamiento jerárquico. A propósito de ello, Erikson y Goldthorpe (1992) señalan que los enfoques gradacionales y relacionales no son del todo incompatibles y que puede lograrse un compromiso entre ambos. El ordenamiento jerárquico de las posiciones de clase es, en parte, inevitable en la medida en que el tipo de recursos que las personas poseen condiciona su nivel de ingresos, sus posibilidades de educación y su prestigio ocupacional.

Este esquema de clases nos permitió estudiar tres aspectos de la movilidad social intergeneracional: i) la dirección de los movimientos ocupacionales (de clase): ascendentes, inmovilidad y descendentes; ii) los canales de ascenso, permanencia o descenso en la estructura de clases según los recursos económicos movilizados/transmitidos de una generación a otra; y iii) la distancia de los movimientos interclases: de “largo alcance” o “corto alcance”, según el tipo y el volumen de recursos adquiridos o perdidos intergeneracionalmente.

Para analizar las características del régimen de movilidad se utiliza la técnica de análisis loglinear que consiste en hallar un modelo que mejor represente los datos observados. Esto implica explicar las relaciones existentes en los mismos de la manera más simple posible. Para ello, se plantean modelos predictivos (funciones) sobre las frecuencias esperadas en las celdas de las tablas. Cada modelo es, a la vez, una hipótesis sobre los efectos plausibles y una hipótesis sobre los que son nulos (Boado, 2008).

En los análisis convencionales lo que se busca es rechazar la hipótesis nula para probar la asociación entre variables; en cambio, en el análisis loglinear se busca su aceptación proponiendo un modelo que impone restricciones. El modelo propuesto permite especificar bajo qué condiciones se da la independencia entre orígenes y destinos de clase brindando una imagen de las características del régimen de movilidad.

El estadístico utilizado para testear modelos de movilidad es la razón de verosimilitud (G^2), ya que contrasta dos modelos que tienen los mismos términos menos 1 y permite ir describiendo la ganancia de ajuste de un modelo a otro de forma más precisa que el chi cuadrado (X^2) (Boado, 2009).

En la sección siguiente buscaremos indagar qué cambios se produjeron en el período 1960-2005 en el régimen de movilidad del AMBA y cuál fue su dirección: si hacia una mayor equidad o hacia una mayor desigualdad.

La apertura del régimen de movilidad social en el AMBA en perspectiva histórica

Con el fin de obtener una idea aproximada de cómo evolucionó el régimen de movilidad en la estructura social del AMBA en el período 1960-2005, se aplicaron una serie de

modelos loglineares clásicos utilizados en la literatura sobre movilidad para cada año muestral y se comparó su bondad de ajuste (Cuadro 1). En cada caso se intenta dar cuenta de las hipótesis implicadas en cada uno. En el Anexo se incluyen los parámetros de los modelos que lograron un buen ajuste.

Este tipo de análisis continúa la línea de investigación iniciada por Jorrat (2000), quien compara el régimen de movilidad del AMBA en 1961, 1969 y 1995 utilizando la categorización de 4 posiciones de clase de uso frecuente en la investigación estadounidense. Aquí sumamos a la comparación el análisis de la encuesta relevada en 2004-5 por el CEDOP-UBA, lo que nos va a permitir tener una imagen del régimen de movilidad del AMBA en un momento inmediatamente posterior a las transformaciones de la globalización neoliberal y evaluar sus impactos.

Una primera medida es testear el modelo de independencia estadística o movilidad perfecta entre orígenes y destinos. Si el régimen de movilidad fuera totalmente abierto, los destinos de clase de las personas no estarían condicionados por sus orígenes de clase. Este modelo está en el horizonte de una sociedad liberal-meritocrática en el que la posición de clase de llegada de las personas sería función directa de sus capacidades y del esfuerzo dedicado al logro de estatus. Como puede observarse en el Cuadro 1, para todos los años muestrales se rechaza el modelo de movilidad perfecta entre orígenes y destinos, lo que plantea que en la estructura social el origen de clase condiciona las oportunidades de logro ocupacional (de clase).

158

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Luego, se aplica el modelo de cuasi-independencia de Goodman (1965, en Jorrat 1997 y 2000), quien buscó indagar si había movilidad perfecta (o independencia entre orígenes y destinos) eliminando la diagonal principal de herencia o autorreclutamiento que es una pauta universal de las sociedades. La pregunta que está por detrás es: la influencia del origen de clase, ¿se limita a la herencia de la misma posición de clase o condiciona los destinos de clase más allá de la diagonal? En todos los años muestrales se rechaza la hipótesis de movilidad perfecta por fuera de la diagonal. Como puede observarse, la ganancia en el valor de G^2 al quitar la diagonal de heredad o autorreclutamiento es de alrededor de 65% en los tres primeros relevamientos (1960, 1969 y 1995) y significativamente menor en 2004-5: 45%. Esto indicaría que el efecto del origen de clase se mantiene con certeza más allá de la diagonal principal.

Hout (1983) propuso un modelo al que denominó “esquinas quebradas”, en el que además de quitar la diagonal principal se eliminan las celdas adyacentes de las esquinas. El planteo teórico que subyace al modelo es que el efecto de la herencia no solo se da de manera directa a través de la inmovilidad sino también indirectamente a través de los “excesos” de movilidad de corta distancia entre segmentos adyacentes de clase en la cúspide y en la base de la estructura social. Primero probamos dos variantes más simples de este modelo: i. Esquina superior derecha y ii. Esquina inferior izquierda.

En 1960, se logra un buen ajuste con el modelo de las esquinas de Hout acotado a la esquina inferior derecha. Este modelo plantea que hay movilidad perfecta (esto es, independencia entre orígenes y destinos) si se excluye, además de la diagonal principal de

Cuadro 1

Comparación de la bondad de ajuste de distintos modelos loglineares. Área Metropolitana de Buenos Aires. Jefes de hogar en 1960 y 1969; población mayor de 20 años en 1995 y población de 25 a 64 años en 2004-5

Modelo loglinear		G^2	Gl	P	$(G^2\text{modelo}/G^2\text{indep}) * 100$	Resultado Ho
1960	Modelo de independencia	272.40	9	0.000	100.0	Rechazo
	Modelo de cuasi-independencia (Goodman)	104.20	5	0.000	38.2	Rechazo
	Modelo de las esquinas acotado a la esquina inferior derecha (Hout)	1.09	3	0.778	0.4	Acepto
1969	Modelo de independencia	231.45	9	0.000	100.0	Rechazo
	Modelo de cuasi-independencia (Goodman)	70.88	5	0.000	30.6	Rechazo
	Modelo de las esquinas acotado a la esquina inferior derecha (Hout)	13.30	4	0.040	5.7	Acepto*
1995	Modelo de independencia	332.47	9	0.000	100.0	Rechazo
	Modelo de cuasi-independencia (Goodman)	116.13	5	0.000	34.9	Rechazo
	Modelo de las esquinas acotado a la esquina superior izquierda (Hout)	2.81	3	0.421	0.8	Acepto
2004-5	Modelo de independencia	152.90	9	0.000	100.0	Rechazo
	Modelo de cuasi-independencia (Goodman)	83.40	5	0.000	54.5	Rechazo
	Modelo de las esquinas acotado a la esquina superior izquierda (Hout)	4.30	3	0.232	2.8	Acepto

* Para los datos de 1969, Jorrat (1997 y 2000) aplica el test denominado BIC propuesto por Raftery (de uso frecuente para grandes muestras). El valor de BIC -10.22 lleva a aceptar el modelo propuesto en vez del modelo saturado.

Fuentes: Encuesta de Estratificación y movilidad social 1960-61; Encuesta de Empleo y Desempleo de 1969; Encuesta del CEDOP-UBA 1995; y Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

159

P. Dalle

inmovilidad, a los móviles de corta distancia dentro de la clase trabajadora (estratos manuales alto y bajo).⁶ Para 1969, este modelo, si bien no logra ajustar a los datos, implica un avance muy significativo, dando cuenta de un 94.3% de la asociación del modelo base de independencia.

En cambio, para 1995 y 2004-5 se logra un buen ajuste con el modelo de esquinas de Hout acotado a la esquina superior izquierda, según el cual hay movilidad perfecta al quitar la diagonal de inmovilidad y los excesos de movilidad de corta distancia entre los dos segmentos de clase media (estratos no manuales alto y bajo). Al parecer, el régimen de movilidad a principios del siglo XXI conservaría la pauta ya encontrada para 1995 en el estudio de Jorrat (2000).

Las pautas relativas de movilidad halladas en los dos primeros relevamientos correspondientes a 1960 y 1969 están influidas por el tipo de estratificación social que contribuyó

⁶ En este trabajo, a diferencia del estudio de Jorrat (2000), llegamos a una distribución diferente de la tabulación cruzada entre orígenes y destinos para 1960 siguiendo la clasificación estadounidense; sin embargo, en ambos casos se llega a un buen ajuste del mismo modelo.

a vertebrar la industrialización por sustitución de importaciones. La misma favoreció la formación de una clase trabajadora calificada a partir de la expansión del empleo industrial asalariado que abrió extensos canales de movilidad ascendente de corta distancia para los hijos de padres de clase trabajadora semi/no calificada (muchos de ellos de origen rural).

Los datos de 1995 y 2004-5 muestran los efectos del cambio del modelo de desarrollo económico desde la industrialización por sustitución de importaciones hacia el modelo neoliberal de apertura que produjo una expansión de las ocupaciones de servicios de alta calificación y no calificadas. La expansión de las ocupaciones de servicios calificadas (de tipo alto no manual) fue acompañada de una expansión de la matrícula de educación superior (universitaria). Esta expansión reclutó en mayor proporción, en términos relativos, a los hijos de padres no manuales de calificación técnica o de rutina (que ya habían atravesado la frontera manual/no manual), favoreciendo la movilidad de corta distancia al segmento de clase media de mayor estatus. Se conformó, así, un segmento de clase media-alta ligado a corporaciones financieras y empresas de servicios multinacionales con altos salarios y un estilo de vida sumptuoso. Asimismo, se amplió la movilidad dentro de las clases medias. Un sector considerable de las clases medias asalariadas conformado por empleados y cuadros técnicos de la administración y empresas estatales privatizadas transitaron trayectorias descendentes hacia: a) ocupaciones no manuales de rutina (empleados de comercio) con un alto nivel de precariedad laboral; y b) micro-emprendimientos (de escasa productividad). También se produjo el descenso de una parte importante de las clases medias autónomas –profesionales cuenta propia y pequeños y medianos propietarios de capital (comerciantes, industriales)– que, en el marco del proceso de concentración y centralización de capital que implicó la apertura y desregulación de la economía, tuvieron que cerrar sus empresas.

160

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

Para profundizar el análisis de los cambios en el régimen de movilidad en el AMBA desde el punto de vista de su apertura o cierre en el período 1960-2005, a continuación se aplica un modelo de estandarización de los marginales de la tabla de movilidad, propuesto por Mosteller, basado en la aplicación del Algoritmo Iterativo de Ajuste Proporcional (1960, en Jorrat, 2000; Boado, 2009). Este método⁷ consiste en igualar los marginales a 1 para eliminar sus efectos en la asociación de las variables; de este modo, permite ver “el núcleo de la asociación”. El método brinda elementos para considerar la permeabilidad de las fronteras de clase más allá de la movilidad forzada por el cambio estructural. El Cuadro 2 compara las tablas de movilidad de los diferentes años muestrales estandarizando los marginales.

Comenzando por la diagonal de inmovilidad desde arriba hacia abajo, se observa que en la posición de clase media de mayor estatus disminuyó un poco el nivel de

7 El método es iterativo. Primero se calculan las probabilidades conjuntas de la tabla; luego, en pasos sucesivos, se van ajustando las frecuencias observadas de un marginal (fila) y luego del otro (columna). La igualación de los marginales no es exacta, por lo que, de antemano, se establece un valor de convergencia, en nuestro caso: 0.0001 (Boado, 2009). El procedimiento mantiene en cada una de las nuevas distribuciones las asociaciones (*odds ratio*) de las tablas originales.

Cuadro 2

Distribuciones conjuntas de orígenes y destinos de clase estandarizando las frecuencias marginales a 100 por ciento en 1960, 1969, 1995 y 2004-5. Área Metropolitana de Buenos Aires

Origen de clase	Años	Destinos de clase				Total
		Alto no manual	Bajo no manual	Alto manual	Bajo manual	
Alto no manual	1960	51.5	24.6	12.5	11.4	100.0
	1969	55.6	23.1	10.9	10.4	100.0
	1995	48.6	30.0	15.0	6.4	100.0
	2004-5	47.2	29.2	16.8	6.8	100.0
Bajo no manual	1960	25.3	31.2	20.2	23.3	100.0
	1969	20.7	29.2	23.5	26.6	100.0
	1995	30.7	30.2	22.6	16.5	100.0
	2004-5	37.0	35.2	14.9	12.9	100.0
Alto manual	1960	15.6	28.7	32.5	23.2	100.0
	1969	17.8	26.1	34.8	21.3	100.0
	1995	13.1	23.3	34.4	29.2	100.0
	2004-5	12.1	21.0	34.8	32.1	100.0
Bajo manual	1960	7.7	15.4	34.8	42.1	100.0
	1969	5.9	21.6	30.8	41.7	100.0
	1995	7.6	16.4	28.1	47.9	100.0
	2004-5	3.8	14.5	33.6	48.1	100.0
Total		100.0	100.0	100.0	100.0	

Nota: La movilidad ascendente se ubica en las celdas debajo de la diagonal y la movilidad descendente por arriba de la misma.

Fuentes: Encuesta de Estratificación y movilidad social 1960-61; Encuesta de Empleo y Desempleo de 1969; Encuesta del CEDOP-UBA 1995; y Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

161

P. Dalle

“heredad y/o autorreclutamiento” aunque manteniéndose en niveles altos, alrededor del 50%. En el extremo opuesto, el nivel de inmovilidad de la clase trabajadora semi/no calificada aumentó desde la década de 1960 a 1995 y 2005, indicando una progresiva rigidez en la base de la estructura social. Para las personas que provienen del origen de clase más bajo, disminuyeron las probabilidades de trascender su origen de clase.

La herencia y/o autorreclutamiento en la clase trabajadora calificada (alto manual) se mantuvo constante en el tiempo en un valor cercano a un tercio, mientras que la herencia y/o autorreclutamiento en la clase media de menor estatus (bajo no manual) se mantuvo constante en alrededor del 30% desde 1960 a 1995 y aumentó un 5% hacia 2004-5.

En los dos últimos relevamientos (1995 y 2004-5), disminuyeron las probabilidades de que los hijos/as de padres pertenecientes a los dos segmentos de clase media cayeran a la clase trabajadora semi/no calificada.

Asimismo, en 1995 y 2004-5, es mayor el nivel de movimientos de corta distancia entre el segmento alto no manual y bajo no manual tanto en sentido ascendente como descendente. Como puede observarse en el Cuadro 2, aumentan las oportunidades de ascenso social hacia el segmento de clase media de mayor estatus para los hijos de padres

que ya atravesaron la frontera manual/no manual. Ahora bien, ¿se trata de una apertura del régimen de movilidad social?

Si analizamos los movimientos desde la clase trabajadora calificada (alto manual), se observa que hacia 1995 y 2004-5 disminuyen progresivamente las probabilidades de acceder a la clase media de mayor estatus (siendo en 1969 algo mayores que en 1960). También disminuyen progresivamente las oportunidades de ascenso desde la clase trabajadora calificada hacia el segmento de clase media de menor estatus (bajo no manual). La contraparte de esta disminución de las probabilidades de ascenso social a las clases medias en 1995 y 2004-5 es el aumento de la movilidad descendente a la clase trabajadora semi/no calificada. Esta última pauta se relaciona con el proceso de desindustrialización que provocó la apertura y liberalización de la economía durante el modelo de acumulación de corte neoliberal. La desindustrialización implicó la expansión de un segmento de tipo marginal/precario dentro de la clase trabajadora conformado por trabajadores cuenta propia, asalariados precarizados y distintas formas de subempleo. Este segmento de clase se fue ampliando en el período 1976-2001. Sus bases de reclutamiento fueron buena parte de los obreros asalariados desplazados del trabajo asalariado formal y sus hijos/as.

Para los hijos/as de padres de clase trabajadora no calificada, las posibilidades de alcanzar el segmento de clase media de mayor estatus se mantienen constantes hasta 1995 pero parecen haber disminuido significativamente hacia 2004-5. Sin embargo, en este último relevamiento volvió a aumentar el ascenso de corta distancia hacia la clase trabajadora calificada –que había disminuido significativamente para 1995 en plena reestructuración capitalista neoliberal–, posiblemente por el crecimiento del empleo asalariado en la industria a partir de 2003, aunque en 2004-5 estas transformaciones recién comenzaban a manifestarse. En conjunto, estas pautas muestran indicios de que el régimen de movilidad se habría cerrado progresivamente para la movilidad ascendente desde la clase trabajadora a las clases medias en el período 1976-2001.

162

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre

2010

Oportunidades relativas de alcanzar el segmento de clase media de mayor estatus según origen de clase (1960-2005)

Para profundizar el análisis de los cambios en el grado de apertura del régimen de movilidad social, se calcularon las oportunidades relativas de los hijos/as de padres de clase trabajadora calificada de alcanzar las ocupaciones de mayor estatus en 1960 y 2004-5. En este caso, se utilizó una categorización ocupacional (de clase) más desagregada, tomando como base la empleada por Germani (1963) (Cuadro 3).

El procedimiento consistió en calcular, desde cada origen de clase, la chance (*odds*) de acceso al nivel ocupacional 1. Esto equivale a dividir en cada fila correspondiente a cada origen de clase la proporción de los que accedieron al nivel 1 sobre los que no accedieron. Luego, se realizó una “razón de momios” (*odds ratio*), a través del cociente entre la chance de acceso desde cada posición de clase de origen y la chance de acceso desde la clase trabajadora calificada, razón que queremos tomar como referencia para observar cómo variaron sus oportunidades relativas en el sistema de movilidad.

Cuadro 3
Oportunidades relativas de acceso al nivel ocupacional I según origen de clase
tomando como base a la clase trabajadora calificada en 1960 y 2004-5.
Categorización de nivel ocupacional de Germani. Área Metropolitana de Buenos Aires

Origen social	Oportunidades relativas de acceder al nivel ocupacional I	
	1960*	2004-5
I. Propietarios de capital (+ de 5 empleados). profesionales, directivos/gerentes	5.7	5.0
II. Técnicos, docentes, empleados administrativos y agentes comerciales calificados. Pequeños propietarios (1 a 5 empleados)	2.9	4.4
III. Empleados de rutina sin calificación. Pequeños propietarios sin p/con local	1.6	2.4
IV. Obreros y trabajadores manuales calificados de los servicios (asalariados y cuenta propia)	1.0	1.0
V. Obreros y trabajadores manuales no calificados de los servicios(asalariados y cuenta propia)	0.5	0.3

* En el estrato I de la muestra de 1960 se incluyen algunas ocupaciones de formación técnica.

Fuentes: Encuesta de Estratificación y movilidad social 1960-61; Encuesta de Empleo y Desempleo de 1969; Encuesta del CEDOP-UBA 1995; y Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

El Cuadro 3 muestra que de 1960 a 2005 aumentó la desigualdad en las oportunidades relativas de acceso a las ocupaciones de mayor estatus socioeconómico según el origen de clase; especialmente, se amplió la brecha de oportunidades de acceso desde los segmentos de clase media de menor estatus y la clase trabajadora. En 1960 la diferencia en las oportunidades relativas de acceder al nivel I desde los niveles II y III de la clase media era de 1.6 y 2.9 veces las chances relativas de acceder desde la clase trabajadora calificada; mientras que en 2004-2005 esa diferencia se amplió a 2.4 y 4.4 veces. Esto refleja que la situación empeoró para los hijos/as de la clase trabajadora calificada, más aún si consideramos a los hijos/as de padres de clase trabajadora semi/no calificada. Estos últimos/as están más lejos que en 1960 de poder llegar a la clase media de mayor estatus.⁸

En la clase media-alta, las oportunidades relativas de retener estas ocupaciones en vez de no hacerlo disminuyeron de 5.7 veces en 1960 a 5 veces en 2004-5. Esta disminución de la desigualdad podría explicarse por el aumento de movimientos descendentes hacia segmentos de clase media de menor estatus.

En 1960 había una estructura social más integrada y más estrecha (la desigualdad de oportunidades de logro ocupacional entre las clases era menor). Como se observa, en los últimos 50 años, la desigualdad se profundizó en la estructura social, que se hizo más estirada y más polarizada, lo que provocó que algunos estratos de clase media ampliaran sus ventajas sobre la clase trabajadora en cuanto a sus oportunidades de ascenso socioeconómico. Estas pautas son compatibles con los resultados de una investigación reciente desarrollada por Jorrat en la Argentina (total del país) (2008) en la que, a través de la aplicación del modelo de fluidez constante y de diferencias uniformes (UNIDIF) por grupos

8 En un estudio por encuesta resulta muy difícil captar a la clase alta. Por ello preferimos no referirnos a la cima de la estructura social sino más bien a un acceso a la clase media alta.

de edad –I) de 25 a 49 años y II) de 50 a 69 años–, muestra que la desigualdad de oportunidades de movilidad es mayor para el grupo de edad más joven. Este modelo permite detectar tendencias dominantes en las tasas relativas de movilidad. Los resultados presentados más arriba contribuyen a describir el sentido y la dirección de dichos cambios, que en el caso del AMBA habrían implicado un incremento en el cierre del sistema de estratificación social.

Explorando la topografía del régimen de movilidad social intergeneracional del AMBA reciente (2004-5)

En esta sección, se busca explorar la topografía del régimen de movilidad social intergeneracional del AMBA reciente (2004-2005) y elaborar algunas reflexiones sobre la estructura social que emergió de las transformaciones neoliberales de la economía. Para ello probamos un “modelo de tipo topológico”, utilizando el esquema de posiciones de clase –presentado al comienzo– que permite identificar con mayor precisión la rigidez y apertura de las fronteras de clase sobre la base de recursos de propiedad de capital, autoridad y calificaciones (profesionales, técnicas y oficios manuales).

El modelo topológico elaborado por Hauser (descripto en Hout, 1983) constituye una propuesta teórica muy atractiva. El mismo se basa en que “las probabilidades de movilidad no son una función continua de la distancia métrica entre las posiciones de clases sino que más bien reflejan mecanismos distintos que promueven o impiden la posibilidad de movilidad entre origen y destino” (Hout y Hauser, 1991 en Jorrat, 2000). De este modo, constituye una herramienta analítica muy útil para explorar la apertura y rigidez de las fronteras de clase para la movilidad, delimitando regiones de fluidez, de clausura y de exclusión.

164

Año 4

Número 7

Enero/
diciembre
2010

La apuesta de este modelo es ordenar el peso que tienen las distintas fronteras de clase en la estructura social que favorecen la heredad y ponen trabas a la movilidad. El procedimiento para la construcción de un modelo topológico consiste en establecer regiones (o subconjuntos de celdas) en la tabla de movilidad. Las celdas que forman cada subconjunto tienen que tener valores similares de asociación entre orígenes y destino (Hout, 1983; Benavides, 2002; Boado, 2008). Se categoriza: con 1 a las regiones en las que se supone que hay mayor densidad de casos o excesos; con 5 a las regiones de menor asociación o en las que se supone falta de casos; y con 3 a las celdas en las que hay mayor fluidez –esto es, donde los destinos se independizan del origen (cuando las razones de momios se aproximan o igualan a 1).

Para la construcción de este modelo, nos basamos en las ideas que sugieren los estudios previos y las intuiciones propias acerca de la estructura topológica del régimen de movilidad del AMBA reciente. De acuerdo con nuestras ideas preliminares, el mismo debía captar los siguientes aspectos:

I) La clausura relativa de los segmentos de clase media de mayor estatus y, su contracara, la exclusión de la clase trabajadora semi/no calificada –que tendría fuertes trabas para salir de su situación–. Ambos procesos, de fuerte heredad, se reflejarían en las regiones de mayor densidad en la tabla.

Cuadro 4
Régimen de movilidad intergeneracional en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-5):
representación gráfica del modelo topológico

Orígenes de clase	Destinos de clase				
	Clase media profesional y gerencial	Mediana y pequeña burguesía	Clase intermedia de empleados técnicos, administrativos y del comercio	Clase trabajadora calificada	Clase trabajadora semi/no calificada
Clase media profesional y gerencial	Nivel 1	Nivel 2	Nivel 3	Nivel 4	Nivel 5
Mediana y pequeña burguesía	Nivel 2	Nivel 1	Nivel 3	Nivel 4	Nivel 4
Clase intermedia de empleados técnicos, administrativos y del comercio	Nivel 2	Nivel 3	Nivel 3	Nivel 4	Nivel 4
Clase trabajadora calificada	Nivel 4	Nivel 4	Nivel 3	Nivel 2	Nivel 2
Clase trabajadora semi/no calificada	Nivel 5	Nivel 3	Nivel 4	Nivel 2	Nivel 1

Nivel 1: Alta densidad, Nivel 2: Media densidad, Nivel 3: Fluidez , Nivel 4: Baja densidad, Nivel 5: Muy baja densidad

Fuente: Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

II) La reproducción de la clase media de mayor estatus a través de movimientos de corta distancia que implican una transmisión intergeneracional de recursos: los hijos de dueños de medianas y pequeñas empresas que pasan a ser profesionales/gerentes y los hijos de profesionales/gerentes que pasan a ser propietarios de capital. Asimismo, las fronteras de clase de *expertise*, autoridad y propiedad de capital serían permeables a la entrada de los hijos de padres de clase intermedia compuesta por técnicos y empleados de rutina que atravesaron la frontera manual/no manual.

En este nivel también se ubicó la herencia en la clase trabajadora calificada y los movimientos de corta distancia dentro de la clase trabajadora –tanto el ascenso desde el segmento no calificado a través de la adquisición de oficios como el descenso a través de la pérdida del mismo.

III) Hay una región de alta fluidez en el centro entre la clase intermedia técnico-comercial-administrativa, la clase trabajadora y la pequeña burguesía. Esta alta fluidez estaría marcando una amplia movilidad horizontal entre estos segmentos de clase, lo que nos lleva a preguntarnos si no se trata más bien de una reconfiguración de la clase trabajadora.

IV) Hay barreras a la movilidad ascendente y descendente de larga distancia entre la clase trabajadora y los dos segmentos de clase media de mayor estatus.

v) La movilidad de muy larga distancia de clase trabajadora no calificada a profesionales/gerentes-directivos o viceversa es casi imposible.

La estructura topológica del régimen de movilidad propuesto se presenta en el Cuadro 4. Si bien se diseñaron distintas alternativas de modelos topológicos, se incluye el modelo que logró el mejor ajuste a las frecuencias observadas.

En el Cuadro 5 se observan los resultados de la bondad de ajuste de los distintos modelos aplicados.

Cuadro 5
Resultados de la bondad de ajuste de distintos modelos loglineares. Datos de personas de ambos sexos de 25 a 64 años del Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-5)

Modelo loglinear	G ²	Gl	P	(G ² modelo / G ² independ.) * 100	Resultado Ho
Independencia	167.8	16	0.000	100.0	Rechazo
Cuasi-independencia (Goodman)	101.6	11	0.000	60.5	Rechazo
Esquina superior izquierda (Hout)	86.3	9	0.000	51.4	Rechazo
Esquina inferior derecha (Hout)	25.2	9	0.002	15.0	Rechazo
Esquinas quebradas (Hout)	19.3	7	0.005	11.5	Rechazo
Topológico	4.6	12	0.970	2.7	Acepto

Fuente: Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

Cuadro 6
Razones de momios de movilidad para diferentes clases

	Mediana y pequeña burguesía	Clase intermedia técnico-comercial-administrativa	Clase trabajadora calificada	Clase trabajadora semi/no calificada
Clase media profesional y gerencial	3.3	1.3	8.9	195.7
Mediana y pequeña burguesía		2.1	10.4	8.6
Clase intermedia técnico-comercial-administrativa			3.4	10.5
Clase trabajadora calificada				1.5

Fuente: Encuesta del CEDOP-UBA 2004-5.

El modelo topológico logró ajustar a las frecuencias observadas; el G² disminuyó a 4.6 con una *p* de 0.97 utilizando 12 grados de libertad, lo que significa que es un modelo parsimonioso en términos comparativos (predice las frecuencias observadas utilizando menos parámetros). Respecto del modelo inicial de independencia, este modelo logra una ganancia del 97.3% en explicar la asociación entre orígenes y destinos de clase (Cuadro 5).

Por último, para analizar las oportunidades de movilidad entre las distintas posiciones de clase, se presentan las razones de probabilidades relativas (momios) (Cuadro 6). Estas comparan la probabilidad de que alguien con origen en la clase X1 tenga como destino la misma clase en vez de X2, contrapuesta a la probabilidad de que alguien con origen en X2 tenga como destino X1 en vez de su clase de procedencia.

Desde el punto de vista de las oportunidades relativas de movilidad ascendente para las personas de origen de clase trabajadora se observa:

a) Para los hijos/as de padres de clase trabajadora semi/no calificada: la barrera para acceder a ocupaciones manuales calificadas (oficios) es permeable. La razón de momios entre los dos estratos de clase trabajadora se acerca a 1 (1.5), indicando una alta fluidez entre los mismos. Esta pauta también implica una alta probabilidad de movilidad descendente a través de la pérdida del oficio manual.

b) Para las personas provenientes de la clase trabajadora calificada: la frontera de clase manual/no manual no es muy fuerte; en cambio, sí constituye una barrera de clase significativa para las personas con origen en el estrato no calificado de la clase trabajadora. Concretamente, la probabilidad de los hijos de padres de clase intermedia de tener como destino esta clase en vez de la clase trabajadora calificada es 3.4 veces mayor que la probabilidad de los hijos de padres de clase trabajadora calificada de tener como destino la clase intermedia en vez de su clase de origen. La desigualdad de oportunidades relativas de acceder al estrato más bajo de la clase media es mayor para las personas que provienen de la clase trabajadora semi/no calificada (10.5).

c) Desde la clase trabajadora es muy difícil el acceso a propiedad de capital de tipo mediano que incluye la contratación de fuerza de trabajo. En este contexto, las personas que provienen del estrato de clase trabajadora semi/no calificado tienen mayores oportunidades relativas de acceder a la pequeña burguesía a través de la instalación de pequeños comercios (kioscos, fruterías, mercerías, etc.). Podría tratarse de un canal de ascenso social intergeneracional o de que los pequeños comerciantes cuenta propia no constituyen una pequeña burguesía sino parte de la clase trabajadora no calificada.

d) Mientras que para las personas provenientes de la clase trabajadora calificada la movilidad de larga distancia a la clase media profesional/gerencial es muy difícil pero factible, para las personas que provienen de la clase trabajadora no calificada es prácticamente imposible.

e) Por último, hay una alta fluidez entre la clase intermedia de tipo técnico-administrativo y la clase media profesional/gerencial. Esto último implica una clausura relativa: porque los puestos de clase media de mayor estatus, que involucran *expertise* profesional, autoridad o propiedad de capital, son ocupados por personas que provienen del mismo origen de clase o de un segmento de clase media de menor estatus conformado por técnicos, administrativos y empleados no manuales de rutina. La contraparte de este proceso son las rigidicес en la base de la estructura social.

Evaluadas en conjunto, estas pautas indican la existencia de oportunidades de movilidad de “corta distancia” dentro de la clase media y de la clase trabajadora y entre segmentos adyacentes de ambas clases.⁹ En términos weberianos, el conjunto de posiciones de clase entre las que existe un amplio intercambio intergeneracional es un indicador de la *formación de clases sociales*. Muy probablemente, estas personas comparten ámbitos de sociabilidad y un estilo de vida (gustos, consumos, lugares de frecuentación) que los distingue.

9 Estos resultados están en sintonía con las pautas halladas por Torche y Wormald (2007) para Chile a nivel nacional.

Conclusiones provisionales

A lo largo de este trabajo, hemos intentado contrastar dos hipótesis. La primera sostenía el cierre progresivo del régimen de movilidad social intergeneracional en el AMBA en el período 1960-2005. Respecto de la misma, las pautas halladas brindan algunos elementos para apoyarla.

En primer lugar, se observa una disminución progresiva de la movilidad ascendente de larga distancia desde la clase trabajadora hacia la clase media de mayor estatus (profesionales, cuadros directivos y gerenciales y propietarios de capital de nivel medio). Uno de los factores que pudo haber contribuido a ello es el aumento del intercambio ocupacional entre los estratos de clase media, en la medida en que implica una clausura relativa para el ingreso a los mismos desde orígenes de clase trabajadora (estratos manuales). En segundo lugar y relacionado con lo anterior, se advierte un incremento de la desigualdad de oportunidades relativas de acceder a las ocupaciones de mayor estatus desde la clase trabajadora y desde los segmentos de clase media de menor estatus.

Las políticas económicas neoliberales afectaron directamente las condiciones de vida de la clase trabajadora a través de la caída del salario, el aumento de la desocupación, la precarización laboral, el deterioro de la educación y de la salud públicas, etc. El análisis realizado nos permite sugerir con algo más de fundamento que este conjunto de condiciones recortó las oportunidades de los padres de clase trabajadora de “una generación anterior” de enviar a sus hijos/as a las clases medias. No obstante, se requiere profundizar la hipótesis del cierre social a través de nuevas investigaciones que controlen la influencia del género en la desigualdad de oportunidades de movilidad según origen de clase.

168

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

La segunda hipótesis planteaba que el régimen de movilidad social intergeneracional del AMBA que emergió de las transformaciones neoliberales estaría segmentado. Para ello, se aplicaron distintos modelos loglineares trabajando con un esquema de cinco posiciones de clase. La evidencia encontrada en el modelo topológico, que logra un buen ajuste, nos brinda elementos para sostener la misma, aunque debería matizarse en tres sentidos.

Si bien hay efectos de clausura en los segmentos de clase media de mayor estatus y fuertes barreras para la movilidad ascendente de larga distancia desde la clase trabajadora, la estructura social no es totalmente cerrada: i) hay una fuerte movilidad ascendente desde un estrato bajo de clase media conformado por ocupaciones de tipo técnico-comercial-administrativo a la clase media profesional y gerencial que podría deberse a la expansión educativa universitaria de la que resultaron más beneficiados, comparativamente, los hijos de padres que ya atravesaron la barrera manual-no manual; ii) hay una alta fluidez entre la clase trabajadora, la clase intermedia técnico-comercial-administrativa y la pequeña burguesía. Esto implica la existencia de movimientos ascendentes de corta distancia que permitirían un ingreso paulatino y escalonado en las clases medias.

Un punto a tener en cuenta es que la movilidad desde ocupaciones manuales a la jerarquía más baja de empleados no manuales (administrativos de rutina, vendedores), incluso a algunas de tipo técnico, no tiene el mismo significado que en las décadas de

1950-1960 porque disminuyó su nivel de retribución salarial, superada incñusive por las capas más calificadas de la clase obrera. Sin embargo, desde la clase trabajadora calificada, especialmente entre las hijas mujeres de obreros, aumentó una movilidad ascendente de corta distancia hacia ocupaciones técnicas (maestras, enfermeras, profesoras secundarias) y administrativas, que implicó un progreso en términos de prestigio social y, en ocasiones, de estatus socioeconómico.

En los comienzos del siglo XXI, la Argentina, junto con otros países de América Latina, experimentó cambios en el modelo de desarrollo económico-social a través de una reorientación del Estado hacia la protección del mercado interno, el impulso a la industrialización sustitutiva y la redistribución del ingreso. En este contexto, mejoraron su posición económica relativa amplios estratos de clase media y clase trabajadora. Para esta última, creció el trabajo asalariado registrado en las grandes industrias y empresas de servicios. Para los trabajadores cuenta propia y asalariados no registrados pertenecientes a los segmentos más bajos de la clase trabajadora, la salida de la crisis de 2001-2002 implicó una cierta mejora de sus ingresos.

El giro en el modelo de desarrollo económico-social generó la expansión de oportunidades ocupacionales en un contexto de crecimiento económico vertiginoso y continuado (2003-2008) y de reorientación del Estado hacia un papel más activo en la redistribución de recursos. Estas transformaciones sociales y económicas nos permiten conjeturar que se pueden estar generando cambios orientados a una apertura de la estructura social para la movilidad ascendente desde la clase trabajadora hacia las clases medias y hacia posiciones de clase trabajadora más consolidadas. La investigación del nuevo régimen de movilidad de la Argentina contemporánea (2010) demandará futuras investigaciones con datos más actuales.

Bibliografía

- BABINI, A. (1991), *Sociología de la Educación*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires.
- BLAU, P. M. y O. D. Duncan (1967), *The American Occupational Structure*, Wiley, Nueva York.
- BECCARIA, L. (1978), “Una contribución al estudio de la movilidad social en Argentina, Análisis de los resultados de una encuesta para el Gran Buenos Aires”, en *Desarrollo económico*, vol. 17, núm. 68, IDES, Buenos Aires, pp. 593-618.
- BECCARIA, L. y R. Mauricio (2004), *Movilidad ocupacional en Argentina*, Universidad Nacional de Gral. Sarmiento, Buenos Aires, Colección Investigación, Serie Informes de Investigación.
- BENAVIDES, M. (2002), “Cuando los extremos no se encuentran: un análisis de la movilidad social e igualdad de oportunidades en el Perú contemporáneo”, en *Bulletin de l’Institut français d’études andines, “Pobreza y desigualdad en el área andina: elementos para un nuevo paradigma”*, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- BOADO, M. (2008), *La movilidad social en el Uruguay contemporáneo*, Universidad de la República, Montevideo.
- (2009), *Informática aplicada a las CCSS, Revisión de análisis de tablas e introducción a modelos loglineares*, (Mimeo).
- 170
Año 4
Número 7
Enero/
diciembre
2010
- CORTÉS, F. y A. Latapí (2007), “Movilidad social en el México urbano”, en R. Franco, A. León y R. Atria, *Estratificación y movilidad en América Latina*, Lom Ed.-CEPAL-GTZ, Santiago de Chile.
- DALLE, P. (2007), “Herencia y movilidad ocupacional (de clase) intergeneracional de personas de origen clase trabajadora del AMBA (2004)”, en *Revista Laboratorio*, año VIII, núm. XXI, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (2009), “La movilidad social intergeneracional desde la clase trabajadora en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2005), Un análisis a nivel macro y micro social de los canales de ascenso, reproducción y descenso en la estructura de clases”, Tesis de maestría, (Mimeo).
- ERIKSON, R. y J. Goldthorpe (1992), *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in industrial Societies*, Clarendon, Oxford.
- FRANCO, R., A. León y R. Atria (2007), “Estratificación y movilidad social en América Latina. Una agenda de trabajo” en R. Franco, A. León y R. Atria, *Estratificación y movilidad en América Latina*, Lom Ed.-CEPAL-GTZ, Santiago de Chile.
- FILGUEIRA, C. (2007), “La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina”, en R. Franco, A. León y R. Atria, *Estratificación y movilidad en América Latina*, Lom Ed.-CEPAL-GTZ, Santiago de Chile.

- GERMANI, G. (1961), *Política y Sociedad en una Época de Transición*, Paidós, Buenos Aires.
- (1963), “La movilidad social en Argentina”, en S. Lipset y R. Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (1970), “La estratificación social y su evaluación histórica en la Argentina”, documento de trabajo, Harvard University, Cambridge.
- GOLDTHORPE, J., C. Llewellyn y C. Payne (1987), *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press.
- HOUT, M. (1983), *Mobility Tables*, Sage Publications, Beverly Hills (California).
- JORRAT, R. (1987), “Exploraciones sobre movilidad ocupacional intergeneracional masculina en el Gran Buenos Aires”, en *Desarrollo Económico*, vol. 27, núm. 106, IDES, Buenos Aires, pp. 261-278.
- (1997), “En la huella de los padres: movilidad ocupacional en el Buenos Aires de 1980”, en *Desarrollo Económico*, vol. 37, núm. 145, IDES, Buenos Aires, pp. 91-112.
- (2000), *Estratificación Social y Movilidad. Un estudio sobre el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Ed. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- (2008), *Exploraciones sobre movilidad de clases en Argentina: 2003-2004*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Documento de Trabajo núm. 52.
- KESSLER, G. y V. Espinoza (2007), “Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires, Continuidades, rupturas y paradojas”, en R. Franco, A. León y R. Atria, *Estratificación y movilidad en América Latina*, Lom Ed.-CEPAL-GTZ, Santiago de Chile.
- PUCCIARELLI, A. (1999), “¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado histórico de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina”, en *Estudios sociológicos*, vol. XVII, núm. 49, El Colegio de México, México D. F.
- (2001), *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*, Libros del Rojas, Buenos Aires.
- SALVIA, A. (2007), “Consideraciones sobre la transición a la modernidad, La exclusión social y la marginalidad económica”, en A. Salvia y E. Chávez Molina (eds.), *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- SAUTU, R. (2001), “Estrategias teórico-metodológicas en el estudio de la herencia y el desempeño ocupacional”, en R. Sautu y C. Wainerman, *La trastienda de la investigación*, Editorial Lumière, Buenos Aires.
- SAUTU, R. P. Dalle, M. P. Otero y S. Rodríguez (2007), “La construcción de un esquema de clases a partir de datos secundarios”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Documento de Cátedra II.4, Metodología de la Investigación Social II.

- SOLÍS, P. (2007), *Inequidad y movilidad social en Monterrey*, Centro de Estudios Sociológicos, México D.F.
- SVAMPA, M. (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Ed. Taurus, Buenos Aires.
- TORCHE, F. y G. Wormald (2007), “Chile, entre la adscripción y el logro”, en R. Franco, A. León, A. y R. Atria, *Estratificación y movilidad social en América Latina*, Lom Ed.-CEPAL-GTZ, Santiago de Chile.
- TORRADO, S. (2007), “Estrategias de desarrollo, estructura social y movilidad”, en Susana Torrado (comp.), *Población y Bienestar Social en Argentina del Primero al Segundo Centenario, Una historia social del siglo XX*, Tomo I, Ed. EDHASA, Buenos Aires.
- WEBER, M. (1996), “División de poder en la comunidad: clases, estamentos y partidos” y “Estamentos y Clases”, en M. Weber, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- WRIGHT, E. (1995), “Análisis de clase”, en J. Carabaña (comp.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik Olin Wright*, Fundación Argentaria-Visor Distribuciones, Madrid.

172

Año 4

Número 7

Enero/

diciembre

2010

Anexo

Cuadro A.1

Adaptación del esquema ocupacional (de clases) de uso frecuente en la investigación norteamericana (Blau y Duncan; Hout)

Alto no manual

- Directores, gerentes y funcionarios de nivel superior
- Profesionales autónomos
- Profesionales asalariados
- Medianos y pequeños empresarios (con más de 5 empleados)
- Técnicos de nivel superior, periodistas, escritores, artistas, compositores, profesores universitarios
- Otros directivos, gerentes y jefes de nivel medio

Bajo no manual

- Pequeños propietarios de capital (de 1 a 5 empleados o cuenta propia con local)
- Técnicos de nivel medio, profesores secundarios y maestros
- Empleados administrativos y de comercio

Alto manual

- Oficiales, artesanos y operarios calificados de la manufactura
- Oficiales, artesanos y operarios calificados de la construcción
- Trabajadores de los servicios calificados

Bajo manual

- Operarios y/o obreros semicalificados de la manufactura
- Operarios y/o obreros semicalificados de la construcción y otros
- Obreros no calificados y peones de la manufactura
- Obreros no calificados y peones de la construcción y los servicios

173

P. Dalle

Parámetros estimados de los modelos log-lineares que ajustan a los datos para cada año muestral. (Log de *odds ratio*). Área Metropolitana de Buenos Aires

		Destinos de clase				
		Orígenes de clase	I	II	III	IV
1961	I		1.31			
	II			-0.37		
	III				0.89	0.48
	IV				1.60	1.72
1969	I		1.68			
	II			-0.44		
	III				0.88	0.28
	IV				1.09	1.29
1995	I		2.58	1.43		
	II		1.52	0.84		
	III				-0.23	
	IV					0.93
2004-5	I		2.76	1.57		
	II		2.38	1.62		
	III				-0.43	
	IV					0.85

Todos los parámetros estimados $p < 0.005$.